



B

BIBLIOTECA

CLÁSICA.

J. S. Macquinn

BIBLIOTECA PARTICULAR

DEL

M. I. Sr. Dr. D. Ignacio Navarro Canales

CANÓNIGO MAGISTRAL DE CÁDIZ

Titulo de la obra

Número de orden



4 tomos

A.T.A

1039

A.T.A.
1039



OBRAS COMPLETAS
DE
LUCIANO.

BIBLIOTECA CLASICA.

Doce reales cada tomo en toda España.

OBRAS PUBLICADAS.	Tomos.
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i>	1
— <i>Estudios históricos</i>	1
— <i>Estudios políticos</i>	1
— <i>Estudios biográficos</i>	1
— <i>Estudios críticos</i>	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i>	1
Traducción directa del inglés de M. Jude-rías Bänder.	
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragments de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	1
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.— (<i>Teócrito, Bión y Mosco</i>). Traducción directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego.	1
— <i>La Moral Católica</i>	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Napoles</i>	1
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i>	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i>	1
SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por Eduardo de Mier..	2
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i>	2
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i>	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i>	1
MILTON.— <i>Paraiso perdido</i>	2

MADRID.—IMPRESA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

M. 7398
R. 3224

ATA
1035

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LV

OBRAS COMPLETAS
DE
LUCIANO

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

CON ARGUMENTOS Y NOTAS

POR

D. CRISTOBAL VIDAL Y F.-DELGADO

Catedrático de Lengua griega en la Universidad literaria
de Sevilla

TOMO I.

MADRID.
LUIS NAVARRO, EDITOR
CALLE DE LA COLEGIATA, 6

—
1882

AL LECTOR.

Muy lejos estaba de mi ánimo el emprender la traducción de las obras completas de LUCIANO, por haber considerado siempre tal empresa muy superior á mis fuerzas como helenista y como literato. Las circunstancias, sin embargo, se imponen á la voluntad más firme, y la mía es muy débil. Empezé por juego y he concluído de veras. ¿Qué digo concluir? Aun falta mucho por hacer; y lo peor del caso es, que abrigo sérios temores de que también me falten las fuerzas, nunca muy grandes y ahora muy mermadas por la edad, y aun más por los achaques. Pero como lo más difícil es el empezar, según dijo nuestro autor en griego y Horacio en latín, y habrán dicho en varias lenguas otros muchos (1), en Dios y en mi editor confío que podré terminar la comenzada obra, si Él me da vida, y el editor no me da prisa.

Por de pronto, lector benévolo, ahí te presento el

(1) «El sueño ó la vida de Luciano,» I, 3: véase también la nota correspondiente.

primer tomo, hecho con todo el primor que me ha sugerido mi ingenio, y que indudablemente sería de tu gusto, si al esmero y diligencia con que lo he trabajado hubiera correspondido el acierto, por fortuna mía, y tuya también, si lo leyeres.

Mas como si la mera traducción no fuese tarea más que sobrada para mis escasos bríos, he menester además escribir algunas líneas que sirvan de PRÓLOGO, ó cosa así, á nuestro pobre libro. Bien es cierto que de esta mi segunda temeridad no tengo por qué acusarme. Busqué oportunamente el apoyo de un amigo, tan bondadoso como sabio y docto por todo extremo en estas materias, el cual hubiera escrito un PRÓLOGO á toda mi satisfacción y como al público se le debe. Pero las circunstancias se impusieron nuevamente á nuestro mutuo deseo, y frustraron á última hora mi esperanza.

Esta es la razón de que yo, con grave perjuicio de los lectores, trace estas líneas (1); y declaro lealmente, sírvame ó no para disculpar mi ineptitud, que las trazo á vuela pluma, accediendo á instancias muy cariñosas y por tanto ineludibles.

LUCIANO nació en SAMOSATA, pueblo de la Syria, situado sobre la margen derecha del Euphrates, y capital de la provincia, después reino, de Comagena (2). La fecha de su nacimiento no está comprobada con exactitud; fíjase, no obstante, entre los últimos tiempos de Adriano y primeros de Antonino Pío, ó sea por

(1) Por eso también figura al frente de «Menipo ó la Necromancia» la carta dedicatoria que le precede y que á no haber sido así la hubiéramos intercalado en este lugar con las adiciones consiguientes.

(2) Véase «El Pescador ó los resucitados,» párrafo 19.

los años 135 á 140 después de Cristo. Era de familia pobre, y su padre, según creencia de Moisés Dusoul, se llamaba Severiano.

Apenas dejó la escuela, nos dice el mismo LUCIANO en uno de sus opúsculos (1), su padre, previo consejo de amigos, le puso de aprendiz en el taller de escultura de un tío suyo; pero habiendo roto la primera piedra que el tío puso en sus manos y castigado por ello duramente, corrió á su casa llorando, contó lo ocurrido á su madre, que, como es natural, dió la razón á su hijo, y abandonó para siempre su apenas comenzado aprendizaje, para gloria de las letras y en provecho propio, según la predicción que en sueños creyó entender á La Ciencia (2). Abrazó entonces la profesión de abogado, que ejerció por algún tiempo en Antioquía. Pero amante, según sus mismas palabras (3), de la verdad, del bien, de la sinceridad y de cuanto por honesto y bello debe amarse, y comprendiendo luégo las asperezas y sinsabores de tal profesión, la mentira, la impudencia, los gritos, las disputas y tantas otras cosas igualmente desagradables, la abandonó bien pronto para consagrarse á las bellezas de la filosofía (4).

Antes, sin embargo, de dedicarse seriamente á la filosofía propiamente dicha, que no lo hizo hasta la edad de cuarenta años (5), trasladóse á Grecia con objeto de perfeccionarse en la lengua, frecuentó las escuelas de Jonia y se aplicó á la retórica, con tal ingenio y con tan buena suerte, que en breve se hizo rico y alcanzó celebridad entre los sophistas, atra-

-
- (1) «El sueño ó la vida de Luciano», I, 1-4.
 (2) En el mismo opúsculo, párrafos 9-13.
 (3) «El Pescador ó los resucitados», 20.
 (4) «El Pescador ó los resucitados», 29.
 (5) «La doble acusación ó los tribunales», 32.

yéndose la admiración del público con sus discursos y declamaciones.

Aun estaban en boga los sophistas que tanto juego y tan diversamente apreciado venían dando desde el siglo v en la historia de la filosofía y de las bellas letras. De todas partes acudía, como al más divertido espectáculo, un numeroso público ansioso de escuchar las lecturas, las improvisaciones, las recitaciones y demás juguetes y frivolidades retóricas que bajo distintos nombres les propinaban los sophistas en las academias, en los gymnasios, en los teatros, en salas particulares y en las plazas públicas.

Luciendo su talento en tales ejercicios, recorrió LUCIANO la Grecia, la Jonia, la Italia y las Galias, cosechando aplausos y acumulando riquezas (1); regresó á Samosata, donde pronunció el discurso que lleva por título EL SUEÑO Ó LA VIDA DE LUCIANO; atravesó la Capadocia y la Paphlagonia con su anciano padre y algunos individuos de su familia (2); estuvo en Egipto desempeñando un cargo administrativo de importancia, pues, según sus propias palabras (3), ejercía parte de la autoridad suprema, administraba de acuerdo con el Soberano, y recibía paga no de un particular, sino del Monarca, y no mezquina por cierto, puesto que ascendía á una considerable suma, y, por último, se estableció en Atenas, donde afianzó su fama escribiendo sus humorísticas declamaciones, varios discursos y disertaciones, entre serias y jocosas, y sus célebres DIÁLOGOS sobre los dioses, los muertos y los filósofos. Se ignora la época y el lugar de su

(1) «La doble acusación ó los tribunales,» 27 y 30, y «Apología de los que están á sueldo,» párrafo último.

(2) «Alejandro ó el falso profeta,» 56 y 57.

(3) «Apología de los que están á sueldo,» 12.

muerte, si bien puede asegurarse que murió en edad muy avanzada.

Suidas dice que murió despedazado por los perros en castigo de la saña que mostró en contra de los cristianos: Bourdelot, que de un ataque de gota, lo cual, en concepto de Boissonade (1), es más probable. El poema burlesco de Luciano «Tragopodagra» (*la gota*) da lugar á creer que padeciese esa enfermedad y que se complaciese en cantar á su enemigo, como aquel Agripino Paronio de que nos habla Estobeo, que se complacía en hacer el elogio de todos los males que le aquejaban: de la fiebre, cuando era presa de ella; de la infamia, cuando estaba tildado de infame, y del destierro, cuando estaba desterrado (2).

Todo esto hay que ponerlo en duda, cuando no negarlo, por falta de datos, así como la aserción gratuita de Rafael de Volterra, de que, habiendo sido cristiano en un principio y abjurado después la religión, solía decir que lo único que había sacado de ella era la corrupción de su nombre de *Lucio* en *Luciano*. De haber sido así, no hubiera ignorado los dogmas fundamentales del Cristianismo, de los cuales no habla en ninguna de sus obras, pues que el *Philopatris* es, á todas luces, apócrifa (3), ni hubiera desconocido á los cristianos hasta el punto de confundirlos con los Judíos, ó considerarles como turbas de crédulos é ignorantes, prontos á dejarse alucinar por la multitud de thaumaturgos, mágicos, adivinos, charlatanes y embaucadores que pululaban

(1) Biographía Universal de Michaud, art. *Luciano*.

(2) J. A. Fabricio: *Bibliotheca greca*.

(3) Los críticos niegan unánimemente la autenticidad de este diálogo, que se atribuye al sophista Luciano de tiempos de Juliano el Apóstata. Véase la disertación de J. M. Gesner, edición de Lehmann, último tomo.

en su tiempo, como lo hace en «Alejandro ó el falso profeta» y en «La muerte de Peregrino,» donde, por otra parte, puede verse que no los trata con la acritud y especial ensañamiento que algunos han supuesto (1).

No consta que LUCIANO fuese casado; tuvo, sin embargo, un hijo (2), que Bourdelot supone fué un célebre sophista del mismo nombre, contemporáneo de Juliano el Apóstata (360-363), á quien este Emperador dirige una de sus cartas, lo cual no es posible por razón de tiempo (3).

Como escritor, su mérito es indisputable: pertenece en realidad á la época verdaderamente clásica de la literatura griega. Su dominio de la lengua, que ma-

(1) «La muerte de Peregrino,» párrafo 13.

(2) «El Eunuco,» párrafo 13.

(3) Los principales biógrafos de Luciano son: SUIDAS, lexicógrafo del siglo XI, en su curioso *Lexicón* ó diccionario, que pudiera llamarse enciclopédico, formada de materiales aislados de anteriores lexicógrafos y escoliastas, artículo correspondiente.—Th. Gaisford, ed. de *Suidas* y del *Etymologicum magnum* de Stobeo.

ZVINGER (Jacobo), prefacio á la edición greco-latina de Seb. Euristicpetri, Basilea, 1632.

BOURDELOT (Juan), prefacio á la edición greco-latina de Julián Bertault, París, 1615.

HEMSTERHUIS (Tiberio), Diálogos escogidos de Luciano, Amsterdam, 1708 y 1732.

REITZ (Juan Federico), prefacio á la edición greco-latina de Tib. Hemsterhuis, Amsterdam, 1743, y reimpressa por la sociedad *Bipontina* en 1789-1793.

Todos estos trabajos, juntamente con los de otros muchos escoliastas y comentadores, entre los cuales figura nuestro Luis Vies, que han ilustrado la biografía de Luciano, se encuentran recopilados en la magnífica edición greco-latina de Juan Teóphilo Lehmann, Leipzig, 1822-1831.

neja con soltura y gracia inimitables; la concepción discreta y sobria de sus composiciones; la forma bellísima con que las viste; el interés dramático de sus narraciones; el nervio y la viveza del diálogo; la habilidad y destreza con que se vale de la ironía y de la sátira; la dicción castiza, pura y elegante, y su estilo lleno de vida y de frescura, le colocan muy por encima de los escritores de su tiempo y á la altura de los mejores y más celebrados de la Grecia. Aparte de algunas tautologías, los escritos de Luciano no adolecen sino muy raramente de la falta de gusto que caracteriza la época en que vivió. Su estilo, formado en el estudio de los mejores modelos, sobre todo de Aristóphanes, no revela jamás la provincia en que Luciano vió la luz: es tan puro, tan elegante, tan *ático* como si hubiese florecido en los tiempos clásicos de la literatura griega. Los defectos del siglo en que vivió no influyen más que en su inclinación á formar palabras nuevas y á variar la primitiva acepción de las antiguas, de lo cual no supo precaverse aunque lo ridiculizó en alguna de sus obras (1), como tampoco pudo sustraerse á la moda de abigarrar su estilo con frases á veces inoportunas de poetas é historiadores antiguos (2).

Mérito relevante de Luciano, de que con razón se jacta él mismo (3), es el haber aproximado y puesto en armonía el Diálogo, á la manera que lo usaban Platón y Jenophonte, y la Comedia, tal como la escri-

(1) Lexicophanes.

(2) Schoel: *Hist. de la Littérature grecque profane*, segunda edición.—En rigor sólo dos obras merecen ser tildadas bajo el punto de vista literario: «Contra un ignorante bibliomano (que compra muchos libros)», y «El falso razonador ó sobre la palabra *ἀποφράς*.»

(3) «A uno que le dijo: eres un Prometheo...» pár. 6; y «La doble acusación ó los tribunales,» 33 y 30.

bieron Eupolis y Aristóphanes, apareciendo así como inventor de un nuevo género literario, en que á la gravedad del uno se asocia y une el donaire de la otra, conservando cada cual fielmente su carácter primitivo.

Pero la originalidad de LUCIANO no se limita exclusivamente á la forma de expresión: nada más nuevo, más atrevido y más interesante en la historia de la literatura que sus Diálogos de los dioses y de los muertos, suficientes por sí solos para cimentar el justo renombre de que goza, aparte de otras muchas composiciones igualmente bellas en la forma y de pensamiento aun más trascendental. Ni es sólo escritor de genio que escribe inconscientemente guiado por la inspiración del momento: su tratado de «Cómo debe escribirse la historia,» es una obra magistral, clásica, que comprende seria, juiciosa y elegantemente la preceptiva literaria de este género de composiciones; y su «Maestro de Rhetórica,» el «Lexiphanes,» y el «Pseudosophista ó el que incurre en solecismos» le acreditan de conocedor teórico y reflexivo del arte literario, de los preceptos del buen gusto y de la lengua en que escribe, siquiera sea en forma negativa y como por contraste, á la manera que lo hace P. Isla en su justamente celebrado *Fray Gerundio de Campazas*.

Por lo demás, la diversidad de asuntos que trata, sus numerosas alusiones á los poetas é historiadores antiguos, sus amenas digresiones y los primores de detalle con que esmalta y embellece todos sus trabajos revelan una instrucción general nada común así en literatura como en historia, filosofía, política, bellas artes y hasta ciencias naturales y matemáticas, gran práctica y experiencia de la vida, y sobre todo profundo conocimiento del corazón humano.

Como filósofo no puede filiársele en determinada escuela. Es escéptico, como lo son todos los escritores del género que él cultivó: así lo consignamos en otro lugar (1) é insistimos en nuestra apreciación. Pero como su escepticismo no es nada especulativo, ni es en el fondo otra cosa que el humor satírico de su carácter, sus genialidades alcanzan también á los escépticos mismos» (2). Hombre de buen sentido, de carácter firme, desapasionado y justo, de tendencias positivistas y prácticas, independiente é imparcial, y, si se quiere, indiferente y frío, á fuer de escéptico y satírico, lanza los dardos de su fina y acerada crítica, en nombre del público sensato, en nombre del sentido común, contra la intransigencia de todos los sistemas y contra las extravagancias y excentricidades de todos los filósofos. Sin patria ni rey, ἀπολις και ἀβασιλευτος, como él mismo dice, representa á toda esa gran clase de hombres instruídos, exentos de entusiasmo, de credulidad y de servilismo, cuyo alejamiento de todo cuanto presencian les impide tomar partido y ser órgano de otros (3). Sus simpatías, no obstante, fluctúan al parecer entre Epicuro y los Cynicos, inclinándose muy particularmente á estos últimos, lo cual no impide que zahiera á las veces con sus burlas y diatribas á su gran representante Diógenes (4).

Su escepticismo, con todo, es absoluto respecto á las creencias religiosas de su pueblo y de su siglo, que, aunque defendidas ya con poco celo por los gober-

(1) En la Carta-dedicatoria que va al frente de «Menipo ó la Necromancia.»

(2) A Pierrón: *Historia de la literatura griega*, traducida por M. Busquets.

(3) E. Burnouf: *Histoire de la littérature grecque*.

(4) «La almoneda de vidas,» 7 y siguientes.

nantes y creídas con tibieza ó veneradas por rutina de parte de la muchedumbre, eran al cabo la religión consagrada por el tiempo y sancionada por la ley. Los dioses del Olympto son no blanco de sus iras, que ni aun esta consideración le merecen, sino objeto de entretenimiento y burlas, juguetes con que se distrae y divierte en sus ratos de ocio ó de buen humor. Júpiter, el dios supremo, el soberano de los dioses y los hombres, no es más que una quimera, una ficción insulsa y necia de los poetas; y su rayo, tan temido en otros tiempos, no es ya sino un tizón medio apagado, que lejos de intimidar, hace reir (1).

En medio de todo, la moral que predica es excelente; la ética parece haber sido á sus ojos, entre todas las ramas de la filosofía, la más digna de ser cultivada (2).

«Nigrino ó de las costumbres de un filósofo» confirma plenamente la anterior aserción. Y no sólo respira este *Diálogo* en todo su contenido la moral más pura, sino que, á la vez, es testimonio irrefragable de que Luciano no está constantemente poseído de la glacial indiferencia del escéptico, ni muestra siempre la sonrisa seca é irónica del escritor satírico, sino que, influído en ocasiones por la ternura del sentimiento, se eleva en sus conceptos, hasta el punto de sentirse conmovido á la contemplación de nobles ideas ó actos generosos, y conmueve igualmente á quien le escucha, expresando con acento sincero y elocuencia tan sencilla como encantadora las dulces impresiones que el alma experimenta ante los irresistibles atractivos de la bondad y de la virtud (3).

(1) «Timón ó el misántropo,» en los primeros párrafos — «Júpiter trágico,» etc., etc.

(2) Schoel, obra citada.

(3) Citamos con particularidad el «Nigrino,» porque aparece en

Nada mejor podrá dar una idea aproximada del carácter de Luciano, de su vasta instrucción, de su esmerada educación artística, de su talento original y de la fecundidad de su genio, que el breve resumen que á continuación hacemos de sus obras, enumerándolas por el orden con que figuran en todas las ediciones.

I.—*El sueño ó la vida de Luciano*, Περὶ τοῦ ἐνυπνίου ἤτοι βίος Δουκιανοῦ.—Especie de prólogo ó προλαλιά con la que debutó ante sus compatriotas los Samosatenses, después de sus viajes y de su residencia en Atenas: en ella manifiesta cómo dejó la escultura, maltratado por su tío en el aprendizaje, y se dedicó á las letras.

II.—*Á uno que le dijo: eres un Prometheo en tus discursos*, Πρὸς τὸν εἰπόντα Προμηθεὺς εἶ ἐν λόγοις.—Cuestión de crítica literaria: muestra con tanto ingenio como modestia bajo qué punto de vista debe apreciarse el nuevo género literario que inventó y cultivaba.

III.—*Nigrino, ó de las costumbres de un Philósopho*, Νιγρίνου ἢ περὶ φιλοσόφου ἤθους.—Composición en forma dialogada, cuyo principal asunto es ofrecer el cuadro de las costumbres corrompidas de Roma, en contraposición á la vida sencilla y morigerada de los Atenienses. Este Diálogo va precedido de una carta de remisión á Nigrino, lo cual, en con-

este primer tomo, y pueden, por tanto, nuestros lectores comprobar la verdad de nuestro aserto; pero lo mismo podríamos citar otros muchos, y recomendamos desde luego «Hermotimo ó las sectas,» «El pescador ó los resucitados,» «Toxaris ó de la amistad,» «Elogio de Demósthene», etc., que reflejan también á la vez la nobleza de alma de Luciano, la seriedad á que sabía elevarse y el entusiasmo de que era capaz en medio de su escepticismo.

cepto de Schoell (1), prueba la existencia real de este filósofo.

IV.—*El juicio de las vocales*, Δίκη φωνηέντων.—Juguete literario en que censura humorísticamente los cambios de letras introducidos en la lengua griega á pretexto de *aticismo*.

V.—*Timón ó el Misánthropo*, Τιμων ή Μισάνθρωπος.—Este Diálogo, ó, mejor, cuadro dramático, es una invectiva, llena de viveza y gracia, contra los falsos amigos que adulan al rico, le abandonan si se empobrece, y vuelven de nuevo á agasajarle si recobra su fortuna. Mr. Le Beau (2) lo ha comparado con el *Pluto* de Aristóphanes, pero indudablemente le es muy superior, así por la intención, como por la belleza y decoro de la forma (3).

*VI.—*Alcyón ó de las transformaciones*, Ἀλκυών ή περι μεταμορφώσεως (4).—Á propósito de la fábula de Alcyón, se encomia el poder divino, que está muy por encima de la comprensión limitada de los hombres, y se recomienda esta leyenda como ejemplo notable de amor conyugal.

VII.—*Prometheo ó el Cáucaso*, Προμηθεύς ή Καύκασος.—Prometheo, en su suplicio del Cáucaso, rechaza victoriosamente, ante Mercurio y Vulcano, los cargos que motivaron la condena, y se queja de la injusticia de Júpiter.

(1) «Histoire de la Litterature grecque profane,» segunda edición, Paris, 1824.

(2) «Memoires de l'Academie des Inscriptions et Belles-lettres,» t. xxx, pág. 77.

(3) Véase «Comedias de Aristóphanes,» traducidas por D. F. Baráibar, t. III, XLII de la BIBLIOTECA CLÁSICA.

(4) Este DIÁLOGO, como las demás composiciones que van marcadas con un asterisco, se consideran como no pertenecientes á

- VIII.—*Diálogos de los dioses*, θεῶν διάλογοι.—Cuadros que pudieran llamarse de familia, en que los dioses, despojados de toda su grandeza y majestad, y con la confianza y naturalidad de quien está en su casa y á solas con los suyos, manifiestan sus debilidades y se echan mutuamente en cara sus defectos y miserias, en nada inferiores por cierto á los de los mortales. Son en número de 26.
- IX.—*Diálogos marinos*, Ἐνάλιοι διάλογοι.—Del mismo género que los anteriores, pero cuyos interlocutores son dioses marinos, ó tiene lugar la escena á la orilla de los ríos ó en la costa. Son en número de 15.
- X.—*Diálogos de los muertos*, Νεκρικοὶ διάλογοι. — Estos diálogos, en que figuran los más célebres personajes de la historia y de la fábula, á vuelta de otros que acaso sean imaginarios, son una sátira de carácter esencialmente moral contra el afán y el interés con que se toman las cosas en la vida, sin tener en cuenta que al final de la jornada todos hemos de quedar iguales. Son en número de 30.
- XI.—*Menipo ó la Necromancia*, Μένιππος ἢ νεκρομαντεία.—Menipo, deseoso de averiguar la regla de vida que debe seguir el hombre, y no satisfecho con las lecciones contradictorias de los filósofos, decidió bajar á los Infiernos y consultar á Tiresias, el cual le dijo que la vida mejor y más prudente es la de los ignorantes.
- XII.—*Carón ó los contempladores*, Χάρων ἢ ἐπισκοποῦτες.—Carón ha obtenido un día de licencia para subir á la tierra y contemplar el mundo; y encontrándose con Mercurio, que le proporciona un excelente observatorio y le ilustra con sus advertencias, reseña las miserias de la vida, ridiculizando la soberbia, la ignorancia y la vanidad humanas.

XIII.—*De los sacrificios*, Περὶ θυσιῶν.—Ridiculízanse las ficciones mythológicas de los poetas y las prácticas y ceremonias de las religiones paganas.

XIV.—*Almoneda de vidas*, Βίων πρᾶσις.—Júpiter hace almoneda de los representantes más célebres de las antiguas escuelas filosóficas, sirviéndose de Mercurio como pregonero público.—Escarnécense en este diálogo, con manifiesta injusticia, nombres tan dignos de respeto como los de Pythágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles.

XV.—*El Pescador ó los resucitados*, Ἀλιεύς ἢ ἀναβιοῦτες.—Los filósofos injuriados en el diálogo anterior, vuelven á la vida, con permiso de Plutón, para tomar venganza de Luciano, ó sea de Parrhesiades, el cual comparece ante el Tribunal de la filosofía, en la Acrópolis de Athenas, y les desagravia diciendo que él no ha atacado á los filósofos, sino á los falsos y depravados sectarios que usurpan sus gloriosos nombres, á los cuales pesca desde la misma Acrópolis con un anzuelo de oro, y los castiga estrellándolos contra las rocas.

XVI.—*La travesía ó el tyrano*, Κατάπλους ἢ τύραννος.—Carón conduce entre otros varios muertos al tyrano Megapeuthes, al filósofo Cynisco y al zapatero Mycilo: el tyrano, á quien acusan el filósofo y el zapatero, es condenado por Rhadamantho. Pertenece este Diálogo al mismo género que los de los *muertos*.

XVII.—*De los que están á sueldo*, Περὶ τῶν ἐπὶ μίθῳ συνόντων.—Refiérese Luciano en este *Discurso ó disertación* á la costumbre muy generalizada en Roma por aquellos tiempos de tener los patricios y la gente rica entre sus *comensales ó amigos* algún literato ó filósofo griego, *greculi*, como preceptor de sus hijos ó para darse aires de ilustrados y de amantes de las letras. Y expone á su amigo Timocles, que deseaba

una colocación semejante, los disgustos y humillaciones por que tienen que pasar estos favoritos asalariados.

XVIII.—*Apología de los que están á sueldo*, *Απολογία περὶ τῶν ἐκὶ μισθοῦ συνόντων*.—Supone Luciano que su amigo Sabino podrá acusarle de incurrir en la misma clase de los que son objeto de su discurso anterior por el cargo que en nombre del Emperador desempeñaba en Egypto, y se defiende haciendo notar que hay diferencia entre servir al Estado ó á un particular.

XIX.—*Sobre una falta cometida al saludar*, *Περὶ τοῦ ἐν τῇ προσαγορεύσει πταίσματος*.—Los Griegos se saludaban por la mañana con la fórmula *χαίρει*, *alégrate*, *regocíjate*, y por la tarde con la de *ὕγιαίνε*, *pásalo bien*, que *haya salud*. Luciano, contra las reglas del buen tono, empleó por inadvertencia un saludo por otro, y con ese motivo escribió este opúsculo, más que para justificarse, para hacer gala, como él mismo dice, de sus conocimientos en Historia.

XX.—*Hermótimo ó las sectas filosóficas*, *Ἑρμότιμος ἢ περὶ αἰρέσεων*.—Lycino, ó sea Luciano, recorre una por una las sectas ó escuelas filosóficas, viniendo á concluir de deducción en deducción que es en extremo difícil determinar cuál de ellas es la que conduce á la verdadera filosofía. Hermótimo, su interlocutor, turbado y confundido por la lógica de tan escépticos razonamientos, se echa á llorar y promete no asistir más á las escuelas de los filósofos y hacer una vida vulgar, sóbria y modesta.—Este diálogo está considerado unánimemente como una de las mejores composiciones de Luciano.

XXI.—*Herodoto ó Aeción*, *Ἡρόδοτος ἢ Ἀετίων*.—Como Herodoto leía su historia, y Aeción exponía su cuadro en los Juegos Olympicos, así Luciano dará á

conocer sus obras ante una reunión de Macedonios. Breve discurso ó *proslalia* notable por la descripción del cuadro de Aeción que representaba las bodas de Alejandro y Roxana.

XXII.—*Zeuxis ó Antíoco*, Ζεῦξις ἢ Ἀντιόχος.—Discurso del mismo género que el anterior, sobre la novedad de sus composiciones. Es notable por la descripción del cuadro Zeuxis, que representaba á la mujer del Centauro amamantando á sus dos hijos recién nacidos.

XXIII.—*Harmonides*, Ἀρμονίδης.—Luciano en sus lecturas ó recitaciones públicas lo recomienda á la benevolencia de algún varón sabio ó distinguido, siguiendo el consejo que el célebre músico Timotheo daba á su discípulo Harmonides.—Es un discurso de recomendación ó σύστασις, que llamaban los rhetóricos.

XXIV.—*El Escyta ó el Próxeno* (cónsul ó protector de los extranjeros), Σκύθμ ἢ Πρόξενος.—Preámbulo del género de los anteriores pronunciado en Thesalónica y amenizado con la descripción del encuentro Toxaris y Anacarsis en Athenas.

XXV.—*Cómo debe escribirse en la historia*, Πῶς δεῖ ἱστορίαν συγγράφειν.—Tratado clásico sobre la composición histórica.

XXVI y XXVII.—*Historia verdadera*, Ἀληθῆς ἱστορία.—Relación fantástica de viajes imaginarios, en que la única verdad que dice es que todo es mentira. Comprende dos tratados ó libros.

XXVIII.—*El tyranicida*, Τυρακνοκτόνος.—Uno, en vez de matar al tyrano, mata á su hijo, dejando allí su espada, con la cual el tyrano se da á sí propio la muerte: este tal reclama la recompensa como matador del tyrano.—Es una declamación del género que los rhetóricos llamaban μελέτι.

- XXIX.—*El desheredado*, Ἀποκηρυττόμενος.—Un hijo expulsado de su casa es de nuevo recibido por haber curado á su padre; pero no pudiendo curar á su madrastra, es nuevamente expulsado ó desheredado; y hace su defensa.—Declamación del mismo género que la anterior.
- XXX y XXXI.—*Phalaris*, Φαλαρις.—Dos discursos, πρῶτος y δεύτερος, en defensa del tyrano de Agrigento.—Pertenece al género de los llamados por los rhetóricos παραδόξους.
- XXXII.—*Alejandro ó el falso profeta*, Ἀλέξανδρος ἢ ψευδομαντις.—Contiene la vida del famoso impostor Alejandro de Abonoticos, y los ardides y prestigios de que se valía para engañar á los crédulos.
- XXXIII.—*De la danza*, Περὶ Ὀρχήσεως.—Lycino defiende contra Cratón la danza teatral ó pantomima de los antiguos.
- XXXIV.—*Lexiphanes*, Λεξιφάνης.—Sátira contra los gramáticos y escritores pedantes que con neologismos y arcaísmos corrompían el idioma.
- XXXV.—*El eunuco*, Εὐνοῦχος.—Refiérese burlescamente la lucha habida entre dos filósofos que se disputaban una plaza vacante de profesor de filosofía, insultándose mutuamente con dictados como el del epígrafe.
- XXXVI.—*De la Astrología*, Περὶ τῆς Ἀστρολογίης.—Resumen histórico de la Astrología entre los antiguos, con relación á la predicciones que de ellas se sacan para la vida humana.—Está escrito en dialecto jónico.
- XXXVII.—*Vida de Demonax*, Δημόνακτος βίος.—Libro interesante que contiene la vida y dichos memorables del sabio Demonax de Chipre, y los honores que alcanzó en Athenas.
- *XXXVIII.—*Los amores*, Ἔρωτες.—Este diálogo escrito

con el laudable propósito de censurar el vicio de la pederastia, tan generalizado en la antigua Grecia, consta de una introducción, en que, entre otras cosas, se hace la descripción de la Venus de Gnido, y dos discursos en elogio respectivamente de las mujeres y de los hombres. Su estilo difiere, en verdad, mucho del de Luciano por su afectación y ampulosidad.

XXXIX y XL.—*Los Retratos y Sobre los Retratos*, Εἰκόνες y Ὑπὲρ τῶν Εἰκόνων.—El primero de estos diálogos es el elogio exagerado de cierta Panthea de Smyrna, amada del Emperador; y el segundo, la defensa ó justificación de este elogio.

XLI.—*Toxaris ó la Amistad*, Τόξαρις ἢ Φιλία.—Discusión entre un Griego y un Escytha sobre cuál de los dos pueblos ofrece mayores ejemplos de amistad.

XLII.—*Lucio ó el Amo*, Δούκιος ἢ Ὀνος.—Es una novela ó cuento milesio, de mucha gracia é interés, pero un tanto libre en algunos pasajes.

XLIII.—*Júpiter confundido*, Ζεὺς ἐλεγχόμενος.—Diálogo del género de los de los dioses, pero más acentuado.

XLIV.—*Júpiter trágico* (comediante), Ζεὺς τραγωδός.—Diálogo del mismo género que el anterior.

XLV.—*El Sueño ó el Gallo*, Ὀνειρος ἢ ἀλεκτρούων.—El zapatero Micylo soñaba que era rico cuando le despertó su gallo, el cual le dice que es una transmigración de Pythágoras, y le demuestra con varios ejemplos que las riquezas no son la verdadera felicidad.—Es un diálogo tan bello como moral.

XLVI.—*Icaromenipo ó Por encima de las nubes*, Ἴκαρομένιππος ἢ ὑπερνέφελος.—Menipo cuenta á un amigo cómo subió á la Luna para observar la vida humana, y de allí al Olympo, donde cenó y durmió con los dioses y habló largamente con Júpiter de las cosas de la tierra y en especial de las sectas filosóficas.

XLVII.—*La doble acusación ó los tribunales*, Δις κατηγορούμενος ἢ δικαστήρια.—Júzganse los sistemas filosóficos en tribunales presididos por la Justicia misma, y Luciano, acusado á la par por la Rhetórica y el Diálogo, defiende el nuevo género literario que inventó y puso en práctica.—Diálogo interesante bajo todos puntos de vista y que suministra preciosos datos para su biografía.

XLVIII.—*Del parásito ó de que el parasitismo es un arte*, Περὶ Παρασίτου ἤτοι ὅτι τέχνη ἢ παροσιτική.—Diálogo cuyo objeto es demostrar que la profesión de parásito es un arte más lucrativo que otros muchos, y sobre todo que la Rhetórica y la Filosofía.

XLIX.—*Anacarsis ó de la gymnasia*, Ἀνάχαρσις ἢ περὶ γυμνασίων.—Solón demuestra al escytha Anacarsis las ventajas de la gymnasia, así para la salud como para la guerra.

L.—*Del luto*, Περὶ πένθους.—Expone la creencia vulgar de los Griegos acerca del Orco y la inutilidad de las prácticas y ceremonias funerarias.—Opúsculo de escaso mérito.

LI.—*El maestro de Rhetórica*, Ῥητόρων διδάσκαλος.—Sátira contra la falsa elocuencia y el estilo ampuloso de los declamadores.

LII.—*El mentiroso ó el incrédulo*, Φιλοψευδής ἢ ἀπιστῶν.—Diálogo contra la mentira en general, y principalmente contra los específicos, amuletos, encantamientos, sortilegios, expulsión de demonios y demás supersticiones y absurdos en que aun los filósofos de su tiempo creían.

LIII.—*Hippias ó el Baño*, Ἱππίου Βαθρῶν ἢ ἀλανεῖον.—Elogio del arquitecto Hippias y descripción de las Thermas ó baños que construyó.—En este discurso, párrafo 2, se encuentra la primera indicación del incendio de la flota romana por Arquímedes.

- LIV.—*Prefacio ó Baco*, Προσλαλία ἢ Διόνυσος.—Como los Indios fueron vencidos por Baco y su acompañamiento, así el autor vencerá á sus detractores, si le escuchan.—Es un discurso que sirve de preliminar ó introducción á las lecturas ó recitaciones que daba al público.
- LV.—*Prefacio ó Hércules*, Προσλαλία ἢ Ἡρακλῆς.—Escúbase con el ejemplo del Hércules Galo de leer en público sus escritos siendo ya viejo.—Discurso del mismo género que el anterior.
- LVI.—*Del ámbar ó de los cisnes*, Περὶ τοῦ ἠλέκτρου ἢ τῶν κόκνων.—Advierte á sus oyentes que no den crédito á la fama respecto de su elocuencia, no sea que se engañen, como él se engañó, creyendo á los poetas, respecto al ámbar y á los cisnes canoros del Eridano.—Breve discurso del género de los dos que preceden é igualmente bello.
- LVII.—*Elogio de la mosca*, Μοίας ἐγκώμιον.—Alaba la forma, el ingenio y las costumbres de la mosca con gracia singular y revelando grandes conocimientos en las ciencias naturales.
- LVIII.—*Contra un ignorante bibliómano* (que compraba muchos libros), Πρὸς ἀπαιδέυτον γὰρ πολλά βιβλία ὠνούμενον.—Invectiva sangrienta y descompuesta con todos los visos de una venganza personal.
- LIX.—*Que no debe fácilmente darse crédito á la maledicencia*, Περὶ τοῦ μὴ ῥαδίως πιστεύειν διαβολῇ.—Tratado lleno de prudencia y de moralidad.
- LX.—*El falso razonador ó de la palabra ἀποφράς*, Ψευδολογιστής ἢ περὶ τῆς ἀποφράδος.—Violenta diatriba contra un literato de pésimas costumbres que había negado que ἀποφράς fuese palabra ática.—Como el número LVIII es un discurso indigno de Luciano.
- LXI.—*De una casa*, Περὶ τοῦ οἴκου.—Alábase un edificio construído elegantemente para que los oradores

tengan en él sus sesiones, y se trascribe el discurso de un supuesto adversario.—Parece un ejercicio de escuela que no es de gran mérito.

LXII.—*Ejemplos de longevidad, Μακρόβιοι.*—El autor felicita á Quintilio en su cumpleaños ofreciéndole varios ejemplos de longevidad entre los reyes, generales, poetas, filósofos é ilustres varones de Grecia.—Disertación en extremo curiosa.—En el párrafo 29 y último promete hacer otro tanto respecto á los hombres célebres de Roma; pero este trabajo ó no lo escribió ó se ha perdido.

*LXIII.—*Elogio de la patria, Πατρίδος ἐγκώμιον.*—Declamación de escaso mérito y cuya autenticidad se ha puesto en duda.

LXIV.—*De las dipsades, Περί τῶν διψάδων.*—Prefacio ó προσλαλία en que manifiesta á sus oyentes que siente tanta sed de presentarse ante ellos, como el que en los desiertos de Lybia es mordido por las dipsades (víboras cuya mordedura produce una sed inextinguible).

LXV.—*Altercado con Hesiodo, Διάλεξις προς Ἡσίοδον.*—Lycino echa en cara á Hesiodo que no ha cumplido el segundo y más importante de los encargos que dijo haber recibido de los dioses, ó sea el predecir lo futuro, y le acusa de embustero ó de egoísta.

LXVI.—*El navío ó los deseos, Πλοῖον ἢ εὐχαί.*—Volviendo cuatro amigos de ver un navío egipcio que había llegado al Pireo, por hablar algo, manifiesta cada cual lo que más desea: uno dinero; otro, ejércitos é imperios; el tercero, anillos mágicos con cuyo auxilio pudiese hacer cuanto quisiera; y el último, Lycino, dice que su único deseo es reirse á su sabor de los deseos de los otros.

LXVII.—*Diálogos de las cortesanas, Ἑταιρικοὶ διαλογοί.*—

Diálogos curiosos bajo el punto de vista de las costumbres, pero plagados de torpezas.—Son en número de 15.

LXVIII.—*Sobre la muerte de Peregrino*, Περὶ τῆς Περεγρίνου τελευτῆς.—Es una carta dirigida por Luciano á su amigo Cronio, en la cual le refiere la muerte que voluntariamente se dió Peregrino ó Proteo, filósofo cynico, arrojándose á una hoguera encendida, al terminar los Juegos olympicos, para confirmar así sus convicciones filosóficas, ó su imbecilidad ó locura, que dice el autor. Hácese mérito en ella de dos oradores de gymnasio, que en sendos discursos, en són de alabanza el uno y de impugnación el otro, dan á conocer la vida aventurera y depravadas costumbres del pretendido sabio.—En este último discurso, párrafos 11, 12 y 13, es donde se habla de los cristianos con la indiferencia y menosprecio de quien no conoce sus doctrinas, pero sin la acrimonia que hubiera podido esperarse de los recursos de Luciano, si en realidad se hubiese propuesto impugnarles ó zaherirles.

LXIX.—*Los fugitivos*, Δραπέται.—Queréllase la Filosofía ante Júpiter del mal trato que le dan los charlatanes y malvados que se disfrazan de filósofos, siendo esclavos fugitivos ó gentes de mal vivir.—Parece ser este diálogo una sátira contra algún filósofo cynico que difamó á Luciano por su escrito anterior *Sobre la muerte de Peregrino*.

LXX.—*Las Saturnales*, Τὰ πρὸς Κρόνον.—Diálogo del género de los de los dioses.

LXXI.—*Cronosolon* (legislador de las Saturnales), Χρονοςόλων.—Prescripciones que deben observarse durante los siete días de fiesta en honor de Saturno: no hacer nada serio y constituirse los hombres en igualdad absoluta; regalos de los ricos á los pobres

y obligación de éstos de recibirlos; y asistir al banquete como cada cual esté y comer y beber cuanto le plazca.

LXXII.—*Epístolas Saturnales*, Ἐπιστολαὶ Κρονικαί.—Cuatro cartas en el mismo estilo: 1.^a; Yo á Saturno; 2.^a, Saturno á mí su amigo; 3.^a, Los ricos á Saturno, y 4.^a, Saturno á los ricos.

LXXIII.—*El banquete ó los Lapithas*, Συπόσιον ἢ Λαπίθαι.—Cuenta Lycino á su amigo Philón el banquete celebrado en casa de Aristeneo, con motivo de las bodas de su hija, al cual asistieron varios filósofos, cuyos vicios se censuran.

LXXIV.—*De la diosa Syria*, Περὶ τῆς Συρίας θεοῦ.—Disertación curiosa sobre el culto de la Juno asyria (Astarte), de su institución, de los oráculos, sacerdotes, fiestas, prescripciones rituales, etc. Está escrita en dialecto jónico é imítase el estilo de Herodoto.

LXXV.—*Elogio de Demósthene*s, Δημοσθένος ἐγκώμιον.—Los críticos están muy divididos acerca de la autenticidad y mérito de este diálogo. Wieland y Lehmann, sin embargo, lo juzgan digno del talento de Luciano.

LXXVI.—*La asamblea de los dioses*, θεῶν ἐκκλησία.—Diálogo del género de los de los dioses.

LXXVII.—*El cynico*, Κυνικός.—Precioso diálogo en que, al hacerse la pintura del cynico, se alaba la sobriedad y se vitupera el lujo.—San Juan Crysóstomo ha transcrito parte de él en una de sus *Homilias* sobre en Evangelio de San Juan.

LXXVIII.—*El pseudo sophista ó el que incurre en solecismos*, Ψευδοσοφιστής ἢ Σολοικιστής.—Diálogo que versa sobre giros y sutilezas de la lengua griega bajo el punto de vista gramatical.

*LXXIX.—*Caridemo ó de la belleza*, Χαρίδημος ἢ περὶ κάλλος.—Casidemo cuenta á Hermipo que, con ocasión

de la hermosura del joven Cleonymo, se pronunciaron en un banquete tres discursos sobre la belleza: el de Philón, el de Aristipo y el suyo.—Este diálogo es de dudosa autenticidad, ó de los primeros años de Luciano, ó indudablemente una imitación de *El elogio de Helena* de Isócrates.

LXXX.—*Nerón ó de la ruptura del Isthmo*, Νέρων ἢ περὶ τῆς ὀρυχῆς τοῦ Ἴσθμοῦ.—Ligeros rasgos del carácter de Nerón y de su proyecto de abrir el isthmo de Corintho es el asunto de este diálogo, cuya autenticidad es únicamente sostenida por Wieland.

*LXXVI.—*Philopatres* (el patriota) ó *el que se instruye* (catecúmeno), Φιλόπατρις ἢ διδασκόμενος.—Diálogo dirigido contra los cristianos, cuyas creencias y prácticas se ponen en ridículo por medio de alusiones oscuras y bufonadas de pésimo gusto.—Los críticos unánimemente niegan la autenticidad de este diálogo, que se atribuye al sophista de igual nombre que vivió en tiempos de Juliano el Apóstata.

LXXXII.—*La Tragodopodagra*, Τραγωδοποδάγρα.—Gracioso poema ó escena tragi-cómica, de 334 versos, destinada á probar que nada pueden los médicos contra el mal de gota.—Es imposible, dice A. Pierrón, imaginar una aplicación más feliz del estilo majestuoso de la tragedia y de los esplendores líricos del coro á la expresión de infortunios risibles y de ideas y sentimientos grotescos.

*LXXXIII.—*Ocypus* (ligero de pies) Ὀκύπους.—Fragmento de 173 versos y del mismo género que la composición que precede. Dúdase de su autenticidad.

LXXXIV.—*Epigramas*.—Son en número de 53, todos ellos picantes y maliciosos, y en general de no escaso mérito.

Tal diversidad de temas desarrollados con la amenidad y gracia que le son características, y de que en vano intentaríamos dar una remota idea, granjeáronle ya en su tiempo, y ¡cosa rara! entre los suyos, gran prestigio y consideración, como se lee en varias de sus obras, á pesar de que, según Suidas, se le designaba con los dictados de *blasfemo, maldito y atheo*.

En posteriores centurias ha sido comentado é imitado por genios superiores y talentos de primer orden. Los cristianos, lejos de proscribir la lectura de LUCIANO, tomaron de sus obras argumentos en contra del paganismo, haciéndole en cierto modo su colaborador en la santa empresa de propagar y difundir la buena nueva. San Juan Crysóstomo copia un pasaje de «El cynico» en una de sus *Homilías* sobre el Evangelio de San Juan: Fenelón y Mably le emitan en «Cómo debe escribirse la historia;» Fontenelle, en los «Diálogos de los muertos,» Swift, *Viajes de Gulliver*, Rabelais, *Gargantúa*; Bergerac, *Viaje á la luna*; Campanella, *La ciudad del Sol*; Holberg, *Viaje subterráneo de Nicolás Klim*; Thomás Moro *Utopia*; Erasmo, Saint-Mard, Voltaire y otros varios le imitan y siguen en las «Historias verdaderas» y en algunas otras de sus ingeniosas composiciones; y acaso se inspiraron asimismo en él Francisco de Santos, en su *Día y noche de Madrid*; Luis Vélez de Guevara, en *El diablo cojuelo*, ó *Verdades soñadas y novelas de la otra vida traducidas á ésta*; el inmortal Quevedo, en *El sueño de las calaveras*, no obstante su alusión á la *Divina comedia* de Dante, en *Las zahurdas de Plutón* y en *La hora de todos y la Fortuna con seso*, y el gran Cervantes en el *Coloquio de los perros*.

Las ediciones, así totales como parciales, que se han hecho de sus obras son en número extraordinario, á contar de la *editio princeps*, texto griego, de Flo-

rencia, en 1496, y la greco-latina de Sebastián Henricpectri, de Basilea, en 1563.

Hombres verdaderamente ilustres en la historia del saber humano y de erudición profunda en los estudios clásicos, se consagraron con afán, desde los primeros albores del Renacimiento, á trasladar á la lengua del Lacio las bellezas del BURLÓN de Samosata. En la edición de Cristían Egenolf, Fráncfort, 1538, de la primera *Versión latina de las obras completas* de LUCIANO, aparecen recopiladas las traducciones parciales que desde los promedios del siglo xv venían haciéndose por varones de tan relevante mérito y vasta instrucción como Juan de Aurispa, Erasmo de Rotterdam, Thomás Moro, Micylo, Moltzer y otros muchos, á los cuales hay que agregar, en época posterior y sucesivas ediciones greco-latinas, los trabajos del mismo género de Juan Benoit, y los excelentes y casi definitivos de Tiberio Hemsterhuis, Juan Mathías Gesner y Juan Federico Reitz.

Sus comentadores forman largo catálogo de nombres gloriosos en la historia literaria de todas las naciones, así entre los sabios humanistas de los siglos xv, xvi y xvii, como entre los críticos más reputados y literatos más eminentes de nuestros días, que han depurado los textos, han ilustrado con discretas aclaraciones los pasajes oscuros ó de difícil inteligencia, han clasificado las obras y decidido acerca de su autenticidad, y, por último, han dado á conocer en sus respectivas lenguas los tesoros de erudición, de ingenio, de agudeza, de chistes y de inimitable gracia que con imponderable profusión abundan en los escritos, llenos de vida y de interés aun para nuestros tiempos, como lo tendrán para todas las edades, del inmortal LUCIANO.

Alemania cuenta, á más de algunas versiones par-

ciales, con la preciosa traducción de C. M. Wieland (*in qua totus vivit spiratque Lucianus*).

Inglaterra con la de Spence y con la excelente de Thomas Franclin.

Francia con las de F. Bretin; de J. Baudoin; de P. d'Ablancourt, la *bella infiel*, como la llama Egidio Menage; la del abate Massieu; la de Belin de Ballu, y últimamente la de Eugenio Talbot, hecha con tanta fidelidad como elegancia y buen gusto.

Italia con la de Spiridión Lusi, á más de algunos tratados traducidos por Lorigo.

Nuestra patria es en este punto la nación más desairada. Aparte «El sueño ó la vida de Luciano,» del Licenciado D. Casimiro Flórez Canseco, cathedrático de lengua griega en los Estudios reales de Madrid (1); de los «Diálogos de los muertos,» en número de diez y ocho, traducción directa del griego por D. Francisco Franco y Lozano (2); de los «Diálogos morales de Luciano,» en número de ocho, traducidos del griego por el Licenciado D. Francisco Herrera Maldonado, canónigo de Arbas de León (3), y de algunos manuscritos, muy escasos por cierto, que se conservan en la Biblioteca Nacional (4), nada se ha hecho entre nos-

(1) Véase pág. 1, nota 1.^a

(2) Véase pág. 185, nota 1.^a

(3) Madrid: imprenta de Manuel Álvarez: 1796. — Estos ocho diálogos son: «El Cínico;» «El gallo» (El sueño ó el gallo); «El floposeudes» (El mentiroso ó el incrédulo); «El Aqueronte» (Carón ó los contempladores); «El Icaro-Menipo» (ó Por encima de las nubes); «El Toxaris» (ó La amistad), «La virtud diosa» (La diosa syria); y «Hércules Menipo» (Menipo ó la Neromancia). — Respecto al juicio que nos merece esta versión, véanse págs. 264, nota 1.^a, y 287, nota 2.^a

(4) Las traducciones de Luciano que hemos registrado en la Biblioteca Nacional son:

—*Almoneda de Vidas*, por D. Sancho Brabo de Lagunas, Madrid, 1634. — 1—205.

otros para dar á conocer en lengua castellana á autor tan justamente celebrado.

Este vacío, que en nuestro amor á Luciano no titubeamos en calificar de vergonzoso, es el que nosotros intentamos llenar con mejor deseo que aptitud y condiciones para ello.

Y sentiría ciertamente que por este mal pergeñado *Prólogo*, ó como quiera llamársele, se juzgase de la traducción, aunque es posible que corra parejas con él. Pero debo decir, en honor de la verdad, que así

—*Que no debe darse crédito fácilmente á la murmuración*, por Don S. B. de Lagunas. Lisboa, 1626. — I—205.

—*Las historias verdaderas*, por D. Francisco de la Reguera. Madrid, 1729. (Cap. I, libs. I y II.) — I—205.

—*Almoneda de Vidas*, pág. 130. — M—6.

—*Que no debe darse crédito*, etc. — X—36.

—El mismo discurso, pág. 50. — X—89.

—*Comparación de Alejandro con Escipión y Aníbal* (anónimo del siglo xv). — Bb—108.

—*Diálogo sobre la misma comparación* (dos ejemplares). — Bb—142-145.

En la Biblioteca de El Escorial se conserva otra traducción, que no hemos visto, de la *Comparación de Alejandro con Escipión y Aníbal*, por Juan de Aurispa. — Cod. h. ij. 22.

En el mismo legajo, I—205, Bibl. Nac., hay tres diálogos: «Aristas y Menipo»; «Demócrito: Damogeto y Hipócrates»; «El dédalo: Dédalo y Polites» (Bartolomé Leonardo y Argensola).

Nicolás Antonio (*Bibliotheca hispana*) cita la traducción latina de *Tragopodagra y Veypo*, hecha por el médico segoviano Andrés Laguna, y publicada en Alcalá, 1538; y la de *La diosa syria*, también latina, por el abate lusitano Jorge Coelho, Lisboa, 1540.

Igualmente cita como traductores castellanos: á Juan Jarava, del *Icaro menipo*, impreso en Alcalá de Henares, 1545; á Pedro de Valencia, de *Que no debe darse crédito fácilmente á la calumnia*, inédito, y á Gonzalo Correas de un *Diálogo*.

Pellicer (*Ensayo de una biblioteca de traductores*) cita á Pedro Simón Abril como traductor de varios *Diálogos*.

A. Fabricio sólo cita á Juan Jarava y á D. Francisco Herrera Maldonado (*Bibliotheca greca*, lib. iv, pág. 57).

como esta introducción la escribo apremiado por el tiempo y en horas de intranquilidad y desasosiego, la traducción la he hecho, en su mayor parte, sin tener cuenta del tiempo y en ratos de solaz y de descanso, y como por vía de agradabilísimo entretenimiento. No por esto, sin embargo, he de necesitar menos de la indulgencia del público. LUCIANO es de los escritores más difíciles de traducir, no precisamente por la interpretación material ó de palabras ni aun de pensamiento, que su lenguaje es sencillo y claro, y la exposición de las ideas muy natural y lógica; sino por la intención, por la ironía, por el gracejo, que son en escritores del género de nuestro POLYGRAPHO el martirio de todo traductor, y lo ha sido mío doblemente, por rayar LUCIANO á la mayor altura entre aquéllos y ser yo el último entre éstos.

Confieso ingenuamente que cuando comencé á entretener mis ocios ó, hablando con más exactitud, á distraer mis penas con la lectura del festivo autor que nos ocupa, lancé contra mí denuestos á millares por la rudeza de mi ingenio que no me consentía decir en mi propia lengua lo que leía y me parecía entender en la lengua de LUCIANO. Por dicha cayó en mis manos la clásica y bizarra traducción de Belin de Ballu (1); y digo por dicha, porque al leer en el *Prólogo* la larga serie de razones con que á literato tan notable y crítico tan profundo le aconsejaba su maestro que desistiese de la idea de traducir á LUCIANO por las muchas é insuperables dificultades literarias que consigo llevaba tal empresa, cerré yo mi *Luciano*, rompí mis cuartillas y me reconcilié con mi pobre

(1) ŒUVRES DE LUCIEN, traduites du grec par BELIN DE BALLU, Paris, 1789,—6 vol. in-8.

cacumen, haciéndole la gracia de considerarle no tan romo como en un principio le supuse. Pero por mal de mis pecados tentóme, sin duda, el amor propio, y emprendí de nuevo la abandonada tarea. No he olvidado, con todo, el *Prólogo* de Belin de Ballu; con él me escudo y á él remito á todos aquellos que no aprecien con benévola indulgencia mis desvelos y el afán constante con que he procurado el acierto.

No terminaré estas líneas sin consagrar un recuerdo de profunda gratitud y sincero afecto á mi fraternal amigo y sabio compañero D. Daniel Ramón Arrese, catedrático de Lengua árabe en esta Universidad literaria, que con cariñosa solicitud me ha animado en mis desalientos, ha allanado las muchas dificultades con que he tenido que luchar, ha resuelto mis dudas con su no vulgar ilustración, y ha sido siempre mi amable y docto consultor, á cuya ciencia y buen deseo nunca he acudido en vano.

Sevilla 20 de diciembre de 1882.

DIÁLOGOS.

OBRAS DE LUCIANO.

I.

EL SUEÑO O LA VIDA DE LUCIANO.

Vacilando el padre de Luciano sobre la profesión á que dedicaría á su hijo, se le aparecen á éste en sueños las Artes y las Letras, solicitándole ambas á porfia. Luciano se decide por las letras, mostrándose muy satisfecho de su elección, y exhorta á los jóvenes á que, siguiendo su ejemplo y sin arredrarse ante las dificultades con que tengan que luchar, se consagren al estudio de las ciencias (1).

1. Apenas dejé de asistir á la escuela, siendo ya casi un mocito, consultó mi padre con los amigos qué haría de mí (2). Los más fueron de opinión que una carrera literaria requería gran trabajo, mucho tiempo,

(1) Este discurso, notable por los curiosos detalles biográficos que Luciano da de sí mismo, fué pronunciado, á lo que se deduce del final, en Samosata, después de sus primeros viajes por Grecia, Italia y las Galias. Hemos tenido á la vista la correcta y fidelísima traducción que de este opúsculo hizo D. Casimiro Flores Canseco, y que juntamente con la *Tabla de Cebes*, vertida al castellano por Pedro Simón Abril, se publicó en Madrid por D. Antonio de Sancha, 1778.

(2) Literal: ὃ τι καὶ διδάξαιτό με, qué me enseñaría.

no poco gasto y una fortuna espléndida, cuando la nuestra era escasa y demandaba con urgencia algún auxilio; pero que si aprendiese una arte de esas mecánicas, en primer lugar, tendría desde luego lo bastante para vivir de ella sin ser gravoso á mi casa á la edad en que me encontraba, y podría también, á la vuelta de algún tiempo, regocijar á mi padre llevándole lo que ganase.

2. Propúsose como tema de una segunda deliberación cuál de las artes sería la mejor, más fácil de aprender, más propia de un hombre libre, de instalación más pronta (1) y de suficiente utilidad. Cada cual alababa una ú otra, según su opinión ó su experiencia: entonces mi padre, volviéndose á mi tío, pues asistía al consejo un tío mío por parte de madre que estaba reputado como excelente escultor y hábil marmolista: «No es lícito, dijo, dar la preferencia á otra arte, estando tú presente: llévatelo, pues—señalándome á mí;—tómalo por tu cuenta, y haz de él un buen tallista, ajuntador y estatuario, que bien puede, pues, como sabes, muestra para ello disposición natural.» Y juzgaba así por algunos juguetes de cera con que solía entretenerme: cuando salía de la escuela, modelaba, raspando la cera, bueyes, caballos y ¡por Júpiter! hasta hombres, con gran exactitud al parecer de mi padre. Esta habilidad me valió algunos azotes por parte de mis maestros; pero á la sazón se convirtió en elogio de mi precoz ingenio y en lisonjera esperanza de que en breve aprendería el oficio, dada mi afición y mi infantil destreza en la plástica.

(1) Literal: καὶ πρόχειρον ἔχουσα τὴν χορηγίαν: de útiles más á mano. Flores Canseco traduce: *más socorrida*, tomando, acaso no desacertadamente, la palabra χορηγία como *materia*, y no como *instrumento* ó *medio* de trabajo.

3. Llegó por fin el día que se creyó á propósito para dar principio á mi aprendizaje, y fuí encomendado á mi tío, no á mi pesar, por Júpiter; antes bien, me imaginaba tener muy grato entretenimiento y gozar como de cierto prestigio ante mis compañeros, si me veían formando dioses y arreglando algunas figurillas bonitas para mí y para quienes yo quisiera. Pero me sucedió lo primero que suele acontecerle á todo principiante: dióme mi tío un cincel y me ordenó que picase ligeramente una piedra, que estaba allí en medio, recordándome el dicho vulgar de «obra principiada, medio açabada» (1). Yo, faltó de experiencia, golpeé más fuerte de lo que era menester, y la piedra se rompió; irritado entonces mi tío, cogió un látigo que tenía á su lado y me dió con él la primera lección, no ciertamente con blandura y como para estimularme, sino en términos que las lágrimas fueron el prólogo de mi aprendizaje.

4. Salí de allí corriendo y me fuí á mi casa sollozando sin cesar y llenos de lágrimas los ojos: referí lo del látigo, enseñé los cardenales y condené la excesiva crueldad de mi tío, añadiendo que todo lo había hecho por envidia, temiendo que pudiese yo sobrepujarle en el arte. Incomodada mi madre, dijo mil pesates de su hermano; y cuando llegó la noche, me acosté lloroso todavía y pensando en lo ocurrido.

5. Lo que hasta aquí llevo dicho es ridículo y pueril; mas lo que después oiréis, oh varones, no son cosas despreciables, y es preciso que las escuchéis con la mayor atención. Hablando, pues, según Home-ro (2).

(1) Literal: ἀρχὴ δὲ τοι ἡμισυ παντός: *el principio es la mitad del todo*, hemistiquio atribuido á Hesiodo. Horacio, Ep. 1.^a, 2, expresa así este proverbio: *dimidium facti, qui cœpit, habet*.

(2) *Iliada*, II, 56 y 57.

Un sueño tuve celestial, divino
en la serena noche,

tan claro, con tal viveza percibido, que en nada difería de la realidad. Todavía, después del tiempo que ha transcurrido, está fija en mis ojos la imagen de lo que ví y resuenan en mi oído las palabras que escuché. Tan distinto, tan evidente era todo.

6. Dos mujeres me asían de las manos y me arrastraban cada cual hacia sí con tal fuerza y tal violencia, que á poco me despedazan en su mutua porfía; tan pronto vencía la una y se apoderaba casi por completo de mí, como tornaba de nuevo á poder de la otra. Y ambas gritaban á la par: ésta, que me quería llevar porque era suyo; aquélla, que en vano reclamaba su rival lo que no le pertenecía. Tenía la una facciones de obrera, varonil, el cabello suelto, las manos llenas de callos, el vestido remangado y toda cubierta de polvo, como mi tío cuando pulimentaba las piedras; la otra, por el contrario, era de muy hermoso rostro, de noble presencia y elegante en su vestido. Por último, convinieron en que decidiese yo con cuál de las dos quería irme. Y aquella de aspecto duro y varonil, me habló la primera en estos términos:

7. «Yo, mi querido niño, soy el Arte de la Escultura, que ayer comenzaste á aprender, de tu misma familia y linaje, pues tu abuelo—designando por su nombre á mi abuelo materno—era escultor y tus dos tíos se hicieron también muy célebres por mí. Si quieres apartarte de las simplezas y frivolidades de esa—señalando á la otra—y seguirme y vivir conmigo, tendrás en primer término una alimentación sustanciosa, echarás fuertes espaldas, serás ajeno á la envidia y nunca irás á países extraños, dejando tu patria y

tus amigos; y además no será por tus palabras por lo que todos te alaben, sino por tus obras (1).

8. «No te retraiga la pobreza de mi aspecto, ni mi desharrapado traje, pues empezando de igual suerte, el célebre Phidias hizo la estatua de Júpiter; Polycleto, la de Juno; Myrón fué alabado, Praxiteles admirado, y á todos ellos se les reverencia todavía al igual de los dioses que representaron (2). Si tú llegases á ser uno de ellos, ¿cómo no habías de hacerte célebre entre todos los hombres? Harías envidiable á tu padre y esclarecida á tu patria.» Esto y otras muchas cosas, que no recuerdo ya, porque se han borrado de mi memoria, dijo la Escultura, tropezando á cada paso é incurriendo en frecuentes barbarismos, si bien encaminándolo todo con gran estudio al intento de persuadirme. Y cuando ésta concluyó, dió principio la otra, poco más ó menos, de este modo:

9. «Yo, hijo mío, soy la Ciencia, tu amiga ya y conocida, aunque no me has tratado aún con toda intimidad. Las ventajas que has de obtener siendo escultor, ésta acaba de enumerarlas: no serás más que un obrero, un operario que trabaja con el cuerpo y que en él cifra toda la esperanza de su vida, permaneciendo oscuro y logrando mezquino é innoble salario; de espíritu apocado, de porvenir miserable (3), inútil para defender á los amigos, sin medios para hacerte respe-

(1) La frase ἀλλ' ἐπ' ἔργοις que falta en muchas ediciones, la encontramos consignada en la de Car. Herm. Weise, 1877; y aunque no enteramente esencial, la traducimos porque completa y aclara mejor el sentido.

(2) Literal: προσκυνοῦνται γοῦν οὗτοι μετὰ θεῶν, y ellos son venerados con los dioses.

(3) εὐτελής δὲ τὴν πρόοδον. Flores Canseco traduce: despreciable en el público; πρόοδος, en efecto, significa presentación en público; pero también adelanto, progreso.

tar de los enemigos ni para excitar la envidia de tus conciudadanos, sino meramente un artesano, uno de tantos perdido entre la multitud, siempre humillado ante los grandes, supeditado al que sabe hablar, viviendo vida de liebre y siendo fácil presa del poderoso. Y aunque llegaras á ser un Phidias ó un Polycleto é hicieses obras admirables, todos alabarán el arte, pero ninguno habrá entre los que las contemplan, si tiene buen sentido, que quiera asemejarse á tí; porque como quiera que fueres, siempre serás considerado como un artesano, un menestral, un jornalero que vive del trabajo de sus manos.

10. »Si, por el contrario, te vienes conmigo, te mostraré, en primer término, las obras de los antiguos y sus admirables hechos, explicándote sus palabras y haciéndote absolutamente sabedor de todo; enriqueceré tu espíritu, que es lo más esencial en tí, con muchas y excelentes virtudes, la prudencia, la justicia, la piedad, la dulzura, la equidad, la discreción, la fortaleza, el amor á lo bello y el entusiasmo por todo lo que es digno de veneración, que son verdaderamente el adorno más puro y duradero del alma; nada se te ocultará de lo pasado, sabrás lo que al presente deba hacerse y hasta preverás conmigo lo futuro; y, en una palabra, cuantas cosas hay, así divinas como humanas, te las enseñaré en poco tiempo.

11. »Y de pobre como eres ahora é hijo de un cualquiera, en duda todavía sobre si dedicarte á un ejercicio tan innoble, llegarás en breve á ser objeto de los celos y de la envidia de todos, honrado y aplaudido, reputado entre los mejores, bien recibido (1) entre los que brillan por su nacimiento y sus riquezas, luciendo trajes como éste—y señalaba el suyo, que era magní-

(1) Literal: ἀποβλεπόμενος, bien mirado, atendido.

fico—y digno, en fin, del primer puesto y del mejor lugar. Y si viajares, no serás ni aun en remotas tierras desconocido ni oscuro: de tales distintivos he de rodearte, que cualquiera que te vea dará del codo al que esté á su lado y señalándote con el dedo, dirá: ÉSE ES.

12. »Si ocurriese algún asunto que pusiese en cuidado á tus amigos ó á la ciudad entera, todos volverían á tí los ojos; y si tuvieras que hablar, un numeroso concurso pendiente de tus labios, te escucharía con admiración, felicitándote por el poder de tu elocuencia, como á tu padre por su incomparable dicha. ¿Ves al célebre Demósthene, siendo hijo de quien era (1), cuán grande le hice yo? ¿Ves á Esquines, que era hijo de una tamborilera? Pues con todo eso, por mí le colmó Philipo de atenciones. Y el mismo Sócrates, criado en el regazo de la Escultura (2), pero que tan luego como entendió que había una cosa mejor la abandonó para venirse conmigo, ¿no oyes cuán celebrado es por todo el mundo?

13. »Deja, pues, estos tan ilustres varones y sus hechos memorables y sus escritos venerandos; renuncia á un exterior decoroso, al honor, á la gloria, á los aplausos, á la jerarquía, al poder, á las dignidades, á ser encomiado por tus discursos y felicitado por tu talento; viste en su lugar la sucia túnica; toma el servil aspecto del esclavo; coge en tus manos la palanca, el cincel, el martillo ó el buril, y doblégate al trabajo, humillándote, arrastrándote, envileciéndote por toda manera, sin levantar jamás la frente, ni acariciar un pensamiento varonil y noble, sino atento exclusiva-

(1) El padre de Demósthene era armero.

(2) El padre de Sócrates, Sophronisco, era escultor; y su madre, Phenaretas, partera.

mente á dar á tus obras proporciones y elegancia, aunque cuidándote muy poco de tu propia compostura y adorno, y haciéndote más despreciable que las mismas piedras.»

14. Aun estaba hablando, cuando yo, sin esperar el término de su discurso, me levanté y resolví la cuestión: dejé, pues, á la deforme operaria y me fuí con la Ciencia muy gozoso, mayormente cuando me acordé del látigo y de los muchos golpes con que fuí maltratado el día anterior al iniciarme en sus trabajos. La despreciada se irritó al principio y se estregaba las manos y rechinaba sus dientes; pero al fin, como se dice de Níobe, quedóse inmóvil y se convirtió en piedra (1). Aunque es inverosímil que tal cosa le pasara, no dejéis de creerlo, porque los sueños tienen el poder de hacer prodigios.

15. Entre tanto, la otra volviéndose á mí: «Recompensaré, me dijo, tu buen juicio, ya que has dirimido la contienda con acierto. Ven, sube á este carro—señalándome una carroza tirada por unos caballos alados semejantes al Pegaso,—y verás cuántas y cuán bellas cosas habrías ignorado si no me hubieses seguido.» Subí, pues, y nos pusimos en marcha, llevando ella las riendas; y ya en la altura, y partiendo del Oriente al Ocaso, contemplé ciudades, naciones, pueblos, y cual otro Triptolemo (2), iba esparciendo

(1) Níobe, hija de Tántalo y mujer de Amphión, Rey de Thebas, fué convertida en roca por Júpiter, en castigo á haberse enorgullecido con el número de sus hijos y creídose superior á Latona, que no tenía más que dos, Apolo y Diana.—Ovidio: *Metamorphoseon*, VI, 2.

(2) Triptolemo de Eleusis, protegido por Demeter (Ceres), recorrió la tierra en un carro tirado por dragones alados, enseñando á los hombres los beneficios de la Agricultura.—Ovidio: *Metamorph.*, V, 2.

sobre la tierra una semilla; no recuerdo qué semilla era ésta, sólo sí que los hombres, dirigiendo hacia arriba sus miradas, me llenaban de alabanzas, y por donde quiera que pasaba me enviaban bendiciones.

16. Después que me enseñó todo esto y que me hubo mostrado á los que me alababan, me restituyó al punto de partida, no ya vestido con el mismo traje que tenía al salir, sino que volví con otro que me parecía magnífico. Y como se encontrase con mi padre, que me estaba esperando, le hizo notar mi nueva vestidura y el porte distinguido con que regresaba, recordándole algo de lo que estuvo á punto de resolver acerca de mi profesión. Todo esto recuerdo haber visto, cuando aun era un niño, turbado indudablemente por el miedo de los azotes.

17. Pero mientras hablo: «¡Por Hércules! dirá alguno, ¡qué sueño tan largo y tan del género judicial!» Y otro añadirá: «Sueño de invierno, en que las noches son muy largas, ó acaso de tres noches como la concepción de Hércules (1). ¿Cómo se le ocurrió entretenernos con tales boberías, recordando una noche de su niñez y unos sueños rancios y añejos? Ciertamente que la narración es trasnochada y fría. ¿Si nos habrá tomado por intérpretes de sueños?» No, buen amigo, quienquiera que fueres: tampoco Jenofonte (2), cuando contó aquel sueño de que en la casa de su padre le pareció... y lo demás que sigue, refería una vana visión, bien lo sabéis, ni mucho menos pensaba en chancearse, estando como estaba en guerra, rodeado de enemigos y en situación muy desesperada, sino que su relato encerraba alguna utilidad.

(1) Literal: ὡςπερ ὁ Ἡρακλῆς, καὶ αὐτὸς ἐστι, como lo es el mismo Hércules.— Véase «Diálogos de los dioses,» 10, *Mé曙curio y el Sol*.

(2) *Anabasis*, III, 1.

18. Por lo mismo yo os he contado este sueño con el fin de que los jóvenes miren siempre á lo mejor y se apliquen al estudio, mayormente si alguno se desanima por su escasez de recursos y se inclina á lo peor, esterilizando acaso un feliz ingenio. Seguro estoy de que éste, al escuchar mi relato, recobrará el valor y se estimulará con mi ejemplo, considerando cuál era yo cuando me decidí por lo mejor y opté por la Ciencia sin que me arredrara la pobreza de que entonces me hallaba rodeado, y cuál he vuelto á vosotros, cuando no otra cosa, con tanta gloria al menos como cualquier escultor.

II.

A UNO QUE LE DIJO: ERES UN PROMETHEO EN TUS DISCURSOS.

Acepta Luciano la comparación con Prometheo, á que alude el epígrafe de este discurso, en lo que le es desfavorable, y la rechaza modestamente en lo que pudiera favorecerle, concluyendo por no reconocer en sus trabajos otro mérito que el de no haber imitado en ellos á autor alguno (1).

1. ¿Conque dices que soy un Prometheo? Si es, mi querido amigo, porque mis obras son también de barro, admito la comparación y me confieso semejante á él: no me opongo á que me llamen alfarero, siquiera el barro con que yo trabajo sea peor que el lodo de las calles, casi fango. Pero si por ensalzar mis discursos como muy artificiosos, los favoreces con el nombre del más sabio de los titanes, mira no diga alguno que la ironía y la burla á la manera ática se ocultan debajo de la alabanza. Porque, ¿dónde está mi artificio? ¿qué rara sabiduría, qué prudente previ-

(1) Luciano tenía ya cuarenta años cuando escribió este opúsculo en defensa del género literario que felizmente cultivó. Del mismo tema, y acaso á la misma edad, trata nuevamente en «Zeuxis ó Antioco» y en «La doble acusación.»

sión hay en mis escritos? Me daría por satisfecho con que no te parecieran enteramente terrestres ni dignos por todo extremo del Cáucaso. ¡Con cuánta más justicia podríais ser comparados con Prometheo, vosotros que sois célebres en los tribunales y que entabláis verdaderas luchas! Vuestras obras son realmente vivas y animadas, y, por Júpiter, su calor es fuego enteramente: podrían pasar como del mismo Prometheo, si no hubiese esta diferencia: que vosotros no trabajáis con barro, sino que vuestras composiciones, en su inmensa mayoría, son de oro.

2. Nosotros, los que nos presentamos ante el público y pronunciamos declamaciones por el estilo de ésta, ofrecemos únicamente unas como estatuas, que en último resultado formamos de barro, según antes he dicho, á semejanza de los que fabrican muñecas, y que ni tienen movimiento como las vuestras, ni apariencias de vida, ni son otra cosa que mera distracción y entretenimiento (1). Mas ahora se me ocurre si dirás que soy un Prometheo en el sentido que sabes lo decía el Cómico respecto de Cleón:

Cleón es un Prometheo después de los sucesos. (2)

También los Atenienses llamaban Prometheos á los fabricantes de pucheros, constructores de hornos, y en general á todos los que trabajan en la cerámica, por referencia sin duda á la arcilla y al fuego de que

(1) Por eso Cicerón llama á los discursos de los declamadores *umbratilem pugnam*, combate á la sombra, porque se pronunciaban en casa, á la sombra, á diferencia de las oraciones de los oradores que se decían en la plaza pública, al aire libre.

(2) El nombre *Prometheo* equivale á *prudens*, *previsor*; es, pues, como si dijéramos: «Cleón adivina las cosas después que han tenido lugar.» Este epigramático dicho se atribuye á Aristóphanes, aunque no aparece en los escritos que de él nos han quedado.

se valen para la cochura de sus obras. Si es eso lo que para tí significa el ser un Prometheo, el tiro está dirigido con perfecta puntería y con toda la acritud de la ironía ática, porque mis obras son tan frágiles como las ollas de aquéllos; cualquiera con una pequeña piedra que les tirase las haría pedazos.

3. Acaso me diga alguno, para consolarme, que no es por esto por lo que se me compara con Prometheo, sino en són de alabanza por la novedad de mis trabajos, que no están hechos con sujeción á ningún otro modelo, á la manera que aquél, cuando aun no existían los hombres, ideó el formarlos, y modeló aquellos seres y los dispuso de manera que se movieran y tuvieran agradable aspecto, siendo verdaderamente su creador, si bien cooperó Minerva soplando el barro y haciendo que aquellas estátuas se animasen. Esto podría decir alguno tomando en el sentido más favorable las susodichas palabras; y puede que ésta sea su genuina significación. Mas así y todo, no estaría muy satisfecho si sólo apareciera como un innovador á quien nadie pudiera citar obras más antiguas de las cuales mis composiciones se creyesen hijas, pues si á la vez no parecían agradables, me avergonzaría de ellas, tenlo entendido, y pisoteándolas, las destruiría: de nada les valdría su novedad para que no las hiciese yo pedazos, si eran deformes. Y si de este modo no pensase, me creería merecedor de ser roído por diez y seis buitres, por no entender que una obra es doblemente fea cuando á este defecto agrega el ser extraña.

4. Ptolomeo, el hijo de Lago (1), llevó á Egipto dos novedades: un camello de la Bactriana enteramente negro, y un hombre de dos colores, mitad muy

(1) Ptolomeo II, Philadelpho.

negro y mitad muy blanco, por partes iguales; reunió á los Egipcios en el teatro, les dió un variado espectáculo, y, por último, les mostró el camello y el hombre blanquinegro, pensando que esto llamaría grandemente la atención. Pero ocurrió que á la vista del camello todos se asustaron, y estuvo en poco que no se levantaran y echaran á correr, no obstante los muchos adornos de oro con que lo exhibían y el rico aparejo de púrpura y el freno incrustado de piedras preciosas del tesoro de Darío, de Cambyses ó quizás del mismo Cyro. En cuanto al hombre, la mayor parte se echaron á reir, y los otros le miraban con repugnancia como á un monstruo. Comprendiendo entonces Ptolomeo que no alcanzaba celebridad por tales cosas, y que la novedad no entusiasmaba á los Egipcios, sino que al contrario preferían la proporción y la elegancia de la forma, los mandó retirar, no teniéndoles ya en la estimación que antes: el camello murió por falta de cuidado, y al hombre bicoloro lo regaló á un flautista llamado Thespis, que había tocado muy bien en un banquete.

5. Así, yo tengo el temor de que sean mis composiciones lo que el camello para los Egipcios, del cual sólo admiraron el freno y la púrpura; pues el que una obra esté formada de dos elementos muy buenos, como lo son el Diálogo y la Comedia, no basta para que sea bella, si la combinación no es armónica y concertada. De dos cosas buenas resulta á veces un conjunto monstruoso, como el hippocentauro, de todos bien conocido: nadie dirá que es amable este animal, sino muy terrible, si hemos de creer á los pintores que nos representan sus excesos y crueldades. ¿Pero no podrá hacerse igualmente de dos cosas buenas un conjunto también bueno? ¿El vino y la miel, mezclados, no componen una bebida delica-

dísima? Sin duda alguna; pero respecto de mis trabajos no puedo lisonjearme de que sean así; antes bien, temo que la mixtura haya corrompido la belleza de uno y otro componente.

6. En un principio no andaban nunca juntos, ni tenían entre sí relacion ninguna, el Diálogo y la Comedia; aquél sostenía la conversación en casa, y fuera de esto, con los amigos particulares en el paseo; ésta, entregada por entero á Baco, se ejercitaba en el teatro, jugueteaba, provocaba la risa, decía chistes y donaires y marchaba á compás de la flauta, bien que alguna vez, montada sobre anapestos, hacía chacota de los amigos del Diálogo, llamándolos *ideólogos*, *polemistas de futilidades aéreas* y cosas de este jaez, y tomaba, al parecer, por única ocupación el zaherirles y abusar en contra de ellos de la libertad báquica, pues tan pronto los presentaba *caminando por los aires y habitando en las nubes*, como *midiendo los saltos de una pulga*, para dar á entender que malgastaban su ingenio en sutiles y vaporosas naderías (1). El diálogo, por otra parte, se empeñaba en gravísimas disputas, filosofando sobre la naturaleza y sobre la virtud (2). De modo que, usando el lenguaje de los músicos, mediaba entre ambos la misma distancia que entre el sonido más agudo y el más grave de la escala. Y sin embargo, nosotros nos hemos atrevido á aproximar y poner en armonía estos dos géneros de carácter tan distinto y que en modo alguno se acomodan, ni se avienen fácilmente á establecer sociedad.

7. Temo asimismo no parezca también que con

(1) Este pasaje está tomado casi integro de *Las Nubes* de Aristóphanes. Véase la traducción de las Comedias de Aristóphanes, por D. F. Baráibar; BIBLIOTECA CLÁSICA, tomo XXVII.

(2) Alude á los *Diálogos* de Platón y de Jenofonte.

esto he hecho lo que ese tu Prometheo, que amalgamó los dos sexos, femenino y masculino, y se me acrimine por ello (1); ó bien que se me acuse de haber engañado á mis oyentes dándoles huesos disimulados con grasa; es decir, frivolidades cómicas con la apariencia de gravedad filosófica (2). En cuanto á lo del robo, ya que este dios también fué ladrón (3), estoy tranquilo: no dirás ciertamente que esto se encuentra en mis obras. ¿Y de dónde había de haber robado? A no ser que alguno, sin saberlo yo, haya compuesto también pityocampas é hircocervos (4). Y aun así, ¿qué remedio? Perseveraré en la empresa que una vez acometí, porque el mudar de consejo es propio de Epimetheo, pero no de Prometheo (5).

(1) Mezcla aquí Luciano la fábula de los poetas, según los cuales Prometheo formó al hombre de barro, y la teoría acerca de la *Androginia*, de que habla Platón en el *Banquete*, XIV.—Véase los «Cinco diálogos de Platón», traducidos por D. A. Longué. Madrid, 1880.

(2) Véase el Diálogo *Prometheo ó el Cáucaso*, y el primer Diálogo de los dioses *Prometheo y Júpiter*.

(3) Prometheo robó el fuego del cielo en obsequio al hombre. V. *Theogía* de Hesiodo, 233, y los Diálogos citados en la nota anterior.

(4) Es decir, cosas inverosímiles por su dificultad y monstruosas. Πιτυοκάμπης significa literalmente *dobla-pinos*: Sinis, bandido de Comitho, para matar á un hombre, doblaba dos pinos, lo ataba á sus copas y soltaba los árboles, los cuales, al recobrar su posición natural, lanzaban por los aires al hombre descuartizado. Alguna edición, la de Lehmann, sustituye esta palabra con la de ἵπποκάμπους, caballo marino con cola de pescado.—Hircocervos, τραγελάφους, monstruo mitad macho cabrío y mitad ciervo.

(5) Epimetheo significa el que aprende por experiencia; Prometheo, el que sabe por previsión.

III.

NIGRINO O DE LAS COSTUMBRES DE UN FILOSOFO.

Preguntado Luciano por un amigo cómo volvía de Roma tan ufano y con tantos humos, contéstale que todo ello es debido al estado feliz en que se encuentra desde que oyó las palabras del filósofo Nigrino. Ruégale el amigo que le recite esas palabras, y Luciano se presta á ello de muy buena voluntad.—Después de un prolijo exordio de salvedades y excusas, en que parece ridiculizar á los retóricos de su tiempo, dice que comenzó Nigrino su discurso por hacer un cumplido elogio de Grecia, y en particular de los Atenienses, entre los cuales, decía, debe vivir el que quiera hacer una vida honesta, decorosa y digna, así como en Roma sólo vivirá contento y satisfecho el que se diere al placer, á las riquezas, al fausto, á los honores y á los vicios, que tienen allí como su natural asiento. Retraído en su casa, por huir de esa corrupción, y consagrado al estudio, contempla Nigrino desde lejos el tumulto y los desórdenes de Roma, censurando la vanidad, la molicie, la afición á los caballos, las pompas funerarias, el lujo de los festines y el numeroso séquito de esclavos destinados á inútiles y ridículos servicios, á la vez que se burla de los ricos, y más aún, de sus parásitos y aduladores, y, sobre todo, de los filósofos, cuya conducta licenciosa é interesada tan mal se aviene con las doctrinas que predicán y con la noble profesión que ejercen.—Manifiesta Luciano el efecto prodigioso que le produjeron las palabras de Nigrino, que, cual agudas saetas, se clavaron en su alma; declárase el amigo igualmente impresionado y herido en lo íntimo del corazón por

el discurso recitado, y ambos deciden ir á que les cure la herida el mismo que les hirió.—Este diálogo va precedido de una carta de remisión (1).

CARTA Á NIGRINO.

Luciano á Nigrino, salud:

«Lechuzas á Athenas» dice el refrán, dando á entender que es ridículo mandar lechuzas allí donde tanto abundan. Si yo, queriendo hacer gala de erudición, escribiese un libro para enviarlo á Nigrino, me expondría al ridículo, lo mismo ciertamente que el que mandase las lechuzas. Mas si mi único objeto es manifestarte mis sentimientos, el estado actual de mi ánimo y la impresión vivísima que tus discursos me produjeron, me libraré también justamente de lo que decía Thucydides (2) respecto á que la ignorancia hace á los hombres atrevidos, y la reflexión prudentes. Claro está, pues, que no es sólo la ignorancia, sino el cariño que tu ciencia me inspira, la causa de mi atrevimiento. Pásalo bien.

(1) Luciano escribió este discurso en su juventud, á poco de su llegada de Roma, y en él manifiesta ya sus felices disposiciones para la sátira, en que tanto se distinguió después.

(2) Libro II, cap. XL.

UN AMIGO Y LUCIANO.

1. AMIGO.—¡Qué grave y qué engreído has vuelto de tu viaje! No te dignas ya mirarnos, ni reunirte á nosotros, ni mezclarte en nuestras conversaciones; sino que de pronto has cambiado y apareces con un aire soberanamente desdeñoso! Tendría mucho gusto en saber de dónde te ha venido esa arrogancia, y qué ha motivado todo eso.

LUCIANO.—¿Qué otra cosa puede ser, oh compañero, sino la satisfacción?

AMIGO.—¿Qué dices?

LUCIANO.—Por de pronto, heme aquí dichoso, feliz, mil veces feliz (1), como se dice en la escena.

AMIGO.—¡Por Hércules, en tan poco tiempo!

LUCIANO.—Sí, en verdad.

AMIGO.—¿Y qué satisfacción tan grande es esa de que tan ufano estás? Pero no me des esa agradable nueva así, en conjunto, pues deseo oír todos los detalles y enterarme bien de lo ocurrido.

LUCIANO.—¿No te parece ¡por Júpiter! cosa en extremo admirable, que de esclavo me haya convertido en libre, de pobre en rico, y de ignorante y fátuo en modesto y mesurado?

2. AMIGO.—Mucho que sí. Mas todavía no comprendo bien qué es lo que dices.

LUCIANO.—Hice un viaje á Roma con el deseo de ver á un médico oculista, porque mi padecimiento de este ojo se agravaba de más en más.

(1) Literal: τρισόλβιος, tres veces feliz.

AMIGO.—Lo supe, y te deseaba que dieses con uno bueno.

LUCIANO.—Allí determiné saludar á Nigrino, el filósofo platónico, á quien no había visto en mucho tiempo; al efecto, me levanté temprano una mañana, fuí á su casa, llamé á la puerta, me anunció el muchacho y pasé adelante. Una vez dentro, me lo encontré con un libro en la mano y rodeado de muchos retratos de sábios antiguos. En medio de la habitación había un tablero lleno de figuras de geometría y una esfera de cañas (1) hecha, á lo que parecía, para representar el universo.

3. Después de darme un abrazo con el mayor cariño, me preguntó qué era de mi vida; yo le dí cuenta de todo, y á mi vez quise saber lo que él hacía y si pensaba volver de nuevo á Grecia. Apenas, amigo mío, empezó á hablar sobre esto y á exponer su pensamiento, esparció sobre mí tal ambrosía de palabras, que ni las sirenas, si las hubo, ni los ruiseñores, ni el mismo loto de Homero podrían igualársele en dulzura (2): tan divinamente hablaba.

4. Vino luego á hacer el encomio de la filosofía y de la libertad que ella proporciona, y á mofarse de lo que la generalidad estima como bienes, esto es, de la riqueza, de la gloria, del poder, de los honores, del oro, de la púrpura y de todas esas cosas que tan apete-

(1) σφαῖρα καλαμου, sphæra ex arundine. A estas esferas, que nosotros podemos llamar armilares, las denominaban los Griegos, según J. Brodaeus, κρικωτοί, *anulares*, formadas con *anillos ó aros*.

(2) Literal: ἀρχαῖον ἀποδείξει, mostrar como cosa antigua, dejar atrás. Podría, pues, traducirse con más sujeción á la letra: que haría viejo (que haría olvidar) las sirenas, etc.—Sobre la dulzura del loto homérico, véase *Odysea*, ix, 84 y siguientes; y xii, 39 y siguientes.

cibles son para la mayor parte y que también entonces lo eran para mí. Yo, escuchando sus palabras con ánimo atento y sincero, no podía apreciar por el momento lo que sentía, y perplejo y confundido me dejaba arrebatado por toda clase de impresiones. Tan pronto me condolía de que se vituperasen cosas tan queridas para mí, las riquezas, la plata, la gloria y no me faltaba sino llorar por el desprecio que de ellas se hacía, como, por el contrario, se me figuraban viles en realidad y ridículas, y sentía un gran placer, como si del vapor tenebroso de mi vida de antes saliese al aire libre y percibiese una gran luz (1). De suerte, y esto es lo más raro, que me olvidé del ojo y de la enfermedad que en él tenía, y fuí adquiriendo poco á poco mayor penetración de vista con el alma, á la cual, hasta ahora, sin darme cuenta de ello, había llevado á ciegas por todas partes.

5. Y así llegué al estado que poco há me reprochabas. Su discurso me ha infundido tal arrogancia y sublimidad, que absolutamente no pienso ya en nada pequeño. Yo creo que me ha ocurrido con la filosofía lo que dicen que les sucede á los indios con el vino cuando por primera vez lo beben: ardientes por naturaleza, apenas prueban una bebida tan fuerte, se apodera de ellos el furor báquico y se enloquecen en doble grado que cualesquiera otros. Así me tienes á mí enajenado también y como ébrio con sus palabras.

AMIGO.—Eso no es estar ébrio, sino ser sóbrio y sensato. Pero yo quisiera, si es posible, oír sus mismas palabras. No es lícito, pues, en mi opinión, hacer caso omiso de ellas, mayormente siendo amigo y aficionado á estas cosas quien desea escucharlas.

(1) Imagen tomada, aunque no con sus mismas palabras, de la *República* de Platón, lib. vi.

LUCIANO.—No tengas cuidado, mi buen amigo, que, según aquello de Homero (1), «excitas á quien está deseando hacerlo,» y si no te hubieses anticipado, te habría rogado yo que me escuchases; porque quiero que seas testigo ante los demás de que no sin razón estoy entusiasmado. Aparte de que me es muy dulce recordarlas con frecuencia y he hecho de esto mi habitual ejercicio, pues aun estando solo las repito en mi interior dos ó tres veces al día.

7. Como los amantes, cuando no está presente el objeto de su amor, recuerdan sus actos y sus dichos, y entretenidos con esto alivian su malestar como si estuviesen á su lado, y creen hablarles y gozan tomando por respuestas palabras que antes oyeran, y embebida el alma en la memoria de lo pasado no tienen tiempo de entristecerse con el presente; así yo, en ausencia del filósofo (2), recojo las palabras que en un tiempo le oí, y repasándolas en mi interior, recibo un gran consuelo. Y enteramente, cual si en noche tenebrosa cruzase el piélago, le miro como un faro; pienso que aquel varón insigne está presente á cuanto hago; que estoy oyendo sus palabras, y á veces, sobre todo cuando reconcentro mi espíritu, se me aparece su imagen, y perciben mis oídos el eco de su voz; porque, como dice el Cómico (3), «dejó clavado un aguijón en el alma de los oyentes».

8. AMIGO.—Basta, hombre admirable; retrocede un poco y recítame ya, tomándole desde el principio,

(1) *Iliada*, VIII, 293, y *Odisea*, XXIV, 487.

(2) Literalmente: φιλοσοφίας οὐ παρουσίας, ausente la filosofía; es decir, el filósofo por excelencia.

(3) Eupolis.—Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, lib. XII, capítulo XL, cita estas palabras de Eupolis, referentes á Pericles, orador elocuentísimo.—En el mismo sentido y con iguales términos se expresa Cicerón, *De oratore*, III, 34.

ese discurso; que me estás atormentando más de lo regular con tantos rodeos.

LUCIANO.—Tienes razón: así debo hacerlo. Pero permíteme, compañero: ¿has visto alguna vez esos malos actores, trágicos y, ¡por Júpiter! cómicos también; esos, digo, que son silbados, que destrozan las obras y que al fin son echados de la escena, aunque los dramas sean buenos muchas veces y hayan obtenido el premio?

AMIGO.—Muchos conozco de esa estofa. Mas ¿á qué viene eso?

LUCIANO.—Temo parecerte uno de esos ridículos actores, exponiendo sin orden las ideas ó adulterando á veces el sentido por insuficiencia mía, y que esto te induzca insensiblemente á condenar el discurso mismo. Por lo que á mí hace, no lo sentiría gran cosa; pero tendría un gran pesar si por mi culpa fracasase ó desmereciese la obra.

9. Acuérdate, pues, durante toda mi recitación, de que el poeta es irresponsable de las faltas del actor, porque está sentado en cualquiera parte lejos de la escena y no interviene en nada de lo que en el teatro se hace. Por lo demás, te daré una prueba de lo buen comediante que soy, al menos por la memoria, ya que en otra cosa no me diferencie en nada de un anunciador de tragedia. Por tanto, si algo de lo que diga te pareciere defectuoso, ten por cierto desde luego que ello era mejor, y que seguramente el autor lo dijo de otra manera. En cuanto á mí, si me silbas no lo llevaré á mal.

10. AMIGO.—¡Magnífico! Por Mercurio, que has hecho un exordio ajustado á la ley de los retóricos. Añadirás también seguramente que vuestro coloquio fué de corta duración; que no vienes preparado para hablar; que sería mejor oírle á él mismo, y que no has

logrado retener en la memoria sino muy pocas cosas y como te fué posible. ¿No es esto lo que dirías? Pues no lo has menester para conmigo: haz cuenta que has dicho todo lo concerniente al preámbulo, y ya me tienes dispuesto á aclamarte y aplaudirte. Mas si tardas, me pronunciaré en tu contra y te daré una gran silba.

11. LUCIANO.—Todo eso, efectivamente, que dejas indicado, lo quería yo decir; y además, que yo no relataré todo lo que él trató en un discurso continuado y con el orden que él lo dijo, porque esto me sería de todo punto imposible; ni le atribuiré tampoco mis palabras para no parecerme también en esto á aquellos actores que con frecuencia se disfrazan de Agamemnon, de Creón ó de Hércules, se visten con trajes de oro, miran de una manera terrible, abren mucho la boca, y luego hablan con voz escasa, débil, mujeril, y mucho más sumisamente que Hécuba y Polyxena. Para que no me arguyas, pues, de haber tomado una máscara mayor que mi cabeza y de deshorrar mi atavío, quiero hablarte con la cara descubierta; y de este modo, si sufro una caída, no arrastraré conmigo al héroe que represento.

12. AMIGO.—Este hombre no va á acabar en todo el día de hablarme de actores y de tragedias.

LUCIANO.—Sí; ya acabo y entro desde luego en materia. El principio de su discurso fué un elogio de Grecia y de los Atenienses, que habituados á la filosofía y á la pobreza, no miran bien ni al ciudadano ni al extranjero que pretende introducir el lujo entre ellos. Antes bien, si alguno tocado de este vicio llega á la ciudad, le transforman poco á poco; corrigen sus costumbres, y lo reducen á la pureza de vida que ellos hacen.

13. Hizo mención, al efecto, de uno de esos rica-

chones á quienes sobra el oro, que habiendo llegado á Athenas con gran ostentación, abrumado por una inmensa turba de acompañantes y vestido de brocado y de oro, creyó, sin duda, ser la envidia de todos los Atenenses y aparecer ante ellos como un hombre dichoso. Los Atenenses, muy al contrario, le tuvieron por un pobre hombre, digno de lástima, y se propusieron educarle, pero no de una manera violenta, ni oponiéndose absolutamente á que viviese según su gusto, puesto que estaba en una ciudad libre; sino que como á veces molestase en el gymnasio y en los baños oprimiendo y estrechando con sus numerosos siervos á los que pasaban, decía uno á media voz, haciendo que se recataba y como si no se dirigiese á él: «Sin duda teme que le maten en el baño; aquí reina perfecta paz y no es preciso venir con un ejército.» Él lo oía, y así se fué enmendando. Igualmente le hicieron abandonar aquellos trajes abigarrados y de púrpura, burlándose muy cortésmente del brillo y variedad de sus colores: «Ya vino la primavera,» decían, «¿De dónde ha salido este pavo real?» «Acaso sea la ropa de su madre;» y otras cosas semejantes. Así también pusieron en ridículo todo lo demás: el gran número de sortijas, el exquisito esmero del peinado, el desarreglo de la vida; de suerte que poco á poco entró por el camino de la moderación y de la sabiduría y se volvió mucho mejor, aleccionado por todo el pueblo.

14. Para probar que los Atenenses no tienen reparo en confesar su pobreza, me citó una frase que dijo haber oído pronunciar á todos en común en las fiestas panatheneas. Fué preso un ciudadano y conducido ante el presidente por haberse presentado en los juegos con un traje de color (1). Todos al verle se

(1) Estaba prohibido presentarse con ciertos trajes en estas fiestas, consagradas á Minerva, la más casta de las diosas.

compadecieron de él é intercedieron en su favor; y como anunciase el heraldo que había faltado á la ley por ir al espectáculo vestido de aquel modo, todos á una voz, y como si se hubieran puesto de acuerdo, gritaron que se le perdonara si llevaba aquel traje, porque no tenía otro. Esto merecía sus elogios, y lo mismo la libertad que aquí reina, la vida exenta de rivalidades y de odios, la tranquilidad y el sosiego de que plenamente se disfruta. Me decía que este género de vida es conforme á la filosofía, á propósito para conservar la pureza de las costumbres y el más adecuado y conveniente al hombre serio que ha aprendido á despreciar las riquezas y que se ha propuesto vivir con arreglo á lo que por naturaleza es bueno y honesto.

15. El que ama la riqueza; el que está deslumbrado por el oro y mide la felicidad por la púrpura y el poderío; el que nunca ha gustado la libertad, ni experimentado la franqueza, ni visto la verdad, sino que se ha nutrido constantemente en la adulación y el servilismo; el que entregado en cuerpo y alma á los placeres, se propuso rendirles exclusivo culto y se deleita con opíparos banquetes, dándose á la bebida y á la sensualidad, lleno de imposturas, de fraudes y de mentiras; el que se recrea oyendo, al són lascivo de la cítara y de otros instrumentos, canciones corruptoras, ése, sólo ése, podrá encontrar en Roma la vida que le conviene.

16. Para hombres de esta clase, están llenas de objetos muy queridos todas las calles y todas las plazas; por todos los sentidos les es dado aspirar el placer, por la vista, por el oído, por el olfato; y también para la gula y la voluptuosidad encuentran á cada paso poderosos incentivos; como por un río de constante y rápida corriente, están todas las calles inun-

dadas; y con sus aguas turbulentas penetran á la vez el adulterio, la avaricia, el perjurio y multitud de pasiones; anegada el alma por do quiera, piérdese el pudor, la virtud, la justicia; y el suelo abandonado por ellas y lleno siempre de fango (1), produce en abundancia los más groseros apetitos. Tal decía que era la ciudad y tales los bienes que nos ofrece.

17. Yo, decía, cuando al regresar de Grecia me encontré ya cerca de Roma, me detuve y me pedía á mí mismo cuentas de por qué volvía aquí, recitando aquel verso de Homero (2):

Por qué, infeliz, la luz abandonando,

es decir, Grecia, aquel bienestar, aquella libertad, «vienes á ver» aquí la confusión, los sycophantas, los saludos soberbios, los convites, los aduladores, los asesinatos, la espectación de testamentos y las amistades fingidas? ¿Qué piensas hacer, no pudiendo retroceder ya, ni amoldarte tampoco á estas costumbres?

18. Reflexionando de esta suerte y apartándome á mí mismo, como apartaba Júpiter á Héctor, según Homero (3):

De los dardos, el polvo y la matanza
y de la sangre y bélico tumulto,

determiné retraerme para lo sucesivo en mi casa; y prefiriendo esta vida, que á los más parece femenil y tímida, me consagro á la filosofía, á Platón y á la ver-

(1) Leemos ὕλης, *materia*, ó ἵλυος, *cieno*, en vez de δέλψης, *sed*. Véanse las anotaciones á la edición bipontina de Hemsterhuys, pág. 251.

(2) *Odysea*, XI, 93 y 94.

(3) *Iliada*, XI, 163 y 164.

dad. Constituído aquí, como en un teatro concurridísimo, contemplo desde alto los sucesos, de los cuales unos me producen delectación y risa, así como otros son prueba segura del hombre verdaderamente fuerte.

19. Porque, si es lícito hacer elogio de lo malo, ten entendido que no hay mayor ejercicio de la virtud, ni prueba más cierta del alma, que esta ciudad y la vida que en ella se hace. No es, en efecto, poca cosa resistir á tantos deseos, á tantos alicientes como por todas partes atraen y seducen la vista y el oído. Es necesario, pues, á imitación de Ulyses (1), navegar con decisión (2); no ciertamente atadas las manos, porque implica cobardía, ni tapados los oídos con cera, sino libre enteramente, oyéndolo todo y despreciándolo con energía.

20. No se puede menos (3) de admirar la filosofía cuando se compara con ella tanta locura, ni dejar de despreciar los bienes de la fortuna cuando se ve, como en la escena y en un drama de muchos personajes, al esclavo convertido en señor; al rico, en pobre; al mendigo, en sátrapa ó Rey; á éste, amigo; á aquél, enemigo; al otro, desterrado. Y lo más raro es que cuando la fortuna atestigua que toma á juego las cosas de los hombres y confiesa que nada hay seguro, y ellos lo están viendo diariamente, todos, sin embargo, se afanan por la riqueza y por el poder, y andan llenos de esperanzas que nunca llegan á realizarse.

21. Te dije que había cosas que hacían reír y que divertían el ánimo, y de ellas voy á hablarte ahora.

(1) *Odisea*, XII, 47 y siguientes.

(2) Literal: ἀτεχνῶς, *sin artificio, con sinceridad*.

(3) Literal: Ἐνεστι δὲ καί, *puédese también*.

¿Cómo no han de dar que reir esos ricos que ostentan la púrpura y muestran los anillos de sus dedos y hacen otras muchas sandeces? Y lo más absurdo es que saludan con voz ajena á los que se encuentran (1), y tienen la pretensión de que éstos se den por muy contentos sólo con que ellos les miren. Otros, más fastuosos, se dejan adorar, no de lejos, ni como se acostumbra entre los Persas, sino que es preciso acercarse á ellos, prosternarse, y humillada el alma y revelando esta humillación en la actitud del cuerpo, besarles el pecho ó la mano derecha, lo cual mueve á envidia y excita la admiración de los que no han alcanzado honra tan grande. Así permanecen prestándose por largo tiempo á este mentido homenaje. Y en medio de todo, aplaudo su misantropía, que no consiente que les besemos la boca.

22. Mucho más ridículos que éstos son los que les siguen y cortejan: se levantan á media noche, recorren de extremo á extremo la ciudad, son echados de todas partes con malos tratamientos por los siervos, y aguantan que se les llame perros, aduladores y otras cosas semejantes. El premio de este desagradable paseo es una comida más desagradable todavía y que les origina muchos males. Después de haber comido, después de haber bebido más de lo razonable (2) y hablado de lo que no convenía, se marchan al fin re funfuñando, de mal humor, censurando la comida, murmurando de la insolencia ó tacañería del patrono, y llenando de vómitos las esquinas y de disputas los lupanares. La mayor parte, cuando ya en pleno día van á acostarse, tienen que llamar al médico, y

(1) Alude á los esclavos *nomenclatores*.

(2) Literal: *πρὸς γνώμην*, fuera de opinión, contra ó más allá de lo que esperaban.

algunos, cosa más nueva, ni aun tienen tiempo de ponerse enfermos (1).

23. Yo, en verdad, tengo á los aduladores por mucho más bellacos que aquellos á quienes adulan, y los considero casi como los únicos causantes de la soberbia de éstos. Cuando admiran su opulencia y alaban el oro y llenan desde muy de mañana los atrios de sus casas, y al acercarse á ellos les hablan como á señores, ¿qué pensamientos han de ser los suyos? Si de común acuerdo, y aunque fuese por poco tiempo, se abstuviesen de esta voluntaria servidumbre, ¿no crees tú que, trocados los papeles, vendrían los ricos á las puertas de los pobres rogándoles que no dejaran su dicha sin espectadores y sin testigos, ni infructuosa é inútil la elegancia de sus mesas, ni la magnificencia de sus casas? Porque en tanto aman las riquezas, en cuanto piensan que por ellas los juzgan dichosos; y, en este sentido, de nada sirve un espléndido palacio á quien lo habita, ni el oro, ni el marfil, si no hay quien lo admire. Convenía, pues, abatir y rebajar (2) su poder, oponiendo á las riquezas el valladar del desprecio; y no que ahora, rindiéndoles culto, los llevan hasta la locura.

24. Que esto lo hagan hombres rudos y que públicamente confiesen su ignorancia, es hasta cierto punto tolerable; pero que también lo hagan, y aun cosas más ridículas, los que presumen de filósofos, es ignominioso. ¿Qué impresión piensas que experimenta mi alma cuando veo á uno de esos, sobre todo de los que ya son viejos, mezclado con la turba de aduladores,

(1) Véase acerca de las visitas matutinas de los clientes á sus patronos y de las humillaciones por que tenían que pasar, Séneca, *De la brevedad de la vida*, xiv; Juvenal, *sátira v*; etc.—Véase también *El sueño ó el gallo* y *De los que están á sueldo*.

(2) ἀπειρωνίζω, vender ó comprar á bajo precio, hacer baladí.

ó á alguno que ejerce dignidad, haciendo de satélite y conversando con los que convocan al banquete, señalándose y distinguiéndose entre todos por el traje? Lo que me indigna sobremanera es que no cambien de vestido, ya que por lo demás desempeñan en la función el mismo papel que los otros.

25. Y, por su conducta en los convites, ¿con cuál de los aduladores podremos compararlos? ¿No se atiborran groseramente, y se embriagan con el mayor descaro, y se levantan los últimos, y se creen con derecho á llevarse más que los otros? (1) Los más comedidos avanzan muchas veces hasta cantar. Esto es lo que Nigrino consideraba irrisorio. Después hizo mención con especialidad de los que filosofan por un salario y ponen á la venta la virtud como en un mercado: á las escuelas de éstos las llamaba talleres y tabernas (2); estimaba, pues, muy digno que el que enseña á menospreciar la riqueza debe ser el primero en mostrarse superior á la ganancia.

26. Así, en efecto, lo hacía él, no sólo conversando gratuitamente con los que querían oírle, sino socorriendo á los necesitados y despreciando en absoluto la opulencia. Tan no desea lo que no le pertenece, que ni siquiera cuida de sus propias cosas, y las deja perder: no lejos de la ciudad tiene una posesión que, después de muchos años, no se ha dignado visitar todavía, ni aun conviene en tener dominio sobre ella, reflexionando, á lo que yo pienso, que no somos dueños por naturaleza de ninguna cosa, sino que teniéndolas en usufructo por ley ó por herencia y por tiempo indeterminado nos consideramos señores de ellas,

(1) Lo que sobraba de la comida lo llevaban los convidados á sus casas.

(2) *καπηλεία*, tienda ó comercio al por menor.

hasta que, cumplido el plazo, que es sólo de breves días, pasan á poder de otro que las disfruta con el mismo título (1). Ofrece además nuestro filósofo, para los que quieran imitarle, no pocos ejemplos de sobriedad en la comida, moderación en los ejercicios, modestia en el semblante, sencillez en el vestido, y sobre todo esto, de igualdad de carácter y afabilidad de trato.

27. Recomendaba á los que solían oírle que no difiriesen las buenas obras, como hacen algunos que marcan la época de las fiestas ó de las solemnidades públicas para empezar desde entonces á no mentir y á obrar como es debido; porque el hacer bien, decía, no debe retardarse. Era también muy explícito en censurar á aquellos filósofos que juzgan preparación conveniente para la virtud el someter á los jóvenes á ejercicios violentos y penosos, como mandarles atar ó azotarlos, y si eran bien parecidos, desfigurarles el rostro con un hierro (2).

28. Opinaba que antes que todo era menester dotar al alma de esa fortaleza é impasibilidad; y que el que se propone educar bien á los hombres, debe atender por igual al alma, al cuerpo, á la edad y á la educación anterior, para no incurrir en tacha recargando á los alumnos más de lo que sus fuerzas consientan. Muchos, añadía, han muerto á consecuencia de ese tratamiento tan irracional. Y yo ví á uno que, habiendo experimentado esos males, apenas oyó la verdadera doctrina huyó de allí, sin volver siquiera la

(1) Horacio, Sátira II del libro II, se expresa en el mismo sentido y casi con los mismos términos.

(2) Los filósofos y los sofistas castigaban duramente á sus discípulos para habituarlos á la resignación y á la austeridad, y hasta les imponían verdaderos tormentos, la privación, la tortura y el fuego, como pruebas ó grados diversos para la iniciación en los misterios de la ciencia.

cara, en busca de Nigrino, y era de ver cuán fácilmente se repuso.

29. Dejando á los filósofos, habló de otra clase de hombres, é hizo mención de los tumultos de la ciudad, de las contiendas de los ciudadanos, de los teatros, del hipódromo, de las estatuas elevadas á los aurigas, de los nombres de los caballos y de las conversaciones que acerca de ellos eran frecuentes en los corrillos; porque la manía de los caballos es realmente general y ha invadido á muchos que se tienen por hombres serios.

30. Después de esto, tocó el punto de lo referente á funerales y testamentos, haciendo notar que la única palabra de verdad que los Romanos profieren en toda su vida es la que consignan en el testamento, por no experimentar los efectos de su veracidad (1). Mientras esto decía, me estaba tentando la risa, porque pretenden sepultar consigo su ignorancia, y confirman por escrito su estupidez, encargando los unos, que se quemem con ellos sus vestidos ó alguna otra cosa de las que en vida más estimaran; los otros, que permanezcan junto á sus tumbas algunos de sus esclavos; y algunos, que coronen de flores sus sepul-

(1) Este pasaje ha dado lugar á muy diversas interpretaciones, bajo el doble punto de vista gramatical y lógico. Nosotros lo hemos traducido como se nos ha alcanzado, en vista de la variedad de opiniones; pero para satisfacción del lector lo transcribimos textualmente, y remitimos al que quiera ilustrar su juicio á las anotaciones de Hemsterhuis y Reitz, edición bipontina de 1789, págs. 273 á 279 del tomo I.

Μετὰ δὲ ταῦτα, ἑτέρου δράματος ἤπτετο τῶν ἀμφὶ τὴν νεκυτάν τε καὶ διαθήκας καλινδουμένων, προστιθεὶς, ὅτι μίαν φωνὴν οἱ Ῥωμαίων παῖδες ἀληθῆ παρ' ὄλον τὸν βίον προΐενται, τὴν ἐν ταῖς διαθήκαις λέγων, ἵνα μὴ ἀπολαύσῃ τῆς σφετέρως ἀληθείας.

eros, continuando siempre necios aun despues de la muerte.

31. Infería, pues, de aquí lo que habrían hecho en vida, cuando tales encargos dejaban para después de su muerte. Estos, decía, son los que compran los manjares más costosos, y vierten en los convites el vino mezclado con azafrán y aromas; los que se cubren de rosas en el invierno y las desean tan sólo cuando son raras y fuera de estación, desdeñándolas como viles cuando en su tiempo y por naturaleza se producen; éstos son los que hasta beben vinos perfumados con esencias. Y por lo que más les denigraba es porque ni aun saben gozar de los placeres, sino que excediéndose en ellos, confundiendo sus límites y entregándose por entero á las delicias, se dejan avasallar por ellas, y, como se dice en las tragedias y comedias, marchan tan precipitadamente que se dejan atrás la puerta. A esta manera de entender los placeres le llamaba *solecismo*.

32. Siguiendo el parecer, y empleando la misma frase de Momo (1), que censuraba al dios que formó el toro por no haberle puesto los cuernos delante de los ojos, acusaba Nigrino á los que usan las coronas de ignorar el punto en que debieran colocarlas; pues si les place, decía, el olor de las violetas y de las rosas, convendría que se coronasen por debajo de la nariz, lo más cerca posible del olfato para aspirar la mayor cantidad de placer.

33. Asimismo se burlaba de los que ponen un especial esmero en las comidas, afanándose por la variedad de las salsas y la rareza y novedad de las confituras. Decía que se tomaban muchos cuidados

(1) Dios de la risa y de la burla, llamado por Hesiodo hijo de la noche.

por satisfacer un gusto brevísimo, instantáneo; que se empeñaban en tan arduo trabajo sólo por cuestión de cuatro dedos, que es la mayor extensión que mide la garganta más larga de un hombre. En efecto: antes de comerlos, ningún placer reciben de esos manjares á tan altos precios adquiridos; y una vez engullidos, tampoco es más dulce el hartazgo porque los platos sean de los más costosos; por manera que todo el goce de tales viandas compradas á peso de oro, queda reducido al momento preciso en que pasan desde la boca al estómago. Y es natural, añadía, que les suceda eso, porque en su ignorancia no conocen los verdaderos placeres, que son los que la filosofía prodiga á los que prefieren trabajar.

34. También habló mucho de lo que pasa en los baños, de la multitud de concurrentes, de las insolencias que se cometen, de los que van apoyados en los esclavos y poco menos que llevados á cuestas. Pero lo que más parecía repugnarle, y es cosa muy común en la ciudad y en los baños, es que vayan algunos siervos delante de sus señores avisándoles á gritos que miren donde ponen los pies, si han de bajar una altura ó subir una pendiente, y, cosa por demás extraña, recordándoles que van andando. Se le hacía, en efecto, muy chocante que no necesiten de la boca ni de las manos de otro para comer, ni de los oídos para oír, y se valgan sin embargo de ojos ajenos, estando en cabal salud, para mirar por sí, y tengan la calma bastante para escuchar las voces, que serían tan sólo convenientes á hombres lisiados y ciegos. Y esto lo hacen en la plaza pública y en medio del día, aun aquellos á quienes está confiado el gobierno de las ciudades.

35. Después de haber dicho esto y otras muchas cosas más, puso fin á su discurso. Yo, mientras estuvo

hablando, le escuchaba atónito, temiendo por instantes que callase. Luego que cesó, experimenté la misma sensación que en otro tiempo los Pheacios (1). Por largo tiempo permanecí como encantado, mirándole fijamente; después una gran perturbación, un vértigo se apoderó de mí; el sudor corría por todo mi cuerpo; quise hablar, pero me desvanecí y me quedé cortado, y hasta me faltó la voz y tartamudeaba mi lengua; por último, sin saber lo que me hacía, me dí á llorar. No me afectó ciertamente de una manera superficial y leve su discurso: el golpe fué enérgico y á tiempo (2): sus palabras, dirigidas con rara habilidad, atravesaron, por decirlo así, toda mi alma. Y si es lícito que yo también me adapte al lenguaje de los filósofos, he aquí mi pensamiento acerca de este asunto.

36. En mi concepto, el alma de un hombre de buena índole se asemeja á un blanco muy sensible. Los tiradores son muchos en la vida y con las aljabas bien provistas de discursos de todas clases y géneros; pero no todos manejan con acierto el arco: los unos, por estirar demasiado la cuerda, disparan con más fuerza de lo que es menester, y las flechas, aunque bien dirigidas, no se quedan en el blanco, sino que lo atraviesan con violencia y pasan adelante y dejan solamente una herida abierta en el alma. A otros les sucede lo contrario: por debilidad ó poca tensión del arco, no llegan los dardos á su objetivo, sino que, perdido el impulso, caen muchas veces á la mitad del trayecto, ó si por acaso llegan, le tocan muy superficialmente y no producen una herida profunda, porque no fueron despedidos con el vigor suficiente.

(1) *Odysea*, xi, 333 y 334. Se refiere á la admiración con que los Pheacios escuchaban las aventuras de Ulyses.

(2) Literal: βαθεῖα δὲ καὶ καιρῖος ἡ πληγὴ ἐγενετο: la herida fué profunda y mortal (oportuna).

37. Pero un buen tirador, como lo es Nigrino, observa primero con atención si el blanco es excesivamente blando ó muy resistente á los dardos, porque los hay también invulnerables. Y una vez cerciorado, untando las saetas no con veneno, según hacen los Scytas, ni con jugo de adormideras, como los Curetes, sino con un bálsamo ligeramente corrosivo y á la vez suave, dispara con seguridad. El dardo despedido con el impulso conveniente, penetra hasta clavarse, permanece allí vertiendo gran cantidad de ese bálsamo, que esparcido en todas direcciones baña por completo al alma. Por eso los que le escuchan se deleitan y conmueven hasta el punto de llorar, como á mí me sucedió al difundirse el bálsamo insensiblemente por mi alma. Tentado estuve por dirigirle las palabras del poeta (1):

Lanza tus flechas é ilumina al mundo

Mas así como no arrebatara el furor á todos los que oyen la flauta phrygia, sino á aquellos solamente de quienes Rhea se ha apoderado, en los cuales la melodía despierta el entusiasmo; así tampoco se exaltan y salen heridos todos los que escuchan á los filósofos, sino aquellos únicamente en cuya naturaleza existe algo de común con la filosofía.

38. AMIGO.—¡Qué cosas me has contado, amigo mío, tan magníficas, tan admirables, tan divinas! No sospechaba que tan saturado estuvieses de ambrosía y de loto. Mientras hablabas, sentía no sé qué en el

(1) Parodia de Homero: *Iliada*, VIII, 282. Hermosilla traduce:

«..... certero
Lanza tus flechas, y á la hueste aquiva (al linaje humano)
Aurora de salud tu brazo sea.»

Véase BIBLIOTECA CLÁSICA, tomo I.

alma; y ahora que has concluído, me siento acongojado, y para usar de tus mismas palabras, herido. No es de extrañar; ya sabes que no sólo rabian los que son mordidos por perros rabiosos, sino que todos los demás á quienes éstos muerden cuando están con la rabia, se ponen en el mismo estado y pierden igualmente la razón. Con la mordedura se comunica algo del mal; la enfermedad se desarrolla, y así por transmisión se propaga la locura.

LUCIANO.—¿Luego confiesas que tú también te has impresionado?

AMIGO.—Sí, en verdad; y te ruego que arbitres algún remedio que á los dos pueda curarnos.

LUCIANO.—Será preciso hacer lo que Telepho (1).

AMIGO.—Qué?

LUCIANO.—Ir al que nos ha herido y pedirle que nos cure.

(1) Telepho, Rey de Mysia, fué herido por Aquiles; é instruído por el oráculo de que sólo podría curarle el mismo que le hirió, se presentó en el campo de los Griegos, los cuales á su vez sabían por un oráculo que sin su ayuda no llegarían á apoderarse de Troya, y Aquiles le curó con las raspaduras del moho de la misma flecha que le causó la herida.

IV.

DEL JUICIO DE LAS VOCALES.

La Σ acusa á la T , ante el Tribunal de las Vocales, de haberle usurpado el puesto en gran número de palabras, con infracción manifiesta de la ley; de haber expulsado de su asiento á otras varias letras y ocupado sin derecho alguno su lugar, y de atentar contra los mismos hombres perturbando y confundiendo su lengua. Por todo lo cual pide, ya que su forma es la de una cruz, que se la condene á muerte clavada en su propia figura (1).

1. En el Arcontado de Aristarco Phalereo (2), á siete de octubre, la SIGMA demanda en juicio á la TAU, ante las siete Vocales, por violencia y robo en sus posesiones, alegando que ha sido despojada de todas aquellas voces que se pronuncian con la doble TAU.

2. «Oh jueces Vocales, mientras la TAU, aquí presente, lastimó en cosa leve mis derechos, abusando de lo que me es propio y entrometiéndose en lo que

(1) Se ignora en qué tiempo escribió Luciano este juguete; pero, en sentir de los comentadores, debe atribuirse á los primeros años de su juventud.

(2) Aristarco, el célebre crítico de los poemas de Homero, nació en Samothracia y vivió en Alejandría. Luciano debía saberlo, y sólo por donaire pudo hacerle natural de Phalereo, así como le investió con la dignidad de Arconte.

no debe, sufrí con paciencia el quebranto, y procuraba no oír lo que se decía, por el comedimiento que sabéis he guardado siempre con vosotras y con las demás letras. Pero cuando á tal punto lleva su ambición y su demencia que, no contenta con lo que muchas veces le he consentido, insiste más y más en su injusticia, me veo en la necesidad de acusarla hoy ante vosotras, que á entrambas nos conocéis. Me infunde á la verdad no poco miedo esta opresión con que trata de estrecharme, pues añadiendo cada día nuevas injurias á las que ya me ha inferido, acabará por lanzarme de mis dominios paternos, y á poco más, reducida casi al silencio, dejaré de figurar entre las letras, quedando simplemente como un mero sonido.

3. »Importa, pues, que no sólo vosotras, que ahora nos juzgáis, sino todas las demás letras se aperciban contra este abuso; pues si á todas les fuese lícito pasar cuando y como quisieren de la clase en que están á la ajena, y esto lo toleraseis vosotras sin las que nada absolutamente puede escribirse, no veo de qué manera podrían subsistir estas clases, ni conservarse las leyes en virtud de las cuales desde un principio se constituyeron y ordenaron. Pero ni creo que vosotras lleguéis á tal extremo de incuria y negligencia que consintáis una cosa tan fuera de razón, ni yo, aunque vosotras cedieseis en la demanda, dejaría por eso de reclamar mis derechos vulnerados.

4. »Así se hubieran reprimido las demasías de las otras, desde el momento en que comenzaron á barrenar la ley: no estarían en guerra aún hoy la LAMDA y la RHO, disputando sobre las voces *κίσσηρις*, *piedra pómex*, y *κεφαλαργία*, *dolor de cabeza* (1); no contendría la

(1) Los Aticos pronunciaban *κίσσηλις* por *κίσσηρις*, y *κεφαλαργία* por *κεφαλαλγία*.

GAMMA con la CAPPÀ, ni se hubieran ido á las manos muchas veces y casi bataneándose á puñadas por *γναφεῖον*, *batán*, y *γναφάλον*, *tomento* (1), ni estaría la misma GAMMA en lucha con la LAMDA por haberle quitado ó, mejor, robado *μόγικς*, *apenas* (2). Todas las letras estarían en paz, y no se habría introducido esa ilegal confusión. Es muy justo, pues, que cada una permanezca en el puesto que le cupo en suerte: el ir más allá de donde se debe, es conculcar el derecho.

5. »El primero que nos fijó estas leyes, ya fuese Cadmo el insular, Palamedes el hijo de Nauplio, ó Simónides, á quien también algunos atribuyen este cuidado, no marcó solamente el orden de precedencia en que estamos colocadas, cuál la primera, cuál la segunda, sino que determinó á la vez los poderes y facultades que cada una de nosotras tiene. A vosotras, oh jueces, se os concedió la mayor honra, porque por vosotras mismas podéis formar sonido; siguen luego las semivocales, porque para dejarse oír necesitan de vuestro concurso, y asignóse el último lugar á aquellas que no tienen sonido alguno por sí solas. A vosotras, pues, os corresponde, oh Vocales, hacer que la ley se cumpla.

6. »Ahora bien: esa TAU,—no puedo llamarla con nombre más vil que el suyo propio (3),—que ¡viven los Dioses! ni siquiera sonaría si no fuera porque dos de vosotras, la ALPHA y la UPSILON, excesivamente buenas y muy sonoras, venís en su auxilio; esa TAU, digo, se ha atrevido á injuriarme con mayor osadía que ninguna otra, pues me ha privado de nombres y verbos

(1) Escríbese ordinariamente *κναφεῖον* y *κναφάλον*.

(2) *Μόγικς* y *μόλικς* se usan indistintamente.

(3) Alude á la palabra *σταυρός*, que supone derivada de *ταυ*, nombre de la letra T, y que significa cruz.

que eran de mi patrimonio, y despojádome también de conjunciones y preposiciones, en términos que no me es posible ya soportar su desmedida codicia. Pero tiempo es ya de que se diga desde cuándo y por dónde dió principio á sus ofensas.

7. »En cierta ocasión fuí á Cybelo (1)—ciudad pequeña y no fea, colonia, según dicen, de atenien-ses—en compañía de la fuerte RHO, mi excelente vecina. Alojéme en casa de un poeta cómico llamado Lysímaco (2), de origen beocio, á lo que á todas luces parecía, por más que él se empeñase en decir que era del centro del Atica. Allí, en casa de mi huésped, fué donde descubrí la codicia de la TAU. Cuando á las pocas palabras que cruzamos se atrevió á decir τετραράκοντα, *cuarenta*, privándome de una voz á que siempre estuve unida, creí que sería un exceso de confianza, disculpable en cierto modo tratándose de letras que nos hemos criado juntas; luego me quitó τήμερον, *hoy*, y otras semejantes, diciendo que le eran propias, y lo llevé también con paciencia sin darme por muy ofendida de ello (3).

8. »Pero cuando de aquí llevó su audacia á decir καττίτερον, *estaño*, κάττυμα, *suela*, πίτταν, *pez*, y ya con todo descaro pronunció βασίλιτταν, *reina*, me irrité sobre manera y me llené de cólera, temiendo que con el tiempo llamara también á los *higos* τῦκα en lugar de σῦκα. Perdonad, os lo pido por Júpiter, esta justa indignación á quien está desolada y destituída de todo amparo. No es pequeño ni común el riesgo de verse una despojada de palabras con quienes siempre estuvo en la mayor amistad y compañerismo. A la *hurraca*, κίσσαν, mi ave parlera, arrancada, por decirlo así, de mi re-

(1) Ciudad de Phrygia, según los comentadores.

(2) Luciano es el único autor que hace mención de este poeta.

(3) En vez de τεσσαράκοντα y σήμερον.

gazo, la llamó *κίτταν*. Me ha arrebatado la *paloma*, *φάσσαν*, juntamente con los *ánades*, *νήσσαις*, y los *mirlos*, *κοσσύφοις*, no obstante la prohibición expresa de Aristarco. Me ha llevado también no pocas *abejas*, *μέλισσας*. Penetró en el Atica, y de en medio de ella me robó, fuera de toda ley, el Hymeto, *Υμηττόν*, á ciencia y paciencia vuestra y de las otras sílabas (1).

9. »Pero ¿qué digo? Me ha desterrado de toda la *Thesalia*, dando en la flor de llamarla *Thetalia*; me ha puesto en entredicho todo el *mar*, *θάλασσαν*; no se ha abstenido ni aun de las *acelgas* de los huertos, *σεύτλων*, y, como suele decirse, no me ha dejado ni siquiera un *clavo*, *πάσσαλον* (2). Vosotras mismas tenéis pruebas de que soy una letra muy sufrida, pues que nunca me querellé de la ZETA que me tomó la *esmeralda*, *σμάραγδον*, y me quitó la *Smyrna* entera (3), ni de la XI que rompió nuestra *alianza*, *συνθήκην*, teniendo por auxiliar y cómplice en su empresa al historiador Thucydides (4). Lejos de eso, perdoné á mi vecina RHO, la cual, estando enferma, plantó cerca de sí los *mirtos*, *μυρρίνας*, y en un acceso de mal humor me dió un golpe en la *mejilla*, *κόρρης* (5). Así soy yo.

10. »Pero veamos cuán violenta es tambien la TAU con las demás letras, y cómo no ha respetado á ninguna, sino que á la DELTA, á la THETA, á la ZETA y á casi todas las ha atropellado. Llámese á las letras in-

(1) El Monte Hymeto, próximo á Atenas, célebre por su miel: Luciano supone que se llamaba Hymeso, *Υμησσόν*.

(2) Todas estas palabras se escriben y pronuncian áticamente con *τ* ó *ττ*, en vez de *σ* ó *σσ*.

(3) Pronunciando viciosamente *ζμαράγδον* y *Ζμύρνα*. Esta última se encuentra en muchas monedas.

(4) Thucydides y, en general, los Aticos escribían con *ξ* la preposición *συν*.

(5) Áticamente por *μυρσίνας* y *κόρσης*.

juriadas. Oid, jueces Vocales, lo que dice la DELTA: «Me ha quitado la *endelequia*, prefiriendo llamarla *entelequia*, contra toda ley» (1). Ved la ZHETA desesperada y mesándose el cabello (2), porque le ha privado de *κολοκύνθης*, calabaza (3); y á la ZETA, porque ya no le permite *silbar*, ni *tocar la trompeta*, ni siquiera *refunfunar* (4). ¿Cómo sufrir esto? ¿Qué pena será bastante para esta malvada TAU?

11. »Y no sólo menoscaba el derecho de las letras, que al fin son de su mismo linaje, sino que ataca también á los hombres, en tal manera, que no les permite usar rectamente de su lengua. Y al hablar, oh jueces, de los hombres y mencionar su *lengua*, *γλῶσσαν*, recuerdo que me ha quitado también esta palabra, diciendo *γλῶτταν* en lugar de *γλῶσσαν*, esa TAU verdadera calamidad de la lengua. Mas volviendo al objeto, defenderé á los hombres de las ofensas que les infiere. Se ha propuesto efectivamente torturar, entorpecer y pervertir su voz. Si uno, viendo una cosa que le agrada, quiere llamarla *hermosa*, *καλόν*, la *Tau* se interpone y le obliga á decir *ταλόν*, porque en todo quiere tener el primer lugar. Otro, á su vez, habla de un *prámpano*, *κλήματος*; y ¡cosa verdaderamente triste, *τλημον*! hace *τλημα* lo que era *κλημα*. Y no ultraja sólo á gente así como se quiera, pues hasta pone asechanzas al gran Rey, ante quien dicen que la tierra y el mar se inclinaron cambiando de naturaleza, y de *Κῶρου*, *Cyro*, hace *τῦρον*, *queso*.

(1) Ἐνδελέχεια ὁ ἐντελέχεια significa *integridad*, *perfección*, *forma esencial* de una cosa.

(2) Alude al cambio de la θ en τ en el genitivo y demás casos oblicuos de la palabra θρίξ.

(3) Los Aticos pronunciaban κολοκύντης, sustituyendo la θ con la τ.

(4) Los Aticos cambiaban la ζ en ττ pronunciando συρίττειν, σαλπίττειν, γρυττειν en vez de συρίζειν, σαλπίζειν, γρύζειν.

12. »Así injuria á los hombres en cuanto á las palabras; y de hecho ¡cómo los ultraja! Laméntanse los hombres, deploran su desgracia y maldicen muchas veces á Cadmo por haber introducido la TAU en el gremio de las letras. Dicen que los tiranos la tomaron por modelo é imitaron su forma para labrar bajo el mismo tipo los maderos, y crucificar en ellos á los hombres; y que de esta máquina infame proviene su infame nombre (1). Yo creo que no puede imponérsele en justicia otra pena menor que condenarla al suplicio de sí misma, para que en su propia figura expie su delito, ya que la *Cruz*, σταυρός, se formó por ella, y por ella también la llamaron así los hombres.»

(1) Véase la nota 3 de la pág. 41.

TIMON O EL MISANTHROPO.

Timón, hombre rico y piadoso, reducido á la miseria y obligado á trabajar en el campo para procurarse el preciso sustento, deplora el abandono de Júpiter que no castiga ya á los perjuros é ingratos, y se lamenta de la perfidia y falsedad de los que en sus tiempos de bonanza se le vendían por amigos. Júpiter le oye, y enterado por Mercurio del carácter bondadoso y excelentes prendas de Timón, ordena que le sean devueltos sus perdidos bienes. Rico otra vez Timón, hace firme propósito de no dejarse alucinar por las lisonjas de los aduladores, resolviéndose á vivir enteramente aislado, gozando á solas de su riqueza y rehuyendo todo trato con los hombres, á quienes jura odiar y aborrecer por toda su vida. Sabedores instantáneamente los amigos del cambio de fortuna de Timón, acuden presurosos á felicitarle, abrumándole con protestas de amistad y de cariño; pero él recibe á golpes á los primeros que se le presentan, y despide á pedradas á otra multitud de ellos que se le acercaban en masa.

1. TIMÓN.—Oh Júpiter, patrocinator de la amistad, numen de la hospitalidad, protector del compañerismo, defensor del hogar, disparador de rayos, fiador del juramento, acumulador de nubes, Júpiter tonante (1), y tantas otras cosas como te llaman los poetas

(1) Epítetos muy frecuentes en los poetas, y sobre todo en Homero y Hesiodo.

entusiastas, sobre todo cuando te necesitan para completar el verso, pues entonces, con la multitud de nombres que te dan, sostienen la languidez del metro y llenan los vacíos del ritmo: ¿qué se han hecho los relámpagos seguidos de su estruendo pavoroso, los truenos de ronco eco y aquel formidable rayo flamígero y candente? Ya todo eso es pura bagatela, idealidad poética, ruido de palabras. Aquel dardo tan decantado, que á tan larga distancia hería y que siempre tenías pronto, se ha extinguido no sé cómo; está frío enteramente, y no guarda siquiera ni una centella de ira contra los malvados.

2. Más miedo tienen los perjuros á una mecha trasnochada que á la llama de tu rayo destructor: parece que les tiras un tizón según lo poco que temen su fuego ó su humo: lo único que piensan puede sobrevenirles del golpe, es si se manchan de ceniza. Por eso Salmoneo (1) se atrevió á responder á tus truenos, y no dejó de obtener crédito como hombre fogoso y activo en oposición á un Júpiter tan frío de carácter. ¿Y cómo no, si tú estás como aletargado por la mandrágora y no oyes á los perjuros ni ves á los delincuentes? Miras con ojos legañosos ó cortos de vista lo que sucede en el mundo, y tienes los oídos embotados como los viejos.

3. Cuando eras joven, lleno de bríos y en el colmo de la ira, perseguías la injusticia y la violencia sin tregua ni descanso: tu rayo estaba siempre en acción y la égida en movimiento; el trueno resonaba con es-

(1) Salmoneo, hijo de Eolo y de Enarete, hermano de Sisypho, llevó su arrogancia hasta el extremo de creerse igual á Júpiter, ordenando que se le ofreciesen sacrificios en la ciudad de Salmón que fundó en Elide. Llegó hasta imitar el trueno y el rayo. Júpiter destruyó su soberbia y le sometió á grandes castigos en el Infierno.

trépito; los relámpagos continuos simulaban un combate de guerrilla; la tierra temblaba como una criba, la nieve caía á montones; el granizo era como piedras, y, para hablar más gráficamente, las lluvias eran impetuosas, torrenciales: cada gota de agua era un río. Así es que en un instante, en tiempo de Deucalión, hubo una inundación tan horrible, que todo quedó cubierto por las aguas, salvándose á duras penas una arquita que se detuvo en Lycoris (1), y que encerraba como el fomes de la raza humana que había de producir una generación tan mala ó más que la anterior.

4. En verdad que obtienes de los hombres el premio que merece tu apatía: ninguno te ofrece ya sacrificios ni coronas, á no ser por incidencia en los juegos olympicos, y aun así no lo hacen creyendo cumplir un deber, sino obedeciendo rutinariamente á una antigua costumbre. Y dentro de poco aparecerás ¡tú, el más excelente de los dioses! como Saturno, privado de todo culto. No quiero decir las veces que han robado ya tu templo. Algunos han llegado también hasta poner las manos sobre tí en Olympia. Y tú, que tanto miedo metes allá arriba (2), tuviste pereza de excitar los perros ó llamar á los vecinos, que acudiendo á tus voces, hubiesen cogido á los ladrones cuando se aprestaban para la fuga. En vez de esto, tú, el poderoso, el exterminador de los gigantes, el vencedor de los Titanes, permaneciste sentado, dejándote tranquilizar por ellos la rizada cabellera, no obstante empuñar tu diestra un rayo de diez codos. ¿Cuándo, Júpi-

(1) Una de las dos cimas más elevadas del monte Parnaso; la otra, que se levantaba más al Norte, llevaba el nombre de Tithoris.

(2) Ὑψιβρεμέτης: epíteto que le da Hesiodo, *Theogonia*, 558, etcétera, y *Trabajos y días*, 53, etc., y Homero á cada paso.

ter admirable, dejarás de ver las cosas con tanta negligencia? ¿Cuándo castigarás tanta iniquidad? ¡Cuántos Phaethontes y cuántos Deucaliones serían menester contra la impudencia desmedida de los hombres!

5. Pero dejo estas cosas generales y voy á hablar de las mías propias. Después de haber encumbrado á tantos Atenienses, de haberles hecho ricos de miserables que eran, de haberles facilitado todo cuanto necesitaban, y de haber, en suma, prodigado largamente mis riquezas en beneficio de los amigos, cuando por esto precisamente me he quedado pobre, ni me conocen ya ni me miran, ellos que no hace mucho se prosternaban ante mí, y me adoraban y estaban pendientes de una seña mía. Si por acaso los encuentro alguna vez en mi camino, pasan de largo como ante la columna derribada de un sepulcro antiguo, maltratada y borrada por el tiempo, que no se detienen á leer: otros, al verme de lejos, se van por otro lado, temiendo ver un espectáculo de que conviene huir ó que es preciso conjurar, cuando hace muy poco tiempo todos me llamaban su salvador y su bienhechor.

6. Mis desgracias me trajeron á este apartado lugar, donde, vestido de pieles, trabajo la tierra por un jornal de cuatro óbolos (1), filosofando en esta soledad con mi azadón. Y creo ciertamente que no es poco lo que gano con dejar de ver á muchos que pasan muy buena vida sin merecerlo: esto, efectivamente, me sería muy enojoso. Ea, pues, hijo de Saturno y de Rhea, sacude ese profundo y agradable sueño, que vas durmiendo ya más que Epimónides (2); reanima

(1) El óbolo equivalía á la sexta parte de la *dracma*, que viene á ser unos 93 céntimos de nuestra peseta.

(2) Célebre poeta y adivino, natural de Creta, que vivió en el siglo vi antes de Cristo, y que, huyendo de los rayos del sol, pe-

con tu soplo el fuego de tu rayo ó enciéndelo en el Etna, y, levantando una gran llama, muestra aquella ira propia de un Júpiter varonil y enérgico, si es que no es cierto lo que dicen de tí los Cretenses y del sepulcro que entre ellos existe (1).

7. JÚPITER.—¿Quién es ése, Mercurio, que grita desde el Ática, junto al Hymeto, al pie de la montaña, todo mugriento, tostado del sol y vestido de pieles? Parece que está cavando: un hombre hablador y osado. Seguramente es un filósofo, pues de otro modo no usaría contra nosotros un lenguaje tan impío.

MERCURIO.—¿Qué dices, padre? ¿No conoces á Timón, el hijo de Equecrátides, el de Colyto? (2). Este es el que nos obsequió tantas veces con magníficos sacrificios; el que rico poco ha, nos consagraba hecatombes enteras, y con el que solíamos celebrar espléndidamente las fiestas Diasias (3).

JÚPITER.—¡Oh, qué transformación! ¿Aquel tan guapo, tan rico, y á quien tantos amigos le iban siempre en derredor? ¿Qué le ha ocurrido para llegar á ese estado? ¡Sucio, andrajoso y cavando como un jornalero, á juzgar por el pesado azadón que dirige hacia la tierra!

8. MERCURIO.—Le ha perdido, por decirlo así, su excesiva bondad, su filantropía, su conmiseración para con todos los desgraciados; ó si hemos de hablar

netró en una caverna, donde estuvo durmiendo por espacio de cincuenta y siete años.

(1) Decían los Cretenses que Júpiter estaba sepultado en Cnoso, la ciudad de Minos, con el epitafio Ζαν Κρονου, Júpiter, hijo de Saturno. Decíase igualmente que el sepulcro de Minos, hijo de Júpiter, tenía esta inscripción: Μινῶος του Διός ταφος, tumba de Minos, hijo de Júpiter; y que, borrada la primera palabra, se leía solamente: *Tumba de Júpiter*.

(2) Demo ó cantón del Atica, comprendido en los muros de Atenas. Véase Strabón, I, 65.

(3) Fiestas en honor de Júpiter. Véase Thucydides, I, 126.

con exactitud, su necesidad, su simpleza y su escaso discernimiento en la elección de amigos, pues no comprendió que prodigaba sus favores á cuervos y á lobos. Pensaba el infeliz que aquellos buitres que le roían los hígados eran amigos y camaradas que le agasajaban por cariño, y solamente lo hacían por voracidad. Así, pues, cuando le dejaron enteramente en los huesos y le extrajeron hasta la médula, si la había, estrujándole por completo, se apartaron de él, dejándole seco y cortado de raíz; y ya ni le conocían, ni le miraban, ¿para qué? ni le prestaron auxilio, ni le correspondieron en nada. Por eso, armado de azadón y vestido de cuero, como ves, y habiendo abandonado por vergüenza la ciudad, trabaja en el campo á modo de un peón, contristado por sus infortunios, pues muchos que á costa suya se enriquecieron, pasaban junto á él sin recordar siquiera si su nombre era Timón.

9. JÚPITER.—En verdad, no es hombre que merezca ser despreciado ni desatendido: con razón está indignado el infeliz. Y nosotros nos igualaríamos á esos infames aduladores si nos olvidásemos de un hombre que tantos y tan pingües lomos de toros y de cabras ha quemado en nuestros altares. Aun tengo su aroma en el olfato. Pero mis muchas ocupaciones, la inmensa turba de perjuros, de malvados, de ladrones, y además el temor que me inspiran los sacrílegos, que son muchos, y es tan difícil el guardarse de ellos, que no me dejan ni un momento de reposo, me han impedido, de algún tiempo á esta parte, dirigir la vista al Ática, sobre todo desde que la filosofía y las luchas de palabras están allí tan á flote. Disputando unos con otros y gritando todos, es imposible oír las preces que nos dirigen; por consiguiente, ó tengo que estarme sentado y tapados los oídos, ó dejarme ensordecir dejándoles hablar á grandes voces, y todos

á la par, de no sé qué *virtud*, de *incorpóreos* y de *sandeces*. Este ha sido el motivo de no haberme cuidado de este hombre, que no es ciertamente indigno de nuestra consideración.

10. Ahora bien, Mercurio: coge á Pluto (1) y marcha inmediatamente á su lado; que Pluto lleve consigo á Thesauro (2), y que ambos permanezcan en casa de Timón, sin salir de allí en manera alguna, aunque él, por su carácter bondadoso, se empeñe nuevamente en despedirlos. En cuanto á esos adulares que tan ingratos se han mostrado con él, ya tomaré providencia y les daré su merecido cuando componga el rayo, pues se le abrieron y despuntaron los dos radios mayores cuando, lleno de coraje, lo lancé contra el sophista Anaxágoras (3), que enseñaba á sus discípulos que nosotros los dioses no existíamos: no le acerté porque Pericles paró el golpe con su mano, y el rayo, estrellándose en el templo de los Dioscures (4), al cual prendió fuego, se hizo casi trizas contra las piedras. Entre tanto, harto castigo será para ellos si ven otra vez rico á Timón.

11. MERCURIO.—¡Qué bueno es gritar mucho y ser porfiado y audaz!... No sólo para los que abogan, sino también para los que ruegan, es esto muy lucrativo. He aquí á Timón, que de miserable se va á hacer opulento por haber vociferado, por haber empleado un lenguaje excesivamente libre en sus súplicas y haber

(1) Dios de la riqueza: Júpiter le privó de la vista porque distribuía sus dones ciegamente y sin consideración al mérito.

(2) Tesoro.

(3) Nacido en Clazomene (Jonia) el año 500 a. Cr.: enseñaba que una suprema inteligencia era la causa de todo. Acusado de impiedad, debió á la elocuencia de Pericles el no ser condenado á muerte, pero fué desterrado á Lampsaco, donde murió el año 428.

(4) El Anaceo, *ἀνάκειον*, templo de los príncipes, ó sea de Castor y Polux.

llamado así la atención de Júpiter. Si, encorvado y silencioso, se hubiera estado cavando, aun continuaría lo mismo, sin que nadie le hiciera caso.

PLUTO.—Lo que es yo, oh Júpiter, no vuelvo á su casa.

JÚPITER.—¿Por qué no, mi buen Pluto, sobre todo si yo te lo mando?

12. PLUTO.—Porque me injurió ¡por vida mía! expulsándome de su casa y partiéndome en pedazos, sin considerar que era su amigo de tiempo de sus padres; y no ya me echó á la calle con horcas, sino como quien sacude un ascua que le ha caído en las manos. ¿Y otra vez he de volver para ser entregado á parásitos, á aduladores y á meretrices? Mándame, oh Júpiter, á quienes sepan apreciar la dádiva y me atiendan con esmero y me estimen y apetezcan. Quédense esos necios con la Pobreza, puesto que la prefieren á mí; reciban de ella los zahones y la azada, y conténtense los desdichados con un jornal de cuatro óbolos, ya que rechazan negligentemente una fortuna de diez talentos (1).

13. JÚPITER.—Nada de eso hará ya Timón contigo: el azadón le ha instruído bien, si no es enteramente insensible al dolor de riñones, de que debe preferirte á la Pobreza. Mas veo que eres en extremo quejicoso: ahora acusas á Timón porque, abiertas las puertas, te deja discurrir libremente, sin encerrarte ni celarte; y en otra ocasión te indignabas contra los ricos precisamente por lo contrario, diciendo que te tenían encerrado con barras, clavos é impresiones de sellos, en términos que no te era posible ni aun inclinarte hacia la luz. De esto, pues, te condolías ante mí, añadiendo

(1) El *talento* de plata valia 6.000 dracmas: el de oro se valuaba en 60.000 dracmas.

que te ahogabas en tales tinieblas; y por eso te me presentabas pálido, preocupado, encogidos los dedos á fuerza de contar y amenazando escaparte de ellos si se presentaba la ocasión. En una palabra, se te hacía insoportable estar guardado como una doncella en una cámara de bronce ó hierro, á semejanza de Dánae, y custodiado por dos infatigables y feroces pedagogos, el Interés y el Cálculo.

14. Decías que era una estupidez lo que hacían: que amándote hasta la exageración y pudiendo aprovecharse de tí, no se atrevían, sin embargo, ni gozaban tranquilamente de tu amor, siendo los dueños; sino que, en vela por custodiarte, y mirando sin parpadear los sellos y las barras, pensaban que era aprovechar bastante si no disfrutaban ellos é impedían que otro alguno disfrutase, como el perro del pesebre, que ni comía la cebada ni dejaba que el caballo hambriento la tocase (1). Y á más te burlabas de ellos porque ahorran y guardan, y ¡cosa rara! tienen celos de sí mismos, sin saber que un vil esclavo ó mayordomo ó preceptor, suplantándole furtivamente, se mofa embriagado de su desventurado y aborrecido amo, á quien, á la pálida luz de una lámpara de escasa abertura y de delgada y sedienta mecha, dejó vigilando sus ganancias. ¿Cómo no ha de ser injusto, cuando antes te quejabas de esto, que acuses ahora á Timón de lo contrario?

15. PLUTO.—Si examinas á fondo la cuestión, te convencerás de que hago bien en ambas cosas. La excesiva prodigalidad de Timón, despego y no benevolencia respecto de mí parecerá á cualquiera con razón; y á esos otros que me guardan encerrado bajo

(1) Alude indudablemente á alguna fábula de Esopo perdida para nosotros.

dobles puertas y en la oscuridad; que me cuidan con afán para que me ponga gordo, grasiento y voluminoso, y que jamás me tocan ni me sacan nunca á la luz del día para que de nadie sea visto, los tengo por unos mentecatos, unos facinerosos que, no faltándoles yo en nada, me tienen sepultado y podrido entre cadenas, sin comprender que en breve morirán y habrán de dejarme á cualquier afortunado.

16. No alabo á éstos ni tampoco á aquellos otros que siempre me tienen á la mano, sino á los que adoptan un justo medio (1), que es lo mejor, no absteiniéndose de mí en absoluto, ni malversándome por completo. Por tu nombre (2), Júpiter, considera esto: si un hombre casado legítimamente con una mujer joven y bonita no la guarda, no la cela, la deja andar libremente de noche y de día y entretenerse con cualesquiera, y aun él mismo la induce al adulterio, abriéndole las puertas, prostituyéndola y llamando á todos hacia ella, ¿dirá alguno que éste ama á su mujer? Seguramente, Júpiter, no lo dirás tú que tantas veces has amado.

17. Y si otro, por el contrario, lleva á su casa con arreglo á la ley una mujer honesta para la procreación de hijos legítimos, y no se acerca á su joven y bella esposa, ni consiente que nadie la mire, sino que la encierra y la guarda intacta, infecunda y estéril, diciendo no obstante que la ama y dando prueba de ello por el color, la demacración del rostro y el hundimiento de los ojos, ¿habrá quien no piense que este hombre ha perdido el juicio, puesto que debiendo crearse una familia y gozar de las delicias del matri-

(1) Literal: μέτρον ἐπιθήσοντας τῷ πράγματι, poniendo medida á la cosa.

(2) Literal: πρὸς τοῦ Διὸς, por Júpiter.

monio deja que se marchite tan linda y adorable joven, como si la educase por toda su vida para sacerdotisa de Ceres? Así me indigno también yo de que los unos me traten ignominiosamente á puntapiés y me esquilmen y aniquilen, y los otros me agarroten y me señalen y marquen como á un esclavo fugitivo.

18. JÚPITER.—¿Por qué te irritas contra ellos? Bien pagan su cometido: los unos, como Tántalo, sin beber y sin comer y con la boca seca, no hacen sino bostezar ante su oro; y los otros, á modo de Phineo, ven cómo las Harpías le arrebatan la comida de la boca (1). Marcha, pues, que de seguro has de encontrar á Timón mucho más cuerdo que antes.

PLUTO.—¿Dejará él alguna vez de apresurarse á darme salida, como un cesto agujereado, antes de que me extienda por entero, queriendo precaverse contra la inundación, no sea que cayendo sobre él copiosamente llegue á anegarse? Me parece que verteré agua en el tonel de las Danaides y que en vano intentaré llenarlo, porque no pudiendo su fondo retenerla, antes de echarla se va: tan ancha es la abertura del tonel y tan fácil la salida (2).

19. JÚPITER.—Pues si no tapa de una vez esa hendidura tan ancha y siempre abierta, te escaparás al punto; y fácilmente encontrará de nuevo el vestido de pieles y la azada en las heces del tonel. Ea, idos ya y hacedle rico. Y tú, Mercurio, acuérdate,

(1) Phineo, hijo de Agenor, rey de Salmydeso, en Thracia, atormentado por las Furias en castigo de haber privado de la vista á sus hijos.—V. Virgilio, *Eneida*, III, 212 y siguientes.

(2) Las hijas de Danao, en número de cincuenta, fueron condenadas en el Infierno á verter agua en un tonel sin fondo en castigo de haber dado muerte á sus respectivos maridos los hijos de su tío Egypto. Sólo Hypermnestra salvó la vida á su esposo Lynceo.—V. Apolodoro, 2, 1.

cuando vuelvas, de traerme á los Cyclopes del Etna para que me compongan el rayo y le saquen punta, porque pronto lo habré de necesitar muy aguzado.

20. MERCURIO.—Marchemos, Pluto. ¿Qué es eso? ¿estás cojo? No sabía, mi buen amigo, que á más de ciego fueses también cojo.

PLUTO.—No siempre, Mercurio; sino que cuando Júpiter me manda á alguno, no sé cómo me pongo tan pesado y torpe de ambos pies, que al llegar penosamente al término de mi viaje, suelo encontrar ya muy viejo al que me espera. Mas si hay que retroceder, me verás volar más ligero que los pájaros. Tan pronto como se da la señal (1), soy proclamado vencedor, atravesando el estadio sin que los espectadores tengan muchas veces ni tiempo para verme.

MERCURIO.—Eso no es verdad. Yo podría citarte muchos que no tenían ayer ni un óbolo para comprarse una soga, y hoy de repente son ricos, poderosos, y guían hermoso tronco de caballos blancos, cuando nunca tuvieron ni siquiera un burro. Y cubiertos de púrpura y llenos sus dedos de sortijas, recorren las calles, sin persuadirse todavía, creo yo, de que no es un sueño su riqueza.

21. PLUTO.—Eso es distinto, Mercurio: entonces no voy por mis propios pies; ni es Júpiter el que á ellos me envía, sino Plutón, que es también dadivoso y liberal, como lo indica su nombre (2). Cuando tengo que pasar de uno á otro, me envuelven en un testamento, y bien sellado, me entregan para que me lleven. El muerto yace en cualquier cuarto oscuro de la casa, mal cubierto hasta las rodillas con una sábana

(1) Literal: ἔπεσεν ἡ ὑσπληγξ, cae la cuerda ó se quita la barra.

(2) Πλούτων, dios de los Infiernos, como Πλούτος, dios de la riqueza, derivan su nombre de πλουτέω, enriquecerse.

vieja y abandonado á los gatos (1); y los que me esperan, me acechan en la plaza con la boca abierta, como á la golondrina que revolotea la aguardan piando sus hijuelos.

22. Luego que se rompe el sello, se corta el hilo, se abre el testamento y es declarado mi nuevo amo, ya sea un pariente, un adlátere ó un familiar degradado (2) preferido entre los favoritos, de mejillas pulcramente afeitadas, y que á cambio de los placeres de todas clases que el buen hombre, viejo ya y todo, le proporcionó, ha alcanzado esta gran recompensa; este, digo, sea quienquiera, me coge con el testamento, me lleva corriendo á su casa, cambia su antiguo nombre de Pyrrias, Dromon ó Tibio en Megacles, Megabizo ó Protarco, y deja á los demás, que en vano estuvieron con la boca abierta, mirándose los unos á los otros y llorando de verdad porque se les escapó el atún de lo hondo de la red después de haberse tragado no poca carnada.

23. Cayendo de pronto sobre mí este hombre inculto y grosero, que aun recuerda con horror el cepo, que pone en punta las orejas si alguno al pasar chasquea por casualidad el látigo, y que se prosterna ante una tahona como si fuese un templo, se hace insufrible á todos cuantos le tratan, insulta á los hombres libres, azota á sus antiguos consiervos para probar quizás si esto le es lícito, y dando al fin con una mujerzuela, ó aficionándose á caballos, ó entregándose á aduladores que le juran que es más hermoso que Nireo, más noble que Cécrope ó Codro, más sabio que Ulyses

(1) Literal: Περιμάχητος τατςγαλατς, disputado ó peleándose por él los gatos.

(2) καταπόγων, compuesta de κατα y πυγη. *Ad obsequium venerium præsto esse.*

y más rico que diez y seis Cresos juntos, disipa el infeliz en un momento lo que reunió en mucho tiempo y á costa de perjurios, de rapiñas y de malas artes.

24. MERCURIO.—Lo que dices, poco más ó menos, es en realidad lo que sucede. Mas cuando vas por tus propios pies, ¿cómo, siendo tan ciego, aciertas con el camino y distingues á aquellos á quienes Júpiter te envía y juzga dignos de ser ricos?

PLUTO.—¿Piensas que yo averiguo quiénes son?

MERCURIO.—Por Júpiter que no; pues de otro modo no dejaras á Arístides para irte con Hipónico y Calias y tantos otros Atenienses que no merecen ni un óbolo (1). Pero, en fin, ¿qué haces cuando te envían?

PLUTO.—Pues voy dando vueltas arriba y abajo, hasta que, sin saber con quién, topo con uno; y éste, el primero que por acaso tropezó conmigo, me lleva á su casa y me guarda, y va á reverenciarte á tí, oh Mercurio, por su inopinada fortuna.

25. MERCURIO.—¿Luego se engaña Júpiter pensando que, conforme á sus acuerdos, enriqueces á los que él juzga dignos de ser ricos?

PLUTO.—Bien merecido lo tiene, amigo mío: pues sabiendo que soy ciego me manda á buscar una cosa tan difícil de encontrar y tan rara ya en el mundo: ni el mismo Lynceo (2) podría encontrarla fácilmente, siendo tan sutil é imperceptible. Como los buenos son

(1) Arístides, apellidado *el justo*, después de ocupar los más altos puestos de la república, murió tan pobre, que no dejó ni para pagar los gastos del entierro. Sobre él, como sobre Hipónico y Calias, véase Herodoto, Plutarco y Cornelio Nepote; el «Banquete» de Xenophonte y el «Protáxoras» de Platón se refieren á la casa de Calias.

(2) Lynceo, hijo de Aphareo y de Arene, concurreció á la expedición de los argonautas, y fué célebre por lo perspicaz y agudo de su vista.

pocos y los malos muchos y lo ocupan todo en las ciudades, naturalmente, doy con éstos por cualquier parte que vaya, y me cogen en sus redes.

MERCURIO.—¿Y cómo, cuando los dejas, huyes con tanta facilidad, no conociendo el camino?

PLUTO.—Sólo á la idea de la fuga se me aguza la vista, y los pies se me aligeran.

26. MERCURIO.—Respóndeme también á esto: ¿cómo es que siendo ciego y además, te lo diré con franqueza, pálido y torpe de ambos pies, tienes tantos enamorados, en tales términos, que todos tienen los ojos puestos en tí y se juzgan dichosos si te poseen, así como si te pierden no pueden soportar la vida? Sé de algunos tan locamente apasionados por tí, que se precipitaron en lo profundo del mar con los enormes peces desde las escarpadas rocas (1), creyéndose desdeñados porque desde un principio no los atendiste (2). Y, sin embargo, estoy bien seguro de que tú mismo confesarás, á poco que te conozcas, que es preciso estar fuera de sí como los corybantes (3), para encapricharse con tu amor.

27. PLUTO.—¿Piensas, por ventura, que me ven tal cual soy, cojo, ciego y con mis demás imperfecciones?

MERCURIO.—¿Pues cómo, oh Pluto, si no son también ciegos?

PLUTO.—No son ciegos, mi excelente amigo; pero la ignorancia y el error, que ahora lo invaden todo, oscurecen su entendimiento; y además, yo, para no

(1) Imitación del poeta gnómico Theognis de Megara.—El epíteto βαθυκῆτης ὁ μεγακῆτης, aplicado al mar, pudiera traducirse simplemente como *profundo*.

(2) Literal: ἐώρας, *miraste*. Sustituimos la palabra para evitar escrúpulos, puesto que Pluto era ciego.

(3) Sacerdotes de Rhea ó Cybeles en Phrygia.

aparecer enteramente deforme, me presento á ellos cubierto con una máscara muy amable, lleno de oro y de piedras preciosas, y vestido con vistosos atavíos. Ellos, creyendo ver en aquella hermosura la persona misma, se enamoran y mueren de dolor si no me consiguen. Mas si alguno despojándome de todo esto me mostrase á ellos, evidentemente se avergonzarían de haber sido tan ciegos y de haberse prendado de cosa tan detestable y horrible.

28. MERCURIO.—¿Y cómo, una vez que se hacen ricos y se colocan la máscara, siguen todavía engañados, y si alguien tratara de descubrirlos, antes dejarían la cabeza que la máscara? No puede creerse que ellos, que ven la cosa por dentro, desconozcan que es postiza esa hermosura.

PLUTO.—Son muchas, oh Mercurio, las circunstancias que luchan en mi favor para esto.

MERCURIO.—¿Cuáles son?

PLUTO.—Cuando uno me encuentra por primera vez, y abriéndome la puerta me recibe en su casa, entran conmigo, sin que él lo advierta, el Engreimiento, la Demencia, la Jactancia, la Molicie, la Insolencia, el Error y otras mil pasiones. Dominada por todas ellas su alma, admira lo que no debe admirar, y apetece lo que debiera rehuir; y á mí, padre de tantas calamidades como han penetrado en su morada, me venera, escoltado por ellas, y todo lo sufrirá antes que consentir en echarme.

29. MERCURIO.—¿Qué suave eres, Pluto, qué resbaladizo, qué difícil de retener y qué pronto para escapar! No ofreces punto alguno firme por donde se te pueda agarrar, sino que, como las anguilas ó las culebras, te escurres, no sé cómo, por entre los dedos. En cambio, la Pobreza es pegajosa, fácil de coger, y tiene todo el cuerpo erizado de infinitos ganchos, tan

salientes, que aquel á quien una vez se le aproxima queda al punto sujeto, y difícilmente logra desembarazarse de ella. Pero, entretenidos con nuestra charla, hemos olvidado una cosa muy importante.

PLUTO.—¿Cuál?

MERCURIO —Que no llevamos á Thesauro, y nos va á hacer mucha falta.

30. PLUTO.—No tengas cuidado. Lo dejo siempre bajo tierra cuando subo á veros, encargándole que se esté allí dentro, bien cerrada la puerta, y que no abra á nadie, á menos que no me sienta gritar.

MERCURIO.—Entremos, pues, en el Ática; sígueme cogido de la clámyde, hasta que lleguemos al despojado en que está Timón.

PLUTO.—Haces bien, Mercurio, en llevarme de la mano, porque si me dejas, puedo extraviarme y dar bien pronto con Hypérbolo ó Cleón (1). Mas ¿qué ruido es ése, como de hierro sobre una piedra?

31. MERCURIO.—Es Timón, que está roturando ahí cerca un campo baldío y pedregroso. ¡Calla! y está á su lado la Pobreza y el Trabajo, y también la Paciencia, la Sabiduría, la Fortaleza y toda esa muchedumbre que milita á las órdenes del Hambre, mucho mejor que tus satélites.

PLUTO.—¿Por qué, oh Mercurio, no nos vamos de aquí cuanto antes? Nada hemos de hacer que valga la pena (2) con un hombre que se encuentra rodeado de un ejército semejante.

MERCURIO.—Otro es el parecer de Júpiter; por consiguiente, no nos desanimemos.

(1) Ciudadanos de Athenas, ambiciosos é inmorales, á quienes acusa enérgicamente y ridiculiza Aristóphanes en *La Paz*, *Los Caballeros* y *Las Nubes*.—Véase también Thucydides, VIII, 73, y Plutarco, *Vida de Pericles*, 170.

(2) Literal: ἀξιόλογον, digno de mención, memorable.

32. POBREZA.—¿Adónde, asesino de Argos (1), llevas á ése de la mano?

MERCURIO.—Júpiter nos envía en busca de Timón.

POBREZA.—¿Pluto ahora en busca de Timón, cuando maltratado por la Sensualidad, lo he recogido yo, lo he entregado á la Sabiduría y al Trabajo, y he hecho de él un hombre virtuoso y digno de toda estima? ¿Tan despreciable os parece la Pobreza y tan merecedora de injuria, que el único bien que tengo me lo arrebatéis, después de haberlo dirigido cuidadosamente á la virtud, para que Pluto lo tome de nuevo, lo ponga en manos de la Insolencia y del Orgullo como en otro tiempo, lo haga otra vez indolente, perezoso y necio, y me lo devuelva luego hecho ya un guiñapo?

MERCURIO.—Así, oh Pobreza, se le ha antojado á Júpiter.

33. POBREZA.—Me voy; y vosotros, Trabajo, Sabiduría y los demás, seguidme. Ya verá Timón lo que soy cuando me pierda: buena compañera en los trabajos y consejera siempre de lo mejor, en cuya compañía ha gozado continuamente de salud en el cuerpo y de tranquilidad en el espíritu, haciendo vida de hombre, atento á sí mismo y considerando todo lo demás superfluo y extraño, como en realidad lo es.

MERCURIO.—Se marchan; acerquémonos á él.

34. TIMÓN.—¿Quiénes sois, malvados? ¿qué queréis aquí? ¿á qué venís á molestar á un trabajador que gana su jornal? Pero no os marcharéis impunemente, miserables, porque os voy á triturar arrojándoos inmediatamente una nube de terrones y de piedras.

MERCURIO.—No, Timón, no arrojes nada, pues no lo

(1) Ἀργειφόντης: Argicida, epíteto de Mercurio: Homero, *Iliada*, xxiv, 24.— Véase «Diálogos de los Dioses», 3. «Júpiter y Mercurio.»

arrojarías á hombres: yo soy Mercurio, y éste Pluto: Júpiter ha oído tus súplicas y nos manda á tí: recibe, pues, en hora buena la felicidad, y despídete de los trabajos.

TIMÓN.—Os voy á dar que sentir, aunque seáis dioses, como pretendéis; porque á todos, dioses y hombres, os aborrezco por igual; y á ese ciego, quienquiera que sea, lo voy á dividir con mi azadón.

PLUTO.—Vámonos, Mercurio, por Júpiter: este hombre me parece que está loco de remate; no tenga al fin que irme llevando encima algún mal.

35. MERCURIO.—Déjate de sandeces, Timón; desecha esa rusticidad, esa aspereza; extiende las manos; recibe la buena fortuna; sé el primero entre los Atenienses, y despreciando á aquellos desagradecidos, vive feliz para tí solo.

TIMÓN.—Para nada os necesito; no me importunéis; bastante riqueza tengo con la azada. Por lo demás, soy el más feliz de los hombres, si nadie se me aproxima.

MERCURIO.—¡Tanta misanthropía, buen amigo!...

¿Y he de llevar á Júpiter
tan duras y tan ásperas palabras? (1).

Menos mal que aborrezcas á los hombres, si de ellos has recibido injurias; pero no á los dioses, que tanto miran por tí.

36. TIMÓN.—Á tí, Mercurio, y también á Júpiter, os agradezco mucho la atención; pero á ese Pluto no le admitiré jamás.

MERCURIO.—¿Por qué?

TIMÓN.—Porque ha sido para mí en otro tiempo causa de innumerables males, entregándome á adu-

(1) *Iliada*, xv, 202.

ladores, rodeándome de intrigantes, suscitándome odios, enervándome en la molicie, exponiéndome á la envidia y, por último, abandonándome de pronto tan pérfida y traidoramente. En cambio, esta excelente Pobreza me ha ejercitado en trabajos varoniles, me ha tratado siempre con verdad y con franqueza, me ha proporcionado lo necesario por mi trabajo y me ha enseñado á despreciar todo lo demás, haciendo que dependan de mí mismo todas las esperanzas de mi vida, y mostrándome el valor de esta riqueza, que ni el adulador zalamero, ni el sycophanta temible, ni el pueblo sublevado, ni el voto de la asamblea, ni las asechanzas del tyrano podrán nunca arrebatarme.

37. Fortalecido por el trabajo, cuidando con amor este campo, y no viendo las miserias de la ciudad, me proporciono con mi azada el suficiente y seguro alimento. Por lo tanto, oh Mercurio, vuélvete por donde has venido, llevándote contigo á Pluto: me daría por satisfecho si Júpiter hiciese que todos los hombres, desde la niñez, se lamentaran sin cesar.

MERCURIO.—En manera alguna, amigo mío; no todos los hombres están dispuestos á lamentarse. Pero déjate de corajinas y de niñerías, y recibe á Pluto, que

no debe rechazarse un don de Júpiter (1).

PLUTO.—¿Quieres, Timón, que me disculpe ante tí, ó te incomodarás si hablo?

TIMÓN.—Habla, pero no seas largo ni me vengas con preámbulos como los retóricos vulgares. Te soportaré si hablas poco, en gracia á Mercurio.

38. PLUTO.—Mucho debiera hablar, puesto que muchas son las acusaciones que me haces. Considera,

(1) Parodia de Homero: *Iliada*, III, 65.

con todo, si he podido injuriarte, como dices, yo que te he proporcionado las cosas más agradables, honores, preeminencias, coronas y tantas otras satisfacciones; por mí te hiciste notable y fuiste de todos celebrado y atendido, y si en algo te molestaron los aduladores, no tuve yo la culpa, antes bien, fuí yo el ultrajado en esto, porque me arrojaste ignominiosamente á hombres perdidos, truhanes y embaucadores, que me preparaban toda suerte de emboscadas. Dices, por último, que te dejé traidoramente: al contrario, yo podría querrellarme de que por todos los medios me alejaste de tí y me echaste de cabeza de tu casa. Por todo eso, en vez de la elegante clámyde, te ha vestido la honorable Pobreza con esas pieles de cabra, y Mercurio, que está presente, es testigo de cómo rogué á Júpiter que no me enviase más á tí, por el mucho despego con que me trataste.

39. MERCURIO.—Pero ahora, oh Pluto, ¿ves cómo está ya? Unete, pues, á él con toda confianza.—Cava, Timón, como de costumbre.—Y tú, Pluto, haz venir á Thesauro bajo su azadón; pues que atenderá á tu voz.

TIMÓN.—Será preciso obedecerte, oh Mercurio, y enriquecerme de nuevo. ¿Qué he de hacer cuando los dioses me obligan? Considera, sin embargo, en qué negocios me metes, ¡infeliz de mí, que hasta ahora he vivido dichoso! habiendo de recibir de pronto, sin haber cometido falta alguna, tanto oro, y con él tantos cuidados.

40. MERCURIO.—Súfrelo, Timón, por mí, aunque te sea molesto y enojoso, para que aquellos aduladores revienten de envidia. Yo me vuelvo al Cielo, después que toque en el Etna.

PLUTO.—Se marchó, á lo que parece: lo deduzco por el remar de las alas.—Quédate ahí, Timón: yo me voy y aquí te mandaré á Thesauro; ó si no, golpea la tie-

rra con fuerza.—«Á tí te invoco, Thesauro de oro: obedece á Timón; sal de la tierra, y ofrécete á el.»—Cava, Timón; Cava hondo. Ahí os dejo.

41. TIMÓN.—Vamos, azadón mío, ánimo y no descanses hasta sacar á Thesauro de las entrañas de la tierra á la luz del día.—¡Oh Júpiter portentoso! ¡oh propicios Corybantes! ¡oh Mercurio, dios del lucro! ¿de dónde viene tanto oro? ¿ó es un sueño todo esto? Temo no encontrar, al despertarme, mas que carbones. Pero no: es oro acuñado, rojizo, ponderoso y de agradabilísimo aspecto.

«Oro, precioso don de los mortales» (1).

como la encendida llama, brillas por la noche y por el día (2). Ven, querido y adorado mío. Ahora me explico que Júpiter se convirtiese en oro. ¿Qué doncella no recibiría con el seno abierto á un amante tan hermoso llovido del techo?

42. Midas, Cresos, ofrendas de Delphos, nada sois al lado de Timón y de la riqueza de Timón, al cual no le iguala ni el gran rey de los Persas. Azadón mío, mis queridas pieles, será lo mejor consagraros al dios Pan. Voy á comprar todo este campo y á levantar una torre aquí, sobre el dinero, capaz sólo para mí; y en ella, así lo pienso, tendré también mi sepultura, cuando muera. Decrétese y promúlguese para el resto de mi vida la insociabilidad absoluta y el desconocimiento y desprecio de todos. Amigo, huésped, camarada, altar de la Misericordia... pura fruslería; compadecer al que llora y socorrer al necesitado... transgresión de la ley y subversión de las costumbres. Sea

(1) Eurípides: *Bellerophon*, tragedia de que sólo se conservan escasos fragmentos, entre los cuales se lee el verso aquí citado.

(2) Parodia de Píndaro: *Olympica* I, est. 1 *

mi vida solitaria, como la de los lobos, y mi único amigo Timón.

43. Todos los demás sean reputados como enemigos insidiosos, y el hablar á alguno de ellos, como una profanación: si por acaso veo á alguno de ellos, considérese aquel día como nefasto. En fin, sean para mí los hombres como estatuas de piedra ó de bronce: no recibamos enviado ninguno de parte de ellos ni establezcamos tratados: sea este desierto límite entre nosotros. Tribu, phratría, pueblo y aun la patria misma... frivolidades, nombres hueros, vanidades de los necios. Sea rico Timón solo; desprecie á los demás; viva regaladamente á solas, libre de lisonjas y de importunos aplaudidores; haga sacrificios á los dioses, y goce de espléndidos banquetes él solo, vecino y limítrofe de sí mismo, y muy lejos de todos los hombres. Sanciónese la ley de que á nadie estime sino á sí mismo, y, cuando haya de morir, que él mismo también se coloque la corona.

44. Sea *Misánthropo* el más dulce de mis nombres; y los distintivos de mi carácter el mal humor, la aspereza, la grosería, el rencor y la inhumanidad. Si veo á alguno que perece en un incendio y me ruega que apague el fuego, he de apagarlo con pez y con aceite; y si uno arrastrado por el río en una tempestad me suplica con las manos extendidas que le salve, le empujaré en la cabeza para sumergirle y que no pueda salir más. Así les pagaré con su misma moneda. Propuso esta ley Timón hijo de Equecrátides, natural de Colyto, y el mismo Timón la aprobó por unanimidad en la asamblea. Téngase por ley, puesto que así lo hemos acordado, y cúmplase con todo rigor.

45. Cualquiera cosa haría porque supiesen todos que he vuelto á ser muy rico: esto sería como darles

una cuerda para que se ahorquen.—¡Calla! ¿qué es eso? ¡Qué precipitación! De todas partes vienen, corriendo, llenos de polvo y sin aliento, habiendo olido desde no sé dónde el oro. ¿Me retiraré á ese collado y los desperaré tirándoles piedras desde arriba, ó faltaré á la ley que acabo de sancionar, y les hablaré por esta vez sola para atormentarles más con mis desprecios? Esto me parece lo mejor: quedémonos, pues, y recibámonos. ¿Quién es ése que viene el primero? Gnathonides el parásito, el que no hace mucho, pidiéndole yo dinero, me alargó una soga, después que ha vomitado en mí casa muchas veces cubas enteras. Bien hace en venir: así será el primero que tenga que lamentarse.

46. GNATHONIDES.—¿No decía yo que los dioses no podían desamparar al excelente Timón? Buenos días, Timón, el más hermoso, el más simpático de los hombres y el mejor de los comensales.

TIMÓN.—Tenlos muy buenos, Gnathonides, el más voraz de los buitres y el más perverso de los hombres.

GNATHONIDES.—Tú siempre tan chistoso. Dí, ¿dónde es el festín? Te traigo una canción nueva de los últimos dithyrambos.

TIMÓN.—Lo que vas á cantar, y muy patéticamente, es una elegía á compás de este azadón.

GNATHONIDES.—¿Qué es esto? ¿Me pegas, Timón? Tomaré testigos. ¡Por Hércules! ¡ay! ¡ay! Te cito ante el Areópago por la herida.

TIMÓN.—Y si te esperas un poco, me citarás por la muerte.

GNATHONIDES.—Nada de eso: antes bien, cúrame la herida, poniéndome un poco de oro, que es un medicamento muy eficaz para restañar la sangre.

TIMÓN.—¿Aun estás aquí?

GNATHONIDES.—Ya me voy: pero no contarás por

gracia el haberte hecho tan salvaje cuando antes eras tan benigno.

47. TIMÓN.—¿Quién es ese otro, calvo por la frente, que se aproxima? Philiades, el más abominable de los aduladores: éste recibió de mí un campo entero y dos talentos para el dote de su hija, en pago de sus elogios, cuando cantando una vez y quedándose todos callados, él solo me colmó de alabanzas, jurando que cantaba con más suavidad que un cisne; y poco después, cuando me vió enfermo y que me acercaba á él para pedirle un socorro, el buen hombre me recibió á golpes.

48. PHILIADES.—¡Qué atrevimiento! ¿Quién conoce ya á Timón? ¿Gnathonides ahora su amigo y convidado? Bien merecido tiene lo que le ha pasado por desagradecido. Yo, aunque antiguo amigo, compañero de la infancia y paisano suyo, me iré, no obstante, con tiento, para que no aparezca que le acometo de pronto.—Salud, señor, y guárdate de esos pérfidos aduladores, atentos sólo á la mesa, y que por lo demás en nada se diferencian de los cuervos: de nadie puede uno fiarse en estos tiempos: todos son unos ingratos, unos malvados. Yo te traía un talento para que lo empleases en lo que te hiciera falta; y en el camino, cerca ya de aquí, he sabido que te has hecho inmensamente rico. Vengo, por lo tanto, á hacerte estas prevenciones, por más que, siendo tú tan sabio, no tengas necesidad de mis advertencias, pues podrías aconsejar al mismo Néstor.

TIMÓN.—Bien está, Philiades; pero acércate un poco, que te dé la bienvenida con el azadón.

PHILIADES.—¡Ciudadanos! me ha roto la cabeza el ingrato, porque le aconsejaba lo que le conviene.

TIMÓN.—Aquí viene el tercero, el orador Demeas, que trae un decreto en la mano y dice que es pariente

mío. Este recibió de mí diez y seis talentos en un día para entregarlos á la Ciudad: multado y reducido á prisión por insolvente, me compadecí de él y lo libré. Y cuando, no hace mucho, fué designado para distribuir el dinero de los espectáculos á la tribu Erectheide (1), y yo me acerqué á pedirle lo que me correspondía, dijo que no sabía si era yo ciudadano.

50. DEMEAS.—Salud, Timón, gloria de la familia, sostén de los Atenienses, baluarte de la Grecia: ha ya tiempo que te esperan el pueblo congregado y ambos Consejos; pero antes escucha el decreto que acerca de tí he escrito. «Por cuanto Timón, el hijo de Equecrátides, natural de Colyto, varón no sólo honesto y probo, sino también sabio, como ninguno otro en la Grecia, ha prestado en todo tiempo señalados servicios á la Ciudad; pues en un solo día salió vencedor en el pugilato, en la lucha, en la carrera, en el carro completo y en la biga de caballos jóvenes, en los juegos olympicos...»

TIMON.—Pero si nunca he asistido yo á los juegos olympicos.

DEMEAS.—¿Y qué? Ya asistirás después: es bien que figuren estas y otras muchas cosas. «Por cuanto se distinguió en la defensa de la ciudad en Acarnas (2) y destrozó dos cuerpos de ejército de los Peloponesios...»

51. TIMÓN.—¿Cómo? Ni tomé las armas ni me inscribí en la lista.

DEMEAS.—Hablas de tí con gran modestia; pero

(1) La tribu á que correspondía Colyto, pueblo de Timón, era la Egeide. El dinero de los espectáculos, τὸ θεωρικόν, eran dos ó tres óbolos que se repartían á cada ciudadano para asistir á los juegos y diversiones públicas.

(2) Demo ó aldea del Atica.

nosotros seríamos unos ingratos si no te recordásemos. «Y prestó, además, con sus disposiciones, sus consejos y la buena dirección de los ejércitos, servicios importantes á la Ciudad; por todas estas cosas, han tenido á bien el Consejo, el Pueblo, el Helieo (1), reunidos por tribus, los demos separadamente y todos los ciudadanos en general, erigir á Timón una estatua de oro, al lado de la de Minerva, en la Acrópolis, con un rayo en la mano derecha y radios en derredor de la cabeza; y que sea coronado con siete coronas de oro, y que se proclamen estos honores hoy, durante las tragedias nuevas de las Dionysiacas (2), porque deben celebrarse hoy mismo las fiestas Dionysiacas en honor de Timón. Presenta esta proposición Demeas, el orador, pariente suyo muy cercano y su discípulo; pues Timón es orador excelente, y en todo lo demás es cuanto él quisiere.»

52. Este es el decreto que propongo en tu favor. Y quería también traerte á mi hijo, al cual he puesto el nombre de Timón, en recuerdo tuyo.

TIMÓN.—¿Cómo, Demeas, si tú no eres casado, que yo sepa?

DEMEAS.—Pero me casaré, si Dios quiere (3), el año que viene, y tendré hijos; y al primero, que será varón, le llamo ya Timón.

TIMÓN.—No sé yo si te podrás casar, después del golpe que vas á recibir.

DEMEAS.—¡Ay de mí! ¿Qué es esto? Ensayas, Timón, la tyranía, y pegas á ciudadanos libres, tú que no eres ciertamente ni libre ni ciudadano? Pero bien

(1) El Tribunal de los Heliastas.

(2) Las fiestas de Baco (Dionysio): en las Dionysiacas urbanas ó grandes Dionysiacas tenía lugar la representación de tragedias, que todos los años debían ser nuevas.

(3) Así dice textualmente: ἢν δὲ θεὸς, si Dios me lo concede.

pronto serás castigado por todo eso, y por haber puesto fuego á la Acrópolis (1).

53. TIMÓN.—Mas si la Acrópolis no se ha incendiado, miserable: aparecerás, por tanto, como un syco-phanta (2).

DEMEAS.—Pero te has enriquecido socavando el interior del Parthenón (3).

TIMÓN.—El Parthenón no ha sido socavado; de modo que nadie dará fe á tus palabras.

DEMEAS.—Lo será más adelante: y tú ya tienes en tu poder las riquezas que allí había.

TIMÓN.—Pues toma otra vez.

DEMEAS.—¡Ay! ¡ay mi espalda!

TIMÓN.—No grites, porque te voy á dar el tercero. Sería gracioso que habiendo destrozado, sin tomar las armas, dos legiones de Lacedemonios, no pudiese concluir con este vil hombrezuelo. En vano también habría salido triunfante del pugilato y de la lucha en los juegos Olympicos.

54. Mas ¿qué veo? ¿No es ese Thrasycles, el filósofo? Él es ciertamente. Con su larga barba y sus pobladas cejas viene contoneándose, mirando á lo titán, echado atrás el cabello y con aires de un Bóreas ó un Tritón, según los pintó Zeuxis. Este, sencillo en su traje, modesto en el andar y con apariencias de sabio en su porte, recita por la mañana mil discursos sobre la virtud, condenando á los que se entregan al placer y encomiando la frugalidad; y cuando, después del baño, se va á comer, y el muchacho le sirve una gran copa de vino (y gusta sobre todo del más

(1) El crimen mayor que podía cometerse en Athenas.

(2) En sentido propio: delator de los que exportaban higos de contrabando: aquí significa calumniador.

(3) Ὀπισθόδομος: parte posterior y subterránea del templo de Minerva (Athene), donde se custodiaba el erario público.

puro), como si bebiese el agua del Letheo (1), hace precisamente todo lo contrario de cuanto dice en sus discursos matutinos: se precipita como un milano sobre la comida, dando codazos al que está á su lado; y, llena la barba de jigote, se atraca á modo de un perro, inclinado sobre el plato, como si esperase encontrar en ellos la virtud, limpiando cuidadosamente la escudilla con el dedo para no dejar ni un poco de salsa.

55. Quejoso siempre, aunque haya tomado para sí solo una tarta entera ó un jabalí, se embriaga y emborracha, efecto de su avidez y glotonería, hasta el punto no sólo de cantar y de bailar, sino de decir improperios y de enfurecerse. Con la copa en la mano pronuncia largos discursos, principalmente sobre la prudencia y la templanza; y habla de tales cosas cuando el vino le ha puesto ya en mal estado, y le hace tartamudear ridículamente. Por último, vomita; y le sacan, al cabo, del banquete abrazado con ambos brazos á una flautista. Por lo demás, aun estando fresco, á ninguno de los que están en primera línea les va en zaga en la mentira, en la osadía y en la avaricia; sino que es el primero de los aduladores y el más pronto para el perjurio; la falsedad le precede y la desvergüenza le sigue; y, en una palabra, es la suma sabiduría, la suma diligencia, la suma perfección en todo. Voy á darle que sentir muy en breve á este excelente varón.—¿Qué es eso? ¡Por los dioses! ¡Thrasicles tan tardío!

56. THRASICLES.—No vengo, oh Timón, como todos los demás, que, atónitos ante tu riqueza, acuden presurosos á la expectativa de la plata, del oro y de los espléndidos banquetes, á manifestar su desmedida adulación á un hombre sencillo, como tú lo eres, y

(1) Río del olvido.

amante de hacer á todos partícipes de tus bienes. Tú sabes que el pan es para mí alimento suficiente: mi más grata comida es una cebolla, ó unos berros, si alguna vez quiero regalarme, con un poco de sal; y mi bebida el agua de los nueve caños (1). Este manto me parece mejor que cualquiera otro de púrpura. El oro no me parece más digno de estimación que estas piedras de la playa. Vengo sólo por tu bien: porque no te corrompa la riqueza, esa funesta é insidiosa posesión que ha sido con frecuencia para muchos causa de irremediabiles calamidades. Si quieres, pues, seguir mi consejo, arroja al mar todo ese oro, que no sirve para nada á quien es hombre de bien y puede contemplar la riqueza de la filosofía. No es preciso, mi buen amigo, que lo arrojes muy adentro, sino á donde el agua te llegue por las ingles, poco más acá de la rompiente de las olas, y sin que nadie te vea mas que yo.

57. Y si esto no te agradare, puedes deshacerte del dinero por otro medio mejor y muy pronto, sin que te quede ni un óbolo, distribuyéndolo entre todos los necesitados: al uno cinco dracmas; al otro una mina; al otro medio talento (2); y si hubiese algún filósofo, justo es que le dieras doble ó triple suma. Por mi parte, aunque no pido para mí mismo, sino para repartirlo entre mis compañeros pobres, me bastará con que me llenes esta alforja, que apenas hace dos medimnos de Egina (3): los filósofos debe-

(1) Ἐννεάκρουνος (de nueve caños) ó Καλλιρόη (de bella corriente), fuente de Athenas.

(2) Óbolo, moneda de plata, equivalente á la sexta parte del dracma, que venía á ser nuestra peseta. La mina valía cien dracmas: el talento de plata, seis mil dracmas.

(3) Medimno, medida de áridos, correspondía á 51 litros 790 mililitros.

mos ser parcos y moderados, y no ir más allá de la mochila.

TIMÓN.—Aplaudo lo que dices, Thrasicles; pero antes de llenarte la mochila, permítame, si te parece, que te llene la cabeza de chichones (1), midiéndotela con mi azada.

THRASICLES.—¡Oh democracia! ¡Oh leyes! ¡Somos maltratados por un bribón en una ciudad libre!

TIMÓN.—¿Por qué te enfadas, mi buen Thrasicles? ¿Acaso te he engañado en la medida? Pues te añadiré cuatro quenices de propina (2).

58. Mas ¿qué es esto? Vienen muchos á la vez: Blepsias, Laques, Gniphon, y, en fin, una legión de truhanes que muy pronto tendrán por qué lamentarse. ¿Y por qué no he de subirme en esta roca y dar algún descanso á mi azadón, ya bastante fatigado? Reuniré muchas piedras y las dispararé contra ellos, desde lejos, á manera de una granizada.

BLEPSIAS.—No tires, Timón, que ya nos vamos.

TIMÓN.—Sí; pero no sin sangre ni sin heridas.

(1) Literal: κόνδολος, articulación de los dedos, puño, capirote.

(2) Quenice: medida de áridos, equivalente á la cuadragésima-octava parte del medimno: un litro y 79 milímetros.

VI.

ALCYON O DE LAS TRANSFORMACIONES.

Con ocasión de la metamorphosis de Ceyx en ave, de que habla la fábula (1), diserta Sócrates sobre la posibilidad de estos cambios y transformaciones, fundándose en que el poder divino posee energías y facultades que no están al alcance de la comprensión é inteligencia humanas (2).

QUEREPHON Y SÓCRATES.

1. QUEREPHON.—¿Qué voz es esa, oh Sócrates, que ha llegado hasta nosotros desde esas playas, ó desde aquel promontorio? ¡Cuán grata es al oído! ¿Qué animal es el que la produce, siendo mudos los que viven en el agua?

SÓCRATES.—Es una ave marítima, oh Querephón, llamada Alcyón (3), muy triste y lacrimosa, de la cual

(1) Véase Ovidio, *Metamorph.*, XI, 8.

(2) La crítica ha demostrado que este diálogo no es de Luciano ni de Platón, á quien también se ha atribuido, sino de León, filósofo académico.

(3) He aquí cómo la describe el escoliasta: «la alcyon es una ave tamaña como un gorrión, de varios colores, verde, azul y rojo á la vez, y de pico delgado, largo y verdososo. Vive en las playas de

se cuenta entre los hombres una antigua fábula. Dicen que siendo mujer en otro tiempo, hija de Eolo el hijo de Helen, lloraba, echando de menos su cariño, la muerte prematura de su esposo Ceyx, de Traquino hijo del lucero Eosphoro (1), y tan hermoso como su padre; y que provista luego de alas por voluntad divina, recorre á modo de pájaro los mares, buscando á su marido, después que discurriendo por toda la tierra no pudo encontrarle.

2. QUEREPHÓN.—¿Alcyón dices que es? No había oído hasta ahora esa palabra: es nueva en realidad para mí. Triste es verdaderamente el sonido que emite ese animal. ¿Y cómo es, Sócrates?

SÓCRATES.—No es grande; pero ha recibido de los dioses una gran estimación por su ternura conyugal, pues mientras anida disfruta el mundo días que se

la Sicilia, no pone más que cinco huevos, y construye su nido con espinas y raspas de pescado entrelazadas á manera de una tela, dándole tal solidez que sólo el hombre puede destruirlo, y no cualquiera otro animal. La forma del nido es parecida á una ventosa de las que se usan en medicina: ancho en el fondo y de boca tan estrecha y encubierta, que sólo para ella es accesible y conocida. La hembra se une al macho de su especie en todo tiempo, pero hace la cría en medio del invierno: en siete días hace el nido y en otros siete incuba y saca los polluelos. El día de la puesta se considera como sagrado. Se deja ver muy rara vez y siempre al declinar las Pléyades. Se posa sobre las piedras, y canta con muy tierna melodía, quedando entonces el mar tranquilo y en completa calma. La mayor de estas aves es afona: la más pequeña es sola la que canta. Todas tienen plumas tan parecidas al cabello de los hombres, que cuando los machos envejecen se tuestan y cambian de color, según quieren algunos. Las hembras se dejan morir, permaneciendo sin comer y sin beber, después de la muerte de sus machos: se las llama *Ceyces*; y si alguno las oye cantar, es seguro indicio, según dicen, de que va á morir muy pronto.—V. Aristóteles: *De los animales*, IX, 14.

(1) Lucero del alba ó de la aurora, Lucifer.—V. Hesiodo: *Theogonia*, 381; Ovidio, *Metamorph.* XI, 271.

llaman *alcyoneos* (1), y que se distinguen por su apacible serenidad en medio del invierno, de los cuales hoy es uno de los mejores. ¿No ves qué limpia está la atmósfera y qué tranquilo y sosegado todo el mar, que parece, digámoslo así, un espejo?

QUEREPHÓN.—Tienes razón: bien se ve que hoy es un día alcyoneo, y ayer era lo mismo. Pero, por los dioses, ¿qué crédito debe darse, oh Sócrates, á eso, que de antiguo se dice, de que las aves se hacen mujeres y las mujeres aves? Eso parece de todo punto imposible.

3. SÓCRATES.—Amigo Querephón, creo que nosotros somos jueces de vista bien poco perspicaz respecto de lo que es posible é imposible. Juzgamos ciertamente según la razón humana, que es oscura, infiel y míope: muchas cosas que son fáciles y que se alcanzan pronto, se nos presentan difíciles é inasequibles; y esto sucede muchas veces por la inexperiencia, y no pocas por la infancia en que está nuestro entendimiento, pues el hombre, en realidad, parece siempre un niño, por muy viejo que sea, atendiendo á que la duración de la vida es muy breve y muy reciente con relación á la totalidad del tiempo. ¿Cómo, pues, mi buen amigo, los que desconocen la potencia de los dioses y de los genios podrán decir cuáles cosas son posibles ó imposibles? ¿Viste, Querephón, qué tormenta hubo hace tres días? Aun se estremece el ánimo recordando los relámpagos, los truenos y la furia desmedida de los vientos: hubiérase creído que el mundo entero iba á hundirse.

4. Poco después, sin embargo, sobrevino una

(1) La tranquilidad de estos días es proverbial en la Literatura griega y latina, como se ve, entre otros muchos autores, en Aristophanes, *Las aves*, l.593; Plauto, *Pœnulus*, ac. i, esc. ii, vers. 142.

tranquilidad admirable que todavía dura. ¿Cuál de estas dos cosas consideras que es más grande y más difícil: cambiar en este cielo esplendente aquel huracán irresistible y aquella confusión, llevando la calma á todo el mundo, ó mudar la forma de una mujer en la de una ave? No de otro modo, entre nosotros, los niños que saben modelar toman un poco de arcilla ó de cera, y de una misma sustancia forman con frecuencia y fácilmente varias clases de figuras. Para la divinidad, que tiene un poder inmenso é incalculable con relación á nuestras facultades, todas estas cosas son expeditas y fáciles. ¿En cuántas veces imaginas que el cielo, todo él, es mayor que tú? ¿Podrías decirlo?

5. QUEREPHÓN.—¿Quién de los hombres, oh Sócrates, puede comprender ni expresar cosas de tal género? Ni enunciarlas es posible.

SÓCRATES.—¿Por ventura no advertimos, comparando los hombres entre sí, que existe una gran diferencia entre la fuerza de los unos y la debilidad de los otros? La edad florida de los hombres, comparada con la infancia de los niños que sólo cuentan cinco ó diez días desde su nacimiento, ofrece un contraste admirable de fuerza y de debilidad en todos los actos de la vida, así en las cosas que requieren destreza de manos, como en las que se verifican por la energía del cuerpo ó del espíritu. Cosas hay que no parece puedan ni ocurrírseles siquiera á esos niños de que hablo.

6. La fuerza de un hombre ya formado es tan grande y superior á la de aquéllos, que no admite punto de comparación: un solo hombre vencería fácilmente á myriadas de estos niños: una infancia, con efecto, desprovista de todo absolutamente y falta por completo de recursos, acompaña á los hombres por

ley de la naturaleza. Si pues el hombre, á lo que se ve, difiere tanto del hombre, ¿qué hemos de suponer que parecerá el cielo en todo su conjunto, comparado con nuestras facultades, á aquellos que pueden contemplar todas estas cosas? Fácilmente se persuadirá cualquiera de que en tanto como excede la magnitud del mundo á la talla de Sócrates ó de Querephón, en tanto también su poder, su sabiduría y su inteligencia (1) han de aventajar, por razón de analogía, á nuestro propio sér.

7. Para tí, para mí y para otros muchos que sean como nosotros son difíciles muchas cosas que para otros serán muy fáciles. Tocar la flauta no sabiendo, y leer ó escribir no entendiendo de letras, es más difícil para los no instruídos en tales artes que hacer mujeres de aves ó aves de mujeres. La naturaleza recibe en un panal un insecto sin patas ni alas, y poniéndole una y otra cosa y matizándole con muchos y variados colores, produce la industriosa abeja, fabricadora de la divina miel; y de huevos mudós é inanimados hace germinar muchas especies de animales volátiles, terrestres y acuáticos, valiéndose, como se dice, de las sagradas artes del gran éter (2).

8. Siendo tan grande el poder de los inmortales, nosotros, que somos mortales é insignificantes por toda manera, que no podemos abarcar lo grande ni apenas lo pequeño, y que vacilamos las más de las veces aun sobre aquellas mismas cosas que pasan á nuestro rededor, no somos competentes para hablar

(1) La filosofía platónica considera el mundo como un sér vivo y dotado de inteligencia y de razón. Véase el *Timeo*.

(2) Αἰθερος μεγάλου, *Summi Dei*, del supremo Ether. Lucrecio, *De rerum natura*, I, y Virgilio, *Geórgicas*, II, le llaman *pater æther*, *pater omnipotens fecundis imbribus æther*.

con certeza de alcyones ni de ruisseños (1). Esta célebre leyenda sobre tus lúgubres himnos, oh ave moduladora de lamentos, la referiré á mis hijos tal cual nuestros padres nos la trasmitieron, y celebraré muchas veces la piedad y la ternura de tu amor conyugal á mis esposas Janthipa y Myrto (2), contándoles además el alto honor que alcanzaste de los dioses. ¿No harás tú lo mismo, Querephón? (3).

QUEREPHÓN.—Muy conveniente es, Sócrates; pues lo que has dicho entraña una doble exhortación á la buena armonía de las mujeres y de sus maridos.

SÓCRATES.—Pues saludemos á Alcyón y regresemos de Phalero á la ciudad.

QUEREPHÓN.—Hágase en un todo como dices.

(1) Alude á la metamorphosis de Philomela en ruisseñor. Ovidio, *Metamorph.*, vi, 565.

(2) Acerca de las dos mujeres de Sócrates, véase Plutarco, «Vida de Arístides».

(3) Platón aconseja que se cuenten á los niños las fábulas que recomiendan la virtud. *De republica*, II.

VII.

PROMETHEO O EL CAUCASO.

Prometheo, clavado en el Cáucaso por orden de Júpiter, se defiende ante Mercurio y Vulcano, ejecutores de la sentencia, de los cargos que se le hacían y que motivaron su suplicio (1).

MERCURIO, VULCANO Y PROMETHEO.

1. MERCURIO.—Este, oh Vulcano, es el Cáucaso, donde hemos de clavar á ese infeliz titán: busquemos una roca á propósito, desprovista de nieve para que las cadenas se fijen con más solidez, y en la cual suspendido pueda ser visto por todos.

VULCANO.—Busquémosla, Mercurio: no conviene, en verdad, clavarlo muy abajo ni cerca de la tierra, para que no vengan en su auxilio los hombres que ha for-

(1) Prometheo, hijo del titán Japeto y de la ninfa Clymene, está considerado como el bienhechor de los hombres, á despecho de los dioses y en particular de Júpiter.

Refieren la fábula de Prometheo: Esquilo, *Prometheo encadenado*; Cicerón, «Tusculanas,» II, x, traducción de un fragmento del «Prometheo libertado,» de Esquilo, tragedia perdida; Apolonio de Rodas, «Argonauticón,» II, 1.247; Apolodoro atheniense, «Bibliotheca;» Pausanias, «Descripción de Grecia.»

mado; ni tampoco en la cima del monte, porque no podrían verlo los de abajo: si te parece, clavémosle á una altura intermedia, aquí, sobre este precipicio, con los brazos extendidos desde esa roca hasta aquella otra de enfrente.

MERCURIO.—Dices bien: las piedras son cortadas, inaccesibles y con pendiente resbaladiza por todas partes (1): tan solo ofrece esta escarpada roca un punto de apoyo muy estrecho, donde apenas puede uno sostenerse en la punta de los pies: es con efecto una cruz muy apropiada.—No te detengas, pues, Prometheo: sube, y préstate de buen grado á ser clavado en la montaña.

2. PROMETHEO.—Tened piedad de mí, Vulcano y Mercurio, que no merezco esta desgracia.

MERCURIO.—¿Dices eso, oh Prometheo, para que en tu lugar seamos nosotros crucificados al punto, por no cumplir el encargo que se nos ha dado? ¿O no te parece el Cáucaso suficiente para tí y quieres que se coloque en él á otros dos igualmente encadenados? Vamos, alarga la mano derecha.—Tú, Vulcano, sujétala; pon el clavo, y pega fuerte con el martillo.—Dáme la otra: afiáncesele también perfectamente. Bien está. Luego vendrá el águila que ha de roerte el hígado en justo pago de tu bella é ingeniosa producción (2).

3. PROMETHEO.—¡Oh Cronos! ¡oh Japeto! ¡oh tú, madre Tierra! ¡Cuánto sufro, desventurado de mí, sin haber hecho mal alguno!

MERCURIO.—¿Sin haber hecho mal alguno, Prometheo? En primer lugar, encargado de distribuir las

(1) Literal: *ἡρέμα ἐπινενευκται*: *ligeramente inclinadas*: parece contradictorio, y por eso nos permitimos cierta libertad en la interpretación.

(2) *Πλαστικῆς*: *plástica, arte de modelar*. — Refiérese á la formación de los hombres.

carnes, obraste tan injusta y fraudulentamente que reservaste para tí los mejores trozos y engañaste á Júpiter con huesos «cubiertos de blanca grasa.» Me acuerdo, por Júpiter, de que así lo dice Hesiodo (1). Después formaste los hombres, animales muy astutos, y sobre todo las mujeres. Y á más de esto robaste el fuego, posesión la más preciada de los dioses, y lo diste á los hombres. ¿Y, habiendo hecho tantos males, dices que has sido encadenado sin haber cometido falta alguna?

4. PROMETHEO.—Me parece, Mercurio, que tú también, como dice el poeta, «inculpas á un inocente» (2); pues me acusas de cosas por las cuales me hubiera hecho digno de ser alimentado en el Prytaneo, si se hiciese justicia. Y si tienes tiempo, con mucho gusto me sinceraré ante tí de tales acusaciones, y te demostraré lo injusto que ha estado Júpiter conmigo. Tú, que eres locuaz y pleiteador, toma el partido suyo y sostén que es justa su decisión de hacerme crucificar junto á las puertas del Cáspio, en el Cáucaso, espectáculo tristísimo para todos los Escythas.

MERCURIO.—A vana y estéril lucha, oh Prometheo, me provocas; pero habla: así como así, tengo que esperar á que venga el águila que ha de tomar á su cuidado tus entrañas, y en este intermedio tendré á dicha pasar el tiempo en oír un discurso sofístico de quien, como tú, es tan hábil en el uso de la palabra.

5. PROMETHEO.—Habla tú primero, Mercurio; y para acusarme con la mayor vehemencia, no omitas nada de cuanto pueda justificar á tu padre. A tí, oh Vulcano, te tomo por árbitro.

VULCANO.—Por Júpiter, ten entendido que seré tu

(1) Hesiodo: *Theogonía*, ver. 541.

(2) Homero: *Iliada*, XIII, 775.

acusador antes que árbitro, porque me robaste el fuego y dejaste que se me enfriase la fragua.

PROMETHEO.—Pues bien: dividíos la demanda; habla tú del robo, y Mercurio me inculpará por la formación del hombre y la distribución de la carne: ambos me parece que sois prácticos y muy peritos en el decir.

VULCANO.—Mercurio hablará también por mí: yo no entiendo de discursos forenses, ocupado como estoy la mayor parte del tiempo en la fragua; pero él es orador, y se ha ejercitado mucho en estas cosas.

PROMETHEO.—Nunca pensara yo que Mercurio quisiera hablar de robos ni echarme en cara cosas de este linaje, siendo él también del oficio. Mas si á ello te decides, oh tú, hijo de Maya, tiempo es ya de que comiences tu acusación.

6. MERCURIO.—Habría necesidad, oh Prometheo, de largos discursos y de suficiente preparación para exponer tus fechorías, pues no es bastante la mera recapitulación de tus injusticias: encargado de repartir las carnes, guardaste para tí lo mejor, y engañaste á nuestro Soberano; creaste los hombres, que para nada hacían falta; y nos has robado el fuego para dárselo á ellos. Me parece, amigo mío, que en vista de tales hechos comprenderás que Júpiter ha estado contigo clemente y benigno con exceso (1). Si me niegas que has hecho esto, tendré necesidad de argüirte, de extenderme en un largo discurso, y de esforzarme con empeño en poner de manifiesto la verdad; mas si confiesas que hiciste esa repartición de carnes, que nos viniste con esa novedad de los hombres y que robaste el fuego, doy por terminada mi acusación, sin añadir una palabra más; pues de otra suerte esto sería pura charla.

(1) Literal: φιλόανθρωπος, filántropo, humano.

7. PROMETHEO.—Lo que no es más que pura charla es todo eso que acabas de decir: lo veremos muy en breve. Y puesto que dices que son suficientes las acusaciones que me has hecho, he de procurar en cuanto me sea posible desvanecer tales recriminaciones. Óyeme primeramente por lo que hace á las carnes. En verdad, y pongo al cielo por testigo, que aun ahora al hablar de esto tengo vergüenza por Júpiter, si es tan apocado y quisquilloso que, porque encontró en su ración un hueso pequeño, manda clavar de este modo á un dios tan antiguo, sin recordar el auxilio que le he prestado, ni tener en cuenta que era muy mezquino el motivo capital de su ira: es cosa de muchachos el encolerizarse é indignarse por si no obtuvo la mejor parte.

8. Estas stratagemas, Mercurio, propias de un festín, no conviene, me parece á mí, retenerlas en la memoria: antes bien, si en algo se falta en un banquete, debe tomarse á juego, y allí en el mismo banquete deponer la ira; mas reservar para luego la venganza, acordarse del agravio y guardar como en conserva un recuerdo trasnochado, ¡quita allá!, ni es propio de los dioses, ni es tampoco régio. Y si quitas del festín las bromas, los chascos, los donaires, las burlas y la risa, lo que queda es sólo la embriaguez, la saciedad y el silencio, cosas tétricas y nada gratas, que en manera alguna sientan bien en el convite. Lo que menos pensaba yo era que Júpiter se acordase al día siguiente, ni que pudiese irritarse tanto, ni creerse tan gravemente injuriado, por si uno al repartir la carne quiso gastar una chanza para ver si al servirle reconocía cuál era el mejor pedazo.

9. Pero supón, oh Mercurio, lo que es mucho más grave, no ya que le diera á Júpiter la porción menor, sino que se la quitara toda: ¿qué? ¿por esto era preci-

so, como suele decirse, juntar el cielo con la tierra, y cadenas y cruces, y pensar nada menos que en el Cáucaso, y enviar águilas que me desgarran el hígado? Ve, pues, si el irritarse por esto no acusa un alma pequeña, innoble en sus sentimientos y muy propensa á la ira. ¿Qué habría hecho si hubiera perdido un buey entero, cuando por un poco de carne se ha sulfurado tanto?

10. ¡Cuánto más indulgentes se muestran los hombres en tales casos, aunque parezca natural que fuesen más dados á la ira que los dioses! No hay entre ellos quien haya impuesto pena de cruz á su cocinero por si al cocer la carne metió el dedo y quitó un poco de caldo, ó tomó una tajada de la carne que estaba para asar, y se la comió: estas faltas se las perdonan; ó cuando más, si alguno se enfada mucho, le sacuden un puñetazo ó le pegan un bofetón en los carrillos; pero á ninguno mandan al patíbulo por cosas de tan poca monta. Y basta ya de carnes; que es vergozoso para mí el defenderme, y más vergonzoso aún para Júpiter el acusarme.

11. Tiempo es ya de hablar de mi habilidad en la plástica y de que hice á los hombres. Esto, Mercurio, abraza una doble inculpación, y no sé yo por cuál de ellas es por la que más me acriminas: ¿no convenía en absoluto haber creado los hombres, y hubiera sido mejor dejarlos quietos y no siendo otra cosa que tierra sin elaborar, ó convenía haberlos creado, pero dándoles otra forma y no la que yo les dí? De ambos extremos voy á tratar. Pero antes procuraré demostrar: primeramente, que ningún perjuicio han tenido los dioses con que los hombres vengan á la vida; y después, que ha sido esto mucho más ventajoso y útil para ellos que si hubiese continuado la tierra yerma y desierta de hombres.

12. En otro tiempo, y así se verá más fácilmente si he faltado en algo al inventar é introducir la novedad de los hombres, existía sólo el linaje divino y celestial. La tierra era una cosa inculta, informe, cubierta toda de bosques, y éstos salvajes: no había altares erigidos á los dioses, ni templos,—¿cómo había de haberlos?—ni estatuas, ni imágenes, ni cosa ninguna de las que ahora se ven por todas partes veneradas con singular devoción. Yo, que siempre velo por el bien común (1), y que medito la manera de engrandecer el culto de los dioses y de que todo crezca en ornato y hermosura, pensé que haría muy bien si, tomando un poco de barro, modelaba ciertos seres, dándoles formas semejantes á las nuestras: me parecía, con efecto, que le faltaba algo á la divinidad, no habiendo algún otro sér que le fuese como opuesto, y cuya comparación hiciese resaltar su mayor dicha; por eso hice al hombre mortal, si bien ingenioso, inteligente y capaz de percibir el bien (2).

13. Ahora bien: según las palabras del poeta (3), «mezclé tierra y agua,» la amasé y formé á los hombres, llamando á Minerva para que me ayudase en la obra. Este es mi gran crimen para con los dioses. Ya ves qué gran perjuicio: que he hecho con tierra unos vivientes, y he dado movimiento á lo que antes no lo tenía. No parece sino que desde entonces los dioses son menos dioses, porque haya sobre la tierra unos seres mortales. Por eso se ha ofendido Júpiter, como

(1) Alude á su nombre de Prometheo; pues *προβουλεύω* y *προμηθεύω* significan lo mismo: prevenir, predisponer, preocuparse.

(2) Literal: *καὶ τοῦ βελτίονος αἰσθόμενον*, capaz de sentir, de conocer lo mejor.

(3) Hesiodo: «Trabajos y días,» 61: palabras referentes al encargo que Júpiter da á Vulcano de formar á Pandora.

si los dioses hubieran venido á menos desde el nacimiento de los hombres. Si no es que teme que también éstos tramén una conspiración contra él, y declaren la guerra á los dioses, como los Gigantes. Es, sin embargo, notorio que en nada habéis sido injuriados por mí, oh Mercurio, ni por mis hechuras; y si no, demuéstrame lo más mínimo en contrario, y sellaré mis labios sufriendo con resignación el rigor de vuestra justicia.

14. Que esto ha sido beneficioso para los dioses, lo comprenderás si miras la tierra no ya desierta y fea, sino hermo­seada con ciudades, campos cultivados y plantas delicadas, el mar surcado por las naves, las islas habitadas, y por donde quiera altares, sacrificios, templos y festividades; «las calles están llenas de Júpiter, y las plazas de hombres» (1). Si esta adquisición la hubiera hecho para mí solo, me aprovecharía de ella para mi uso particular; pero llevándola á la comunidad, la establecí para todos vosotros. Es más, por todas partes se ven templos levantados á Júpiter, á Apolo, á Juno y á tí, Mercurio; pero ninguno á Prometheo. Ya ves cómo no atiende más que á mi conveniencia, haciendo traición y menoscabando la de los demás.

15. A mayor abundamiento, oh Mercurio, considera si, á tu parecer, un bien sin testigos, ya sea una propiedad ó una obra de arte, que nadie ve y nadie alaba, puede ser igualmente dulce y agradable á aquel que lo posee. ¿Qué quiere decir esto? Que si los hombres no hubieran sido creados, permanecería sin testigos la hermosura del Universo y disfrutaríamos

(1) Palabras de Arato, según el comentador J. Brodeo.—Virgilio, Egloga III, 60, dice igualmente: «ab Jove principium, Musæ: Jovis omnia plena.»

de una riqueza que nadie admiraría, ni estimaríamos tampoco nosotros mismos, porque no teníamos otra inferior con qué compararla: no comprenderíamos cuánta es nuestra felicidad, si no viésemos á otros que carecen de ella: así también se demuestra que una cosa es grande, si la medimos con otra pequeña. Vosotros, sin embargo, en vez de decretarme honores por este acto de buen régimen, me crucificáis en una roca, correspondiendo de este modo á mis designios.

16. Pero hay muchos malvados, dices, entre ellos: cometen adulterios, se hacen la guerra, se casan con sus hermanas y ponen asechanzas á sus padres. ¿Pues no hay también entre nosotros gran copia de estos vicios? ¿Y habrá de culparse por esto á Urano y á la Tierra de habernos creado? (1). Pero acaso digas que es mucho negocio para nosotros tener que mirar por ellos. Si á esto vamos, quéjese también el pastor de tener rebaño, porque le es preciso cuidarlo: si esto le es trabajoso, también por otro lado le es útil, y esta ocupación le proporciona una manera de vivir que no es desagradable. ¿Qué haríamos, pues, nosotros, si no tuviésemos por quién velar? Viviríamos en la ociosidad, bebiendo néctar y llenándonos de ambrosía, sin ningún otro quehacer.

17. Y lo que más me irrita es que, censurándome el haber hecho á los hombres y, sobre todo, á las mujeres, las amáis no obstante, bajáis sin cesar á la tierra, convertidos en toros, en sátyros y en cisnes, y no os desdeñáis de tener dioses de ellas (2). Podías, me di-

(1) Hesiodo: «Theogonía», 45. Sobre los vicios de los dioses. Véase «Menipo ó la Necromancia», XI, 3.

(2) Júpiter se transformó en toro para robar á Europa, y en sátyro y cisne para seducir á Antiope y á Leda.

rás acaso, haber formado los hombres, pero de otra manera y no semejantes á nosotros. ¿Y qué otro modelo mejor que éste me había de proponer cuando lo considero enteramente hermoso? ¿Debería haber formado un animal privado de razón, fiero y salvaje? ¿Cómo harían sacrificios á los dioses y os tributarían tantos otros homenajes, si no fueran como son? Con todo, cuando os ofrecen hecatombes no tardáis en presentaros, aun teniendo que atravesar el Océano, ante «*los valientes Ethiopes*» (1): y á mí, que os he proporcionado estos honores y estos sacrificios, me crucificáis en esta roca. Sea esto bastante respecto de los hombres.

18. Y paso ya, si lo llevas á bien, á hablar del fuego y de ese tan reprobado hurto. Respóndeme, por los dioses, á esto sin tardar: ¿hemos perdido nosotros algo del fuego desde que lo tienen los hombres? No podrás decirlo: tal es, á mi juicio, la naturaleza de esta posesión, que no decrece porque otro tome parte de él: el fuego no se extingue porque con él se encienda otro fuego. Es, pues, envidia manifiesta eso de prohibir á los que lo necesitan que participen de un bien con el cual vosotros no salís perjudicados: siendo, como lo sois, dioses, es preciso que seáis buenos, dispensadores de beneficios (2) y ajenos á la envidia. Aunque os hubiese robado todo el fuego para bajarlo á la tierra, sin dejaros absolutamente nada, no os hubiera perjudicado gran cosa, porque para nada os hace falta, no teniendo que freir ni que cocer la ambrosía ni necesitando de luz artificial.

19. Los hombres, por el contrario, usan por necesidad el fuego para todo, y principalmente para los

(1) Alusión á Homero: *Iliada*, I, 423.

(2) Δοτῆρας ἐξῶν, epitheto hesiódico. «Theogonia», 46.

sacrificios, para perfumar las calles con el olor de la grasa, para quemar el incienso y para asar las piernas de las víctimas sobre los altares. Por cierto que veo bien cuánto os deleita ese vapor, y cómo tenéis por un manjar exquisito el aroma que se remonta hasta el Cielo, «girando entre columnas de humo» (1). La censura está, por tanto, en abierta oposición con vuestros apetitos. Y me admira que no hayáis prohibido también al Sol que los alumbre; pues su fuego es mucho más divino y más flagrante: ¿ó le acusáis también como si dilapidase vuestras propias pertenencias? He dicho.—Vosotros, Mercurio y Vulcano, si en algo os parece que no he hablado bien, corregidme y objetadme, que yo volveré en defensa de mi causa.

20. MERCURIO.—No es fácil, Prometheo, contender con tan poderoso sophista. Mas congratúlate de que Júpiter no haya oído tu discurso, porque estoy seguro de que manda contra tí diez y seis buitres que te saquen los intestinos; con tal rigor le has atacado, á pretexto de defenderte. Y lo que me maravilla es que, siendo adivino, no previeses que ibas á sufrir este castigo.

PROMETHEO.—Lo sabía, Mercurio, como sé también que he de recobrar la libertad: ya vendrá pronto de Thebas un amigo tuyo (2) que matará de un flechazo á esa águila que dices.

MERCURIO.—Ojalá suceda, Prometheo, y pueda verte libre y asistiendo al banquete con nosotros, con tal de que no seas tú el que repartas la carne.

21. PROMETHEO.—Déjalo estar: comeré con vosotros y me soltará Júpiter, á cambio de no pequeña dicha.

(1) Homero: *Iliada*, I, 317.

(2) Hércules. Véase Hesiodo, «Theogonia», 528.

MERCURIO.—¿Cuál? Díla al punto.

PROMETHEO.—¿Conoces, Mercurio, á Thetis?... Pero no conviene hablar: mejor es guardar el secreto para pago y honorarios del rescate (1).

MERCURIO.—Pues guárdalo, Titán, si eso es mejor. Vámonos nosotros, Vulcano, que ya se acerca el águila. Mucho ánimo (2), y que se presente al punto el tirador thebano que dices, y te libre de ser despedazado por esa ave.

(1) Véase «Diálogos de los Dioses», 1.

(2) Literal: ὑπόμεινε οὖν καρτερῶς, resiste con fortaleza.

VIII

DIALOGOS DE LOS DIOSES. (1)

1.

Liberación de Prometheo (2).

PROMETHEO Y JÚPITER.

1. PROMETHEO.—Suéltame, Júpiter, que he sufrido ya tormentos horribles.

JÚPITER.—¿Que te suelte dices, cuando merecías

(1) Para la mejor inteligencia de estos DIÁLOGOS léanse las *Metamorphosis* de Ovidio.

Consúltese igualmente el *Diccionario mythológico* de Jacobi, traducción francesa de Th. Bernard, ó el *Diccionario de Biographia, Mythologia y Geographia antiquas*, de Smith, traducción francesa de Theil.

Han imitado entre nosotros estos DIÁLOGOS: B. Leonardo y Argensola «Menipo», «Demócrito», «Dédalo», Biblioteca Nacional, mss. I. 205; y D. Emilio Castelar «Los dioses antiguos y el trabajo moderno», *Ilustración Española y Americana*, número correspondiente al 30 de agosto del presente año (1882).

Pellicer, Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles, cita el diálogo «Mercurio y Venus», atribuido á Luciano y traducido por el ya nombrado B. L. y Argensola.

(2) Véase el Diálogo anterior «Prometheo ó el Cáucaso».

que, poniéndote grillos más pesados y echando sobre tu cabeza el Cáucaso entero, no sólo te devorasen el hígado diez y seis buitres, sino que te sacarán los ojos, por habernos fabricado semejantes seres, los hombres, y haber robado el fuego y formado las mujeres? Y en cuanto á que me engañaste en la repartición de las carnes, dándome huesos cubiertos de grasa, mientras tú te guardabas la mejor parte, ¿qué no podría decirte?

PROMETHEO.—Harto castigado he sido ya después de tanto tiempo como llevo clavado en el Cáucaso, alimentando con mis entrañas á una águila, que así perezca con fin tan desastroso como jamás lo tuvo ave alguna.

JÚPITER.—Esto no es ni la mínima parte de lo que aun tienes que padecer.

PROMETHEO.—Pero no me darás la libertad gratuitamente, Júpiter; sino que te indicaré una cosa que te es por todo extremo interesante.

2. JÚPITER.—Tratas de embaucarme, Prometheo.

PROMETHEO.—¿Y qué ganaré en ello? Tú no ignorarás dónde está el Cáucaso, ni carecerás de cadenas, si me sorprendes maquinando alguna estratagema.

JÚPITER.—Dí primero qué cosa es esa de tanta importancia para mí, con la cual pretendes satisfacer tu rescate.

PROMETHEO.—Si te digo dónde vas ahora, ¿me creerás después en lo que he de pronosticarte?

JÚPITER.—¿Cómo no?

PROMETHEO.—Vas en busca de Thetis para hacerle el amor (1).

JÚPITER.—Lo has acertado. ¿Y qué opinas tú de eso? porque me parece que vas á decirme algo de verdad.

(1) Lit.: συνεσόμενος αὐτῇ, cum ea congressurus.

PROMETHEO.—En manera alguna, oh Júpiter, comuniqués con la Nereida; porque si resulta embarazada de tí, lo que naciere hará contigo lo mismo que tú hiciste con Saturno (1).

JÚPITER.—¿Quieres decir que seré expulsado del poder?

PROMETHEO.—Nunca suceda, oh Júpiter; pero á eso te expondría tu trato con ella.

JÚPITER.—Pues que lo pase bien Thetis. Y á tí que Vulcano te ponga en libertad en pago de tu revelación.

2.

Júpiter perdona á Cupido con la condición de que ha de proporcionarle amores fáciles.

CUPIDO Y JÚPITER.

1. CUPIDO.—Si alguna falta he cometido, oh Júpiter, perdóname; ya ves que soy un niño y no tengo todavía uso de razón.

JÚPITER.—¿Tú un niño, Cupido, cuando eres más viejo que Japeto? (2) ¿Acaso porque no tienes barba ni canas quieres pasar como niño, siendo ya un viejo, y viejo taimado?

(1) Completamos la frase con la palabra *Saturno*, siguiendo la edición de T. Hemsterhuis y J. F. Reitz, Biponte, 1789, y la de Weise, Leibzip, 1877.

(2) Uno de los Titanes, hijos del Cielo (Urano) y de la Tierra (Gé), y padre de Atlas, Prometheo, Epimetheo y Menecio: fué encerrado con Saturno (Cronos) en el Tártaro.

CUPIDO.—¿Mas en qué te ha ofendido este viejo, como tú dices, para que así pienses aprisionarlo?

JÚPITER.—Mira, infame, si es pequeña ofensa el burlarte de mí en términos de que apenas hay cosa en que no me hayas convertido, en sátyro, toro, oro, cisne, águila. Por otra parte, nunca has hecho que una mujer se enamore de mí, ni entiendo haberme hecho jamás agradable á ninguna por tu mediación; antes bien tengo que valerme con ellas de alucinaciones y encantamientos y ocultar mi personalidad; de suerte que aman al toro ó al cisne, y si á mí me viesen se morirían de terror.

2. CUPIDO.—Naturalmente, Júpiter; siendo ellas mortales, no pueden resistir tu presencia.

JÚPITER ¿Y cómo es que á Apolo le aman Branco y Hyacintho? (1)

CUPIDO.—Pero Daphne lo ha rechazado, á pesar de su larga cabellera y de su rostro barbilampiño (2). Nada, Júpiter; si quieres hacerte amar, no agites la égida ni lleses ese rayo: hazte, por el contrario, todo lo elegante que te sea posible; peina en bucles el cabello á los lados, y préndelos con una diadema; viste traje de púrpura; usa calzado bordado en oro; marcha cadenciosamente á compás de la flauta y de los tympanos, y verás como te siguen en número mayor que las Ménades de Baco.

(1) Branco, hijo de Apolo y de una mujer milesia, fundó en Didyma, cerca de Mileto, un oráculo que gozó de gran prestigio entre los Jonios. Sus descendientes, los *Branquides*, fueron los sacerdotes ó ministros hereditarios de este oráculo.—Hyacintho ó Jacintho hijo de Amyclas, rey de Esparta, fué amado por Apolo y por Zéphyro.—Véase más adelante el *Diálogo* 14.

(2) Daphne, perseguida por Apolo, y en el momento en que iba á ser presa de este Dios, imploró el auxilio de su padre Peneo, el cual la transformó en laurel.—Ovidio: *Metamorph.* I, 7.

JÚPITER.—Quita allá; no aceptaré nunca el ser amado á tanta costa (1).

CUPIDO.—Entonces, Júpiter, renuncia á amar; esto es lo más expedito.

JÚPITER.—No; yo quiero amar y llegar al logro de mi deseo de una manera más fácil. Con esta precisa condición te dejo marchar.

3.

Metamorphosis de Io.

JÚPITER Y MERCURIO.

JÚPITER.—¿Conoces, Mercurio, á la bella hija de Inaco?

MERCURIO.—Sí por cierto; te refieres á Io.

JÚPITER.—Pues ya no es una niña, sino una ternera.

MERCURIO.—¡Cosa más admirable! ¿Y cómo se operó ese cambio?

JUPITER.—Juno la transformó por celos (2). Pero otra cosa más extraordinaria y terrible ha inventado en contra de esa desdichada: ha puesto á su lado un boyero de muchos ojos, llamado Argos, que apacienta á la novilla, sin dormir jamás.

MERCURIO.—¿Y qué hemos de hacer nosotros?

(1) Literal: *τοιούτος γενόμενος*, haciéndome así ó haciendo tales cosas.

(2) Júpiter, por sustraer á Io de la venganza de su esposa Juno, la transformó en una hermosísima ternera blanca; más ella, sospechando el engaño, pidió á su esposo que la regalase aquella preciosa vaca.—Ovidio: *Metamorph.* I, 8.

JÚPITER.—Marcha volando á Nemea (1), que por allí pastorea Argos, y mátales; y en cuanto á Io, llévala á Egipto á través del mar, y conviértela en Isis (2). Y que sea por siempre allí una diosa que haga subir el Nilo, que dirija los vientos, y que salve á los navegantes.

4.

Júpiter confiere á Ganymedes el cargo de escanciador del Olimpo.

JÚPITER Y GANYMEDES.

1. JÚPITER.—Ea, Ganymedes, puesto que hemos llegado á lugar conveniente, abrázame, para que veas que no tengo ya pico encorvado, ni uñas agudas, ni alas, ni soy, en fin, un ave, como lo parecía cuando á tí me presenté.

GANYMEDES.—¡Un hombre! ¿Pues no eras hace poco un águila, y bajando tu vuelo me arrebataste de enmedio de mi rebaño? ¿Cómo se han desvanecido aquellas alas, y te muestras ahora otro?

JÚPITER.—No soy un hombre, como te figuras, jo-

(1) Ciudad de la Argólida, célebre por el terrible león á que dió muerte Hércules. En conmemoración de este hecho se celebraban de cinco en cinco años los juegos nemeos, instituidos en honor de Júpiter.

(2) Isis, una de las principales divinidades egipcias, esposa de Osiris y madre de Horus. Los Griegos la confundían con Demeter (Ceres) y con Io.

ven, ni un águila; soy el rey de los Dioses, que cambié de forma porque así me convenía (1).

GANYMEDES.—¿Qué dices? ¿Tú eres el dios Pan? ¿Y cómo no tienes flauta, ni cuernos, ni las piernas cubiertas de bello? (2)

JÚPITER.—¿Sólo á ése consideras tú como Dios?

GANYMEDES.—Ciertamente; y por eso le sacrificamos un macho cabrío entero, que llevamos á la gruta en que está colocada su estatua. Mas tú me parece que no eres más que un secuestrador de niños (3).

2. JÚPITER.—Díme: ¿no has oído por ventura el nombre de Júpiter, ni has visto en el Gárgaro el altar de este Dios, que envía la lluvia y produce el trueno y los relámpagos? (4)

GANYMEDES.—¿Tú, soberano Señor, eres, á lo que dices, el que poco há nos arrojaste una tremenda granizada; el que, según dicen, habitas en lo alto; el que tanto ruido metes, y á quien mi padre sacrificó un carnero? ¿Y qué he hecho yo para que así me hayas arrebatado, rey de los Dioses? Seguramente los lobos habrán acometido ya á mis ovejas abandonadas y las habrán destrozado.

JÚPITER.—¿Aun te cuidas de las ovejas, habiendo llegado á ser inmortal, y debiendo permanecer aquí con nosotros?

GANYMEDES.—¿Qué dices? ¿No me dejarás otra vez en el monte Ida hoy mismo?

(1) Literal: πρὸς τὸν καιρὸν, por circunstancia especial, porque era la ocasión.

(2) «Ganymedes, como pastor, no conocía otro Dios que Pan, al cual veneran los pastores.»—Nota del Escoliasta.

(3) Ἄνδραποδιστής, traficante en hombres, negrero.

(4) En el Gárgaro, uno de los tres picos más altos del monte Ida, tenía Júpiter un templo.—Homero, *Iliada*, VIII, 48.

JÚPITER.—De ninguna manera: entonces me hubiera convertido inútilmente de Dios en águila.

GANYMEDES.—Pero mi padre me buscará, y se enfadará si no me encuentra, y me castigará después por haber abandonado el rebaño.

JÚPITER.—¿Y dónde habrá de verte?

GANYMEDES.—No puede ser: quiero irme con mi padres (1). Si me vuelves á su lado, te prometo que ha de sacrificarte otro carnero en pago de mi rescate: tenemos uno de tres años, grande, que sirve de guía en el pasto.

13. JÚPITER.—¿Qué ingenuidad y qué sencillez la de este muchacho! Bien se ve que todavía es un niño. Vamos, Ganymedes, despídete de todas esas cosas, y no te acuerdes más de ellas, ni del rebaño, ni del monte Ida. Como habitante que eres del Cielo, puedes hacer desde aquí mucho bien á tu patria y á tu padre. En vez de queso y leche, comerás ambrosía y beberás néctar, que escanciarás también y nos lo ofrecerás á los Dioses, y lo que es más, no serás ya hombre, sino inmortal, y haré que tu estrella aparezca hermosísima, y, en una palabra, serás feliz.

GANYMEDES.— Y si quiero jugar, ¿quién jugará conmigo? En el Ida nos reuníamos muchos de la misma edad.

JUPITER.—Aquí también tienes á Cupido, que jugará contigo, y tabas en gran número (2). Sólo falta que estés tranquilo y alegre, y que no te acuerdes de nada de la tierra.

4. GANYMEDES.—¿Y en qué podré seros útil? ¿Hay también aquí necesidad de apacentar rebaños?

(1) Literal: ποθῶ γὰρ ἤδη αὐτόν, lo echo ya de menos.

(2) Apolonio de Rhodas describe el gracioso grupo de Cupido y Ganymedes jugando á las tabas.—*Argonauticón*, III, 114.

JÚPITER.—No; pero escanciarás el vino, administrarás el néctar y cuidarás del banquete.

GANYMEDES.—Eso no es difícil; pues ya sé yo cómo se debe verter la leche y presentar el vino.

JÚPITER.—¡Vaya! ¡otra vez se acuerda de la leche y piensa que va á servir á los hombres! Pero estamos en el Cielo, y bebemos, como te he dicho, néctar.

GANYMEDES.—¿Es acaso más dulce que la leche, Júpiter?

JÚPITER.—En breve lo sabrás; y una vez que lo gustes no volverás á acordarte de la leche.

GANYMEDES.—¿Y en dónde me acostaré á la noche? ¿quizás con mi compañero Cupido?

JÚPITER.—No; pues te traje aquí para que durmiésemos juntos.

GANYMEDES.—¿No puedes tú dormir solo, y te es más agradable dormir conmigo?

JÚPITER.—Justamente; con un joven tan hermoso como tú, Ganymedes.

5. GANYMEDES.—¿De qué, pues, te servirá la hermosura para dormir?

JÚPITER.—Tiene cierto dulce encanto que mueve á un sueño más suave.

GANYMEDES.—Mi padre, sin embargo, se enfadaba conmigo cuando dormíamos juntos, y me decía por la mañana que no le había dejado dormir, dando vueltas, pateando y soñando en alta voz; así, que me enviaba las más veces á dormir con mi madre. Por lo tanto, á tiempo estás, si, como dices, me trajiste para eso, de volverme de nuevo á la tierra, so pena de darte mucho que hacer, no dejándote dormir, porque te molestaré moviéndome sin cesar.

JÚPITER.—Nada más halagüeño para mí que estar despierto contigo; porque no cesaré de besarte y acariciarte entre mis brazos.

GANYMEDES.—Ya lo verás; yo estaré durmiendo mientras tú me besas.

JÚPITER.—Entonces sabremos lo que hacer.—Ahora, Mercurio, llévalo contigo, y después que beba la bebida de la inmortalidad, lo traes para que nos sirva el vino, enseñándole primero cómo debe presentar la copa.

5.

Juno se muestra celosa con Júpiter por causa de Ganymedes.

JUNO Y JÚPITER.

1. JUNO.—Desde que trajiste á ese muchacho phrygio, que arrebataste del monte Ida, me haces menos caso, Júpiter.

JÚPITER.—¿También éste te inspira celos, Juno, tan cándido é inofensivo como es? Yo creía que sólo eras impertinente con las mujeres que frecuentaban mi trato.

2. JUNO.—No esta bién, ni es digno de tí, que eres el primero de todos los dioses, que me abandones, siendo como soy tu mujer legítima, y te bajes á la tierra á entretenerte en adúlteros galanteos, transformado en oro, en sátiro ó en toro. Esas infidelidades quedaban, al menos, para tí solo en la tierra; mas este joven que arrebataste del Ida, y que has trasportado aquí, oh tú el más ilustre de los dioses, vive con nosotros, y está siempre en nuestra presencia, so pretexto de escanciador. ¿Tan necesitado estabas de escanciadores? ¿Se negaron quizás Hebe y Vulcano á desem-

peñar ese cargo? Y nunca tomas la copa de sus manos sin darle primero un beso á la vista de todos, cuyo beso es para tí más dulce que el néctar; por eso muchas veces, aun sin tener sed, pides de beber; y algunas también, apenas tocas la copa, se la devuelves; y después que él ha bebido, se la pides de nuevo para apurar lo que en ella ha quedado, poniendo tus labios donde él puso los suyos, para de este modo beber y besar al mismo tiempo. Y, en fin, no hace mucho, ¡tú, rey y señor de todos los dioses! que dejando la égida y el rayo, te pusiste á jugar con él á las tabas, á pesar de tu larga barba. Todo esto lo veo yo: no trates por tanto de negarlo.

3. JÚPITER.—¿Y qué tiene de particular, oh Juno, que bese á este muchacho tan hermoso, mientras bebo, y disfrute así de ambas cosas, del beso y del néctar? Ciertamente que si le permitiese besarte siquiera una sola vez, no me reprenderías por considerar su beso preferible al néctar.

JUNO.—Ese es el lenguaje de los corruptores de la juventud (1). Por lo demás, yo nunca podría perder el juicio hasta el extremo de acercar mis labios á ese phrygio, tan blando y afeminado.

JÚPITER.—No insultes, nobilísima señora, á mis favorecidos: este joven tan afeminado, ese advenedizo tan blando, me es más grato y más amable... no quiero continuar por no aumentar tu indignación.

4. JUNO.—Sólo falta que te cases también con él en obsequio mío. Acuérdate, con todo, de las injurias que le has inferido con ocasión de este copero.

JÚPITER.—Sin duda que no es éste, sino tu hijo Vulcano el que debía servirnos el vino, cojeando, recién venido de la fragua, lleno aun de chispas y

(1) Παιδεραστών, de los pederastas.

habiendo apenas dejado la tenaza; de sus mismos dedos debíamos recibir la copa, y traerlo hácia nosotros y besarle, á él, cuyo rostro ennegrecido por el hollín, ni tú, con ser su madre, besarías sin repugnancia. Esto es muy agradable, ¿no es verdad? Un copero semejante honra en gran manera la mesa de los dioses. A Ganymedes, por el contrario, hay que enviarlo otra vez al monte Ida: es limpio, tiene dedos de color de rosa, y, lo que más te mortifica, besa con una dulzura mayor que la del néctar.

5. JUNO.—Ahora, Júpiter, desde que el Ida nutrió á ese hermoso melenudo, Vulcano es cojo, sus dedos son indignos de tu copa, su rostro está cubierto de hollín y su aspecto te produce náuseas: antes no reparabas en eso, y ni las chispas ni la fragua te traían de beber lo que él te daba.

JÚPITER.—Te atormentas, Juno, inútilmente; nada más: en cambio á mí con tus celos me acrecientas el amor. Mas si te es enojoso recibir la copa de manos de este hermoso niño, que tu hijo te sirva á tí el vino.—Tú, Ganymedes, dame á mí solo de beber; y por cada copa me besas dos veces; una cuando me la presentes llena, y otra cuando yo te la devuelva. ¿Por qué lloras? Nada temas; que tendrá por qué lamentarse el que pretenda ofenderte.

6.

Júpiter disculpa el amor de Ixión á Juno.

JUNO Y JÚPITER.

1. JUNO.—¿Ves, Júpiter, á ese Ixión? ¿Qué piensas de su conducta?

JÚPITER.—Le tengo por hombre honrado, Juno, y excelente comensal; no alternaría ciertamente con nosotros si fuese indigno de nuestra mesa.

JUNO.—Pues es indigno, porque es un insolente. Por tanto, que no permanezca más en nuestra compañía.

JÚPITER.—¿Qué insolencia ha cometido? Importa, me parece, que yo también la sepa.

JUNO.—¿Qué insolencia? Vergüenza me da decirlo. Tanto es á lo que se ha atrevido.

JÚPITER.—Razón de más para que me lo digas, si ha sido un acto vergonzoso el que ha intentado. ¿Ha solicitado quizás alguna diosa? Sospecho que ha de ser una torpeza por el estilo el acto vergonzoso que te resistes á revelarme.

2. JUNO.—Sí, Júpiter; y á mí misma, no á otra alguna; y desde hace mucho tiempo. Al principio no comprendía yo por qué me miraba fijamente. Luego empezó también á suspirar y á derramar lágrimas. Si alguna vez, después de beber, entregaba la copa á Ganymedes, se la pedía para beber donde yo había bebido; y al tomarla la besaba, la aproximaba á sus ojos, y de nuevo me miraba con fijeza. Entonces conocí que estos eran ardides de amor. Tuve, sin em-

bargo, por mucho tiempo vergüenza de decírtelo, y pensé además que el hombre cesaría en su locura; pero cuando se ha atrevido á dirigirme la palabra, lo he dejado cubierto de lágrimas y arrojado á mis pies; y tapándome los oídos para no escuchar sus injuriosas pretensiones, he venido á contártelo todo. Vé tú ahora cómo tomas venganza de este hombre.

3. JÚPITER.—¿Conque el miserable se ha atrevido hasta mí, hasta el lecho de Juno? ¿Tanto le embriagó el néctar? Pero nosotros tenemos la culpa, que en nuestro amor excesivo á los hombres les hicimos convidados de nuestra mesa. Bien mirado, tenemos que disculparles, si bebiendo lo mismo que nosotros, y contemplando bellezas celestiales como jamás las vieron en la tierra, desean gozar de ellas, arrebatados por el amor. El amor es un tirano; y no sólo reina sobre los hombres, sino á veces sobre nosotros mismos.

JUNO.—Sobre tí principalmente ejerce un dominio absoluto: te lleva y te trae cogido, como dicen, de las narices, y tú le sigues á donde quiera que te conduzca; te transformas fácilmente en cuantas cosas se le ocurre ordenarte, y eres, por completo, como una pertenencia y un juguete del amor. Y sé también por qué te muestras hoy tan indulgente con Ixión; porque en otro tiempo enamoraste tú á su mujer, la cual te hizo padre de Pirithoo (1).

4. JÚPITER.—¿Todavía te acuerdas de si me entretenía en algo cuando bajaba á la tierra? ¿Sabes, vol-

(1) Júpiter, bajo la figura de un caballo, se puso á correr al redor de Día, mujer de Ixión, procurando acercarse á ella. De estos dos verbos, *θείω*, *correr*, y *πειράω*, *procurar*, está compuesto el nombre de Pirithous. Este hijo adulterino de Ixión fué muy amigo de Theseo y compañero suyo en la expedición al Infierno para robar á Proserpina, en la cual murió despedazado por el Cervero.

viendo al asunto, lo que opino respecto de Ixión? Castigarle, de ninguna manera, ni echarle de nuestra mesa; eso sería descortés. Puesto que ama y, según dices, llora y sufre tormentos crueles...

JUNO.—¿Qué, Júpiter? Temo no vayas tú también á proferir alguna injuria.

JÚPITER.—No por cierto; sino que formaremos con una nube una figura que se te parezca, y cuando el banquete haya concluído, y él se encuentre, como es de suponer, desvelado por el amor, la llevamos y la recostamos á su lado; así, pues, cesará su tormento, pensando que ha logrado su deseo.

JUNO.—Por ningún concepto: mal haya (1) el que aspira á cosas que están muy por encima de su condición.

JÚPITER.—Pero atiende, Juno: ¿qué mal puede provenirte de esta ficción, si, en último resultado, Ixión estará al lado de una nube?

5. JUNO.—Pero esta nube aparecerá como si fuera yo misma; y sobre mí, por tanto, recaerá la vergüenza á causa del parecido.

JÚPITER.—Eso nada quiere decir: porque ni la nube podrá nunca ser Juno, ni tú la nube; y solamente Ixión será el engañado.

JUNO.—Sin embargo, como todos los hombres son tan necios, se vanagloriará quizás cuando baje á la tierra, é irá contando á todos que ha tenido que ver con Juno, y que ha coparticipado del lecho con Júpiter. Y acaso avance hasta decir que yo le amo; y los hombres lo creerán, no sabiendo que sólo ha tratado con una nube.

JÚPITER.—Pues si tal dijere le precipitaré en los Infiernos, le ataré á una rueda con la cual estará dando

(1) Literal: μή ὥραισιν ἔκοιτο, no llegue á sazón.

vueltas sin cesar, y le sujetaré á un trabajo sin fin en castigo, no de su amor, que esta no es falta grave, sino de su jactancia.

7.

Predisposición de Mercurio para el robo.

APOLO Y VULCANO.

1. VULCANO.—¿Has visto, Apolo, al niño de Maya que ha nacido poco há? ¡Qué hermoso es! ¡Cómo sonríe á todos! Manifiesta desde luego que va á ser una buena cosa.

APOLO.—¿Á ése, Vulcano, he de llamar yo niño y esperar de él cosa buena, cuando es más viejo que Japetó en cuanto á malicia?

VULCANO.—¿Qué mal ha podido hacer, si hace poco que ha nacido?

APOLO.—Pregúntaselo á Neptuno, al cual le ha robado el tridente; ó á Marte, á quien á hurtadillas le sacó la espada de la vaina; sin hablar de mí, que me desarmó del arco y de las flechas.

2. VULCANO.—¿El recién nacido hace eso, cuando apenas se movía en sus envolturas?

APOLO.—Ya lo experimentarás, Vulcano, con solo que se acerque á tí.

VULCANO.—Pues ya se acercó.

APOLO.—¿Y qué? ¿Tienes todas tus herramientas? ¿No se te perdió ninguna?

VULCANO.—Todas las tengo, Apolo.

APOLO.—Míralo bien.

VULCANO.—¡Por Júpiter! No veo las tenazas.

APOLO.—Pues las verás allá entre las mantillas del niño.

VULCANO.—¿Tan ligero es de manos? Por lo visto, en el vientre de su madre estudió el arte de robar.

3. APOLO.—Pues no le has oído hablar ya ingeniosa y corrientemente. Y quiere también prestarnos sus servicios. Ayer desafió á Cupido, y lo derribó al momento, enredándole, no sé cómo, los pies. Después le robó á Vénus, mientras le hacía una caricia, el cinturón que lleva ceñido para la victoria, y á Júpiter, que se estaba riendo, el cetro. Y á no ser porque el rayo es muy pesado y tenía mucho fuego, se lo hubiera también llevado.

VULCANO.—Listo es el rapaz, por lo que dices.

APOLO.—Y no sólo esto, sino que también es músico.

VULCANO.—¿En qué puedes conocerlo?

4. APOLO.—Se encontró no sé dónde una tortuga muerta, y con ella compuso un instrumento: le puso brazos y un yugo, después le ajustó unas clavijas, colocó por debajo un caballete y, estirando siete cuerdas, produce, oh Vulcano, tan tierna y concertada melodía, que á mí mismo me da envidia, ejercitado como estoy, desde hace mucho tiempo, en tocar la cítara (1). Además, según decía Maya, no pasa las noches en el Cielo, sino que excitado por su excesiva movilidad, desciende hasta los infiernos, á robar también allí indudablemente: tiene alas, con efecto, y se ha arreglado una vara de prodigiosa virtud, con la cual lleva las almas y conduce los muertos (2).

(1) Homero: Hymno á Mercurio, 47 y siguientes, describe la formación de la lyra por Mercurio.

(2) Homero: *Odysea*, v, 47; y Virgilio: *Eneida*, iv, 242.

VULCANO.—Yo se la dí para que jugara con ella (1).

APOLO.—Pues te recompensó el favor robándote las tenazas.

VULCANO.—Haces bien en recordármelo: voy por ellas, si, como dices, he de encontrarlas entre los pañales.

8.

Nacimiento de Minerva.

VULCANO Y JÚPITER.

VULCANO.—¿Qué es, Júpiter, lo que tengo que hacer? Heme aquí provisto, como me mandaste, del hacha más afilada, por si es preciso partir las piedras de un solo golpe.

JÚPITER.—Está bien, Vulcano; descárgame, pues, un fuerte hachazo, y divídeme la cabeza en dos mitades.

VULCANO.—¿Quieres probar acaso si he perdido el juicio? Manda verdaderamente lo que deseas que te haga.

JÚPITER.—Eso mismo: que me dividas el cráneo. Y si desobedecieres... no sería esta la primera vez que experimentases mi indignación (2). Pero es preciso que des el golpe con toda tu alma: no te detengas,

(1) La tradición es que Apolo dió á Mercurio esta vara ó caduceo, á cambio de la lyra.

(2) Alude á su expulsión del Olympto, cuando cogiéndole de un pie lo arrojó á la isla de Lemnos, quedando cojo de resultas del golpe.

porque estoy mortificado por los dolores de parto que me trastornan el cerebro.

VULCANO.—Mira, Júpiter, no hagamos alguna atrocidad, porque el hacha es aguda, y no te parteará sin efusión de sangre, ni como lo haría Lucina (1).

JÚPITER.—Pega, Vulcano, sin miedo; que yo sé lo que me conviene.

VULCANO.—Contra mi voluntad lo hago; pero te heriré. ¿Qué he de hacer, mandandolo tú?...—¿Qué es esto? ¡Una doncella armada! (2). ¡Gran mal, oh Júpiter, tenías en la cabeza! Con razón ciertamente estabas irritable, teniendo viva en el cerebro semejante doncella, y por añadidura armada; seguramente tenías, sin conocerlo, un campamento en vez de cabeza. Y salta, y baila la danza pyrrhica, y agita el escudo, y blande la lanza, y se entusiasma; y lo más grande es que se ha hecho ya enteramente hermosa y rozagante en breve tiempo. Es, á la verdad, de ojos azules (3); pero le sienta bien y la hermosea el yelmo. Dámela, oh Júpiter, por esposa, como honorarios de mi asistencia al parto.

JÚPITER.—Me pides un imposible, Vulcano; porque ella quiere permanecer siempre doncella; y yo, por mi parte, no la contradigo.

VULCANO.—Eso es lo que yo quería: lo demás correrá de mi cuenta, y desde luego la robaré.

JÚPITER.—Si te es fácil, hazlo así; pero yo sé que pretendes lo que no es posible.

(1) Lucina, en griego *Ilithya*, es la diosa de los alumbramientos ó partos: se daba también este sobrenombre á Juno y á Diana.

(2) Esta doncella es Minerva (*Athene*), diosa del talento y de la guerra que se hace con inteligencia y con fines civilizadores.

(3) *Γλαυκῶπις*, epitheto homérico.

9.

Nacimiento de Dionysio ó Baco. (1)

NEPTUNO Y MERCURIO.

1. NEPTUNO.—¿Se puede, Mercurio, ver ahora á Júpiter?

MERCURIO.—En manera alguna, Neptuno.

NEPTUNO.—Anúnciame, sin embargo.

MERCURIO.—No seas pesado, te digo: no es ocasión oportuna para que puedas verlo en este instante.

NEPTUNO.—¿Acaso está con Juno?

MERCURIO.—No: es otra cosa muy distante.

NEPTUNO.—Comprendo: está dentro Ganymedes.

MERCURIO.— Tampoco es eso: es que se siente indispuerto.

NEPTUNO.—¿De qué, Mercurio? Es peregrino lo que dices.

MERCURIO.—Me da vergüenza de decírtelo: tal es su enfermedad.

NEPTUNO.—Pues no debe darte, tratándose de mí, que soy tu tío.

MERCURIO.— Ha parido hace un momento, Neptuno.

NEPTUNO.—¡Quita allá! ¿Parir él? ¿Cómo? No sabíamos que fuese de ambos sexos (2). Pero su vientre no indicaba el embarazo.

MERCURIO.— Tienes razón: no era en el vientre donde llevaba el feto.

(1) Véase Diálogo 18, nota 1.^a

(2) Literal: ἀνδρόγυνος, andrógyno, de sexo común, hermafrodita.

NEPTUNO.—Ya sé: parió otra vez de la cabeza, como cuando dió á luz á Minerva: tiene una cabeza bien fecunda.

MERCURIO.—No: era en el muslo donde llevaba al hijo de Semele.

NEPTUNO.—¡Oh! ¡qué dios tan excelente, que se hace embarazado, y en cualquiera parte de su cuerpo! Mas, ¿quién es esa Semele?

2. MERCURIO.—Una Thebana, una de las hijas de Cadmo: tuvo trato con ella y la dejó en cinta.

NEPTUNO.—¿Y luego parió, oh Mercurio, en lugar de ella?

MERCURIO.—Así es la verdad, aunque te parezca inverosímil. Juno, que ya sabes lo celosa que es, penetró en casa de Semele, y la indujo á que rogase á Júpiter que viniese á verla rodeado de truenos y relámpagos: éste consintió, y vino con el rayo en la mano; pero la casa se incendió y Semele fué consumida por el fuego (1). Entonces me mandó que abriese el vientre de aquella mujer y extrajese el feto aun no formado, pues no contaba más que siete meses. Luego que lo hice, se abrió el muslo, puso dentro el embrión para que allí se madurase, y hoy, al tercer mes, lo ha dado á luz, encontrándose delicado por efecto de los dolores.

NEPTUNO.—¿Y dónde está el niño ahora?

MERCURIO.—Lo he llevado á Nysa, y entregádolo á las Nymphas para que lo crien con el nombre de Dionysio (2).

(1) Juno, al visitar á Semele, tomó la figura de la nodriza de ésta, Beroc: Dionysio ó Baco sacó después de los Infiernos á su madre Semele, y la llevó al Olympo bajo el nombre de Thyone.

(2) Διόνυσος, Dionysos: Dios de Nysa, en Thracia. En pago de la solicitud con que estas nymphas atendieron á Dionysio ó Baco, fueron colocadas entre las constelaciones con el nombre de Hyadas.

NEPTUNO.—De modo que Júpiter es al mismo tiempo padre y madre de Dionysio.

MERCURIO.—Así parece. Me voy, que tengo que llevar agua para la herida y hacer todo lo demás que se acostumbra con una recién parida.

10.

Concepción de Hércules.

MERCURIO Y EL SOL.

1. MERCURIO.—Sol, Júpiter dice que no salgas hoy, ni mañana, ni pasado mañana; si no que permanezcas oculto, y que todo este tiempo sea una larga noche. Así, pues, que desenganchen las Horas los caballos, y tú apaga el fuego y descansa por largo rato.

SOL.—Cosas nuevas, oh Mercurio, y nunca imaginadas vienes á anunciarme. ¿Acaso ha creído que me he extraviado en la carrera y me he salido fuera de los límites, é incomodado conmigo, ha resuelto que la noche sea tres veces más larga que el día?

MERCURIO.—No tal: ni esto ha de ser para siempre: es que necesita ahora que se le proporcione una noche un poco más larga.

SOL.—¿Y dónde está? ¿ó de dónde has sido tú enviado con esa embajada? (1).

MERCURIO.—Vengo de Beocia, oh Sol, de casa de la mujer de Amphytrión (2), con la cual se ha quedado él, festejándola.

(1) Lit.: ἀγγελῶν ταῦτά μοι, á anunciarme tales cosas?

(2) Alcmena.

SOL.—¿Y no es bastante una noche?

MERCURIO.—En manera alguna: de esta entrevista ha de nacer un dios grande y muy célebre por sus empresas; y á un dios como éste no es posible darle vida en una sola noche (1).

2. SOL.—Pues que se la den enhorabuena (2). Pero esto, oh Mercurio, no sucedía en tiempo de Saturno; podemos decirlo, ya que estamos solos: ni él abandonó jamás el lecho de Rhea, ni mucho menos dejó el Cielo para pasar la noche en Thebas. Entonces el día era día, y la noche tenía su medida fija en relación con las estaciones; nada extraordinario ó irregular acontecía; ni tuvo nunca nada que ver con una mortal. Pero ahora por una miserable mujer es preciso dar al traste con todo; que los caballos se resabien en la ociosidad; que el camino se ponga intransitable, no recorriéndolo en tres días seguidos, y que los hombres vivan tristemente en las tinieblas. He aquí lo que sacarán de los amores de Júpiter: estarán sentados esperando en medio de una larga oscuridad á que salga á luz (3) ese atleta que dices.

MERCURIO.—Calla, Sol, no te sobrevenga algún mal de tus palabras. Me voy, que tengo que buscar á la Luna y al Sueño para prevenirles también lo que Júpiter me ha encargado: á ella que marche muy lentamente; y al Sueño que no despierte á los hombres, para que ignoren que ha habido una noche tan larga.

(1) Lit.: ἀποτελεσθῆναι, ut absolvatur, concluirlo.

(2) Lit.: ἀλλά τελεσιουργεῖτω Quin consummato, pues que lo concluyan.

(3) Lit.: ἕστ' ἄν ἐκάϊνος ἀποτελέσῃ, usque dum ille perficiat, á que él acabe.

11.

La Luna enamorada de Endymión.

VENUS Y LUNA.

1. VENUS.—¿Cómo, oh Luna, dicen que haces tales cosas: que detienes los caballos cuando pasas por Cária para contemplar á Endymión, que duerme al sereno, como cazador que es, y que á veces te bajas á su lado en mitad de tu carrera?

LUNA.—Pregúntaselo, Venus, á tu hijo, que es la causa de todo.

VENUS.—¡Ah! es un insolente: á mí, con ser su madre, ¡qué cosas no me hace! Ya me lleva al Ida por Anquises el troyano; ya al Líbano por aquel jovencito asyrio (1), de quien hace que Proserpina se enamore también y me arrebató á medias mi amor. Así es que le he amenazado muchas veces, si no deja de hacerme tales infamias, con romperle el arco y la aljaba y aun cortarle las alas; y le he dado también á buena cuenta azotes en las nalgas con la sandalia; pero no se cómo tan tímido y suplicante en el momento, se olvida al instante de todo.

2. Mas dime ¿es hermoso Endymión? porque así se hace llevadero el mal.

LUNA.—A mí, oh Venus, me parece hermosísimo; sobre todo cuando tiende su clámyde en una piedra y se acuesta, teniendo en su izquierda los dardos, que se le resbalan de la mano y, echada arriba la diestra

(1) Adonis.

por la cabeza, rodeando su hermoso semblante, y exhala, ya abandonado al sueño, aquel aliento de ambrosía. Entonces yo, deslizándome callandito y andando de puntillas porque no se despierte de pronto y se asuste... Tú tienes experiencia: ¿á qué decirte lo demás? Sólo te diré que muero de amor.

12.

Venus reprende á Amor por sus tropelías con los dioses.

VENUS Y AMOR. (1)

1. VENUS.—Amor, hijo mío, mira qué conducta es la tuya: no hablo ya de las tropelías á que en la tierra induces á los hombres contra sí mismos y unos contra otros, sino de las que en el Cielo originas: nos muestras á Júpiter bajo mil formas, convirtiéndole en lo que se te antoja, según la ocasión; haces bajar del Cielo á la Luna; obligas al Sol á detenerse á veces al lado de Clymene, olvidándose de que tiene que dirigir sus caballos; y á mí, á pesar de ser tu madre, me injurias con un descaro inconcebible. Y como si esto no bastase, atrevido, incitas á Rhea, á la misma Rhea, ya vieja y madre de tantos dioses, á amar á los jóvenes y á apasionarse del jovencito phrygio (2). Ahora, por causa tuya, tiene perdido el juicio, y uncidos á su carro los leones y acompañada de los Coryban-

(1) Traducidos indistintamente Amor ó Cupido (*Ἔρως*,) según nos parece más fácil para la inteligencia de la generalidad de los lectores.

(2) Attis, pastor de Celene en Phrygia.

tes (1), como locos que son también, recorren en tropel el Ida, de arriba á abajo, y en todas direcciones; ella va dando alaridos por su adorado Attis; y los Corybantes, el uno se hiere el codo con la espada; el otro, suelto el cabello, corre furiosamente por los montes; éste toca el cuerno; aquél golpea el tympano ó repica el cymbalo, y, en una palabra, todo es desfreno y locura en el Ida. Por todo lo cual estoy temiendo, aunque al parirte parí calamidad tan grande, que, libre al fin Rhea de su demencia, ó, mejor, volviendo en su acuerdo, mande á los Corybantes que te cojan y te despedacen ó te arrojen á los leones.

2. AMOR.—No tengas cuidado, madre: estoy ya familiarizado también con los leones; muchas veces, montado sobre sus lomos y asido de la melena, los dirijo como con riendas; y me acarician y reciben mi mano en su boca, la lamen y me la dejan sacar. En cuanto á Rhea, ¿cuándo tendrá ella lugar para venir contra mí, embelesada completamente con su Attis? Y bien mirado, ¿en qué delinco yo mostrándoos cuáles cosas son bellas? No las deseéis vosotras. Así, pues, no me echéis la culpa de lo que os sucede. ¿O acaso quieres tú, oh madre, renunciar para en adelante al amor, y no amar ya á Marte ni que él te ame tí?

VENUS.—¿Qué ladino eres y cómo triunfas de todos! Pero quizás te acuerdes algún día de mis palabras.

(1) Sacerdotes de Cybeles, que Luciano confunde con Rhea.

13.

Hércules y Esculapio riñen por el puesto que han de ocupar en el banquete.

JÚPITER, ESCULAPIO Y HÉRCULES.

1. JÚPITER.—Cesad, Esculapio y Hércules, de disputar como los hombres: eso es inconveniente é impropio del banquete de los dioses.

HÉRCULES.—¿Pero quieres, oh Júpiter, que este envenenador se siente delante de mí?

ESCULAPIO.—Sí, por cierto; porque soy mejor.

HÉRCULES.—¿En qué, insensato? (1) ¿Acaso porque Júpiter te hirió con su rayo por hacer lo que no era lícito (2) y ahora, de lástima, participas nuevamente de la inmortalidad?

ESCULAPIO.—¿Y te has olvidado tú, oh Hércules, de que estuviste entre llamas en el Eta, para venir á echarme en cara cosa de fuego?

HÉRCULES.—En nada es igual ni semejante nuestra vida: yo soy hijo de Júpiter, y he llevado á cabo grandes empresas, purificando la sociedad, destruyendo fieras y castigando criminales. Tú, en cambio, eres un herbolario, un charlatán, útil, si acaso, para poner emplastos á los enfermos, pero que en nada varonil te has distinguido.

(1) Literal: ἐμβρόντητος, atronado, herido del rayo y *aturdido* é insensato, juego de palabra intraducible.

(2) Resucitó á Hippólito, y por eso Júpiter le castigó.—Véase *Alceste* de Eurípides.

2. ESCULAPIO.—Dices bien, que te curé las quemaduras, cuando no hace mucho viniste medio abrasado y destruído el cuerpo por la túnica (1) á la vez que por el fuego (2). Sin embargo, yo, por lo menos, ni he sido esclavo como tú, ni he cardado lana en Lydia, vestido con la túnica roja, y azotado por Omphale (3) con la sandalia de oro, ni mucho menos, en un acceso de mal humor, he dado muerte á mis hijos y á mi mujer (4).

HÉRCULES.—Si no cesas en tus insultos, vas á ver al punto de cuán poca cosa te sirve la inmortalidad; porque te cogeré y te arrojaré del Cielo de cabeza, en forma que ni el mismo Apolo (5) podrá curarte el cráneo hecho pedazos.

JÚPITER.—Que calléis, os digo, y no turbéis nuestra reunión, ó á los dos os echaré del convite. Por lo demás, es muy justo, Hércules, que Esculapio se siente delante de tí, puesto que también murió primero.

(1) La túnica de Deyanira, empapada en la sangre del centauro Neso.

(2) La hoguera en que se hizo quemar en el monte Eta, desde la cual, envuelto en una nube, subió al Olympo.

(3) Reina de Lydia, á cuyo servicio estuvo Hércules por espacio de tres años.

(4) Megara, hija de Creón: en expiación de este parricidio, á que le indujo el estado de locura en que le puso Juno (Hera), acometió sus doce célebres trabajos.

(5) Apolo, Dios de la medicina: Peon, Παιών. Alusión á los versículos 401, 899 y 900 del canto v de la *Iliada*.

14.

La muerte de Jacintho (1).

MERCURIO Y APOLO.

1. MERCURIO.—¿Por qué estas, oh Apolo, tan abatido?

APOLO.—Porque soy muy desgraciado en amores, Mercurio.

MERCURIO.—Motivo es ciertamente de tristeza. Pero ¿cuál es tu desgracia? ¿Acaso te atormenta aún la aventura de Daphne?

APOLO.—No: deploro la muerte de mi amado lacedemonio, el hijo de Eballo.

MERCURIO.—¿Qué dices? ¿Ha muerto Jacintho?

APOLO.—Por mi desdicha.

MERCURIO.—Y ¿quién le ha matado, Apolo? ¿Quién ha habido tan falto de corazón que haya podido matar á aquel hermoso mancebo?

APOLO.—Yo mismo he causado su muerte.

MERCURIO.—¿Pues qué, perdiste el juicio, Apolo?

APOLO.—No: fué una desgracia involuntaria.

MERCURIO.—¿Cómo aconteció? Deseo que me lo cuentes.

2. APOLO.—Se ensayaba en tirar el disco, y yo tiraba con él. Pero el Zéphyro, así perezca miserablemente, que desde hace tiempo le amaba también, y que, rechazado, no llevaba en calma su desprecio, al tirar yo, como solemos, el disco por alto, empezó á

(1) Ovidio: *Metamorph.*, x, 162.

soplar desde el Taygeto, y dirigiéndolo hacia el niño, lo estrelló contra su cabeza con golpe tan violento, que la sangre corrió en abundancia de la herida, y le produjo al punto la muerte. Yo, en venganza, asaeteé al Zéphyro, persiguiéndolo en su fuga hasta el monte, y al niño le he erigido un sepulcro en Amyclas, donde el disco le derribó; y de la tierra regada con su sangre he hecho que brote una flor, la más fina, oh Mercurio, y delicada de las flores, con una inscripción que llora su triste muerte (1). ¿Te parece ahora que me lamento sin razón?

MERCURIO.—Sí, Apolo: bien sabías que tu amante era mortal; por consiguiente, no llores tan á mal el que haya muerto.

15.

Mercurio y Apolo envidian á Vulcano la hermosura de sus mujeres.

MERCURIO Y APOLO.

1. MERCURIO.—¿Y eso, oh Apolo, de que Vulcano, siendo cojo y ocupándose en un oficio tan vil, tenga por esposas á las bellísimas Venus y Caris?

APOLO.—Caprichos de la fortuna, Mercurio; pero lo que más me maravilla es que puedan soportar su

(1) En las hojas de esta flor se leía, según la tradición, la letra Υ , inicial de $\Upsilon\acute{\alpha}\kappa\iota\nu\theta\omicron\varsigma$, Hyacintho, y la exclamación de dolor Αι .

compañía, sobre todo cuando lo ven lleno de sudor, encorvado sobre la fragua y tizado el rostro de hollín; y, sin embargo, en ese estado le abrazan y le besan y duermen con él.

MERCURIO.—Á mí también me irrita eso, y envidia á Vulcano. Peina luego, oh Apolo, tu cabellera, y toca la cítara y ufánate con tu hermosura como yo con mi recia complexión y mi habilidad en la lyra: después de todo, cuando llegue la hora de acostarnos tendremos que dormir solos.

2. APOLO.—Lo que es yo soy bien desgraciado en amores: de las dos personas que más tiernamente he querido, Daphne y Jacintho, la una me aborreció de tal modo, que prefirió convertirse en árbol antes que unirse á mí, y Jacintho pereció á un golpe del disco. Ahora, en vez de sus personas, tengo sólo coronas tejidas con las flores de sus nombres (1).

MERCURIO.—Pues yo, por fin, á Venus... pero no conviene vanagloriarse.

APOLO.—Lo sé; y aun se dice que de tí tuvo á Hermaphodito. Pero dime, si es que lo sabes: ¿cómo no tiene celos Venus de Caris, ó ésta de aquélla?

MERCURIO.—Porque Caris está en Lemnos con él, y Venus en el cielo; y además, porque ésta se entretiene mucho con Marte, y le ama; de suerte que se cuida muy poco del pobre herrero.

APOLO.—Y eso, ¿crees tú que lo sabe Vulcano?

MERCURIO.—Vaya si lo sabe; pero ¿qué ha de hacer, viéndose con un joven vigoroso y por añadidura guerrero? Se resigna pacientemente. Con todo, pro-

(1) Daphne y Hyacintho, á más de nombres propios de personas, significan respectivamente *laurel* y la flor llamada *jacinto*. De aquí el epíteto de Apolo, *Δαφνιττης*, laureado, coronado de laurel.

yecta (1) armarles unos lazos y cogerlos, pescándolos como con red, en el lecho.

APOLO.—No sé lo que podrá ocurrir; pero de todas maneras desearía ser yo el pescado.

16.

Juno echa en cara á Latona los defectos de sus hijos.

JUNO Y LATONA.

I. JUNO.—Vaya unos hijos, Latona, que has dado también tú á Júpiter.

LATONA.—No todas, oh Juno, podemos tenerlos tan graciosos como Vulcano.

JUNO.—Al menos éste, cojo y todo, presta útiles servicios: es un excelente artífice; nos ha decorado el cielo; se ha casado con Venus, y es muy estimado de ella. Pero ¡tus hijos! La una es varonil con exceso, montaraz, y, últimamente en su expedición á Escythia, todos saben con qué manjares se regalaba; pues daba muerte á los extranjeros é imitaba á los Escyitas mismos, que son anthropóphagos: á su vez Apolo se da aire de saberlo todo: manejar el arco, tocar la cítara, propinar medicinas y predecir lo futuro; y habiendo abierto tiendas de adivinación en Delphos, en Claros y en Didyma, engaña á los que á él acuden, contestando á sus preguntas con fórmulas oscuras y de doble sentido, para eludir el riesgo de ser cogido en error. Con esto se hace rico, pues son muchos los necios que se dejan embaucar; no obstante, los más

(1) ἀπειλεί, amenaza.

avisados van comprendiendo ya que no hace en su mayor parte mas que supercherías. No conoció, en efecto, con presumir de adivino, que iba á matar á su adorado con el disco, ni previó tampoco que Daphne le había de chasquear á pesar de ser tan bello y de tener tan hermosa cabellera. Así, pues, no veo en qué puedas aventajar á Níobe respecto á la calidad de tus hijos (1).

2. LATONA.—Bien sé cuánto te duele ver á estos mis hijos, á la que mata á los extranjeros y al que engaña con sus falsas predicciones, en el número de los dioses; y principalmente cuando ella es celebrada por su hermosura, y él, si toca la lyra en el banquete, es admirado de todos.

JUNO.—Risa me da de oírte, Latona. ¡Admirado de todos él, á quien Marsyas, si las Musas hubiesen querido hacer justicia, pudiera haber despellejado, puesto que le superó en el certamen! En cambio, el desdichado pereció víctima de la intriga y de la injusticia (2). Y por lo que hace á tu celebrada hija, tan bella es, que cuando supo que Acteón la había visto, temerosa de que el joven hiciese pública su fealdad, le azuzó los perros (3). Y no hay para qué decir que no se dedicaría al oficio de partera si ella fuese en realidad doncella.

(1) Níobe, hija de Tántalo y mujer de Amphión, rey de Thebas, tuvo catorce hijos, que todos perecieron á manos de Apolo y de Diana, hijos de Latona.

(2) Marsyas, sátyro de la Phrygia, provocó á Apolo á un certamen musical, cuya condición era que el vencedor hiciese del vencido lo que tuviese por conveniente. Las Musas declararon vencedor á Apolo, el cual castigó la presunción de Marsyas atándole á un árbol y desollándole vivo.

(3) Ovidio: *Metamorph.*, III, 131. Entre Megara y Platea se enseñaba la roca de Acteón y la fuente en que se bañaba Diana (Artemis): Pausanias, IX, 2, 3.

LATONA.—Muy engreída estás, oh Juno, porque eres la esposa de Júpiter y compartes su poder: así me insultas á mansalva; pero día vendrá, y no ha de tardar mucho, en que te vea de nuevo anegada en llanto, cuando tu esposo te abandone y baje otra vez á la tierra transformado en toro ó cisne.

17.

Vulcano aprisiona en fuertes redes á Venus y Marte, cogidos en adulterio (1).

APOLO Y MERCURIO.

1. APOLO.—¿Por qué te ríes, Mercurio?

MERCURIO.—Porque he visto una cosa graciosísima, Apolo.

APOLO.—Dímela, para que oyéndola pueda yo también reirme.

MERCURIO.—Venus ha sido sorprendida con Marte, y Vulcano á entrambos, cogidos así *infraganti*, los tiene prisioneros.

APOLO.—¿Cómo? Me parece que tu relato ha de ser cosa de gusto.

MERCURIO.—Desde hace tiempo, á lo que parece, Vulcano, sabedor de lo que ocurría, les iba á la pista con el deseo de atraparlos. Al efecto colocó alrededor del lecho unas redes invisibles y se marchó á su fragua á trabajar. Marte, según tenía convenido, penetró en la casa á escondidas; pero el Sol le vió y fué

(1) Este diálogo está tomado de un episodio de la *Odysea*, la canción de Demodoco, VIII, 266-366.

en seguida con el soplo á Vulcano. En tanto, ellos se fueron á la estancia, y cuando estaban más entretenidos (1), dieron consigo en las mallas y se encontraron envueltos enteramente y retenidos en ellas. En tan crítica situación se les presenta Vulcano: ella, que se encontraba desnuda, llena de vergüenza, no sabía cómo taparse: Marte, por de pronto, trató de huir creyendo romper las ligaduras; mas convencido al fin de que no había medio de lograr su intento, apeló á las súplicas.

2. APOLO.—Y qué, ¿les soltó Vulcano?

MERCURIO.—¡Ca! antes al contrario, llamó á los dioses y les hizo testigos del adulterio. Ellos, ruborizados de verse desnudos y presos, no se atrevían á levantar la vista. Y el espectáculo, no ya sólo el hecho en sí, me ha divertido sobre manera.

APOLO.—¿Pero ese herrero no se avergüenza de hacer pública él mismo la afrenta de su mujer?

MERCURIO.—No por cierto: con la mayor frescura se acercaba á ellos y se reía de la ocurrencia. Yo, si va á decir verdad, te confieso ingenuamente que envidiaba á Marte, no sólo por haber tenido acceso con la más hermosa de las diosas, sino también por estar retenido con ella.

APOLO.—¿Y á trueque de eso te avendrías á estar prisionero?

MERCURIO.—¿Por ventura tú no, Apolo? Llégate á verlos, y mucho te admiraré si luego que los vieres no desees lo mismo que yo.

(1) Literal: ἐπεὶ δὲ ἐπέβησαν τοῦ λέχους, καὶ ἐν ἔργῳ ἦσαν: ubi autem ascenderunt lectum et in opere erant.

18.

Elogio de Bacco (1).

JUNO Y JÚPITER.

1. JUNO.—Yo, francamente, Júpiter, estaría avergonzada si tuviese un hijo como ése, tan afeminado y tan envilecido por la crápula; que se sujeta los cabellos con la mitra; que no se junta ordinariamente más que con mujeres locas, á las cuales supera en molicie; que danza en coro al són de los tympanos, de la flauta y de los cymbalos, y, en una palabra, que se parece á cualquiera menos á tí que eres su padre.

JÚPITER.—Pues con su mitra femenil y su molicie superior á la de las mujeres, este hijo mío, oh Juno, no sólo ha sometido la Lydia y se ha apoderado de los habitantes de Tmolo y ha subyugado á los Thracios, sino que, internándose en la India con su ejército mujeril, ha vencido los elefantes, se ha hecho dueño del país y ha reducido á cautiverio al Rey que se atrevió á resistirle: y todo esto lo ha hecho entre dan-

(1) Bacco ó Dionysio era hijo de Júpiter y de Semele: en sus largas expediciones propagó el cultivo de la vid, extendiendo la riqueza y la civilización. De vuelta á Thebas, instituyó sus fiestas en el monte Cytherón, que se generalizaron después en diferentes regiones. Estas fiestas, llamadas *Dionysias* ú *orgias*, y entre los Romanos *bacanales*, se celebraban con grandes trasportes de alegría y de entusiasmo en grandes procesiones (*thiasas*) de mujeres, adornadas con pámpanos y hiedra, que al ruido de las flautas, de los cymbalos y de los tambores, entonaban himnos (*dithyrambos*) en extremo libres y arrebatados en honor del dios, en cuyo obsequio era un deber la embriaguez, y gran falta de respeto y de agradecimiento la sobriedad.—Véase el *Diálogo* 9.

zas y coros, sin otras armas que los thyrsos de hiedra, ebrio, como tú dices, y perdido el juicio. Y si alguno trató de ofenderle, injuriando sus misterios, bien pronto pagó su merecido, pues, ó le amarró con sarmientos, ó hizo que su propia madre le descuartizase como á un cervato (1). ¿Acaso tales hechos no son varoniles y dignos de su padre? Que el juego y los placeres le acompañen en todos sus actos, nada tiene de particular; y sobre todo si se considera cuánto podría hacer, siendo sobrio, cuando tales cosas hace estando beodo.

2. JUNO.—Por lo visto, tú aplaudes también su famosa invención de la vid y del vino, aun viendo lo que hacen los borrachos, que van dando traspiés, que son propensos á la injuria y, en suma, que pierden la razón por efecto de la bebida. A Icarío, el primero á quien dió sus dichas cepas, los mismos que bebían con él le mataron á golpes con los azadones (2).

JÚPITER.—Eso no quiere decir nada. Ni el vino hace eso, ni Bacco tampoco, sino el exceso de la bebida, el atiborrarse de vino más de lo regular. Lejos de eso, el que beba con moderación se pondrá más alegre y se hará más afable y comunicativo. Por manera, que lo que á Icarío le aconteció, nada prueba contra ninguno de los que con él bebían. Pero lo que á mí me parece, oh Juno, es que tú estás aún celosa acordándote de Semele, y por eso desconoces las bellas cualidades de Bacco.

(1) Pentheo, rey de Thebas, fué muerto y despedazado por su madre Agave y por sus hermanos Ino y Antonoe, que en su delirio báquico le tomaron por una bestia feroz.

(2) Icarío, á quien Bacco enseñó el cultivo de la vid en pago de la hospitalidad que le dispensó, fué muerto por unos aldeanos que se creyeron envenenados con el vino. Bacco lo colocó entre los astros con el nombre de *Boyero* ó *Arturo*, lo mismo que á su hija Erigone con el de la *Virgen*.

19.

Por qué Cupido respeta solamente á Minerva, á las Musas y á Diana.

VENUS Y CUPIDO.

1. VENUS.—¿Cómo es, oh Cupido, que acometes á todos los dioses, á Júpiter, á Neptuno, á Apolo, á Rhea, y á mí misma, á pesar de ser tu madre, y sólo te detienes ante Minerva, á cuya vista tu antorcha se apaga, la aljaba se te queda sin dardos y pierdes por completo tu habilidad y destreza en el manejo del arco?

CUPIDO.—Porque le tengo miedo, madre: ¡es tan feroz, tan ceñuda, tan horriblemente varonil!... Cuando extendiendo el arco y me voy contra ella, agita el penacho y me aterroriza en términos que me echo á temblar y los dardos se me caen de la mano.

VENUS.—Pues qué, ¿no es Marte mucho más terrible? Y, sin embargo, le has desarmado y vencido.

CUPIDO.—Pero Marte me recibe con agrado y aun me llama; Minerva, por el contrario, me mira siempre recelosa; y una vez que por acaso revoloteaba yo á su alrededor y vió cerca de sí la tea: «si te apróximas á mí, me dijo, por Júpiter que te atravieso con la lanza, ó te cojo de un pie y te arrojo al Tártaro, ó te descuartizo vivo», con otras muchas amenazas por el estilo. Luego mira de un modo tan imponente y tiene sobre su pecho aquella formidable cara con víboras por cabellos, á la cual tengo tanto miedo, que cuando la veo me llena de pavor y huyo aterrorizado.

2. VENUS.—Es decir que tienes miedo á Minerva, según dices, y á la Gorgona, y no te intimida en cambio el rayo de Júpiter. Mas dime: ¿y las musas, por qué te son invulnerables? ¿por qué están libres de tus dardos? ¿Acaso también ellas agitan penachos y muestran Gorgonas?

CUPIDO.—A éstas, oh madre, las respeto; y son en verdad dignas de veneración, pues siempre están meditando alguna cosa y se dedican al canto. Muchas veces me quedo yo á su lado atraído por la melodía.

VENUS.—Vaya en gracia por lo venerables (1). Y á Diana, ¿por qué no la hieres?

CUPIDO.—En primer lugar, porque no es fácil alcanzarla, huyendo, como siempre va, por las montañas, y después porque está poseída ya de un amor que le es peculiar.

VENUS.—¿De un amor?...

CUPIDO.—Sí: á la caza, á los ciervos y á los cervatos, en cuya persecución y alcance no descansa, absorbiendo esta faena toda su atención. Con todo, á su hermano, que es también hábil flechero y gran tirador... (2).

VENUS.—Ya sé, hijo mío; le has herido muchas veces con tus dardos.

(1) Literal: "Εα και ταύτας, déjalas también...

(2) Έκηβόλος: longe jaculans: epíteto homérico.

20.

El juicio de las diosas.

JÚPITER, MERCURIO, JUNO, MINERVA, VENUS Y PARIS
Ó ALEJANDRO.

1. JÚPITER.—Mercurio, toma esta manzana y véte á Phrygia en busca del hijo de Príamo, el pastor, que apacienta sus bueyes en el Gárgaro del Ida (1), y le dices: «Páris, Júpiter te manda, puesto que eres hermoso (2) y perito en asuntos de amor, que decidas cuál de estas diosas es la más bella; y la que obtenga la victoria que reciba esta manzana como premio del certamen.» Y vosotras, oh diosas, marchad también á la presencia de vuestro juez. Yo me eximo del arbitraje, porque á las tres os amo igualmente, y, si fuera posible, vería con gusto que todas tres saliáis vencedoras. Por de pronto sucedería necesariamente que al dar á una el premio de la hermosura había de incurrir de lleno en el odio de las demás. Por esto no soy yo el juez á propósito para vosotras; mas ese joven phrygio, á cuya presencia vais, es de estirpe real, pariente de nuestro Ganymedes, sencillo, como acostumbrado á vivir en las montañas, y nadie podrá juzgarle indigno de una inspección de este género.

2. VENUS.—Yo, Júpiter, aunque nos impusieses por juez al mismo Momo, iría con toda confianza á la

(1) El Gárgaro era la cima más alta del monte Ida: Γάργαρον ἄκρον Ἴδης ὑψηλῆς: Homero, *Iliada*, XIV, 292.

(2) Homero le distingue con el calificativo de θεοειδής, semejante á los dioses, *Iliada*, III, 16, 27; VIII, 290, etc.

prueba. ¿Qué podría censurar en mí? (1) Pero es preciso que el árbitro sea también del agrado de éstas.

JUNO.—Tampoco nosotras, Venus, abrigamos temor alguno, ni aunque tu Marte mismo fuese el encargado de la decisión, y aceptamos á ese Páris, quienquiera que sea.

JÚPITER.—¿Y tú, hija mía, eres también del mismo parecer? ¿Qué dices? ¿Vuelves la cabeza y te pones colorada? Es natural que á las doncellas os causen rubor estas cosas. Pero estás conforme. Id, pues, y no os agraviéis contra el juez las que salgáis vencidas, ni ocasionéis mal alguno á ese joven, porque no es posible que las tres seáis igualmente bellas.

3. MERCURIO.—Marchemos rectamente á Phrygia; yo os guiaré; seguidme vosotras sin dilación, y tened buen ánimo: yo conozco á Páris: es un joven hermoso, enamorado y muy á propósito para resolver estas cuestiones; seguramente que no será desacertado su juicio.

VENUS.—Lo que dices de la justificación de nuestro juez es bueno y favorable para mí. ¿Pero es acaso soltero, ó tiene en su compañía alguna mujer?

MERCURIO.—No es completamente soltero, Venus.

VENUS.—¿Cómo dices?

MERCURIO.—Creo que vive con él una muchacha del Ida (2), no desagradable, aunque agreste y en extremo montaraz; mas no parece que se cuida mucho de ella. ¿Por qué me lo preguntas?

(1) Entre el nombre *Μῶμος* (Momos), dios de la burla, y el verbo *μωμάομαι*, ridiculizar ó censurar, hay un juego de palabras que no es posible traducir.

(2) Enone, hija de Cebreno, á la cual había jurado amor eterno; ella, sin embargo, predijo á Paris su infidelidad y las desgracias que habían de sobrevenir.—Parthenio, *Eróticas*, iv.—Apolodoro, *Biblioteca* III, 12, § 6.—Ovidio, *Heroidas*, cap. v.

VENUS.—Lo preguntaba sin objeto.

4. MINERVA.—¡Eh, tú! estás faltando á los deberes de tu comisión hablando á solas con esa.

MERCURIO.—Nada de particular decíamos, Minerva, ni mucho menos perjudicial á vosotras; sino que me preguntaba si París es soltero.

MINERVA.—¿Y á qué viene esa curiosidad impertinente?

MERCURIO.—No sé: dice que le ocurrió por casualidad y me lo preguntaba sin objeto.

MINERVA.—Y qué: ¿es soltero?

MERCURIO.—Parece que no.

MINERVA.—Dí: ¿y á las cosas de la guerra tiene afición? ¿es amante de la gloria? ¿ó es meramente un pastor?

MERCURIO.—No podré decírtelo con seguridad; pero es de suponer que siendo joven tenga aspiraciones y quiera ser el primero en los combates.

VENUS.—¿Estás viendo? Yo no me incomodo ni te acrimino porque hables aparte con ella. No es del carácter de Venus el andar siempre con quejas.

MERCURIO.—Me preguntaba casi lo mismo que tú; por lo cual no debes inquietarte ni creerte en condición menos ventajosa, porque le he contestado con la misma sencillez que á tí.

5. Pero con la conversación hemos caminado mucho y alejádonos tanto de las estrellas, que estamos ya casi en Phrygia; y aun veo el Ida y todo el Gárgaro perfectamente; y, si no me engaño, distingo también á vuestro juez París.

JUNO.—¿Dónde está? Yo no le veo.

MERCURIO.—Mira por allí, Juno, á la izquierda, no en la cima del monte, sino en la ladera, donde ves una gruta y una manada de bueyes.

JUNO.—Pero no veo los bueyes.

MERCURIO.—¿Qué dices? ¿No ves, siguiendo la dirección de mi dedo, aquellas terneras que salen de entre los riscos, y aquel hombre que corre desde lo alto de la roca con un cayado en la mano para impedir que el ganado se disperse?

JUNO.—Ahora le veo, si es que es aquél.

MERCURIO.—Pues aquél es.—Y ya que estamos cerca, bajémonos á tierra, si os parece, y caminemos á pie, para no asustarle descendiendo ante su vista de improviso.

JUNO.—Dices bien; así debemos hacerlo. Y cuando estemos abajo, á ti, Venus, te corresponde ir delante y enseñarnos el camino, porque es natural que conozcas bien el terreno, habiendo venido muchas veces, según voz pública, á visitar á Anquises.

VENUS.—No me hacen gran efecto, oh Juno, tus provocaciones.

6. MERCURIO.—Yo seré vuestro guía; he permanecido algún tiempo en el Ida cuando Júpiter estaba enamorado del jovencito Phrigyo, y muchas veces vine aquí comisionado por él para espiar al niño; y cuando ya se transformó en águila, yo volaba á su lado y le ayudé á levantar su amada presa. De esta roca, si no recuerdo mal, le arrebató. Casualmente estaba en aquel momento tocando la flauta junto á su rebaño, cuando Júpiter, bajando su vuelo por detrás de él, le asió muy suavemente con las uñas, mordió con el pico el casquete que llevaba en la cabeza y remontó al pobre muchacho, que aturdido volvía sin cesar el cuello para mirarle. Yo entonces recogí la flauta que él de miedo había dejado caer (1).—Pero nuestro juez está ya cerca: hablémosle.

(1) Júpiter, transformado en águila, trasportó al Olympto á Ganymedes, y le hizo escanciador ó copero de la mesa de los

7. Salud, pastor.

PARIS.—Igualmente, joven. ¿Quién eres y á qué vienes por aquí? ¿Quiénes son esas mujeres que traes contigo? Ciertamente que no han nacido para vivir en las montañas, tan bellas como son.

MERCURIO.—Es que no son mujeres: tienes ante tu vista, oh Paris, á Juno, á Minerva y á Venus; y á mí, que soy Mercurio, enviado por Júpiter. Mas ¿por qué tiemblas? ¿por qué palideces? Nada temas, no venimos á molestarte; sino que Júpiter ha ordenado que tú seas el juez de la hermosura de estas diosas. «Pues que tú eres hermoso, dice, y versado en lances de amor, á tí remito el arbitraje.» Ahora bien: el premio del certamen lo sabrás leyendo lo que hay escrito en esta manzana.

PARIS.—Trae, veré lo que dice: «RECÍBALA LA MÁS HERMOSA.» ¿Y cómo, soberano Mercurio, podré yo simple mortal é ignorante campesino, ser juez en un examen tan extraño y superior á lo que á un pastor puede alcanzársele? El resolver tales cuestiones es propio de hombres de más fino gusto, y educados en la elegancia de las ciudades; en cuanto á mí, podría cuando más discernir con algún conocimiento de la materia si una cabra ó una ternera es más hermosa que otra.

8. Además estas diosas son igualmente bellas, y no sé cómo podría separar los ojos de una para dirigirlos á otra; porque no quieren ceder fácilmente, sino que donde primero se inclinaron allí permanecen fijos y alaban lo que presencian; y si por acaso se vuelven á otra parte, ven allí otra hermosura igual y se detienen extasiados ante lo que contemplan; en

dioses en sustitución de Hebe y de Vulcano.—Véase los *Diálogos*, 4.º y 5.º

una palabra, la hermosura de estas diosas me cautiva y me arrebató por completo, sintiendo verdaderamente no poder, como otro Argos, mirar con todo mi cuerpo. Me parece que el fallo más acertado sería dar la manzana á las tres. Por otra parte, sucede que esta es hermana y esposa de Júpiter, y estas otras sus hijas. ¿Cómo, pues, no me será enojosa en tales circunstancias la resolución?

MERCURIO.—No sé; pero no es posible eludir el mandato de Júpiter.

9. PÁRIS.—Una sola cosa, oh Mercurio: aconséjales que no se incomoden conmigo las dos que salgan vencidas, sino que lo consideren exclusivamente como error de mis ojos.

MERCURIO.—Así dicen que lo harán. Conque ya es tiempo de que procedas al juicio.

PÁRIS.—Lo intentaremos; ¿qué remedio me queda? Pero antes deseo saber si bastará examinarlas, tal como están, ó si convendría que se desnudasen para mayor escrupulosidad del examen.

MERCURIO.—Eso tú, como juez, lo has de decir: ordena cómo quieres.

PÁRIS.—¿Cómo quiero? Quiero verlas desnudas.

MERCURIO.—¡Eh! ¡vosotras, desnudaos! tú examina; yo ya me vuelvo de espaldas.

10. VENUS.—Bien, Páris: yo me desnudaré la primera para que veas que no tengo solamente los brazos blancos, ni me envanezco por tener los ojos grandes (1), sino que soy igualmente bella en todo y por todo.

PÁRIS.—Desnúdate, pues, Venus.

MINERVA.—Que no se desnude, Paris, antes de qui-

(1) Alusión á los epítetos λευκώλενος y βοῶπις, con que Homero distingue á Juno.

tarse el ceñidor, porque es hechicera y podría alucinarle con él; así como así, no debiera presentarse tan compuesta y enjalbegada de colorete, verdaderamente como una cortesana, sino mostrar su belleza tal como es.

PARIS.—Dicen bien en lo del cinturón; quítatelo.

VENUS.—¿Y por qué tú, Minerva, no te quitas también el capacete y muestras tu cabeza desnuda, sino que agitas el penacho y asustas á nuestro juez? ¿Es que temes que desagraden tus ojos azules, vistos sin la expresión de terror que les imprime el casco?

MINERVA.—¡Vamos! ya me quité el casco.

VENUS.—He aquí también el cinturón.

JUNO.—Ea, desnudémonos.

11. PÁRIS.—¡Oh Júpiter portentoso! ¡qué espectáculo! ¡qué hermosura! ¡qué deleite! ¡Oh! ¡qué doncella ésta! ¡Con qué esplendor tan regio, tan majestuoso, tan digno en realidad de Júpiter, se ostenta aquélla! ¡Cuán dulcemente mira esta otra, y qué tierna y seductoramente sonrío!—Estoy completamente satisfecho (1); con todo, si lo lleváis á bien, quiero examinaros á cada una por separado, porque ahora me encuentro perplejo, y no sé adónde dirigir la vista, solicitados mis ojos por todas partes.

VENUS.—Estamos á tus órdenes.

PARIS.—Marchaos, pues, vosotras dos, y quédate tú, Juno.

JUNO.—Me quedo; y luego que me hayas visto detenidamente, será ocasión de que consideres también si te serán gratos los dones con que he de recompensar tu voto en mi favor; pues si me declaras, oh Pa-

(1) Literal: ἀλλ' ἤδη μὲν ἄλις ἔχω τῆς εὐδαιμονίας, pero ya he gozado cuanta felicidad puede gozarse. Talbot traduce: «je suis au comble du bonheur.»

ris, la más hermosa, serás señor de toda el Asia.

PARIS.—Yo no hago las cosas por la expectativa del premio. Puedes retirarte: resolveré la cuestión según estime conveniente.

12. Acércate tú, Minerva.

MINERVA.—Heme aquí; y si me juzgares la más bella, París, nunca saldrás vencido en la batalla, sino siempre vencedor; pues he de hacerte guerrero, y guerrero invencible.

PARIS.—No tengo necesidad, Minerva, de guerras ni de batallas; la paz, como ves, reina al presente en Phrygia y en la Lydia, y están libres de enemigos los dominios de mi padre. Ten confianza, sin embargo; que no serás menospreciada, aunque al fallar no tenga en cuenta tus ofrecimientos. Vístete, pues, y ponte el casco, que ya te he visto lo bastante. Ahora toca el turno á Venus.

13. VENUS.—A tu lado me tienes: examíname minuciosamente parte por parte sin pasar nada por alto, antes bien fijándote con detenimiento en cada uno de mis miembros. Y si te place, hermoso, oye lo que voy á decirte: desde que, hace tiempo, te ví joven y gallardo como no sé que haya otro en Phrygia, celebro tu belleza, y te acrimino por no dejar estas breñas y estos riscos é irte á vivir á la ciudad en vez de consumir tu gentileza en este desierto. ¿Qué vas á adelantar en estas montañas? ¿De qué sirve á las vacas tu hermosura? Por otra parte, te convenía ya estar casado, no ciertamente con una mujer agreste y záfia, como son las del Ida, sino con una de la Grecia, de Argos, de Corintho ó Espartana, como Helena, que es joven, hermosa, en nada inferior á mí, y, lo que es más, enamoradiza. Con sólo que ella te viese, estoy seguro de que, abandonándolo todo y entregada por completo á tí, te seguiría y

viviría contigo. Pero seguramente has oído ya algo de ella.

PARIS.—Nada, Venus; mas ahora escucharía con sumo gusto cuanto de ella me contares.

14. VENUS.—Es hija de Leda, de la hermosa Leda, á quien Júpiter visitó convertido en cisne.

PARIS.—¿Y qué tal es de figura?

VENUS.—Blanca, como es natural, habiéndola engendrado un cisne; delicada, como nutrida en un huevo; ejercitada en la gimnasia y hábil en la lucha (1); y de tal manera solicitada, que se originó una guerra por haberla robado Theseo, siendo aún muy niña (2). Después, cuando llegó á la flor de su edad, todos los príncipes de la Grecia se apresuraron á pedir su mano, y fué preferido Menelao, de la familia de los Pelópidas. Ahora, si tú quieres, yo agenciaré tu boda con ella.

PARIS.—¿Qué dices? ¿boda con una mujer casada?

VENUS.—Eres niño y cándido, á fuer de campesino: yo sé cómo conviene tratar el asunto.

PARIS.—¿Cómo? Yo también quiero saberlo.

15. VENUS.—Tú emprenderás un viaje como para visitar la Grecia; y cuando llegues á Lacedemonia, Helena te verá. Lo demás corre de mi cuenta: yo haré que se enamore de tí y que te siga.

PARIS.—Pero se me hace increíble que abandone á su marido y se decida á embarcarse con un extranjero, con un advenedizo.

VENUS.—No te preocupe eso. Tengo yo dos hijos, los dos á cual más hermosos, Deseo y Amor, que te entregaré para que sean tu guía en la expedición: Amor

(1) Literal: γυμνάς τὰ πολλὰ καὶ παλαιστική, desnuda casi siempre para la *gymnasia* y fuerte en la lucha.

(2) Isócrates: Elogio de Helena.

se apoderará por completo de ella y la obligará á amarte; y Deseo, rodeándose á tí, te hará, como él es, deseable é irresistible (1). Yo estaré también con vosotros, y rogaré además á las Gracias que nos acompañen. Y así, todos á una, persuadiremos á Helena.

PARIS.—No sé cómo saldrá ello, Venus; pero es lo cierto que yo estoy ya enamorado de Helena; y no sé por qué arte pienso que la veo y que navego rectamente á la Grecia, y llego á Esparta, y vuelvo trayéndola conmigo; y me desespero porque no veo al punto realizado todo esto.

16. VENUS.—No te enamores, oh Paris, antes de recompensar con tu voto á quien ha de ser tu agente y mediadora; conviene que os acompañe con la alegría de la victoria y que celebremos á la par tu casamiento y mi triunfo. De tí sólo depende el adquirir por esa manzana el amor, la hermosura, el matrimonio.

PARIS.—Temo que te olvides de mí, una vez verificado el juicio.

VENUS.—¿Quieres que te lo jure?

PARIS.—No; pero prométemelo otra vez.

VENUS.—Prometo con verdad que he de entregarte á Helena por esposa; que ella ha de seguirte y marchar contigo á Troya, y que yo estaré presente é intervendré en todo.

PARIS.—¿Y llevarás á Amor, á Deseo y á las Gracias?

VENUS.—Con toda seguridad; y á más llevaré también á Pasión y á Himeneo.

PARIS.—Pues con tales condiciones te doy la manzana; recíbela con las mismas.

(1) Literal: ἡμερτόν καὶ ἐρασμιόν, deseable y amable.

21.

La cadena de Júpiter.

MARTE Y MERCURIO.

1. MARTE.—¿Has visto, Mercurio, qué amenazas tan arrogantes é inverosímiles nos ha dirigido Júpiter? «Si yo quisiera, dijo, echaría desde el Cielo una cadena, y aunque vosotros, suspendiéndoos de ella, os empeñaseis con todas vuestras fuerzas en echarme abajo, trabajaríais en vano: no conseguiríais moverme; en cambio, yo, si quisiere, os levantaría muy alto, no ya á vosotros solos, sino también á la tierra y al mar todo junto,» y las demás bravatas que tú también oíste (1). No negaré yo que sea más fuerte y poderoso que cada uno de nosotros en particular; pero que nos aventaje á todos juntos en términos de que no podamos resistirle, ni aun amparándonos de la tierra y del mar, eso nunca lo creeré.

2. MERCURIO.—Ten cuenta con lo que dices, Marte, que no es prudente hablar así; no vayamos á tener algún disgusto por una futesa.

MARTE.—¿Acaso piensas que esto lo digo yo á todos y no tan sólo á tí, que sé que eres reservado? Pero no puedo menos de decirte lo que más gracia me estaba haciendo mientras oía sus amenazas: me acordé de que, cuando no hace mucho se sublevaron contra él Neptuno, Juno y Minerva y determinaron cogerlo y maniatarlo, pasó un miedo como para él solo (2); y eso

(1) Homero: *Iliada*, VIII, 19.

(2) Literal: ὡς παντοῦτος ἦν δεδιώς, cuán temeroso estaba.

que no eran más que tres. Por cierto que si Thetis no se compadece de él, y llama en su auxilio al gigante Briareo, el de los cien brazos, le aprisionan de seguro, sin que le hubiera valido ni su rayo ni su trueno (1). Con este recuerdo me estaba retozando la risa durante su grandilocuente discurso.

MERCURIO.—Que te calles, te digo: puede serte peligroso el decir tales cosas, y á mí también el oír-telas.

22.

Mercurio reconoce á su hijo Pan.

PAN Y MERCURIO.

1. PAN.—Buenos días, padre Mercurio.

MERCURIO.—Tenlos muy buenos. Mas ¿cómo yo tu padre?

PAN.—¿No eres tú Mercurio el de Cylene? (2)

MERCURIO.—Sí por cierto. Pero, ¿cómo eres hijo mío?

PAN.— Soy hijo adulterino, nacido de un amor tuyo (3).

MERCURIO.—Por Júpiter, del adulterio seguramente de un macho cabrío con una cabra. Porque hijo mío ¿cómo, teniendo cuernos y esa nariz y barba tan espesa y piernas hendidas y de macho cabrío y cola por encima de las nalgas?

PAN.—Con todas esas cosas, que ridiculizas en mí,

(1) Alude á las palabras de Aquiles á su madre Thetis: *Iliada*, I, 398, 406.

(2) Monte de Arcadia, en una de cuyas cavernas nació Mercurio (Hermes).

(3) Ed. Didot: ἐξαιρέτος σοι γενόμενος; tibi peculiaris.

afrentas, oh padre, á tu propio hijo; ó mejor, á tí mismo, que así me has engendrado y procreado; pues yo no tengo la culpa de ello.

MERCURIO.—Y ¿quién dices que es tu madre, si no es que, sin advertirlo, he seducido alguna cabra?

PAN.—No has seducido á ninguna cabra; pero recuerda si por acaso en la Arcadia hiciste violencia á alguna joven de noble condición. ¿A qué te muerdes el dedo y andas rebuscando tan dudoso y tan perplejo? Me refiero á Penélope, la hija de Icarío (1).

MERCURIO.—Y ¿cómo es que te dió á luz semejante á un macho cabrío en vez de asemejarte á mí?

2. PAN.—Te diré sus mismas palabras. Cuando me envió á la Arcadia, «hijo mío, me dijo, yo, Penélope la Espartana, soy tu madre; pero has de saber que tienes por padre á Mercurio, hijo de Maya y de Júpiter. No te apesadumbre el verte con cuernos y con pies de cabra: cuando tu padre se juntó conmigo tomó la forma de un macho cabrío para no ser conocido, y por eso saliste tú también semejante á un macho cabrío.»

MERCURIO.—Sí, por Júpiter; me acuerdo de haber hecho eso. Pero, ¿cómo yo que me envanezco con mi hermosura, y que á mayor abundamiento soy barbilampiño, voy á llamarme padre tuyo, y á exponerme á la risa de todos por mi bella producción?

3. PAN.—Es que no te deshonoraré, padre: soy músico y toco la flauta con mucho primor. Baco no sabe hacer nada sin mí: me ha hecho socio y compañero de sus fiestas, y soy el director del coro. Si vieras mis rebaños, los que tengo en Tegea y en Parthenio (2), quedarías muy complacido. Además domino en toda

(1) La esposa de Ulyses, rey de Ithaca, á quien Homero presenta como modelo de castidad y de fidelidad conyugal.

(2) Montes de la Arcadia.

la Arcadía. Y no hace mucho, habiéndome aliado con los Athenienses, á tal punto me distinguí en Marathón, que me fué concedido como premio del combate la gruta que hay debajo de la Acrópolis. Y últimamente, si fueses á Athenas verías cuánto se estima allí mi nombre.

4. MERCURIO.—Y dime, Pan, que este creo que es tu nombre, ¿te has casado ya?

PAN.—No padre: soy muy enamorado, y no estaría satisfecho uniéndome á una sola mujer.

MERCURIO.—De modo que no dejarás en paz á las cabras.

PAN.—Te burlas de mí: con quienes tengo amores es con Eco y con Pitys y con todas las Ménades de Baco, y soy muy atendido de todas ellas.

MERCURIO.—¿Sabes, hijo, que me complacerás mucho con la primera gracia que voy á pedirte?

PAN.—Manda, oh padre, y veremos.

MERCURIO.—Acércate y dame un abrazo; pero cuidado con que me llames padre, cuando alguien pueda oirlo.

23.

De cómo no parecen hermanos Cupido, Hermaphrodito y Príapo.

APOLO Y BACO.

1. APOLO.—¿Quién diría, oh Baco, que son hermanos y nacidos de la misma madre Cupido, Hermaphrodito y Príapo, siendo tan diferentes en figura y en costumbres? El uno es hermoso sobre manera, diestro en manejar el arco y dotado de un atractivo y

fuerza no común para imponerse y dominar en todo; el otro es afeminado, tímido (1) y de un aspecto ambiguo; apenas distinguirías si es un joven ó una doncella; y Príapo, por último, es viril en grado mucho mayor de lo que el decoro consiente.

BACO.—Nada tiene eso de extraño, Apolo: ni es Venus la causa de ello, sino los distintos padres que han tenido; aparte de que aun siendo uno mismo el padre, nacen muchas veces de una madre varón y hembra, como ha ocurrido con vosotros.

APOLO.—Sí; pero nosotros tenemos algún parecido y participamos de unas mismas aficiones, puesto que los dos somos tiradores de arco.

BACO.—Respecto del arco es, con efecto, exacta vuestra semejanza, pero no en lo demas; pues Diana se complace en degollar á los extranjeros en Scythia, y tú pronuncias oráculos y curas á los enfermos.

APOLO.—¿Crees tú que mi hermana esta contenta en Scythia? Tanto odia la matanza, que todo lo tiene dispuesto para hacerse á la vela con el primer Griego que llegue á la Táurica.

2. BACO.—Hará perfectamente. Pero volviendo á Príapo, voy á contarte una cosa muy chistosa: hace poco estuve yo en Lampsaco, y cuando recorría la ciudad, me encontré con él y admití la hospitalidad que en su casa me ofreció. Luego que nos fuimos á descansar, después de haber bebido bastante en la comida, mi buen hombre se levanta á la media noche... me da vergüenza de decirlo.

APOLO.—¿Qué, te solicitó, Baco?

BACO.—Eso mismo.

APOLO.—Y tú, ¿qué hiciste?

BACO.—¿Qué había de hacer, sino echarme á reir?

(1) Literal: ἡμιανδρος, medio hombre.

APOLO.—Hiciste bien en no llevarlo á mal ni enfadarte. Es disculpable su acción tratándose de un sujeto tan hermoso como tú.

BACO.—Por esa razón también debería pretenderte á tí, pues sobre ser hermoso, tienes una cabellera preciosa; de suerte que, aun sin estar ébrio, pudiera Priapo atrevérsete.

APOLO.—Pero no se me atreverá, Baco; porque si tengo buena cabellera, tengo también muy buenos dardos.

24.

Mercurio se queja de sus muchos quehaceres.

MERCURIO Y MAYA.

1. MERCURIO.—¿Hay en el cielo, madre mía, algún dios más desgraciado que yo?

MAYA.—No digas semejante cosa, Mercurio.

MERCURIO.—¿Por qué no he de decirlo, cuando tengo tantas cosas á mi cargo, y estoy solo para trabajar, y solicitado á la vez y como dividido entre tantos quehaceres? Por la mañana, apenas me levanto, tengo que barrer la sala de convites y mullir los cojines para la reunión; después, colocadas todas las cosas en su sitio, presentarme á Júpiter y llevar de aquí para allí recados de parte suya, corriendo todo el día de arriba abajo; y cuando vuelvo, lleno aún de polvo, le sirvo la ambrosía. Y antes de que viniera ese copero recientemente asalariado (1), yo también le escanciaba el néctar. Y lo peor de todo es que ni de noche duermo, el único entre los demás dioses, sino que tengo tam-

(1) Ganymedes.—Véanse los *Diálogos* 4 y 5.

bién entonces que llevar las almas ante Plutón y ser conductor de muertos y sentarme en el tribunal. No son bastantes mis trabajos del día, asistir á los certámenes y pregonar en las asambleas y dirigir á los oradores, sino que además necesito multiplicarme para ejecutar también las cosas concernientes á los muertos.

2. En verdad los hijos de Leda (1), cada uno en días alternados, están en el cielo ó en el infierno; pero yo estoy obligado á hacer todos los días las mismas cosas. Los hijos de Alcmena y Semele (2), nacidos de unas pobres mujeres, asisten á los festines, libres de todo cuidado; y yo, hijo de Maya, que á su vez lo es de Atlante, estoy al servicio de ellos. Ahora, cuando apenas he llegado de Sidón, de casa de la hija de Cadmo (3), á la cual me mandó para ver lo que hacía la niña, sin darme tiempo para respirar, me envía de nuevo á Argos para visitar á Danae, y «desde allí, me dice, marcha á Beocia y ves de paso á Antiope» (4). Las fuerzas me faltan ya completamente. Si me fuese posible, de buena gana pediría ser vendido como los esclavos que en la tierra sirven á disgusto (5).

MAYA.—Déjate de eso, hijo mío; es preciso servir en todo al padre mientras seas joven. Ahora, según te han encargado, ve inmediatamente á Argos, y luego á Beocia, no sea que si tardas recibas azotes; porque los enamorados son muy irascibles.

(1) Castor y Polux.—Véase el *Diálogo* 26.

(2) Hércules y Baco.

(3) Ino. Algunos editores leen *hermana* de Cadmo y aun hija de Agenor: Europa.

(4) Hija de Nycteo y de Polyxo, que tuvo de Júpiter dos gemelos, Amphión y Zetho.

(5) Los esclavos maltratados solicitaban ser vendidos para cambiar de dueño.

25.

La muerte de Phaetón (1).

JÚPITER Y EL SOL.

1. JÚPITER. — ¿Qué has hecho, miserable Titán? Has destruído cuanto hay en la tierra por haber confiado tu carro á un joven inexperto, que ha abrasado una parte por llevarlo muy cerca de la tierra, y ha hecho que la otra perezca de frío por haber alejado demasiado el fuego, y, en una palabra, no ha habido cosa que no haya trastornado y confundido. Si no advierto yo lo que ocurría y le derribo con el rayo, no queda seguramente ni resto del género humano: tan excelente auriga y conductor nos pusiste al frente del carro.

SOL.—Reconozco mi falta, Júpiter; pero perdóname si he cedido á las reiteradas súplicas de mi hijo. ¿Cómo podía esperar que sobreviniese tal desastre?

JÚPITER.—¿Pues no sabías el exquisito cuidado que requiere el oficio, y que á poco que uno se desvía del camino, todo está perdido? ¿Ignorabas acaso la fogsidad de los caballos, y que es preciso tenerlos fuertemente de las riendas? Si se les abandona, se desenfrenan al punto; y en efecto, como era de esperar, han llevado al conductor ya á la derecha, ya á la izquierda, atrás, arriba, abajo, y, en fin, adonde han querido, sin que el desdichado supiera qué hacer con ellos.

(1) Véase el opúsculo *De la astrología*, xxxvi, 19, de nuestro autor; y Ovidio, *Metamorphosis*, II.

2. SOL.—Todo eso lo sabía; y por lo mismo me negué durante mucho tiempo á confiarle la dirección del carro; pero tantas fueron sus instancias y sus lágrimas; y tal también el empeño de su madre, Clymenes, que al fin le permití subir al carro, advirtiéndole cómo había de mantenerse firme; hasta qué punto debería dar rienda para vencer la subida y acortarla después en la bajada, y cómo había de dominar siempre las bridas sin abandonarlas jamás al ímpetu de los caballos; también le previne el gran peligro que corría si no marchaba en línea recta. Pero él, que es un niño, al verse sobre tanto fuego y en medio del profundo abismo que á su alrededor se abría, se aterrorizó, como es natural. Los caballos conocieron que no era yo quien los regía, y, burlándose del chiquillo, se salieron del camino é hicieron todas esas atrocidades. Y él temiendo caerse, á lo que yo presumo, soltó las bridas y se agarró á la delantera del carro. Mas ya pagó su cometido; y en cuanto á mí, oh Júpiter, satisfágate mi dolor.

3. JÚPITER.—¿Satisfágame tu dolor, dices, después de tan enorme atrevimiento? Por esta vez, sin embargo, te otorgo mi perdón; pero si en lo sucesivo cometes una falta semejante, ó envías para que te sustituya un suplente por el estilo, has de experimentar bien pronto cuánto más abrasador que tu fuego es mi rayo. Ahora, que sepulten á ése sus hermanas (1) á la orilla del Eridano (2), donde cayó cuando fué precipitado del carro; que viertan sobre él lágrimas de ámbar, y que se transformen ellas mismas en álamos en conmemoración de este suceso. Y tú compón

(1) Phaetusa, Lampecía y Phebe, llamadas la Heliadas ó Phæthontidas.

(2) El río Pó.

el carro, que está roto y tiene destrozada la lanza y una de las ruedas; engancha los caballos, y continúa la carrera. Pero acuérdate bien de todo esto.

26.

En qué se distinguen y cuál es la ocupación de Cástor y de Pólux (1).

APOLO Y MERCURIO.

1. APOLO.—¿Puedes decirme, oh Mercurio, cuál de estos es Cástor y cuál Pólux? porque yo en verdad no sé distinguirlos.

MERCURIO.—El que estuvo con nosotros ayer es Cástor, y este otro es Polux.

APOLO.—¿Y en qué los conoces, siendo tan parecidos?

MERCURIO.—En que éste, oh Apolo, tiene en la cara las señales de las heridas que recibió de sus contrarios en la lucha del pugilato, y particularmente las que le infirió Bebryx, el hijo de Amyco, cuando navegaba con Jasón (2); y el otro no tiene nada de esto, sino que muestra su semblante limpio y sin detrimento alguno.

(1) Estos dos hermanos, llamados Dioscuros (hijos de Júpiter) y Tyndarides (descendientes de Tyndaro), nacieron de Leda, reina de Esparta, juntamente con Helena y Clytemnestra: Cástor, hábil en domar y dirigir caballos, era mortal; y Pólux, diestro en las luchas del pugilato, era inmortal. Júpiter recompensó su mutuo cariño, colocándolos entre los astros con el nombre de GÉMINIS.

(2) Theócrito, Idylio XXII.

APOLO.—Me has hecho un favor con indicarme esa diferencia; pues en todo lo demás son iguales completamente: medio cascarón de huevo por casco (1), encima una estrella, un dardo en la mano y sendos caballos blancos. Así es que muchas veces he llamado Cástor á Pólux, y á éste, por el contrario, le he dado el nombre de Cástor. Pero dime: ¿por qué no están los dos juntos y á la vez con nosotros, y no que, á medias y alternando, están cada uno de ellos ya entre los nuestros, ya entre los dioses?

2. MERCURIO.—Esto lo hacen por afecto fraternal: era preciso que uno de estos dos hijos de Leda muriese y que el otro fuese inmortal, y compartieron de este modo la inmortalidad.

APOLO.—Pues fué una partición desacertada; porque nunca podrán verse, que es, me parece á mí, lo que principalmente desearían. ¿Cómo, si cuando el uno está con los dioses está el otro entre los muertos? Mas aparte de esto: así como yo hago vaticinios, y Esculapio cura, y tú enseñas á luchar en la palestra, siendo en verdad un excelente maestro, y Diana asiste en los partos, y todos los demás dioses tienen cada cual un arte ú oficio útil á los mismos dioses, ó á los hombres, éstos ¿en qué se ocupan? ¿ó pasan la vida en la ociosidad y regalándose, teniendo ya los años que tienen?

MERCURIO.—No, en verdad; que ya se les ha ordenado que se pongan al servicio de Neptuno, y tienen la obligación de recorrer á caballo el mar y de instalarse en las naves, si ven á los marineros maltratados por la tempestad, y salvar á los navegantes.

APOLO.—Bueno es, oh Mercurio, y provechoso (2), ese destino que dices.

(1) Lit.: la mitad de un huevo: τοῦ ὄρου ἡμίτομον.

(2) Literal: σωτήριον, salvador.

IX.

DIALOGOS MARINOS.

1.

Descripción de Polyphemo, amante de Galatea.

DORIS Y GALATEA. (I)

1. DORIS.—Dicen, oh Galatea, que un apuesto galán, el pastor ése de Sicilia, está loco de amor por tí.

GALATEA.—No te burles, Doris; porque, sea como fuere, es hijo de Neptuno.

DORIS.—¿Y qué? Así fuera hijo del mismo Júpiter, si es tan feroz, tan belludo, y, para mayor deformidad, no tiene más que un ojo, ¿crees tú que su origen puede servirle de algo por lo que hace á la figura?

GALATEA.—Ni lo velludo que es, ni la ferocidad que dices, le hacen feo; antes bien, le dan un aspecto varonil; y el ojo único que tiene, le cae muy bien en la frente, y no ve menos con él que si tuviese los dos.

(1) Este diálogo está calcado en los «Idilios» de Teócrito VI y XI.—Véase: Ovidio, «Metamorph.» XIII, 742; Virgilio, «Eglogas» II y X; Eurípides, «El Cyclope», drama satírico, traducción castellana de D. F. Baraibar.

DORIS.—Parece, Galatea, que no es Polyphemo tu amante, sino tu amado, según lo que le alabas.

2. GALATEA.—No es mi amado; pero no puedo sufrir ese prurito que tenéis de murmuración, y me parece que lo hacéis tan sólo picadas de envidia, porque, cuando en cierta ocasión apacentaba su rebaño y nos vió desde su cueva jugando en la playa, al pie del Etna, en el espacio que se extiende entre el mar y la montaña, apenas si se fijó en vosotras; y en cambio yo le parecí la más hermosa, y á mí sola dirigía su vista. Esto os mortifica, porque prueba que soy mejor y más digna de ser amada que vosotras, á quienes menospreció.

DORIS.—Porque has parecido hermosa á un pastor, de vista defectuosa, por más señas, ¿te crees ya objeto de envidia? ¿Y qué es, en último resultado, lo que ha podido celebrar en tí, sino meramente la blancura? Y eso, á lo que yo creo, porque está acostumbrado al queso y á la leche, y juzga bello todo lo que á estas cosas se parece.

3. Por lo demás, si quieres saber cómo eres, cuando el mar esté tranquilo, te miras desde una piedra en sus aguas, y verás que no tienes otro mérito que la blancura de tu rostro, y ésta no puede agradar sino la anima el color rojo y la hermosea con sus matices (1).

GALATEA.—Pues sin otro mérito que mi blancura, tengo al menos un amante, aunque éste sea Polyphemo; y en cambio á vosotras no hay pastor, ni marinero, ni barquero que os diga esta boca es mía (2). Y Polyphemo además es músico.

(1) Literal: ἢν μὴ ἐπιπρέπη αὐτῷ καὶ τὸ ἐρυθρῆμα, si no la hermosea el color.

(2) Literal: ἐπαινεῖ, os alabe.

4. DORIS. — Calla, Galatea: ya le oimos cantar cuando no hace mucho te endilgó aquel hymno (1). Por Venus, que no parecía sino que rebuznaba un asno. Pues, ¿y la lyra? El cráneo mondo de un ciervo: las astas eran como los brazos, que unió de cualquier manera con un yugo; y atando las cuerdas, que no pudo ni estirar siquiera por falta de clavijas, empezó á modular un no sé qué destemplado y discordante, en que la voz iba por un lado y contestaba la lyra por otro, en términos que no pudimos contener la risa ante aquel amoroso cántico. Ni Eco, tan parlera como es, quería contestar á sus rugidos; antes estaba avergonzada de si creería alguno que podía imitar canto tan desapacible y ridículo.

5. Y el enamorado galán llevaba en los brazos, como si fuese una joya, un osesno, que se parecía todo á él en lo peludo. ¿Quién no ha de envidiarte, oh Galatea, un amante de tal porte?

GALATEA.—Muéstranos, pues, el tuyo, Doris: á ver si es más hermoso y sabe cantar con más arte y tocar mejor la cítara.

DORIS.—No tengo ningún amante, ni me glorío de que haya quien pueda amarme; pero un amante como el cyclope, que apesta como un macho cabrío (2), que come carne cruda, según cuentan, y que devora á los extranjeros que arriban á su isla, guárdatelo para tí, y corresponde tú sola á su amor.

(1) Literal: ὅποτε ἐχώμασε πρῶην ἐπὶ σέ, *quando comessatum ibat nuper apud te*, traduce Hemsterh, edición bipontina, 1789: κωμαζω, efectivamente, tiene la doble acepción de *comessor* (asistir á un banquete) y *canere hymnum alicui* (cantar á uno un himno), pero nos parece más apropiada la segunda.

(2) Lit.: κινάβρις ἀπόζων, *foetidum alarum odorem spargens*.

2.

Polyphemo cegado por Ulyses.

EL CYCLOPE Y NEPTUNO (1).

1. CYCLOPE.—¡Oh padre, cuán maltratado he sido por ese maldito extranjero, que me emborrachó y me dejó ciego, acometiéndome cuando estaba dormido!

NEPTUNO.—¿Quién se ha atrevido á hacer eso, Polyphemo?

CYCLOPE.—Uno que en un principio se llamaba *Nadie*, y que luego que huyó y se vió fuera de mi alcance (2), dijo que su nombre era Ulyses.

NEPTUNO.—Ya sé quién dices: el de Ithaca, que regresaba de Troya. Pero, ¿cómo hizo eso, no siendo él muy animoso?

2. CYCLOPE.—Sorprendí, al volver del prado, en mi caverna á varios desconocidos que acechaban sin duda mis rebaños. Luego que cerré la entrada con una piedra enorme, que le sirve de puerta, é hice lumbré prendiendo fuego á un árbol, que traía del monte, observé que trataban de ocultarse. Cogí unos cuantos, y, como es natural, me los comí, puesto que eran unos ladrones. Entonces el astuto *Nadie* ó Ulyses, ó como sea, escanció y me dió á beber un veneno, dulce en verdad y de exquisito aroma, pero traicionero y perturbador por extremo; pues al punto que

(1) Véase: Homero, «Odysea», IX, 106 y siguientes, y Virgilio «Eneida», III.

(2) Lit.: *καὶ ἔξω τῆν βελους*, y estaba lejos de mis tiros.

lo bebí, todo me parecía que daba vueltas alrededor mío; la cueva misma se volvía de arriba abajo; yo no estaba absolutamente en mí. Por último, me quedé dormido. Y él, aguzando un palo y poniéndolo después al fuego, me saltó el ojo mientras dormía. Desde entonces, oh Neptuno, me tienes ciego.

3. NEPTUNO.—¿Tan profundamente dormías, hijo, que no saltaste cuando te cegaba? Y Ulyses, ¿cómo se escapó? No sé, con efecto, que pudiese separar la piedra de la puerta.

CYCLOPE.—El caso es que yo mismo la quité para cogerle mejor cuando saliese: me senté en la puerta y andaba á caza con las manos extendidas, dejando pasar solamente las ovejas al pasto, y recomendando al carnero lo que debía de hacer en lugar mío.

4. NEPTUNO.—Ya comprendo: oculto debajo de ellas, se escapó sin que tú lo notaras (1). Pero debías haber llamado á los demás cyclopes para que fuesen contra él.

CYCLOPE.—Ya los llamé, padre, y vinieron; mas cuando preguntaron quién era el ladrón, y yo les dije que *Nadie*, pensando que estaba loco, se fueron y me dejaron. Así me confundió el miserable con su nombre. Y lo que más me contristó fué que, insultando mi desgracia, me dijo: «Ni tu padre Neptuno te podrá curar.»

NEPTUNO.—Tranquilízate, hijo: yo te vengaré para que entienda que, si no me es dado curar la pérdida de la vista, la suerte en cambio de los navegantes, el salvarlos ó el perderlos, está en mi mano. Y él aun anda por el mar.

(1) Según Homero, «Odysea,» ix, 443 y 444, los compañeros salieron atados á las ovejas, y él oculto debajo del carnero.

3.

El río Alpheo corre á través del mar con el deseo de encontrar á la fuente Arethusa, de la cual está enamorado.

NEPTUNO Y ALPHEO (1).

1. NEPTUNO.—¿Cómo es eso, Alpheo? Eres el único entre todos los ríos que, penetrando en mis dominios, no confundes tus aguas con las saladas del mar, como todos acostumbran, ni cesas en tu carrera difundiéndote en mi seno; sino que íntegro, á través del piélago y conservando la dulzura de tus aguas, sigues adelante neto y puro, sumergiéndote no sé en qué punto profundamente, como las gaviotas y las garzas; y parece como que vas á salir por alguna orilla y darte de nuevo á la luz.

ALPHEO.—Es asunto de amores, Neptuno; no me reconvengas: también tú te has enamorado muchas veces.

NEPTUNO.—¿Y es mujer, Alpheo, ó nympha el objeto de tu amor, ó es acaso alguna de las nereidas?

ALPHEO.—No, Neptuno: es una fuente.

NEPTUNO.—¿Y dónde brota?

ALPHEO.—En la isla de Sicilia; y la llaman Arethusa.

(1) Alpheo, río del Ploponeso, nace en Arcadia y desemboca en el mar Jonio, recorriendo parte de su trayecto por bajo de tierra, lo cual ha dado origen á esta fábula. Perseguida por él la ninfa Arethusa, invocó el auxilio de Diana, y ésta la convirtió en fuente de abundantes aguas en Ortygia, cerca de Syracuse. Ovidio, «Metamorph.» v; Virgilio, «Eneida,» III, y «Eglogas,» x.

2. NEPTUNO.—Sé que no es fea Arethusa, oh Alpheo; antes al contrario, que es muy clara y trasparente; que fluye de muy limpio manantial, y que sus aguas abrillantan las arenas, ostentándose entre ellas con todo el esplendor de la plata.

ALPHEO.—Conoces con verdad la fuente, oh Neptuno. Voyme, pues, á buscarla.

NEPTUNO.—Ve norabuena, y sé feliz en tu amor. Pero dime, ¿cómo conociste á Arethusa, siendo tú de la Arcadia y ella de Syracusa?

ALPHEO.—Estoy de prisa y me entretienes, Neptuno, con preguntas que no hacen al caso.

NEPTUNO.—Tienes razón: corre al lado de tu amada; y en saliendo del mar, mezcla tus aguas con las suyas en amoroso concierto, y juntos formad una sola corriente.

4.

Increíble transformación de Proteo en fuego (1).

MENELAO Y PROTEO.

1. MENELAO.—Que te conviertas en agua, oh Proteo, no es cosa inverosímil, siendo, como eres, marino; en árbol, puede también pasar; y aunque alguna vez te trueques en león, no es tampoco de todo punto increíble; pero que puedas transformarte en fuego, siendo el mar tu habitual morada, eso es lo que me

(1) Véase: Homero, «Odysea,» iv, 347 y siguientes.—Virgilio «Geórgicas,» iv.—Proteo, dios marino, tomaba diversas formas para escaparse de los que iban á pedirle profecías ó vaticinios.

admira extraordinariamente y no creo en manera alguna.

PROTEO.—Pues que no te extrañe, Menelao; porque así es en realidad.

MENELAO.—Yo mismo lo he visto. Pero se me figura, dicho sea entre nosotros, que empleas alguna arte mágica y engañas la vista de los espectadores, sin que te conviertas verdaderamente en nada de eso.

2. PROTEO.—¿Y qué engaño cabe en cosas tan manifiestas? ¿No has visto tú con tus propios ojos (1) mis varias transformaciones? Pero si no lo crees; si piensas que es todo una mentira, una vana ilusión de los sentidos; cuando me veas transformado en fuego, acércate á mí, nobilísimo guerrero, y alárgame la mano: así sabrás si soy una mera apariencia, ó si tengo también la facultad de quemar.

MENELAO.—Peligrosa es la prueba (2), Proteo.

PROTEO.—Se conoce, Menelao, que no has visto nunca un pólipo, ni sabes lo que á estos peces les pasa.

MENELAO.—He visto pólipos; pero no sé lo que les pasa, y lo oiría de tí con mucho gusto.

3. PROTEO.—A cualquiera roca que se acercan se agarran con los tentáculos y se pegan con las patas; y adhiriéndose á ella, cambian de color é imitan el de la piedra, en términos que engañan á los pescadores, que no los distinguen ni los ven siquiera por su semejanza con la roca.

MENELAO.—Eso dicen; pero el cambio tuyo es mucho más increíble, Proteo.

PROTEO.—No sé, Menelao, á qué otro testimonio darás fe, si no la das al de tus propios ojos.

(1) Lit.: *άνεωγμένοις τοῖς ὀφθαλμοῖς*, con los ojos abiertos.

(2) Lit.: *Ὅυκ ἀσφαλῆς ἡ πειρα*, no es segura la prueba.

MENELAO.—Yo mismo lo he visto; pero es inconcebible que una misma cosa sea fuego y agua al mismo tiempo.

5.

La manzana de la discordia (1).

PANOPA Y GALENA.

1. PANOPA.—¿Viste, Galena, lo que hizo ayer la Discordia cuando comíamos en Thesalia, por no haber sido también ella invitada al banquete?

GALENA.—No asistí yo á la comida; porque Neptuno me mandó, oh Panopa, que cuidara de que el mar permaneciese tranquilo durante ese tiempo. ¿Qué hizo, pues, la Discordia no estando presente en el festin?

PANOPA.—Apenas Thetis y Peleo se habían retirado al tálamo nupcial acompañados de Amphitrite y de Neptuno, la Discordia, á escondidas de todos, lo cual logró fácilmente mientras los unos bebían y los otros bailaban ó prestaban atención á Apolo, que tocaba la cítara, ó á las Musas, que cantaban; la Discordia, digo, arrojó sobre la mesa una manzana hermosísima, toda de oro, oh Galena, con esta inscripción: «Désele á la más hermosa» (2). Y rodando fué á parar como de intento ante el triclinio precisamente en que Juno, Venus y Minerva estaban recostadas.

2. Cogióla Mercurio y leyó el sobrescrito; nosotras las Nereidas nos quedamos calladas, ¿qué hacer estando presentes las Diosas? Pero estas contendían

(1) Véase: «Diálogos de los Dioses.» 2); y Catullo: «Epithalamio de Peleo y de Thetis.»

(2) Literal: ἡ καλή λαβέτω, recibala la más hermosa.

entre sí, juzgando cada cual que á ella sola le correspondía la manzana, y seguramente hubieran venido á las manos, si Júpiter no las separa. Pero éste, aunque las Diosas se empeñaban en que él decidiese la cuestión: «Yo no emitiré dictamen, dijo; pero dirigíos al monte Ida; allí encontraréis á Páris, el hijo de Príamo; y éste, que es joven de muy delicado gusto, designará la más bella, y acaso no juzgue desacer- tadamente.»

GALENA.—Y ¿qué hicieron las Diosas, Panopa?

PANOPA.—Hoy me parece que marchan al Ida; y no tardará mucho en venir alguno que nos anuncie cuál de ellas ha obtenido la victoria.

GALENA.—Desde luego te digo que entrando Venus en competencia, nadie sino ella puede salir victoriosa, si es que el juez no tiene telarañas en los ojos (1).

6.

El rapto de Amymona (2).

TRITÓN, AMYMONA Y NEPTUNO.

1. TRITÓN.—Todos los días, oh Neptuno, viene á Lerna á llevar agua una doncella, cosa buena: no

(1) Literal: ἦν μή τι πᾶν οὐδὲ διστακτικῆς ἀμβλυώτης.—Si el juez no tiene enteramente la vista débil.

(2) Amymona, una de las cincuenta hijas de Danao, tuvo de Neptuno á Nauplio, que fué padre de Palamedes. Danao, hijo de Belo, arribó á Grecia desde la Lybia, huyendo de su hermano Egipto, y fundó á Argos, de que fué rey. Por la muerte que sus hijas dieron á los hijos de su hermano, con quienes casaron, fueron condenadas en el Infierno á verter agua en un tonel sin fondo. Véase: Apolodoro, «Bibliotheca» 2, 1; Plinio, iv, 5; Strabon, viii, 370. Véase igualmente «Timón ó el misánthropo.»

sé que haya visto en mi vida muchacha más hermosa.

NEPTUNO.—¿Y es noble esa doncella que dices, Tritón, ó es alguna sierva de las que llevan agua por oficio?

TRITÓN.—Nada de eso: es hija del célebre Dánao, una de las cincuenta, y su nombre es Amymona: le pregunté cómo se llamaba y cuál era su linaje. Danao cría con mucha dureza á sus hijas; las enseña á hacerlo todo ellas mismas; las envía por agua, y las educa de modo que estén siempre dispuestas para toda clase de quehaceres.

2. NEPTUNO.—¿Y ella sola hace ese viaje tan largo desde Argos á Lerna?

TRITÓN.—Ella sola: Argos es país muy árido, como sabes; y por eso es preciso llevar agua continuamente.

NEPTUNO.—Oh Tritón, me has inquietado no poco con lo que acabas de decirme de esa niña: vamos á verla.

TRITÓN.—Vamos: precisamente es la hora de la aguada, y acaso la encontremos á mitad del camino de Lerna.

NEPTUNO.—Pues apresta el carro; ó, para no perder tiempo en enganchar los caballos al yugo y preparar el carro, tráeme un delphín de los más ligeros, y montaré en él en seguida.

TRITÓN.—Aquí tienes el más veloz de todos los delphines.

NEPTUNO.—Bien está: marchemos. Vénte tú nadando á mi lado, Tritón. Cuando lleguemos á Lerna, yo me esconderé en algún sitio; tú te pones de centinela, y cuando sientas que viene...

TRITÓN.—Ya está aquí cerca.

3. NEPTUNO.—Hermosa doncella, oh Tritón, y de excelente edad. Apoderémonos de ella.

AMYMONA.—Hombre vil, ¿á dónde me llevas? Eres un raptor enviado sin duda por mi tío Egipto. Voy á llamar á mi padre.

TRITÓN —Cállate, Amymona: es Neptuno.

AMYMONA.—¿Qué dices de Neptuno?—¿Por qué me violentas, hombre cruel, y me arrastras al mar? ¡Infeliz de mí! Voy á perecer ahogada.

NEPTUNO.—No tengas cuidado: ningún mal te ocurrirá; lejos de eso, hiriendo con el tridente esta roca próxima al golpe de las olas, haré que brote una fuente que llevará tu nombre: serás dichosa y la única de tus hermanas que no vierta agua después de muerta.

7.

Metamorphosis de Io y de Mercurio (1).

NOTO Y ZÉPHYRO.

1. NOTO.—A esa becerria, oh Zéphyro, que Mercurio lleva á Egipto por medio del mar, la desfloró Júpiter en un raptó de amor.

ZÉPHYRO—Es verdad, Noto; pero entonces no era una becerria, sino una niña, hija del río Inaco. Juno la puso como ahora está por celos, pues vió claramente que Júpiter la amaba.

NOTO.—¿Y la ama todavía vaca y todo?

ZÉPHYRO.—Mucho: por eso la envía á Egipto; y nos

(1) Véase *Diálogos de los Dioses*, 3.

ha encargado que no alteremos el mar durante la travesía, para que saliendo allí de su cuidado, pues está en cinta, sean dioses tanto ella como lo que nazca.

2. NOTO.—¿La ternera un Dios? (1)

ZÉPHYRO.—Sí, Noto; y dirigirá, según dice Mercurio, á los navegantes; de modo que será nuestra soberana, y á quien quisiere de nosotros nos mandará ó nos prohibirá que soplemos.

NOTO.—Respetémosla, pues, ya que es nuestra soberana.

ZÉPHYRO.—Sí, por Júpiter: así se nos hará más propicia. Pero ya atravesó el mar y ha saltado á tierra. ¿Ves como no anda ya en cuatro pies, sino que Mercurio la ha puesto derecha y la ha convertido nuevamente en una mujer hermosísima?

NOTO.—Increíble parece, Zéphyro: desaparecieron los cuernos, la cola, las pezuñas hendidas, y ha quedado una doncella adorable. ¿Y qué le ha pasado á Mercurio que se ha transformado enteramente, y en vez de un joven aparece con cara de perro? (2).

ZÉPHYRO.—No nos metamos en lo que no nos importa: él sabe mejor que nosotros lo que debe hacer.

(1) La diosa Isis.

(2) *Anubis*, divinidad egipcia, representado bajo la forma de una persona con cabeza de perro. Los Griegos lo identificaban con su Hermes, así como á éste lo identificaron los Romanos con Mercurio. El culto de *Anubis* se introdujo en Roma á fines de la república. Ovidio; «*Metamorph.*», ix, 689.

8.

Arión, salvado de la muerte por un delphín (1).

NEPTUNO Y LOS DELPHINES.

1. NEPTUNO.—Bravo, delphines, por vuestra filantropía: ya en otro tiempo llevasteis al Isthmo al hijo de Ino (2), recogién-dole cuando juntamente con su madre cayó al mar desde las rocas Escironidas (3), y ahora tú, echando sobre tí á este cantor de Methymna, lo has trasportado á Ténaro con su traje mismo y con su cítara, amparándole cuando iba á perecer por la maldad de los marineros.

DELPHÍN.—No te maraville, oh Neptuno, que hagamos bien á los hombres; porque de hombres nos hicimos peces.

NEPTUNO.—Por cierto que reproché á Baco el que habiéndose vencido en el combate naval, os transformase, debiendo solamente haberos sometido, como sometió á los demás. Pero ¿cómo ocurrió lo de nuestro Arión, oh Delphín?

(1) Arión, de Methymna, en Lesbos, célebre músico y poeta lyrico, inventor de la poesia dityrám-bica, vivió por los años 625 antes de Cristo, pasando gran parte de su vida en la corte de Periandro, tyrano de Corintho.—V. Herodoto, I, 23 y siguientes; Eliano, «De los animales,» XIII, 45; Apolodoro, «Bibliotheca,» 3, 6; Ovidio, «Fastos,» II y III, 83.

(2) Melicertas ó Palemón: los Romanos le identificaron con Portumnus, genio ó dios que veneraban como protector de los puertos.—Ovidio, «Metamorph.,» IV, 529.

(3) Rocas que avanzan hacia el mar entre Megara y Corintho, desde las cuales se arrojó Ino huyendo del furor de Athamante, quedando convertida en una divinidad con el nombre de Leucothea.

2. DELPHÍN.—Periandro, según creo, se complacía en oírle y le mandaba llamar muchas veces por su excelencia en el arte. Habiéndose enriquecido por los donativos del tyrano, tuvo deseos de volver á su patria, Methymna, á hacer ostentación de sus riquezas. Embarcóse en un esquife de unos hombres malvados; y como manifestase que llevaba mucho oro y mucha plata, cuando estaban en medio del Egeo, los marineros atentaron contra su vida. Entonces él (yo lo oí todo, porque iba nadando junto á la barca): «Pues que así lo habéis determinado, dijo, permitidme que vistiéndome mi traje y entonando una lamentación, me precipite yo mismo en el mar.» Consintieronlo los marineros; púsose el vestido; cantó con una dulzura inimitable, y se arrojó al agua, donde al punto había de perecer; pero yo le cogí, y sobre mi lomo lo traje nadando hasta Ténaro.

NEPTUNO.—Aplaudo tu amor al arte de la música (1): dignamente le pagaste el hymno que le oíste.

9.

Hele da nombre con su muerte al Helesponto (2).

NEPTUNO, AMPHITRITE Y LAS NEREIDAS.

1. NEPTUNO.—El estrecho éste, en que la niña cayó, llámese en lo sucesivo Helesponto, en memoria

(1) Literal: φιλομουσία, amor á las musas, á las artes, á la música.

(2) Hele, hija de Athamante y de Nephele, huyendo con su hermano Phryxo de su madrastra Ino, cayó al mar que se llamó Helesponto, entre el Egeo y la Propóntide en el estrecho que hoy se llama de los Dardanelos.

suya; y vosotras, oh Nereidas, recoged el cadáver y lleváoslo para que los naturales le den sepultura.

AMPHITRITE.—No, Neptuno, sepultémosla aquí, en el mar que ha de llevar su nombre: nos mueve á compasión por lo mucho que su madrastra le hizo sufrir.

NEPTUNO.—Eso, oh Amphitrite, no puede hacerse; ni es bien tampoco que quede aquí de cualquier modo en la arena; es menester, como he dicho, que se la sepulte en Troade ó en Quersoneso. Será para ella un consuelo no pequeño el que Ino haya de sufrir muy en breve su misma suerte, pues perseguida por Athamante y llevando á su hijo en brazos, caerá al mar desde la cima del Citherón, que se extiende hasta las olas.

AMPHITRITE.—Y será preciso que la salvemos también por consideración á Baco, de quien ha sido nodriza.

2. NEPTUNO.—No debiéramos, siendo tan mala. Pero no es justo, oh Amphitrite, que nos malquistemos con Baco (1).

UNA NEREIDA.—¿Y cómo fué que cayó del carnero en que iba, cuando su hermano Phryxo hizo la travesía con toda seguridad?

NEPTUNO.—Muy sencillo: él es joven y bastante fuerte para resistir la violencia del movimiento; pero ella, que no estaba acostumbrada y que montaba cabalgadura tan extraña, volvió los ojos al abismo que se abría á sus pies, y turbada, sobrecogida de horror y mareada por la rapidez de la carrera, abandonó los cuernos del carnero, á los que iba asida, y cayó al mar.

(1) Los textos de Tauchnitz y de Didot atribuyen las palabras de Amphitrite á Neptuno: nosotros seguimos la edición de Hemsterhuis y Reitz: Biponti, 1789, reproducida por Lehmann: Leipzig, 1822.

NEREIDA.—¿Y no debía su madre Nephele haberla socorrido en la caída?

NEPTUNO.—Debía; pero el destino es mucho más poderoso que Nephele.

10.

Reaparición de la isla Delos (1).

IRIS Y NEPTUNO.

1. IRIS.—La isla errante, oh Neptuno, que desprendida de Sicilia va nadando todavía debajo de las aguas, manda Júpiter que la pares, que la saques á flor de agua, que la hagas visible (2) y que fija y apoyada sobre cimientos muy seguros, permanezca en medio del Egeo, porque tiene necesidad de ella.

NEPTUNO.—Así se hará, Iris. Mas ¿para qué necesita que esta isla reaparezca y que no fluctúe más?

IRIS.—Es preciso que Latona verifique en ella su alumbramiento (3), y está ya mortificada con los dolores del parto.

NEPTUNO.—Pues qué, ¿no es bastante el cielo para ese menester? (4) Y caso que no, ¿la tierra toda no puede por ventura recibir sus hijos?

(1) La menor de las islas Cyclades en el mar Egeo, conocida con el nombre de *Asteria* ú *Ortygia*: desprendida y flotante, según la leyenda, por un golpe de tridente de Neptuno, Júpiter la sujetó con cadenas de diamantes, para que en ella Latona pudiese dar á luz sus hijos Apolo y Diana.

(2) Juego de palabra intraducible: *δηλος*, nombre de la isla, significa *visible*, *manifiesta*.

(3) Literal. *ἀποκυῆσαι*, partum deponere.

(4) Literal: *ἐντεκεῖν*, para el parto.

IRIS.—No, Neptuno; Juno ha comprometido á la Tierra con juramento solemne á no dar asilo alguno á Latona en su apuro. Y sólo esta isla queda fuera del juramento, porque no estaba descubierta.

2. NEPTUNO.—Ya comprendo.—Detente, isla; volve á salir del abismo; no te dejes más arrastrar por las olas; permanece inamovible, y recibe, oh bienaventurada, á los dos hijos de mi hermano, los más hermosos de todos los Dioses. Y vosotros, oh Tritones, traed á Latona, y que el mar no se altere en lo más mínimo. En cuanto al dragón que la atemoriza y enloquece, los recién nacidos, apenas vean la luz, le perseguirán con empeño y vengarán á su madre. Y tú, Iris, anuncia á Júpiter que todo está dispuesto. Delos está ya fija. Venga, pues, Latona, y salga con bien de su cuidado (1).

11.

Ridiculízase la narración homérica referente al río Jantho ó Escamandro (2).

JANTHO Y EL MAR.

1. JANTHO.—Acógeme, oh mar, que sufro horriblemente: extingue este incendio que me abrasa (3).

MAR.—¿Qué es esto, Jantho? ¿quién te ha quemado?

JANTHO.—Vulcano. Mira cómo estoy; todo enturbia-do, ¡infeliz de mí! é hirviendo.

(1) Literal: καὶ τιχτέτω, et pariat.

(2) *Iliada*, XXI.

(3) Literal: κατάσβεσόν μου τὰ τραύματα, extingue mis heridas.

MAR.—¿Y por qué te prendió fuego?

JANTHO.—Por el hijo de Thetis. Me acerqué á suplicarle cuando mataba á los Phrygios, y en vez de moderar su furor obstruyó con cadáveres mi corriente: compadecido yo de aquellos desdichados, fuí contra él con propósito de sumergirle, para que, asustado, dejara en paz á los hombres.

2. Entonces Vulcano, que por acaso estaba allí cerca, reunió todo el fuego que tenía en su fragua y, según yo pienso, cuanto hay en el Etna y en todo el mundo, y lo echó sobre mí. Quemó los chopos y los tamariscos; abrasó á los pobres peces y á las anguillas, y á mí me puso en ebullición, y por poco me deja enteramente consumido. Ya ves cómo estoy, por efecto de la quema.

MAR.—Turbio y caliente, oh Jantho, como es natural; lo primero por la sangre de los muertos, y lo caliente por el fuego que dices. Bien merecido lo tienes, Jantho; pues te has atrevido con uno de mis hijos, sin considerar que era hijo de una Nereida.

JANTHO.—¿Pero no debía yo compadecerme de los Phrygios, siendo vecinos míos?

MAR.—¿Y Vulcano no había de compadecerse de Aquiles, siendo el hijo de Thetis?

12.

Danae es arrojada al mar por orden de su padre Acrisio.

DORIS Y THETIS.

1. DORIS.—¿Por qué lloras, Thetis?

THETIS.—He visto, oh Doris, á una joven hermosísima encerrada por su padre en un cofre, juntamente

con su hijo recién nacido; y el padre ha mandado á unos marineros que cojan el cofre y, cuando estén muy lejos de la tierra, lo tiren al mar para que perezca la infeliz y con ella su hijo.

DORIS.—¿Y por qué motivo, hermana mía? Dímelo, si estás enterada de ello.

THETIS.—Acrisio, su padre, guardaba á la hermosa doncella encerrada en una cámara de bronce. Y dicen, no sé si con verdad, que Júpiter, transformado en oro, se filtró á través del techo; y que ella, habiendo recibido en su seno al dios en forma de lluvia, se hizo embarazada. Advirtiéndolo el padre, que es un viejo feroz y muy celoso, y se puso hecho una furia; y creyendo que su hija había tenido amores con un cualquiera, la hizo meter en el cofre apenas salió del parto.

2. DORIS.—¿Y qué hacía, oh Thetis, cuando la cerraban? (1)

THETIS.—Por ella no decía nada, oh Doris: sufría resignada su condena; pero suplicaba que salvaran á su hijo, y anegada en llanto mostraba al abuelo el hermoso niño que, incapaz de conocer su infortunio, se sonreía á la vista del mar. De nuevo se llenan de lágrimas mis ojos recordando aquella escena.

DORIS.—Y á mí también me hace llorar. Pero, dime, ¿han muerto ya?

THETIS.—No; aún flota el cofre alrededor de Seripha y los conserva con vida.

DORIS.—¿Por qué no la salvamos, haciéndola entrar en las redes de los pescadores de Seripha? Al tirar ellos, la salvarán sin duda alguna.

THETIS.—Tienes razón: hagámoslo así: que no perezca esa desgraciada ni su hermoso niño.

(1) Literal: *ὅποτε καθέτο*.—Cuando era encerrada ó cuando era arrojada.

13.

La nymp̄ha Tyro engañada por Neptuno, bajo la apariencia del río Enipeo (1).

NEPTUNO Y EL ENIPEO.

1. ENIPEO.—Eso no está bien, Neptuno; te lo digo con franqueza. Has enamorado á mi amada tomando mi figura, y me has robado sus primeras y más tiernas caricias (2). Ella pensaba que era yo el que la requería, y por eso se prestó á tu deseo.

NEPTUNO.—Porque tú, oh Enipeo, eras en extremo desdeñoso é indiferente con esa linda muchacha: todos los días venía, loca de amor, á buscarte, y tú la mirabas con desprecio, y te complacías en mortificarla: paseaba tus márgenes, penetraba en tus aguas, se bañaba á veces en ellas, deseaba siempre encontrarse contigo, y tú, por el contrario, la tratabas cada vez con más frialdad.

2. ENIPEO.—¿Y qué? Por eso era preciso que me arrebatasen mi amor, que fingieses que eras Enipeo en vez de Neptuno, y que engañases á la pobre Tyro, prevaliéndote de que es una niña inocente.

NEPTUNO.—Tarde te encelas, oh Enipeo, habiendo sido hasta aquí tan despreciativo. Por lo demás, Tyro está muy satisfecha, pensando que ha sido á tí á quien ha otorgado las primicias de su amor (3).

(1) Véase Homero, *Odysea*, XI, 235 y siguientes.

(2) Literal: διεκόρησας τὴν παῖδα, vitiasti puellam.

(3) Literal: οὐδὲν δεινὸν πέπονθεν, οἰομένη ὑπὸ σοῦ διακορησθαι: nihil autem mali contigit, cum putabat virginitatem suam a te imminui.

ENIPEO.—No por cierto: le dijiste al marcharte que eras Neptuno, lo cual le ha causado mucha pena. Has sido inicuo conmigo; porque has gozado de un bien que me pertenecía, y levantando en torno tuyo una ola resplandeciente que á entrambos os cubría, has abusado de la cándida niña, usurpando mi derecho.

NEPTUNO.—Porque tú no lo ejercías, Enipeo (1).

14.

LIBERACIÓN DE ANDRÓMEDA.

Perseo, después de cortar la cabeza á la gorgona Medusa, liberta á Andrómeda, dando muerte al monstruo marino que había de devorarla, y se casa con ella (2).

TRITÓN Y LAS NEREIDAS, IPHIANASA Y DORIS.

1. TRITÓN.—El enorme cetáceo, oh Nereidas, que mandasteis contra Andrómeda, la hija de Cepheo, no hizo daño alguno á la niña, sino que, por el contrario, fué él el que murió.

NEREIDAS.—¿Quién lo mató, Tritón? ¿Acaso Cepheo puso como cebo á la doncella para matarle al venir, ocultándose á prevención con gente armada? (3).

TRITÓN.—No; conocéis, me parece, oh Iphianasa, á Perseo, el hijo de Dánae á quien vosotras, compadecidas de él, salvasteis la vida, cuando su abuelo materno le metió en un cofre juntamente con su madre y le arrojó al mar (4).

(1) Literal: *Σὺ γὰρ οὐκ ἔθελες*, porque tú no lo querías.

(2) Véase Ovidio, *Metamorph.*, IV.

(3) Lit.: *μετὰ πολλῆς δυνάμεως*, con fuerza numerosa.

(4) Véase el *Diálogo* 12, «Doris y Thetis».

IPHIANASA.—Le conozco. Ya naturalmente estará hecho un mozo tan bizarro como bello.

TRITÓN.—Pues ese mató á vuestro monstruo.

IPHIANASA.—¿Y por qué, Triton? No debiera haber correspondido así á nuestros favores (1).

2. TRITÓN.—Ya os lo contaré todo, tal como ocurrió. Púsose en marcha contra las gorgonas, cumpliendo el encargo que el Rey le confió (2); y cuando llegó á Lybia, en donde estaban...

IPHIANASA.—¿Cómo, Triton? ¿él solo, ó con algunos otros compañeros de combate? El camino ciertamente es muy penoso.

TRITÓN.—Fué por el aire: Minerva le prestó alas. Llegó, pues, á donde habitan las gorgonas; las encontró dormidas, á lo que parece; le cortó la cabeza á Medusa, y salió volando.

IPHIANASA.—¿Y cómo la vió? Porque no se las puede mirar; y el que por acaso las viere no podrá después ver ninguna otra cosa.

TRITÓN.—Minerva le puso ante los ojos un escudo (esto se lo oí á él mismo, que lo contaba á Andrómeda y después á Cepheo), y en este escudo, muy bruñido, le dejó ver, como en un espejo, la imagen de Medusa. Entonces cogió con la mano izquierda la cabellera que veía en la imagen, y con la hoz que tenía en la derecha le cortó la cabeza y marchó volando, antes de que las hermanas se despertasen.

3. Después, cerca de la playa de Ethiopía, cuando iba bajando el vuelo, ve á Andrómeda, que yacía amarrada fuertemente sobre una roca mar adentro, hermosísima, oh Dioses, con el cabello esparcido y me-

(1) Lit.: *σῶστρο ἡμῶν τοιαῦτα ἐκτίθειν*, habernos pagado así los honorarios de su salvación.

(2) Polydecto, rey de Seripha: véase «Apolodoro», II.

dio desnuda hasta más abajo del pecho. Al principio, compadecido de su desgracia, le preguntó la causa de aquel suplicio; y muy pronto, enamorado de ella, tomó la resolución, puesto que urgía salvar á la niña, de prestarle su ayuda, y se decidió en su favor. Tan luego como se presentó el monstruo horroroso que había de devorar á Andrómeda, el joven se remontó á los aires, y blandiendo hacia abajo la hoz que retenía por el mango, y por otra parte mostrándole la cabeza de la gorgona, lo convirtió en piedra. Murió, pues, el monstruo, quedando petrificada toda la parte que miraba á Medusa. Entonces soltó las ligaduras de la joven, y ofreciéndole la mano la sostuvo al bajar de la roca apoyada en la punta de los pies, porque era en extremo resbaladiza. Y ahora se casa en el palacio de Cepheo, y la llevará después á Argos. De modo que en vez de la muerte ha encontrado Andrómeda un casamiento como no se hallan á cada paso.

4. NEREIDAS.—A mí no me apesadumbra en lo más mínimo el suceso: ¿en qué, pues, nos ha faltado esa pobre niña, porque su madre sea una jactanciosa y pretenda ser más bella que nosotras?

DORIS.—Es verdad; pero en la hija sufriría la madre.

NEREIDA.—No recordemos ya, oh Doris, si una mujer bárbara, como esa, ha hablado más de lo regular: bastante satisfacción nos ha dado con el susto que ha pasado por su hija. Alegrémonos, pues, de su casamiento.

15.

El rapto de Europa.

ZÉPHYRO Y NOTO (1).

1. ZÉPHYRO.—Nunca he visto fiesta más grandiosa en el mar desde que existo y soplo. ¿No la has visto tú, Noto?

NOTO.—¿Qué fiesta es esa de que hablas, Zéphyro, y quiénes han sido los festejantes?

ZÉPHYRO.—Te has perdido un espectáculo preciosísimo, como no podrás ver otro jamás.

NOTO.—Estaba ocupado en el mar Erythreo, soplando por aquella parte de la India que está próxima á la costa, y no he podido ver nada de lo que dices.

ZÉPHYRO.—¿Conoces á Agenor el Sidonio?

NOTO.—Sí: el padre de Europa. ¿Y qué?

ZÉPHYRO.—De ella precisamente voy á hablarte.

NOTO.—¿Me vas á decir que Júpiter está enamorado de esa niña? Pues lo sé desde hace mucho tiempo.

ZÉPHYRO.—Puesto que conoces este amor, oye lo demás.

2. Discurría Europa por la playa, divirtiéndose con otras jóvenes de su edad, cuando Júpiter, tomando la apariencia de un toro, se puso á jugar con ellas. Mostrábase hermosísimo: blanco hasta la perfección, encorvados graciosamente los cuernos y mirando con una dulzura sin igual. Saltaba el toro en la menuda arena (1), y mugía con tal ternura que Eu-

(1) Véase: Ovidio, *Metamorph.*, II, y Herodoto, libros I y IV.

(2) Lit.: ἐπὶ τῆς ἰχθύονος, en la playa.

ropa se atrevió á montar en él. Y cuando esto aconteció, Júpiter, tomando carrera, se lanzó al mar con la niña áuestas, y se echó á nadar. Asombrada ella del suceso, se agarró con la mano izquierda á los cuernos para no caer, mientras que con la otra sujetaba el peplo, que el viento agitaba con violencia.

3. Noto.—¡Magnífico espectáculo, oh Zéphyro! ¡Tierna escena de amor! ¡Júpiter nadando y llevando sobre sí á su amada!

ZÉPHYRO.—Pues lo que sigue es aún más delicioso, Noto: el mar quedó al instante sin olas; tranquilo y en completa calma se ofrecía sereno y apacible, Todos nosotros, dando tregua á nuestra tarea, seguíamos nada más que como meros espectadores de los acontecimientos. Los Amores, volando suavemente sobre la superficie del mar, cuyas aguas rozaban á veces con la punta de los pies, y llevando encendidas las teas, entonaban á coro un cántico nupcial. Las Nereidas, saliendo de las aguas y montadas sobre delphines, aplaudían, medio desnudas la mayor parte. Los Tritones y cuantos peces contiene el mar, agradables á la vista, todos bailaban alrededor de la niña, y Neptuno, montado en su carro, y llevando al lado á Amphitrite, guiaba la procesión con semblante muy gozoso, y abría el camino á su nadador hermano. Por último, Venus, conducida por dos Tritones y recostada en su concha, arrojaba á la novia flores de todas clases.

4. Esto tuvo lugar desde Phenicia hasta Creta. Una vez en la isla, el toro no se volvió á ver; y Júpiter, tomando de la mano á Europa, la condujo á la gruta Dictea (1), toda llena de rubor y con los ojos

(1) En los montes occidentales de Creta, donde, se dice, fué criado Júpiter.—Europa tuvo de Júpiter á Minos, Rhadamantho y Sarpedon.

bajos, pues sin duda sabía ya á lo que la llevaban. Entonces nosotros tiramos cada cual por nuestro lado y levantamos nuevamente el mar en olas.

Noto.—Dichoso tú, Zéphyro, que has gozado de tan bello espectáculo. Yo, entretanto, no veía más que grifos, elefantes y hombres negros.

X.

DIALOGOS DE LOS MUERTOS. (1)

1.

Diógenes da á Pólux, que va á subir á la vida, algunos encargos para Menipo, los filósofos, los ricos, los jóvenes hermosos y fuertes, y los pobres, referentes á la vanidad humana y á la igualdad que reina en los infiernos.

DIÓGENES Y PÓLUX.

1. DIÓGENES—Pólux, te encargo, apenas subas á la tierra, puesto que á tí, según creo, te toca resucitar

(1) Estos *Diálogos*, notables como los anteriores por su belleza y novedad, se distinguen particularmente por referirse con especialidad á las costumbres.

La traducción de diez y ocho de estos *Diálogos* que acaba de publicar D. Francisco Franco y Lozano (Badajoz, 1832), siguiendo el texto incompleto y mutilado, por razones, sin duda, de moralidad, de L. Hachette (París, 1843) y la traducción interlineal de M. C. Leprévost, está hecha, á nuestro juicio, con mejor deseo que acierto; pues en fuerza de ser muy literal resulta á veces infiel, aparte de que en algunos pasajes no está entendido el texto, ni la traducción, ni penetrado el sentido, ni sorprendida la intención del autor. Sin embargo, la hemos tenido á la vista y consultádola con provecho, alabando la afición del Sr. Franco á esta clase de trabajos.

Bernardo de Fontenelle, escritor insigne no menos conocido de

mañana (1), que si ves por alguna parte á Menipo el cynico (2), y lo encontrarás probablemente en Corintho, en los alrededores del Cránion ó en el Lyceo, riéndose de las disputas de los filósofos (3), le digas: «Menipo, Diógenes te invita, si es que las cosas de la tierra te han hecho ya reir bastante, á que vayas abajo, donde todavía has de reirte mucho más. Ahí la risa está contenida por la duda, por aquello tan repetido de ¿quién sabe absolutamente lo que hay después de la vida? Pero abajo no cesarás, con seguridad de reirte, como yo lo hago, principalmente cuando veas á los ricos, á los sátrapas y á los tyranos

los que se dedican al estudio de las ciencias exactas que de los amantes de las bellas letras, nacido en Ruan en 11 de febrero de 1657 y muerto en París en 1757, escribió bizarramente, á imitación de Luciano, sus *Diálogos de los Muertos*, que justamente llamaron la atención del público y merecieron el elogio de los críticos, entre ellos de Pedro Bayle, que consideraba como recomendación la más eficaz en favor de cualquiera obra de Fontelle la lectura de los *Diálogos de los Muertos*. Mi excelente amigo D. José María Zabala ha dado á conocer algunos de ellos en lengua castellana en *El Ateneo* de Vitoria, tomo VI, números 1.º y 2.º, correspondientes á los meses de enero y febrero de 1878.

(1) Sobre la alternativa de Cástor y Pólux en la tierra y en los infiernos, véase *Diálogos de los Dioses*, 26.

(2) Menippo, filósofo cynico, *nobilis canis*, que le llama Terencio Varron, oriundo de Gadara en Phenicia y discípulo, acaso personal, del célebre Diógenes de Sinope, floreció en el siglo IV antes de Cristo. Se estableció en Thebas, donde, según Diógenes Laercio, se enriqueció ejerciendo la usura. Escribió trece libros de Sátiras que no han llegado hasta nosotros. Luciano nos da á conocer su carácter, y ha inmortalizado su nombre haciéndole interlocutor muy principal é interesante en muchos de los *Diálogos*.

(3) El Cranion era un gymnasio situado en una colina próxima á Corintho y rodeado de un bosque sagrado.—El Lyceo era igualmente un gymnasio, en las afueras de Athenas, adornado con pórticos y jardines, donde concurría la juventud á ejercitarse en la palestra y otros juegos, y los filósofos y sophistas á conferenciar y discutir.

empequeñecidos, oscurecidos, sin distinguirse por otra cosa que por el gemido, y relajados enteramente y envilecidos con el recuerdo de sus grandezas de arriba.» Esto le dices; y añádele que venga con las alforjas bien repletas de altramuces ó que se traiga la cena de Hécate, si por acaso la encuentra desparramada en el camino, ó un huevo expiatorio ó alguna otra cosa por el estilo (1).

2. PÓLUX.—Se lo diré, Diógenes. Mas, para que lo conozca mejor, ¿qué aspecto es el suyo?

DIÓGENES.—Es viejo; calvo; lleva un manto lleno de agujeros, abierto á todos los vientos y remendado con piezas de varios colores; siempre está riéndose, y se entretiene la mayor parte del tiempo en burlarse de esos fantasmones de filósofos.

PÓLUX.—Fácil me será encontrarle por esas señas.

DIÓGENES.—¿Quieres que te dé también un recado para los mismos filósofos?

PÓLUX.—Habla, que no me será gravoso.

DIÓGENES.—En general, les recomiendo que dejen de decir simplezas, de disputar sobre todas las cosas (2), de proponerse cuernos mutuamente, de inventar cocodrilos (3) y de llevar el entendimiento á cuestiones semejantes que no tienen solución.

(1) Hécate,—Selene ó Luna en el cielo, Artemis ó Diana en la tierra y Persephone ó Proserpina en el infierno,—era protectora de los caminos, en cuyas encrucijadas, al final de cada mes, se le ofrecía por los ricos una comida compuesta, entre otras cosas, de huevos lustrales ó expiatorios empleados en las purificaciones, de cuya comida se aprovechaban los pobres.

(2) Literal: *περὶ τῶν ὄλων*, *de rebus universis*: sobre los Universales (ideas universales ó categorías).

(3) Cuernos *κέρατα*, sylogismos capciosos á manera de éste que se atribuye al célebre filósofo estoico Crysipo: «Lo que no se ha perdido se tiene; es así que no has perdido cuernos, luego los tienes.»—Cocodrilos, *κροκοδείλους* *sophisma*, que toma su nom-

PÓLUX.—Pero dirán que yo soy un ignorante sin educación que calumnio su sabiduría.

DIÓGENES.—Pues tú les dices de mi parte que se vayan á gemir.

PÓLUX.—Así se lo diré, Diógenes.

3. DIÓGENES.—Respecto á los ricos, mi querido Pólux, diles también de mi parte: «¿Por qué, insensatos, guardáis el oro? ¿por qué os dais tan malos ratos calculando las ganancias y amontonando talentos y más talentos, si al cabo con un solo óbolo habéis de venir aquí muy en breve?»

PÓLUX.—Se les dirá todo eso.

DIÓGENES.—Diles también á los hermosos y robustos jóvenes Megilo el de Corinto y Damoxeno el gladiador, que entre nosotros no hay blonda cabellera, ni ojos azules ni negros, ni color en las mejillas, ni fuertes músculos, ni espaldas vigorosas; sino que aquí todo es polvo, como suele decirse, cráneos desnudos de hermosura (1).

PÓLUX.—No me es difícil decirles eso á esos hermosos y robustos jóvenes.

4. DIÓGENES.—A los pobres, que son muchos y que abrumados por la miseria lamentan su indigencia, diles, oh Lacedemonio, que no lloren ni se aflijan: hazles ver que aquí reina la igualdad, y que los ricos de allí no les son aquí en nada superiores. Y á los Lacedemonios, tus paisanos, incrépaes, si te parece, de

bre del siguiente argumento: «Un cocodrilo ha robado un niño y promete devolvérselo á su madre, si ésta dice la verdad;» y pregunta á continuación: «¿volveré el niño ó no?» Cualquiera que sea la contestación de la madre, el cocodrilo obrará á mansalva según su gusto. Véase: «Hermitimo ó las sectas,» y «Almoneda de vidas.»

(1) Compárese Horacio, Oda VII del libro IV, 16: «Pulvis et umbra sumus.»

mi cuenta, diciéndoles que se han hecho muy disolutos.

PÓLUX.—No digas nada, oh Diógenes, de los Lacedemonios: no lo toleraré; pero todo lo que respecto á los demás me has dicho lo haré presente.

DIÓGENES.—Dejemos á los Lacedemonios, pues así lo quieres, y lleva mis encargos á los que te he indicado.

2.

Creso se queja á Plutón de las burlas de Menipo.

PLUTÓN, CRESO, MIDAS, SARDANÁPALO Y MENIPO.

1. CRESO.—No podemos aguantar, oh Plutón, á este perro (1) de Menipo que habita á nuestro lado: así, pues, ó trasládale á otro sitio, ó nosotros nos vamos á otra parte.

PLUTÓN.—¿Pues qué daño puede haceros estando muerto como vosotros?

CRESO.—Cuando suspiramos y gemimos acordándonos de nuestras grandezas de arriba, Midas de su oro, Sardanápalo de sus placeres y yo de mis tesoros, se echa á reir y nos insulta llamándonos esclavos y canallas; otras veces se pone á cantar y sofoca nuestros lamentos; en una palabra, es insufrible.

PLUTÓN.—¿Qué es lo que dicen, Menipo?

MENIPO.—La verdad, Plutón: les tengo odio, porque

(1) Κύων significa igualmente *perro* y *cynico* (perruno), que fué la denominación epigramática, hoy técnica, que se dió al sistema de filosofía á que estaba afiliado Menipo.

son unos viles, unos miserables á quienes no les basta haber vivido malamente, sino que muertos y todo se acuerdan todavía y echan de menos lo que gozaron en vida. Por eso me complazco en mortificarlos.

PLUTÓN.—Pues no debes hacerlo; que harta desgracia tienen con verse privados de lo que poseían.

MENIPO.—También tú eres un fatuo en aprobar sus lamentaciones.

PLUTÓN.—No las apruebo; pero no quisiera que se introdujese la discordia entre vosotros.

2 MENIPO.—Pues bien: sabed, oh vosotros, los más ruines entre los Lydios, los Phrygios y los Asyrios, que no os he de dejar ni un momento; adonde quiera que vayáis os he de seguir molestándoos, cantándoos canciones y burlándome de vosotros.

CRESO.—¿No es esto una injuria?

MENIPO.—No; la injuria es lo que vosotros hacíais pretendiendo que os adorasen, insolentándoos con hombres libres y no acordándoos para nada de que teníais que morir. Por lo tanto, llorad ahora que os veis privados de todo aquello.

CRESO.—De inmensas riquezas, oh dioses, he sido despojado.

MIDAS.—Y yo, ¡de cuánto oro!

SARDANÁPALO.—Y yo, ¡de cuánta delicia!

MENIPO.—¡Bien! Seguid así: llorad amargamente: yo entretanto os cantaré; repitiéndolo muchas veces, aquello de CONÓCETE Á TÍ MISMO. Conviene efectivamente que esta célebre sentencia se cante como acompañamiento de vuestras lamentaciones.

3.

Ridiculízase al adivino Trophonio.

MENIPO, AMPHÍLOCO Y TROPHONIO (1).

1. MENIPO.—No sé, oh Trophonio y Amphíloco, ahora que ya estáis muertos, cómo os han dedicado templos, teniéndooos por adivinos; ni cómo los mentecatos de los hombres han creído que sois dioses.

AMPHÍLOCO.—¿Y qué culpa tenemos nosotros de que sean tan estúpidos para pensar así de los muertos?

MENIPO.—Acaso no pensarán de ese modo, si vosotros en vida no hubierais hecho prestigios, como dando á entender que sabíais el porvenir y que podíais contestar á las preguntas que os hiciesen.

TROPHONIO.—Menipo, Amphíloco sabrá lo que ha de contestarte respecto de él: por lo que á mí toca, soy un héroe, y doy respuestas á quien baja á consultarme. Se conoce que no has estado nunca en Libadia, pues de otro modo no serías tan incrédulo.

2. MENIPO.—¿Qué dices? Si no voy á Libadia y, vestido ridículamente con aquellas telas y con la torta en las manos, no me arrastro por aquel agujero tan

(1) Amphíloco, hijo de Amphiarao y de Eriphyle, tomó parte en la expedición de los Epigonos contra Thebas, y después combatió contra Troya. Fué muerto en combate singular por Nopso en Malos de Cilicia, en donde su Oráculo gozaba de gran consideración: Homero, *Odyssea*, xv, 240.—Trophonio, hijo de Erigono y hermano de Agamedes, cooperó á la fundación de Delphos, y á su muerte fué honrado como semidiós, y tuvo un Oráculo famoso cerca de Libadia en Beocia.

estrecho hasta tu cueva, ¿no podré saber que eres un muerto, como nosotros, sin más distinción que tu charlatanismo? Y con relación al arte adivinatoria, ¿qué es un héroe? A mí no se me alcanza.

TROPHONIO.—Es un compuesto de hombre y de dios.

MENIPO.—Es decir, que ni es hombre ni es dios, y sin embargo es las dos cosas juntas. ¿Y ahora adónde se fué tu mitad divina?

TROPHONIO.—Está pronunciando oráculos en Beocia, Menipo.

MENIPO.—No entiendo, Trophonio, lo que dices: lo que sí veo claramente es que tú todo entero estás muerto.

4.

Mercurio presenta á Carón la cuenta de lo que le debe.

MERCURIO Y CARÓN.

1. MERCURIO.—Barquero, si te parece bien, vamos á ajustar la cuenta de lo que ya me debes, para que no tengamos otra vez disputas sobre el asunto.

CARÓN.—Ajustémosla, Mercurio: mejor es y más desembarazado que quedemos en lo fijo.

MERCURIO.—Te traje, según tu encargo, un ánora de cinco dracmas.

CARÓN.—Mucho dices.

MERCURIO.—Por Plutón, que me costó los cinco dracmas; y una correa para atar los remos, dos óbolos.

CARÓN.—Apunta cinco dracmas y dos óbolos.

MERCURIO.—Una aguja para remendar la vela: pagué por ella cinco óbolos.

CARÓN.—Apúntalos también.

MERCURIO.—Cera para tapar las rendijas de la barca; clavos y un cable, con el cual hiciste la hypera (1): todo ello cinco dracmas.

CARÓN.—Bien: eso lo has adquirido á buen precio.

MERCURIO.—Esto es lo que me debes, si no se nos ha pasado alguna otra cosa que poner en cuenta. ¿Cuándo dices que me lo pagarás?

CARÓN.—Ahora, Mercurio, me es imposible; pero si una peste ó una guerra nos envía algunas masas, podré sacar algún provecho de la concurrencia, haciendo fraude en el precio del pasaje.

2. MERCURIO.—¿De modo que tendré que estarme sentado, deseando que sobrevengan tales plagas para recobrar por ellas mi dinero?

CARÓN.—No hay más remedio, Mercurio. Ahora, ya lo ves, son muy pocos los que vienen; como que estamos en paz.

MERCURIO.—Mejor es así, aunque tardes en pagarme. Por cierto, Carón, ya recordarás qué muertos nos venían antiguamente, todos valientes, llenos de sangre y heridos casi todos. Ahora sólo viene alguno que ha muerto envenenado por su hijo ó por su esposa, ó á quien los vicios han hecho que el vientre ó las piernas se les hinchen, pues todos son pálidos, innobles y en nada parecidos á aquéllos. Y la inmensa mayoría, á lo que parece, vienen por las asechanzas que mutuamente se ponen á causa de las riquezas.

CARÓN.—El dinero es, en efecto, cosa muy digna de desear.

MERCURIO.—Según eso, no te parecerá que obromal reclamándote con insistencia lo que me debes.

(1) Cuerda que se ata á la extremidad de la antena para hacerla girar.

5.

De los que desean heredar con impaciencia y sin derecho.

PLUTÓN Y MERCURIO.

1. PLUTÓN.—¿Conoces á aquel anciano, á aquel muy viejo ya, al rico Eucrates, que no tiene hijos, pero que tiene en cambio cincuenta mil que le andan al acecho de la herencia?

MERCURIO.—Sí; el de Sicyone, dices. ¿Qué ocurre, pues?

PLUTÓN.—A ese, Mercurio, déjalo que viva otros tantos años sobre los noventa que ya ha vivido, y, si es posible, más todavía. Y á sus aduladores, Carino el joven, Damón y demás, échalos á todos para acá uno tras otro.

MERCURIO.—Eso aparecerá muy extraño.

PLUTÓN.—No, sino muy justo. ¿Por qué desean que muera, y aspiran á sus bienes, no siendo parientes? Y lo más infame es que, con tales deseos, le cuidan, sin embargo, en público; mas cuando está enfermo se hacen patentes sus designios, en medio de que prometen sacrificar á los dioses si recobra la salud; en fin, es muy solapada la zalamería de esos hombres. Por eso, que sea inmortal ese viejo, y que los otros marchen delante de él, habiendo esperado en vano con la boca abierta.

2. MERCURIO. — Ya darían que reir esos taimados. En verdad que él da también frecuente pábulo á sus esperanzas, pues parece enteramente que se va á morir, aunque está mucho más fuerte que un muchacho; y ellos hacen las particiones desde luego y se

regocijan con la herencia, consintiéndose en pasar una vida regalada.

PLUTÓN.—Pues haz que, libre de la vejez, como Iolao (1), se rejuvenezca; y que esos miserables, defraudadas sus esperanzas y perdida su soñada riqueza, vengan acá al momento, muriendo de mala muerte.

MERCURIO.—No tengas cuidado, Plutón: te los mandaré muy en breve uno tras otro; siete son, me parece.

PLUTÓN.—Echalos para abajo; y Eucrates, convertido de viejo en joven, les acompañará uno por uno hasta la tumba (2).

6.

Sobre el mismo asunto.

TERPSIÓN Y PLUTÓN.

1. TERPSIÓN. — ¿Es justo, Plutón, que yo haya muerto á los treinta años de edad, y que el viejo Thucrito, que pasa ya de los noventa, viva todavía?

PLUTÓN.—Muy justo, Terpsión; porque vive sin desear la muerte á ninguno de sus amigos, mientras que tú no cesabas de ponerle asechanzas, aguardando su herencia.

(1) Hijo de Hiphicles y de Automedusa, y sobrino de Hércules, á quien acompañó en todas sus empresas: después de su muerte, obtuvo de los dioses subterráneos permiso para volver al mundo á auxiliar á los hijos de Hércules, y lleno de juventud y de fuerza dió muerte á Euristheo.—Véase Ovidio «Metamorph.», ix, 399.

(2) Literal: ὁ δὲ παραπέμψει ἕκαστον, y él los enviará uno á uno.

TERPSIÓN.—¿Y no convenía que, siendo ya viejo y no pudiendo gozar de sus riquezas, se marchase de este mundo y dejase su puesto á los jóvenes?

PLUTÓN.—Nuevas leyes estableces Terpsión: es decir, que el que no pueda usar de la riqueza para el placer, debe morir. El hado, sin embargo, y la naturaleza lo han dispuesto de otro modo.

2. TERPSIÓN.—Pues esa disposición es la que yo condeno. La cosa debiera hacerse con cierto orden, de suerte que el más anciano muriese primero, y después sucesivamente el que le siguiese en edad; y no que, invertidos los términos, viva un viejo decrepito á quien sólo le han quedado tres dientes, que apenas ve, que tiene que apoyarse en cuatro esclavos, siempre con la gota en la nariz y llenos los ojos de legañas, insensible ya á los placeres, sepulcro animado, irrisión de los muchachos, en tanto que fallecen jóvenes hermosísimos y en lo mejor de su edad. Esto es como «si los ríos corriesen hacia arriba.» (1) En último caso, debiera saberse al menos cuándo iba á morir cada uno de esos viejos para no contemplarlos inútilmente, pues ahora ocurre con frecuencia lo que dice el refrán: que «el carro lleva al buey.»

3. PLUTÓN.—Eso está hecho, oh Terpsión, con mucha más sabiduría de la que á tí se te figura. ¿Por qué ambicionáis los bienes de otro y os hacéis adoptar por los ancianos que no tienen hijos, valiéndoos de mil zalamerías? Merecéis muy bien la burla que se os hace: cuando ellos os entierran á vosotros, es cosa que todos la celebran grandemente; y cuanto más deseáis vosotros que ellos mueran, tanto más grato es á todos el que muráis vosotros antes que ellos. Habéis inven-

(1) Alude al proverbio ἄνω ποταμῶν χωροῦσιν αἱ πηγῆι.
Véase Eurípides, «Medea», 410.

tado una nueva industria, la de agasajar á las viejas y á los viejos, sobre todo si no tienen hijos, pues los que los tienen os son un poco antipáticos. Sin embargo muchos de los que mimáis, comprendiendo la falsía de vuestro amor, aunque tienen hijos, fingen que no los quieren para teneros más adictos; y luego en el testamento son excluidos estos que como satélites anduvieron largo tiempo rondando su fortuna, y el hijo y la naturaleza, como es justo, quedan dueños de todo, y ellos rechinan los dientes consumidos de tristeza.

4. TERPSIÓN.—Es verdad: ¡cuánto me ha comido Thucrito pensando yo siempre que se iba á morir! Cuando entraba á verle gemía el taimado y suspiraba profundamente como un pollo recién salido del huevo; yo creyendo que inmediatamente iba á bajar á la tumba, le enviaba mil cosas para que mis rivales no me excediesen en munificencia, y muchas noches he pasado sin dormir, lleno de inquietud, echando mis cuentas y disponiendo las cosas. Sin duda estos insomnios y cuidados han sido la causa de mi muerte. Y él, que tantos manjares me ha devorado, asistió anteayer á mi entierro riendo á su sabor (1).

5. PLUTÓN.—Bravo, Thucrito; vive muchos años lleno de riquezas y riéndote de tales aduladores; y no mueras sin enviarme por delante á todos ellos.

TERPSIÓN.—También á mí, Plutón, me agradaría ya mucho que Cariades muriese antes que Thucrito.

PLUTÓN.—No tengas cuidado, Terpsión; y Phidon y Melantho, y todos absolutamente han de venir antes que él agobiados por las mismas inquietudes.

TERPSIÓN.—Lo celebro: que vivas mil años, Thucrito.

(1) Literal: ἐπιγελῶν, riendo grandemente.

7.

Sobre el mismo asunto.

ZENOPHANTES Y CALIDEMIDES.

1. ZENOPHANTES.—¿Y tú, Calidemides, cómo has muerto? Yo ya sabes que siendo parásito de Dinias, y habiendo comido más de lo regular, reventé; tú presenciaste mi muerte.

CALIDEMIDES.—Sí que la presencié, Zenophantes; pero lo que á mí sucedió es increíble. ¿Ya conoces al viejo Pteodoro?

ZENOPHANTES.—¿Aquel sin hijos, y rico, con el cual te veía casi siempre?

CALIDEMIDES.—El mismo: le servía con gran solicitud y me había prometido que al morir me dejaría su heredero (1); pero como la cosa se prolongaba demasiado y el viejo vivía más que Tithón (2), discurrí un camino abreviado para llegar á la herencia. Compré un veneno, y soborné al esclavo que le sirve el vino, para que tan pronto como Pteodoro pidiese de beber, y bebe muy lindamente y de lo más puro, lo tuviese vertido y preparado en una copa y se lo diese: si así lo hacía, le juré ponerle al punto en libertad.

ZENOPHANTES.—¿Y qué sucedió? Me parece que vas á decirme algo muy extraordinario.

2. CALIDEMIDES.—Cuando volvimos del baño tenía

(1) Literal: ἐπὶ ἐμοὶ τεθνήξασθαι, que moriría para mi bien.

(2) Tithon ó Tithono, hijo de Laomedonte y de Estrymo y hermano de Priamo, obtuvo de los dioses por los ruegos de Eos (la Aurora), la inmortalidad pero no la juventud, llegando á ser un viejo encorbado y decrepito. Eos le transformó en cigarra.

ya el muchacho preparadas las dos copas: la una para Pteodoro, la que tenía el veneno, y la otra para mí; pero, equivocándose, no sé cómo, me dió á mí la envenenada y á Pteodoro la otra (1). Bebió él sin novedad, y yo al instante caí cuan largo era muerto en lugar del viejo.—¡Qué! ¿Te ríes, Zenophantes? No es bien que te burles de un amigo.

ZENOPHANTES.—Es gracioso, oh Calidemides, lo que te pasó. ¿Y el viejo, qué hizo á esto?

CALIDEMIDES.—Al pronto se turbó por lo imprevisto del caso; pero luego, comprendiendo, á lo que yo pienso, lo ocurrido, se reía de la mala partida que el copero me jugó (2).

ZENOPHANTES.—En verdad que no debiste tomar el atajo: por el camino real te habría venido la herencia más segura, aunque hubiera tardado un poco más.

8.

Sobre el mismo asunto.

CNEMÓN Y DAMNIPO.

CNEMÓN.—Aquí se cumplió el refrán: «el cervatillo ha sorprendido al león.»

DAMNIPO.—¿Por qué estás de tan mal humor, Cnemón?

CNEMÓN.—¿Por qué estoy de tan mal humor, me preguntas? Porque engañado, ¡infeliz de mí! he de-

(1) Literal: τὸ ἀφάρμακτον, la no envenenada.

(2) Literal. οἷα γε ὁ οἰνοχόος εἰργασται, de lo que el copero me hizo.

jado heredero á quien no quería, privando de mis bienes á quienes deseaba que los poseyera.

DAMNIPO.—¿Cómo ha sido eso?

CNEMÓN.—Hacía la corte á Hermolao, hombre muy rico y sin hijos, con la esperanza de que moriría muy en breve, y él aceptaba con agrado mis obsequios. Parecióme que sería un rasgo de gran ingenio hacer testamento público, en el cual le declaraba heredero de todos mis bienes, para que, estimulado con el ejemplo, hiciese él conmigo otro tanto.

DAMNIPO.—¿Y qué hizo él?

CNEMÓN.—Lo que en su testamento consignara no lo sé: yo morí repentinamente por haberme caído encima el techo de una casa, y ahora Hermolao posee toda mi fortuna, habiendo arrebatado, como un lobo marino, juntamente el anzuelo y la carnada.

DAMNIPO.—Y no eso sólo, sino además al pescador. Por manera que la trampa se volvió contra tí mismo (1).

CNEMÓN.—Ya lo creo; y por eso me lamento.

9.

Sobre el mismo asunto.

SIMYLO Y POLYSTRATO.

1. SIMYLO.—Al fin vienes por acá, oh Polystrato, después de haber vivido, á lo que pienso, muy cerca de cien años.

(1) Literal: σόψισμα κατὰ σαυτοῦ συντέθεικας, tramaste el engaño contra tí mismo, armaste lazos contra tí mismo.

POLYSTRATO.—Noventa y ocho, Simylo.

SIMYLO.—¿Y cómo has pasado los treinta años que han trascurrido desde mi muerte? porque frisarías con los setenta cuando yo fallecí.

POLYSTRATO.—Deliciosamente, aunque te parezca extraño.

SIMYLO.—Extraño es verdaderamente que viejo, achacoso, y además sin hijos, pudieses hallar delicias en la vida.

2. POLYSTRATO.—En primer lugar, gozaba de un poder omnímodo; y á más de esto, tenía siempre á mi alrededor jóvenes hermosísimos, mujeres muy cariñosas, perfumes, vino de exquisito aroma y una mesa como ni en Sicilia puede haberla.

SIMYLO.—Cosa rara: yo siempre había creído que eras un hombre muy parco.

POLYSTRATO.—Es que todas estas grandezas, amigo mío, me venían de los otros: desde muy de mañana venían muchísimos á mis puertas á saludarme, y después me llevaban regalos de toda especie, lo mejor de todas las partes del mundo.

SIMYLO.—¿Acaso fuiste rey, oh Polystrato, después de mi muerte?

POLYSTRATO.—No; pero tenía millares de adoradores.

SIMYLO.—Me dan ganas de reir: ¿adoradores tú á tu edad y teniendo sólo cuatro dientes?

POLYSTRATO.—Sí, por Júpiter; y los principales de la ciudad: así como me ves, viejo, calvo, legañoso y cayéndoseme la gota, se complacían grandemente en servirme y se consideraban muy dichosos con solo obtener una mirada mía.

SIMYLO.—¿Por ventura pasaste, cual otro Phaón, á alguna Venus desde Quíos (1), y accediendo la diosa

(1) Phaón, batelero de Mytilene, era un viejo muy feo, á quien

á tus ruegos te concedió el ser joven de nuevo, y hermoso y digno de ser amado?

POLYSTRATO.—No; que tal como era me deseaban.

SIMYLO.—Es un enigma lo que me dices.

3. POLYSTRATO.—Pues bien notorio es ese amor frecuente que se prodiga á los viejos ricos y sin hijos.

SIMYLO.—Ahora comprendo tu hermosura, varón admirable: provenía de la Venus de oro.

POLYSTRATO.—Sin embargo, Simylo, saqué no poco provecho de estos adoradores, que me reverenciaban casi como á un dios (1). Muchas veces los maltrataba (2), y en ocasiones arrojé á algunos de mi casa; pero así y todo rivalizaban y se excedían mutuamente en darme puebas de su afecto.

SIMYLO.—Y al cabo, ¿qué hiciste de tus bienes?

POLYSTRATO.—En público solía decirles que los dejaría herederos: cada cual lo creía, y se disponían doblemente á la adulación; pero tenía guardado otro testamento, que era el verdadero, en el cual no les dejaba á todos ellos otra manda que la de que llorasen (3).

4. SIMYLO.—¿Y á quién nombrabas heredero en este último testamento? ¿á alguno de tu familia?

POLYSTRATO.—No, por Júpiter: á un esclavo phrygio de lo más hermoso, que había comprado no hacía mucho.

SIMYLO.—¿De qué edad próximamente, Polystrato?

Venus, Aphrodites, concedió la juventud y la hermosura en pago de haberla pasado gratuitamente desde Quíos á la orilla opuesta. Sapho se enamoró de él; y no siendo correspondida, se precipitó al mar desde la roca de Leucade.

(1) Literal: *μονονουχὶ προσκυνούμενος ὑπ' αὐτῶν*: casi adorado por ellos.

(2) *θρύπτω* significa en rigor *denigrar, enervar, corromper*.

(3) Horacio, II, Satyra V, emplea la misma frase: «*invenietque nihil sibi legatum praeter plorare*».

POLYSTRATO.—De unos veinte años.

SIMYLO.—Ya comprendo por qué se captaría tu gracia.

POLYSTRATO.—Así y todo, es más digno que los otros de haberme heredado, aun siendo extranjero y un perdido: ya los principales de la ciudad empiezan también á colmarle de atenciones. Éste, pues, ha sido mi heredero absoluto: ahora se le cuenta entre los nobles, á pesar de su barba rala y de su lenguaje bárbaro, y hasta le proclaman más noble que Codro, más hermoso que Nireo y más prudente que Ulyses.

SIMYLO.—Me tiene sin cuidado: así le hagan generalísimo de la Grecia, si les place, con tal que los otros se queden sin la herencia.

10.

Carón, cuya barca es pequeña y endeble, exige á los muertos que dejen en tierra el equipaje inútil que consigo llevan, y que no es otro que las vanidades y pompas de que en vida se gloriaban.

CARÓN, MERCURIO Y VARIOS MUERTOS (MENIPPO, CARMOLEO, LAMPICO, DAMASIAS, CRATÓN, UN GENERAL, UN FILÓSOFO Y UN ORADOR.)

1. CARÓN.—Considerad la situación en que nos encontramos: la barca, como veis, es pequeña, vieja, hace agua por muchas partes, y á poco que se incline á uno ú otro lado, dará la vuelta y se irá á pique; y vosotros venís en gran número á la vez y todos traéis

mucho bagaje. Si os embarcáis con todas esas cosas, temo que os habéis de arrepentir después, sobre todo los que no sabéis nadar.

LOS MUERTOS.—¿Y qué haremos para pasar sin peligro?

CARÓN.—Voy á decíroslo: es menester que os embarquéis desnudos y que dejéis en la orilla todo ese aparato inútil; aun así, apenas cabréis en la barca. Tú, Mercurio, te encargarás desde luego de no admitir á ninguno que no venga muy aligerado y que, según he dicho, no haya abandonado su equipo. Te pones en la escalera y los reconoces y recibes, obligándoles á que suban desnudos.

2. MERCURIO.—Dices bien: así lo hemos de hacer. ¿Quién es el que está primero?

MENIPPO.—Yo: Menippo. He aquí, Mercurio, mis alforjas y el bastón que van al fondo de la laguna; el manto no lo he traído, y he hecho bien.

MERCURIO.—Sube, oh Menippo, el mejor de los hombres, y ocupa el primer asiento, junto al piloto, en la parte alta, para que á todos los puedas ver.

3. Y este otro tan hermoso, ¿quién es?

CARMOLEO.—Soy Carmoleo de Megara, el muy amado, cuyos besos se estimaban en dos talentos.

MERCURIO.—Pues deja ahí fuera tu hermosura y los labios con sus besos y tu espesa cabellera y el color de tus mejillas y toda tu piel. Así: ya estás listo: puedes subir.

4. Y ese del manto de púrpura y la diadema, y de semblante tan fosco, ¿quién es?

LAMPICO.—Lampico, tyrano de Gela.

MERCURIO.—¿Y por qué, oh Lampico, te presentas con tales atavíos?

LAMPICO.—Pues qué, Mercurio, ¿un tyrano había de venir desnudo?

MERCURIO.—Un tyrano, no; pero sí un muerto (1).
Quítate, pues, todo eso.

LAMPICO.—Ya me he desprendido de las riquezas.

MERCURIO.—Pues despréndete asimismo, oh Lampico, de la vanidad y de la soberbia, que llevarían mucho peso á la barca si entrasen contigo.

LAMPICO.—Permíteme al menos que lleve la diadema y el manto de púrpura.

MERCURIO.—En manera alguna: quítatelos también.

LAMPICO.—Sea como quieres: ¿qué más? Todo lo he dejado, ya lo ves.

MERCURIO.—Aun te resta la crueldad y la locura y la insolencia y la cólera: déjalas también.

LAMPICO.—Mírame enteramente desnudo.

5. MERCURIO.—Ahora puedes embarcarte.—Y tú, tan rollizo y con tantas carnes, ¿quién eres?

DAMASIAS.—Damasias el atleta (2).

MERCURIO.—Es verdad: te conozco de haberte visto muchas veces en la palestra.

DAMASIAS.—Sí, Mercurio; pero déjame pasar, puesto que vengo desnudo.

MERCURIO.—No vienes desnudo, amigo mío, sino cubierto de tantas carnes, que echarías á fondo la barca sólo con que en ella pusieses un pie. Despójate, pues, de ellas, y también de las coronas y de las aclamaciones de los heraldos.

DAMASIAS.—Vamos; ya estoy, como ves, desnudo verdaderamente, é igual en peso á los demás muertos.

MERCURIO.—Mejor estás así, ligerito; pasa adelante.

(1) Literal: Τύραννον μὲν οὐδαμῶς, νεκρὸν δὲ μάλα: acaso estaría mejor traducido y con mejor sentido: «no eres ciertamente un tyrano, sino un muerto».

(2) Damasias de Amphipolés fué vencedor en los juegos en la Olympiada cxv.—Carmoleo y Lampico son personajes imaginarios ó desconocidos.

6. Y tú, Cratón (1), abandona las riquezas, la molición y el lujo; no traigas aquí tus pompas funerarias ni las insignias de tus antepasados; olvida la nobleza de tu linaje, la gloria, el título de bienhechor que la ciudad te dió públicamente, y las inscripciones de las estatuas que elevaron en tu honor; y no hables tampoco del sepulcro monstruoso que te erigieron: estas cosas, aun recordadas solamente, pesan mucho.

CRATÓN.—De mal grado lo hago, pero renunciaré á todas ellas. ¿Qué remedio me queda?

7. MERCURIO.—¡Hola, tú! ¿Qué quieres con tantas armas? ¿A qué traes ese trofeo?

UN GENERAL.—He vencido en la guerra, oh Mercurio, distinguiéndome por mi valor, y la ciudad me ha concedido esta honra.

MERCURIO.—Deja en tierra ese trofeo: en los infiernos hay paz y no se necesitan armas.

8. ¿Y ese otro de aspecto tan severo y aire desdeñoso, que arquea las cejas, como engolfado en sublimes meditaciones, y que tiene tanta barba, quién es?

MENIPPO.—Un filósofo, Mercurio, ó mejor, un embaucador, un charlatán: hazle que se desnude, y verás cuantas ridiculeces oculta bajo el vestido.

MERCURIO.—¡Eh, tú! quítate el manto inmediatamente y todo lo demás.—¡Oh Júpiter! ¿Qué presunción tan grande lleva consigo! ¿Cuánta ignorancia, cuánto afán de disputar y cuánta vanagloria! ¿Qué de cuestiones sin solución y de discursos espinosos y de pensamientos enmarañados! Y después de todo, un largo trabajo perfectamente inútil, frivolidades en gran número, charla insustancial y vana garrulería. ¡Por Júpiter! ¡también lleva oro, y libertinaje é impudencia, y cólera y voluptuosidad y molición! Lo veo perfecta-

(1) Cratón de Sicyone.

mente, á pesar del gran cuidado con que tratas de ocultarlo. Deja también ahí la mentira, el orgullo y la creencia en que estás de que eres superior á todos. Si con todas estas cosas te hubieras de embarcar, ¿qué nave, ni aun de cincuenta remos, pudiera recibirte?

EL FILÓSOFO.—De todo me despojaré, puesto que así lo exiges.

9. MENIPPO.—Que se quite también, oh Mercurio, esa barba tan áspera y cerdosa, como ves, y que por lo menos pesa cinco minas (1).

MERCURIO.—Dices bien: abajo con ella.

EL FILÓSOFO.—¿Y quién me ha de afeitar?

MERCURIO.—Menippo te la cortará con el hacha de los marineros; la escalera le servirá de tajo.

MENIPPO.—No, Mercurio; mejor será que me des una sierra; eso será más divertido.

MERCURIO.—El hacha es bastante.—¡Perfectamente! has tomado un aspecto mucho más humano desde que te libraste de la hediondez de esa barba de chivo (2).

MENIPPO.—¿Quieres que le recorte también un poco las cejas?

MERCURIO.—Sí, porque las levanta hasta la frente, irguiéndose arrogantemente yo no sé por qué.—¿Qué es eso! ¿lloras, pusilánime (3), y te amedrentas ante la muerte? Anda á la barca.

MENIPPO.—Aun lleva escondida (4) una cosa que es de las más pesadas.

(1) Unos 21 kilogramos.

(2) *Κίναβρα*, *odor hircorum: fœtor quem caprarum alae reddunt*. Así dice Horacio, hablando de una vieja súa, *hircum in alis habere*; y Plauto, *animaque fœtida senex hircosus*.

(3) Literal: *κάθαρμα*, purgamentum, basura.

(4) Literal: *ὑπὸ μάλῃς*, *sub ala*, debajo del brazo.

MERCURIO.—¿Qué, Menippo?

MENIPPO.—La adulación, Mercurio, de la cual ha sacado muy buen partido durante su vida.

EL FILÓSOFO.—También tú, oh Menippo, harías bien en dejar tu libertad, tu independencia, tu franqueza, tu buen humor, tu calma inalterable y tu risa sempiterna, que eres el único entre todos nosotros que no cesas de reírte.

MERCURIO.—De ningún modo: retén todo eso, que son cosas ligeras, fáciles de trasportar y útiles para la travesía.

10. Tú, retórico, deja ahí esa infinita sarta de palabras, antítesis, frases simétricas, períodos, barbarismos y demás balumba de tus discursos.

ORADOR.—Ahí queda todo.

MERCURIO.—Bien está.—¡Ea! suelta las amarras; quitamos la escalera; levantad el ancla; tiende la vela y dirige el timón, barquero. Que sea feliz nuestro viaje.

11. ¿Por qué lloráis, mentecatos; y sobre todo tú, filósofo, á quien te acabamos de cortar las barbas?

EL FILÓSOFO.—Porque yo creía, oh Mercurio, que el alma era inmortal.

MENIPPO.—Miente: otras cosas son las que le apenan...

MERCURIO.—¿Cuáles?

MENIPPO.—El que no tendrá ya cenas espléndidas, ni saldrá de noche, á escondidas y embozado hasta la cabeza en el manto, á recorrer uno por uno los lupanares, ni por la mañana engañará á los jóvenes, sacándoles el dinero á cambio de su pretendida sabiduría. Esto es lo que le apesadumbra.

EL FILÓSOFO.—¿Y á tí, Menippo, no te aflige el haber muerto?

MENIPPO.—¿Cómo, si yo me apresuré á la muerte sin que nadie me llamase?

12. Pero en medio de nuestra plática, ¿no oís rumor como de gente que grita desde la tierra?

MERCURIO.—Sí, Menippo; y no de un lugar solo: allí, congregados unos en la plaza pública, celebran con gran alborozo y risas la muerte de Lampico; y á su mujer la han cogido otras mujeres; y á sus niños, muy tiernecitos todavía, les tiran los muchachos piedras á millares. Otros aplauden en Sicyone al orador Diophanto que pronuncia una oración fúnebre en honor de Cratón. ¡Por Júpiter! también la madre de Damasias, anegada en llanto, comienza á lamentar con las mujeres la muerte de su hijo. Á tí, Menippo, nadie te llora: solo yaces en tranquilo reposo.

MENIPPO.—¡Ca! no. En breve oirás á los perros ladrar tristemente por mí, y á los cuervos batir las alas cuando se reúnan para darme sepultura.

MERCURIO.—Eres un valiente, Menippo. Pero ya hemos terminado nuestro trayecto: marchad ahora al tribunal, siguiendo rectamente aquella senda; y el barquero y yo nos volvemos á buscar otros muertos.

MENIPPO.—Feliz viaje, Mercurio. Y nosotros adelante: ¿qué os detiene? Es de todo punto indispensable que nos sometamos á juicio; y dicen que los castigos son tremendos: ruedas, y buitres, y peñascos. Y cada cual ha de dar públicamente cuenta exacta de su vida.

(1) En este dicho se fundó, sin duda, Diógenes Laercio para aseverar que Menipo se suicidó echándose un lazo al cuello.

11.

Diógenes y su discípulo Crátes se felicitan de no haber poseído jamás otros bienes que la sabiduría y la virtud, los cuales ni se solicitan por herencia, ni pueden trasmitirse á quien no esté dotado de un espíritu superior capaz de comprenderlos y amarlos, ni se pierden con la muerte.

CRATES Y DIÓGENES.

1. CRATES.—¿Conocias, Diógenes, á Méricos, el de Corintho, aquel tan rico, tan poderoso, que tenía tantos navíos, y á quien su primo Aristeas, también muy rico, solía decirle aquello de Homero:

«O tú me das el triunfo ó te lo doy?» (1)

DIÓGENES.—¿Y por qué le decía eso, Crates?

CRATES.—Se obsequiaban mutuamente, cada cual por la herencia del otro, siendo ambos de una misma edad, é hicieron testamento público, dejando Méricos á Aristeas dueño de todos sus bienes, si moría antes, y Aristeas á Méricos, si él faltaba primero. Así lo tenían consignado; y el uno al otro se mimaban, rivali-

(1) *Iliada*, XXIII, 724. Estas palabras, 'Ἡ μ'ἀναείρω, ἢ ἐγὼ σέ, ó tú ó yo, que Homero pone en boca de Ajax, disputando á Ulyses el premio del combate en los juegos celebrados en honor de Patroclo, forman, dirigidas por Aristeas á Méricos, un juego de palabras que no es fácil trasladar al castellano, fundado en la doble acepción del verbo ἀναείρω, que significa á la vez *ensalzar y hundir levantar y enterrar*.—Hermosilla traduce:

«..... Ó me levanta
en vilo tú, ó permite que el primero
yo te levante.....»

(BIBLIOTECA CLÁSICA, tomo II.)

zando los dos en zalamería. Los adivinos, lo mismo los que pronostican lo futuro por los astros, que los que interpretan los sueños, como los discípulos de los Caldeos, y el mismo oráculo de Delphos, daban la ventaja, ya á Aristeas, ya á Méricos: la balanza se inclinaba ora de parte del uno, ora en favor del otro.

2. DIÓGENES.—¿Y qué resultó al fin, Crates? La cosa merece saberse.

CRATES.—Que los dos murieron el mismo día, y la herencia recayó en Eunomio y Thrasycles, dos parientes que jamás previeron semejante resultado. Pasaban los dos primos de Sicyon á Cirrha, y á la mitad del trayecto les cogió el Iapyx (1) de costado, y naufragaron.

3. DIÓGENES.—Bien hecho. Nosotros, cuando vivíamos, en nada de esto pensábamos los unos respecto de los otros: jamás deseé yo que Antisthenes (2) muriese para heredar su cayado, y lo tenía muy bueno, cortado de un acebuche; ni creo tampoco que tú, oh Crates, hayas deseado mi muerte para heredar mis bienes, es decir, mi tonel y mi zurrón, que contenía dos cénices (3) de altramuces.

(1) Iapyx, viento Noreste que sopla de la parte de Apulia, llamada por los Griegos Iapygia.

(2) Antisthenes, fundador de la Escuela Cynica, hacía consistir la virtud en el desprendimiento de las riquezas, honores y placeres y hasta en el desprecio de las consideraciones de buena sociedad y crianza.—Diógenes, su discípulo, rodaba por las calles de Athenas un tonel en que se albergaba, y saliendo con una linterna en la mano decía que buscaba un hombre y que no había encontrado ninguno en toda la Grecia y solo niños en Esparta.—Crates, discípulo del anterior, se deshizo de todo cuanto poseía, y viendo á un niño beber en el hueco de las manos se deshizo hasta de la taza de madera que había conservado.

(3) Cerca de tres litros. El cénix era la cuarenta y ocho avas parte del medimno: 1,079 lit.

CRATES.—Nada de eso necesitaba yo, ni tú tampoco, Diógenes. Los bienes verdaderos los recibiste tú de Antisthenes, y yo de tí: herencia más grande y de más importancia que el Imperio de los Persas.

DIÓGENES.—¿Qué bienes dices?

CRATES.—La sabiduría, la sobriedad, la verdad, la sinceridad y la independendencia.

DIÓGENES.—Sí, por Júpiter: me acuerdo de haber recibido de Antisthenes esa riqueza y de habértela dejado aumentada.

4. CRATES.—Pero los otros despreciaban tales posesiones, y nadie nos hacía la rueda con la esperanza de heredarnos, sino que todos dirigían sus miradas al oro.

DIÓGENES.—Es natural: no tenían donde recibir esos bienes, porque, enervados por los placeres, son como bolsas podridas; de suerte que la sabiduría, la franqueza ó la veracidad que en ellos se depositase caería inmediatamente y se desperdiciaría por falta de fondo que pudiese contenerla: sucedería exactamente lo de las hijas de Dánao, que vierten el agua en un tonel agujereado; pero en cambio retenían el oro con los dientes y las uñas y valiéndose de todos los medios.

CRATES.—Pues nosotros conservaremos aún aquí nuestra riqueza, mientras que ellos vendrán con un óbolo solamente, y eso hasta que lo entreguen al barquero.

12.

Alejandro y Anníbal se disputan la preeminencia.

ALEJANDRO, ANNÍBAL, MINOS Y ESCIPIÓN.

1. ALEJANDRO. — Yo debo ser preferido, Africano (1), porque soy mejor que tú.

ANNÍBAL. — No por cierto; sino yo.

ALEJANDRO. — Que lo decida Minos.

MINOS. — ¿Quiénes sois, pues?

ALEJANDRO. — Este es Anníbal, el Cartaginés; y yo Alejandro, el hijo de Philipo.

MINOS. — Por Júpiter, ambos sois esclarecidos. Mas ¿por qué es vuestra disputa?

ALEJANDRO. — Por la preeminencia: dice éste que ha sido mejor general que yo; y yo, como todos saben, digo que no solamente á él, sino á casi todos los que me han precedido, les he aventajado en la guerra.

MINOS. — Hable cada cual á su vez. Tú, Africano, habla el primero.

2. ANNÍBAL. — He sacado, oh Minos, de mi estancia aquí el haber aprendido la lengua griega (2); de modo que ni aun en esto me lleva ventaja. Y pienso que son merecedores principalmente de alabanza aquellos

(1) Literal: Libyo; pero Cartago, patria de Aníbal, pertenecía al Africa propiamente dicha, y no á la Libya, una de las seis grandes divisiones de esta parte del mundo antiguo.

(2) No necesitó Aníbal bajar á los Infiernos para aprender la lengua griega; pues, según Cornelio Nepote, este ilustre general tuvo tiempo, en medio de sus continuas guerras, hasta para escribir algunos libros en griego, entre otros, *De las hazañas de Cn. Manlio Vullon en Asia.*

que no siendo nada en un principio han llegado sin embargo á las más altas dignidades, alcanzando por sí mismos el poder y siendo reputados dignos del mando. Yo penetré con unos pocos en la Iberia, á las órdenes primeramente de mi hermano, y en breve fuí considerado apto para las mayores empresas y tenido como el mejor: sometí á los Celtíberos, vencí á los Galos occidentales, y franqueando altísimas montañas, recorrí todos los alrededores del Eridano y devasté gran número de ciudades, subyugué toda la parte llana de la Italia y llegué hasta los arrabales de la capital; y maté á tantos en un solo día que medí sus anillos por celemines (1), y pasé los ríos sobre puentes de cadáveres (2). Y todo esto lo hice sin llamarme hijo de Ammón (3), ni afectar ser un dios, ni referir sueños de mi madre, sino confesando ser un hombre, habiéndomelas con generales muy peritos, viniendo á las manos con soldados muy aguerridos y no luchando entre Medos y Armenios, que huyen antes que se les persiga y ceden muy luego la victoria á quien se les atreve.

3. Alejandro, efectivamente, aumentó el poder que recibió de su padre, y lo extendió bastante, aprovechando el impulso de la fortuna. Pero tan pronto como venció y se apoderó de aquel pobre Darío (4) en Iso y en Arbelas, renegando de las costumbres patrias, se

(1) Alude á la célebre batalla de Cannas. Véase Tito Livio, 23: Floro, II, 6, etc.

(2) Literal: Καὶ τοὺς ποταμοὺς γεφυρῶσαι νεκροῖς, y eché sobre los ríos puentes de cadáveres.

(3) Véase el número 13 de estos mismos DIÁLOGOS.

(4) Literal: Ὀλεθρος, dignus exitio, *digno de su ruina*, que merecía su desgracia por su relajamiento y molicie, á lo que se desprende del sentido despreciativo en que viene hablando del valor de Alejandro.

hizo adorar como un dios, y adoptó el género de vida de los Medos, y mataba en los banquetes á sus amigos ó los designaba para la muerte. Yo, en cambio, goberné mi patria con equidad; y cuando se me llamó, porque los enemigos con una gran flota se dirigían contra el Africa, obedecí al punto, presentándome como simple particular; y cuando fuí condenado sufrí con resignación mi desgracia. Y esto lo hice siendo bárbaro, careciendo de la educación helénica, sin recitar, como éste, los cantos de Homero ni ser aleccionado por el sophista Aristóteles, sino llevado únicamente de mi buen natural. Estas son las razones por las que afirmo que soy superior á Alejandro. Por lo demás, si él es más hermoso, porque ciñe su cabeza con la diadema, será quizás eso un título de veneración para los Macedonios, pero no por eso ha de tenerse por mejor que un hombre valeroso, ejercitado en la guerra y que se ha valido del consejo más que de la fortuna.

MINOS.—Ha pronunciado un discurso no falto de nobleza, y como no podía esperarse de un Africano, en su favor. ¿Qué dices tú á eso, Alejandro?

4. ALEJANDRO.—Nada, oh Minos, debería decir á un hombre tan osado: bastante es la fama para demostrarte qué rey fuí yo, y qué facineroso él. Considera, no obstante, si le aventajo en poco: joven aún, vine á los negocios; afirmé el imperio perturbado; perseguí á los asesinos de mi padre, y, aterrando á los Griegos con la ruina de Thebas y proclamado por ellos general, juzgué indigno atender sólo al gobierno de los Macedonios y contentarme con regir los dominios que mi padre me dejó, y abrazando con mi pensamiento toda la tierra y teniendo por afrenta el no apoderarme de todo, me lancé al Asia con unos cuantos hombres; vencí en una gran batalla junto al Gránico; tomé la

Lydia, la Jonia, la Phrygia; y subyugando, en fin, cuanto se oponía á mi paso, llegué á Iso, donde Darío me esperaba con un numeroso ejército.

5. De allí, oh Minos, vosotros sabéis cuántos muertos os envié en un solo día: el barquero dice que no bastándole la barca tuvo que pasar á muchos de ellos en balsas. Y esto lo hacía exponiéndome el primero á los peligros y gloriándome de ser herido. Dejando aparte lo de Tyro y lo de Arbelas, llegué hasta la India, hice el Océano límite de mi imperio, les tomé los elefantes y me apoderé de Poro; pasé el Tanais y vencí á los Escythas, guerreros no despreciables, en una gran batalla ecuestre; he hecho bien á mis amigos y me he vengado de los enemigos. Si los hombres me tenían por un Dios, hay que disculparles, pues á creerlo así les perversuadía la magnitud de mis empresas.

6. Por último, yo terminé mis días siendo rey; y él, en el destierro, en la corte de Prusias el Bithynio, como era justo, siendo tan fraudulento y cruel. No quiero decir cómo dominó á los Italianos: no fué ciertamente por la fuerza, sino por la maldad, por la perfidia y por el dolo: nada con arreglo á ley, nada frente á frente. Paréceme, cuando me echa en cara la molición, que ha olvidado lo que hacía en Cápua, viviendo con meretrices y perdiendo el bueno de él entre delicias las ocasiones y oportunidades de la guerra. Si yo, considerando poca cosa el Occidente no me hubiera dirigido al Oriente, ¿qué gran hazaña hubiera llevado á cabo apoderándome de Italia sin derramamiento de sangre y domeñando la Libya y todas las comarcas hasta Gades? Pero no juzgué dignas de la guerra esas regiones, sobrecogidas ya por el terror y prontas á someterse á un dueño. He dicho. Decide tú ahora, Minos. Esto basta entre lo mucho que podría añadir.

7. ESCIPIÓN.—No decidas sin oirme á mí también.

MINOS.—¿Quién eres, buen amigo, y cuál es tu patria?

ESCIPIÓN.—Soy Italiano, Escipión, el general, el que destruyó Cartago y sometió el África después de grandes combates.

MINOS.—¿Y qué tienes que decir?

ESCIPIÓN.—Que soy inferior á Alejandro, pero superior á Anníbal, puesto que le perseguí después de haberle vencido y le obligué á huir vergonzosamente. ¿No es, pues, un impudente al contender con Alejandro, con el cual ni yo, Escipión, su vencedor, me atrevo á compararme?

MINOS.—Por Júpiter, bien dicho, Escipión: considérese el primero Alejandro; después de él, tú; y luego, si te parece, sea Annibal el tercero, porque no es tampoco despreciable.

13.

Diógenes se burla del origen divino que se atribuyó á Alejandro, del poder y de las grandezas que disfrutó en vida y de las enseñanzas de su maestro Aristóteles.

DIÓGENES Y ALEJANDRO.

1. DIÓGENES.—¿Qué es eso, Alejandro? Tú también has muerto como todos nosotros?

ALEJANDRO.—Ya lo ves, Diógenes: no es de extrañar que haya muerto, siendo hombre.

DIÓGENES.—Luego mentía Ammón (1) cuando afirmaba que eras hijo suyo, siendo en realidad hijo de Philipo.

ALEJANDRO.—De Philipo indudablemente; pues no hubiera muerto, siéndolo de Ammón.

DIÓGENES.—Así decían también de tu madre Olympias que comunicaba con un dragón; que lo habían visto en su lecho; que por él fuiste engendrado, y que Philipo estaba en un error creyéndose tu padre.

ALEJANDRO.—Y yo lo oía, como tú; pero ahora veo que ni mi madre ni los adivinos de Ammón decían la verdad.

DIÓGENES.—Pero sus mentiras, oh Alejandro, no te fueron inútiles para tus negocios: muchos temblaban de miedo ante tí, pensando que eras un dios.

2. Y dime: ¿á quién dejaste tu vasto imperio?

ALEJANDRO.—No lo sé, Diógenes: no se me previno encargar nada sobre el asunto: únicamente, al morir, dejé á Pérdicas mi anillo. Mas ¿por qué te ries, Diógenes?

DIÓGENES.—¿Por qué ha de ser, sino porque me acuerdo de lo que hacía la Grecia, adulándote desde que alcanzaste el mando, eligiéndote jefe y general contra los bárbaros, contándote algunos entre los doce grandes dioses, erigiéndote templos y ofreciéndote sacrificios como á hijo de un dragón?

3. Dí: ¿y dónde te enterraron los Macedonios?

ALEJANDRO.—Aun yazgo en Babilonia desde hace tres días; pero Ptolomeo, uno de mis satélites, ha prometido, si le dejan tiempo los tumultos que le aco-

(1) Ammón, divinidad egipcia que los Griegos identificaban á Zeus, y los Romanos á Júpiter. Este dios tenía en el Oasis de Ammonium (hoy Siwah), en el desierto de Libya, un templo y un oráculo que fué visitado por Alejandro.

san (1), llevarme á Egypto y sepultarme allí para que sea una de las divinidades egypcias.

DIÓGENES.—¿No he de reirme, Alejandro, viéndote tan sándio hasta en el Infierno y con la esperanza de llegar á ser un Anubis ó un Osiris? No esperes, sin embargo, hombre divino, semejante cosa: una vez atravesada la laguna y traspasada esa puerta, no es posible retroceder; que Eaco no se descuida, ni Cerbero es de despreciar.

4. Pero tendría gusto en saber cómo te comportas cuando piensas en la gran felicidad que has dejado en la tierra por venir aquí: guardas de tu persona, satélites, sátrapas, oro á montones, pueblos que te adoraban, Babylonia, Bactras, enormes fieras, honor, gloria, darte á ver en carroza, ceñida la cabeza con blanca diadema y prendido el purpúreo manto. ¿No te aflige el recuerdo de estas cosas? ¿Por qué lloras, mentecato? ¿No te enseñó el sabio Aristóteles á considerar como inestables é inseguros los bienes de la fortuna?

5. ALEJANDRO.—¿Sabio, cuando era el más vil de todos mis aduladores! Déjame que yo solo sepa las trapacerías de Aristóteles, las peticiones que me hacía, las cartas que me enviaba y cómo abusó de mi amor á la ciencia, halagándome siempre y elogiándome ya por mi belleza, como si esta fuese una parte del bien, ya por mis hazañas ó por mis riquezas, á las que juzgaba un bien para no avergonzarse á su vez de recibirlas. Un hombre, oh Diógenes, charlatán y embaucador. El único fruto que he sacado de su sabiduría ha sido el afligirme por esas cosas que hace poco enumerabas como si fuesen los mayores bienes.

6. DIÓGENES.—¿Pues sabes lo que has de hacer? Voy

(1) Literal: ἀπὸ τῶν θορύβων τῶν ἐν ποσίν, los tumultos que tiene entre piés, ó que embarazan sus piés.

á indicarte el remedio de tu pena. Ya que no se da aquí el eléboro, bebe á boca llena (1) el agua del Letheo: y la bebes otra vez y muchas veces. Así dejarás de entristecerte por los bienes de Aristóteles.— Pero veo á Clito (2) y á Calisthenes (3) y á otros muchos que vienen sobre tí á hacerte pedazos en venganza de lo que les hiciste. Vete por este otro camino, y bebe muchas veces, como te he encargado.

14.

Philipo reprende á Alejandro su impostura, su vanidad y sus ambiciosas pretensiones en la vida y aun después de muerto.

ALEJANDRO Y PHILIPO.

1. PHILIPO. — Ahora, Alejandro, no negarás que eres hijo mío; pues no hubieras muerto si fueras hijo de Ammón (4).

ALEJANDRO.—No ignoraba yo, padre, que era hijo de Philipo, el de Amyntas; pero aceptaba el oráculo porque lo creía ventajoso para mis asuntos.

PHILIPO.—¿Qué dices? ¿Te parecía ventajoso prestarte á ser engañado por los adivinos?

ALEJANDRO.—No es eso, sino que los bárbaros me

(1) Literal: χανδὸν ἐπισπασάμενος, agotándola á boca abierta, á todo beber.

(2) Guarda personal ó de corps, á quien Alejandro atravesó con la lanza en un banquete.

(3) Filósofo, pariente y discípulo de Aristóteles, que pereció encerrado con un león por Alejandro.

(4) Véase el DIÁLOGO anterior.

temían, y ninguno se me oponía, pensando que luchaban con un dios; de suerte que los vencía fácilmente.

2. PHILIPO.—¿Á quiénes, dignos de ser combatidos, has vencido tú, que siempre mediste tus armas con hombres cobardes, que presentan miserables arcos, pequeñas adargas y escudos hechos con mimbres? La gran obra era vencer á los Helenos, á los Beocios, á los Phoceos, á los Athenienses. Someter á los Arcades, de pesada armadura; á los Thesalios, hábiles jinetes; á los Eleos, grandes tiradores; á los Mantineos, de ligeros escudos; á los Thracios, los Ilyrios, los Peonios: esto era la gran empresa. Pero los Medos, los Persas, los Caldeos, hombres cargados de oro y enervados por la molicie, ¿no sabes que antes que tú los vencieron aquellos diez mil que conducía Clearco (1), y que, lejos de sostener el combate, huían antes de que les alcanzasen los dardos?

3. ALEJANDRO.—Pero los Escythas, padre, y los elefantes de los Indios no son cosa despreciable; y, sin embargo, los vencí, no sembrando la división entre ellos, ni comprando las victorias con traiciones. Jamás falté á mis juramentos, ni mentí en mis promesas, ni cometí perfidia alguna para conseguir el triunfo. Sometí á los Griegos sin derramar sangre; y habrás oído quizás cómo me vengué de los Thebanos.

PHILIPO.—Todo eso lo sé: me lo contó Clito, á quien asesinaste, atravesándole con la lanza, en el festín, porque se atrevió á alabarme, comparando mis hechos con los tuyos.

4. Y también, según dicen, desechaste la clámyde macedónica, y en su lugar vestiste el traje persa; cubriste tu cabeza con la thiara recta; te hiciste adorar

(1) Jenophonte: *Retirada de los diez mil.*

por los Macedonios, por hombres libres, y, lo que es más ridículo, imitaste las costumbres de los vencidos. No quiero mencionar otras cosas que hiciste, como encerrar con leones á hombres instruídos, contraer matrimonios muy singulares (1) y enamorarte locamente de Hephestión (2). Sólo una cosa oí que mereció mis elogios: que respetaste á la mujer de Darío, á pesar de su belleza, y que cuidaste de su madre y de sus hijas. Ese comportamiento es verdaderamente digno de un rey.

5. ALEJANDRO.—¿Y no alabas, oh padre, mi valor en los peligros y el haber saltado el primero dentro del muro de los Oxidracas y recibido tantas heridas?

PHILIPPO.—No lo alabo, Alejandro; no porque no crea que es honroso que el rey á veces sea herido y arrostre los peligros al frente de su ejército, sino porque á tí te favorecía esto muy poco; pues pasando por un dios, si salías herido y veían que te retiraban del combate chorreando sangre y quejándote de las heridas, ¿no sería esto ridículo para los que te mirasen? Ammón sería acusado de embustero é impostor, y los adivinos de aduladores. ¿Y no se reiría cualquiera de ver al hijo de Júpiter desfallecido y solicitando el auxilio de los médicos? Ahora, pues, que ya has muerto, ¿no piensas que habrá muchos que hagan burla de tu fingida divinidad, viendo al hijo de un dios tendido á la larga, putrefacto ya é hinchado, según ley de todo cuerpo? Además, la ventaja que dices, oh Alejandro, de haber vencido por esto más fácilmente, te ha qui-

(1) Alude á su casamiento con Roxana, hija de Oxyartes, y Baringa, hija de Darío, y á los de sus generales, en número de ochenta, con otras tantas prisioneras.

(2) Compatriota y amigo de Alejandro, con el cual se educó; murió en Ecbatana, 325 a. C., con gran dolor de Alejandro.

tado la gloria de tus egregios hechos, pues todo parecía mezquino para ser hecho por un dios.

6. ALEJANDRO.—No piensan así los hombres respecto de mí; antes bien me ponen al igual de Hércules y de Baco. Y en medio de todo, he sido el único que me he apoderado de la roca Aornos (1), que ninguno de los dos pudo tomar.

PHILIPO.—¿Ves cómo hablas todavía á lo hijo de Ammón, comparándote con Hércules y con Baco? ¿No te avergüenzas, Alejandro? ¿Nunca depondrás tu vanidad? ¿No has de llegar á conocerte ni á comprender que ya estás muerto?

15.

Antíloco arguye á Aquiles de bajeza de pensamientos y contradicción en su conducta, por su amor, después de muerto, á la vida, cuando en la tierra dió preferencia á la gloria.

AQUILES Y ANTÍLOCO.

1. ANTÍLOCO.—¿Qué cosas, Aquiles, decías el otro día á Ulyses á propósito de la muerte! ¿Qué viles y qué indignas de tus dos maestros, Quirón y Phénix! Ya te oí cuando decías que más querías ser un trabajador del campo y servir á jornal á un hombre desheredado y «de escasa fortuna,» que no ser rey entre los muertos (2). Esto podría quizás decirlo un Phrygio innoble,

(1) Inaccesible á las aves: fortaleza situada en una roca sobre el Indo.

(2) Parodia de Homero: *Odysea*, x, 488 y siguientes.—Véase también: Virgilio, *Eneida*, vi, 436.

tímido y amante de la vida más de lo que es justo; pero que el hijo de Peleo, el más intrépido de todos los héroes, tenga de sí mismo tan bajos pensamientos, es una vergüenza y una contradicción de lo que hiciste en vida, puesto que siéndote lícito reinar, aunque sin gloria, muchos años en la Phthiotida, preferiste voluntariamente morir para encumbrar tu fama.

2. AQUILES.—¡Ah! hijo de Néstor: yo ignoraba lo que aquí había, y no sabiendo cuál de las dos cosas era mejor, preferí esta gloria miserable y raquítica á la vida. Ahora comprendo cuán inútil es, á pesar de lo que arriba cantan los poetas: la igualdad reina entre los muertos: ni la belleza, Antíloco, ni el poder nos acompañan aquí: todos yacemos de igual modo sumergidos en esta oscuridad, sin distinguirnos en nada los unos de los otros: ni los muertos Troyanos me temen, ni los Griegos me obedecen; la igualdad es absoluta; un muerto es idéntico á otro muerto, «así el débil como el fuerte.» Esto me contrista; por esto llevo á mal el no vivir, siquiera fuese la vida de un jornalero.

3. ANTÍLOCO.—¿Y qué remedio queda, Aquiles? Es ley de la naturaleza que todos absolutamente hayamos de morir. Por consiguiente, es preciso someterse á la ley y no entristecerse ante sus decretos. Ya ves cuántos de tus amigos estamos aquí, y no tardará mucho Ulyses en llegar también. Es un consuelo la comunidad del mal, y el no sufrirlo uno solo. Ahí tienes á Hércules, Meleagro y otros hombres admirables, que no creo que desearían volver á la vida, si tuvieran que servir por un salario á hombres sin hacienda y faltos de recursos.

4. AQUILES.—Me aconsejas como buen amigo; pero no sé cómo me atormenta el recuerdo de la vida, y pienso que también á cada uno de vosotros: si no lo

confesáis, peor para vosotros, que lo sufrís en silencio.

ANTILOCO.—No; sino mejor, Aquiles; puesto que vemos que es inútil hablar de ello, nos hemos propuesto callar, sufrir y resignarnos para no caer en ridículo, como tú, deseando cosas tales.

16.

Pónese en ridículo el mito homérico de la sombra de Hércules en los Infiernos (1).

DIÓGENES Y HÉRCULES.

1. DIÓGENES.—¿No es éste Hércules? El mismo es en verdad, por Hércules: el arco, la clava, la piel de león, la estatura: Hércules enteramente. ¿Y ha muerto siendo hijo de Júpiter? Dime, ilustré vencedor, ¿estás muerto? porque yo te ofrecía sacrificios en la tierra como á un dios.

HÉRCULES.—Con razón me los ofrecías: el verdadero Hércules está en el Cielo con los dioses, y «tiene por esposa á Hebe, la de los hermosos pies;» yo no soy más que su sombra.

DIÓGENES.—¿Qué dices? ¿sombra de un dios? ¿Y es posible ser dios en una mitad y muerto en la otra?

HÉRCULES.—Sí; porque él no ha muerto, sino yo, que soy su imagen.

2. DIÓGENES.—Comprendo: te entregó á Plutón

(1) Homero: *Odysea*, xi, 600 y siguientes, de donde están tomadas las frases que ponemos entre comillas.

como sustituto suyo, y eres aquí un muerto que ocupas su lugar.

HÉRCULES.—Una cosa así.

DIÓGENES.—¿Y cómo fué que Eaco, siendo tan diligente, no conoció que tú no eras él, y admitió al supuesto Hércules que se le presentaba?

HÉRCULES.—Porque me asemejaba á él exactamente.

DIÓGENES.—Dices bien, exactamente: de modo que eres el mismo. Mira, con todo, no sea lo contrario; que tú seas Hércules y que tu sombra sea la que se casó con Hebe y mora entre los dioses.

3. HÉRCULES.—Eres muy osado y hablador, y si no cesas en tus burlas, vas á saber bien pronto de qué dios soy la sombra.

DIÓGENES.—Sacas el arco y lo preparas; mas ¿cómo he de temerte, una vez muerto? Díme, pues, en nombre de tu Hércules: cuando éste vivía, ¿estabas también adherido á él, siendo su efigie, ó erais un solo individuo en la vida, y luego, al morir, os separasteis, volando él hacia los dioses, y tú, simulacro suyo, bajando, como es natural, á los Infiernos?

HÉRCULES.—No debiera contestar á un hombre que de intento exaspera. Sin embargo, oye lo que voy á decirte: cuanto había de Amphitryón en Hércules ha muerto: todo eso soy yo; y lo que era de Júpiter está en el cielo con los dioses.

4. DIÓGENES.—Ahora lo entiendo: Alcmena, por lo que dices, dió á luz dos Hércules al mismo tiempo, el uno de Amphitryón, y el otro de Júpiter; no sabía que erais gemelos, criados en el mismo regazo (1).

HÉRCULES.—No, imbécil; los dos éramos uno solo.

DIÓGENES.—No es fácil de comprender que siendo

(1) Literal: ὁμομήτριος, nacidos de la misma madre.

dos Hércules no formaseis más que uno, si no es que sois como el Hipocentauro, en el cual hombre y dios están unidos por naturaleza.

HÉRCULES.—¿Acaso todos no te parece que se componen de dos elementos, de alma y de cuerpo? Pues ¿qué dificultad hay en que el alma esté en el cielo, puesto que era de Júpiter, y que yo, la parte mortal, me encuentre entre los muertos?

5. DIÓGENES.—Estarías en lo justo, oh hijo excelente de Amphitryón, si fueses cuerpo; pero eres una sombra incorpórea. De modo que corres el riesgo de crear todavía un triple Hércules.

HÉRCULES.—¿Cómo triple?

DIÓGENES.—Muy sencillo. si uno está en el cielo: otro, es decir, tú, imagen suya, estás con nosotros. y su cuerpo además está en el monte Eta, convertido en polvo, resultan tres. Compóntelas ahora para buscar un tercer padre para ese cuerpo.

HÉRCULES.—Eres un atrevido y un sophista. ¿Quién eres, pues?

DIÓGENES.—Soy la sombra de Diógenes de Sinopa. Y no estoy, lo juro por Júpiter, «entre los dioses inmortales,» sino en medio de estos excelentes muertos, riéndome de Homero y de esta su frívola invención.

17.

Menipo objeta á Tántalo que, no teniendo cuerpo, no puede sentir sed; y que tampoco es posible que su alma tenga sed, si no necesita beber. De aquí concluye que su tormento no es más que una aprensión ó una locura, de que podrá curarse tomando algunos granos de eléboro (1).

MENIPO Y TÁNTALO.

1. MENIPO.—¿Por qué lloras, Tántalo? ¿Por qué lamentas tu desgracia, metido en ese lago?

TÁNTALO.—Porque me muero de sed, Menipo.

MENIPO.—¿Y eres tan perezoso que no te inclinas para beber ó, por Júpiter, que no coges el agua en el hueco de la mano?

TÁNTALO.—Es inútil. De nada sirve que me incline: el agua huye de mí cuando me siente cerca; y si alguna vez la cojo con el hueco de la mano y la aproximo á la boca, antes de humedecer el borde de mis labios, se desliza, no sé cómo, por entre los dedos y queda otra vez mi mano seca.

MENIPO.—Prodigioso es lo que te ocurre, Tántalo. Pero dime: ¿cómo es que necesitas beber? Tú no tienes cuerpo, puesto que fué enterrado en Lydia en cualquiera parte, y éste únicamente es quien podría

(1) Tántalo, hijo de Júpiter y de la ninfa Pluto, rey de Lydia ó de Corintho y Argos, es célebre en las tradiciones legendarias por el castigo terrible á que fué sometido en los Infiernos por haber divulgado los secretos que Júpiter le confiara, ó por haber despedazado á su hijo Pelops y servídogo guisado á los dioses. Devorado por una sed rabiosa y metido dentro de un lago, no podía alcanzar el agua que tenía siempre en los labios.

sentir el hambre y la sed: no siendo tú más que alma, ¿cómo puedes tener sed, y cómo podrías beber?

TÁNTALO.—Ese es precisamente mi suplicio: que tenga sed mi alma como si fuera cuerpo.

2. MENIPO.—He de creer que es así, puesto que dices que esta sed es un castigo. Pero ¿qué mal puede haber en eso para tí? ¿Acaso temes morirte por la falta de agua? Yo no veo otro Infierno después de éste, ni creo que una segunda muerte nos lleve de aquí á otro lugar.

TÁNTALO.—Tienes razón; pero sin duda es también parte de mi condena el desear beber sin tener necesidad ninguna.

MENIPO.—Tú no estás bueno, Tántalo; y creo en verdad que necesitas una bebida: sí, por Júpiter, el eléboro puro; porque te sucede lo contrario que á aquellos que han sido mordidos por perros rabiosos, que han tomado horror no al agua, sino á la sed.

TÁNTALO.—Ni aun eléboro, Menipo, rehusaría á beber: ojalá que lo tuviera.

MENIPO.—Tranquilízate, Tántalo; que ni tú, ni ningún otro muerto podrá nunca beber: eso es imposible; sin embargo, no todos están condenados, como tú, á tener sed y á que no les espere el agua.

18.

Menipo contempla las bellezas de otro tiempo convertidas en repugnantes esqueletos, y se admira de que los Griegos sostuvieran tan larga y desastrosa guerra por la bella Helena.

MENIPO Y MERCURIO.

1. MENIPO.—¿Dónde están, Mercurio, los hombres hermosos y las mujeres bellas? Sírveme de guía, puesto que soy recién venido.

MERCURIO.—No tengo lugar, Menipo; pero mira hacia allá, á la derecha: allí están Jacintho, Narciso, Nireo, Aquiles, Tyro, Helena, Leda y, en fin, todas las bellezas de otros tiempos.

MENIPO.—No veo más que huesos y cráneos despojados de carne y todos iguales.

MERCURIO.—Pues las bellezas que todos los poetas admiran son esos huesos, de los cuales tú parece que haces desprecio.

MENIPO.—Muéstrame á Helena, que yo no podré distinguirla.

MERCURIO.—Este cráneo es Helena.

2. MENIPO.—¿Y por esto se armaron mil naves de todos los puntos de la Grecia y murieron tantos Griegos y tantos Bárbaros, y fueron destruídas tantas ciudades?

MERCURIO.—Es que tú no viste, Menipo, á esa mujer viva: seguramente hubieras dicho también que era muy natural

«sufrir por tal mujer tantos desastres» (1).

Si vemos una flor seca y ya descolorida, nos parece fea; pero cuando está floreciente y con todo su color, es hermosísima.

MENIPO.—Pues eso es, oh Mercurio, lo que á mí me admira: que no comprendiesen los Aqueos que sufrían tantos trabajos por una cosa tan efímera y que tan fácilmente había de marchitarse.

MERCURIO.—No tengo tiempo, Menipo, de filosofar contigo. Busca un sitio, donde mejor te parezca, y échate. Yo voy por otro muerto.

19.

Ridiculízase el dogma gentílico de la Fatalidad (2).

EACO, PROTÉSILAS, MENELAO Y PARIS.

1. EACO.—¿Por qué, Protésilas (3), te arrojas sobre Helena para ahogarla?

PROTÉSILAS.—Porque por ella perdí la vida, abandoné mi casa á medio concluir y dejé viuda á mi esposa, recién casada (4).

(1) Homero, *Iliada*, III, 151. Palabras de los ancianos al contemplar desde la torre en la puerta escea á la bella Helena, causa inocente de la destrucción de Troya.

(2) Sobre el mismo tema versa el núm. 30 de estos mismos «Diálogos.»

(3) Hijo de Iphedo y de Astioque, conducía contra Troya los guerreros de la Thesalia y fué el primero que murió al saltar de los bajeles á la playa, á manos de Héctor.

(4) Laodamia. Véase Ovidio, «Heroidas,» XIII.

EACO.—Acusa de ello á Menelao, que os llevó á Troya por causa de esa mujer.

PROTÉSILAS.—Dices bien; él tiene la culpa.

MENELAO.—Yo no, mi buen amigo: el culpable es Páris, que, faltando á los derechos de la hospitalidad, me robó la mujer y huyó con ella. Éste sí que merecía ser estrangulado no sólo por tí, sino por todos los Griegos y los Bárbaros, porque fué la causa de su muerte.

PROTÉSILAS.—Eso es mejor. No te escaparás, abominable Páris, de mis manos.

PARIS.—Serás injusto, Protésilas; y más siendo yo de tu misma condición, pues, como tú, soy enamorado y estoy sometido al mismo dios: ya sabes que hay algo involuntario, que un genio nos conduce allí donde le place, y que no es posible resistirse.

2. PROTÉSILAS.—Tienes razón. ¡Así pudiera yo coger aquí al Amor!

EACO.—Yo, en ausencia del Amor, defenderé ante tí su causa. Dirá él que á lo sumo fué origen del amor de Páris, pero que nadie más que tú mismo, oh Protésilas, fuiste el causante de tu propia muerte; porque, olvidándote de tu reciente esposa, cuando fuiste llamado á Troya, con tal ardimiento é imprudencia te pusiste delante de todos, llevado de tu amor á la gloria, que percaste el primero al descender de la nave.

PROTÉSILAS.—Pues yo á mi vez, Eaco, me defenderé con más justicia aún. No fuí yo la causa de todo esto, sino la Parca: el haberse hilado así desde un principio (1).

EACO.—Perfectamente. ¿Por qué, entonces, acusas á éstos?

(1) Alude á los hilos de la vida que tienen á su cargo las Parcas ó Moiras, Clotho, Laquesis y Atropos, y emplea el mismo verbo, ἐπικλώθω, que usa Homero.

20.

Menipo en los Infiernos se burla de los héroes y filósofos.

MENIPO, EACO Y ALGUNOS FILÓSOFOS.

1. MENIPO.—Por Plutón, Eaco, enséñame todo lo que hay en los Infiernos.

EACO.—Todo no es fácil, Menipo; pero verás lo principal. Ya conoces á Cerbero y al barquero que te ha pasado; también has visto al entrar la laguna y el Pyriphlegethon (1).

MENIPO.—Conozco todo eso; y sé también que tú eres el portero. He visto además al Rey (2) y á las Furias (3). Muéstrame ahora á los hombres de los antiguos tiempos, y principalmente á los que más se distinguieron.

EACO.—Este es Agamemnon; aquél, Aquiles; ése que está ahí cerca, Idomeneo; el otro, Ulyses; después Ajax, Diomedes y los Griegos más ilustres.

2. MENIPO.—¡Ay, Homero! ¡Cómo yacen por tierra los principales héroes de tus rapsodias, desconocidos y desfigurados, todo polvo, pura fruslería, cráneos verdaderamente sin consistencia!—¿Y éste, Eaco, quién es?

EACO.—Este es Cyro; ése otro, Creso; el que está á su lado, Sardanápalo; el de detrás, Midas, y aquél, Jerjes.

(1) Río del Infierno, cuyas aguas están inflamadas.

(2) Plutón.

(3) Las Furias, Erinnyas ó Euménides, son deidades vengadoras, hijas de la Tierra y de la Noche: se las representa con alas, serpientes entrelazadas en la cabellera y lágrimas de sangre en los ojos. Las principales son tres: Tisiphone, Alecto y Meguera.

MENIPO.—¿Y tú, miserable, llenaste de pavor la Grecia, uniendo el Helesponto y queriendo navegar por entre las montañas? (1) —¿Cómo está también Creso!—Tocante á Sardanápalo, permítame, Eaco, que le pegue un coscorrón en la cabeza.

EACO.—En manera alguna: destruirías su cráneo mujeril.

MENIPO.—Pues al menos le escupiré en la cara á ese hermafrodita (2).

3. EACO.—¿Quieres que te lleve á ver los sabios?

MENIPO.—Sí, por Júpiter.

EACO.—Aquí tienes el primero á Pythágoras.

MENIPO.—Salud, Euphorbo ó Apolo, ó como quieras (3).

PYTHÁGORAS.—Igualmente, Menipo.

MENIPO.—¿No tienes ya la pierna de oro? (4).

PYTHÁGORAS.—No. Déjame que vea si llevas en la alforja algo de comer.

MENIPO.—Habas llevo, mi buen amigo: de modo que esto no es comida para tí.

PYTHÁGORAS.—Dame al punto, que entre los muertos hay otras creencias. He aprendido aquí que no hay nada de común entre las habas y las cabezas de nuestros padres.

4. EACO.—Ahí tienes á Solón, el hijo de Execesti-

(1) Alude á la perforación del monte Athos.

(2) Litera^l: ἀνδρογύνω, andrógyno, hombre-mujer.

(3) Se dice que Pythágoras pretendía haber sido, en virtud de la metempsicosis ó transmigración de las almas, Euphorbo, guerrero muerto por Menelao en la guerra de Troya. Con la denominación de Apolo ridiculiza á sus discípulos, que en él creían ver á este Dios. Véase «El sueño ó el gallo,» 16, y Diógenes Laercio, VIII, 5, 11, 216.

(4) Entre otros prodigios atribuídos á este filósofo, cuéntase el de haber aparecido con una pierna de oro en los juegos olympicos. Véase Plutarco, «Vida de Numa,» I.

des, y á Thales; y cerca de ellos á Pittaco y los demás sabios: los siete están, como ves.

MENIPO.—Esos son los únicos, Eaco, que no sufren y están alegres. ¿Y ése, cubierto de polvo como pan cocido entre ceniza, y todo lleno de pústulas, quién es?

EACO.—Empedocles, Menipo, que ha venido medio tostado del Etna (1).

MENIPO.—Oh, buen amigo, el de sandalias de bronce, ¿qué te ocurrió para arrojarte al cráter?

EMPEDOCLES.—Un acceso de melancolía, Menipo.

MENIPO.—No, por Júpiter, sino la vanagloria, la soberbia, la gran necedad: esto te redujo á carbón con tus sandalias, y muy justamente. Pero de nada te sirvió el ardid: al fin se te ha visto muerto. ¿Y Sócrates, Eaco, dónde está?

EACO.—Con Néstor y Palemedes está charlando la mayor parte del tiempo.

MENIPO.—Querría verle, si está por aquí.

EACO.—¿Ves á aquel calvo?

MENIPO.—Todos son aquí calvos: ese distintivo es común á todos los muertos.

EACO.—El chato, digo.

MENIPO.—Es lo mismo: todos son aquí chatos.

5. SÓCRATES.—¿A mí me buscas, Menipo?

MENIPO.—Sí, Sócrates.

SÓCRATES.—¿Qué ocurre en Athenas?

MENIPO.—Muchos jóvenes la dan de filósofos, y, con efecto, si se atiende al traje y á la manera de andar, son filósofos consumados.

(1) Refiere la tradición que Empedocles se arrojó al Etna á fin de que su desaparición súbita le hiciese pasar por un dios; pero que el volcán echó fuera una de las sandalias que llevaba, revelándose así el secreto de su muerte. Véase Diógenes Laercio, «Vida de Empedocles;» Horacio, «Epístola á los Pisones,» 461.

SÓCRATES.—He visto á muchos de ellos.

MENIPO.—Y verías, me figuro, cómo llegaron aquí Aristipo y Platón; el uno respirando aromas, y el otro instruído en reverenciar á los tiranos de Sicilia.

SÓCRATES.—¿Y de mí qué piensan?

MENIPO.—En esta parte, oh Sócrates, eres un hombre feliz: todos te juzgan un varón admirable, que todo lo sabías, á pesar (conviene, me parece, decir la verdad) de que no sabías nada.

SÓCRATES.—Eso mismo les decía yo y lo tomaban por ironía.

6. MENIPO.—¿Quiénes son esos que están á tu alrededor?

SÓCRATES.—Carmides, Phedro y el hijo de Clinias (1).

MENIPO.—Bien hecho, Sócrates: aun aquí ejerces tu oficio, y no desdeñas á los jóvenes hermosos.

SÓCRATES.—¿Qué otra cosa más grata puedo hacer? Vamos, recuéstate á nuestro lado, si te place.

MENIPO.—No, por Júpiter: voy á instalarme cerca de Creso y de Sardanápalo; me parece que he de reirme no poco oyendo sus lamentaciones.

EACO.—Yo también me voy ya, no sea que algún muerto se me escape. Otra vez verás más, Menipo.

MENIPO.—Véte: bastante he visto, Eaco.

(1) Carmides y Phedro, nombres que ha hecho célebres Platón poniéndolos al frente de dos de sus diálogos.—El hijo de Clinias es Alcibiades.

21.

También Sócrates temió la muerte, aunque fingió lo contrario.

MENIPO Y CERBERO.

1. MENIPO.—Oh Cerbero, puesto que soy de tu raza, por ser perro también (1), dime, por la Estygia, qué tal se mostraba Sócrates cuando bajó entre vosotros. Es natural que tú, siendo un dios, no sepas sólo ladrar, sino hablar también á lo hombre cuando quieras.

CERBERO.—Desde lejos, Menipo, parecía que venía con semblante tranquilo y sin temor ninguno á la muerte: esto al menos quería hacer ver á los que estaban del lado allá de la puerta. Pero cuando penetró en la sima y notó la oscuridad, y yo, mordiéndole con la cicuta porque se detenía, le arrastré hacia abajo por el pie, empezó á gritar como un muchacho, lloraba por sus hijos y se demudó completamente.

2. MENIPO.—Luego el hombre era un sophista, y no menospreciaba en realidad la cosa.

CERBERO.—No; mas cuando vió que era preciso, se reanimó, como si aceptase no á su pesar lo que tenía que sufrir, para que los espectadores le admirasen. En sustancia lo mismo podría decir de todos los de su especie: hasta la puerta, fuertes y enteros; dentro es la prueba cierta.

MENIPO.—¿Y yo cómo te parecí que entré?

CERBERO.—De una manera, oh Menipo, digna de tu

(1) Véase la nota 1 al «Diálogo de los muertos» número 2.

linaje, y antes que tú Diógenes; pues ambos entrasteis no á la fuerza y obligados, sino voluntariamente, riéndoos y dejando á todos que se lamentasen.

22.

Carón reclama á Menipo el precio de su conducción á los Infiernos.

CARÓN, MENIPO Y MERCURIO.

1. CARÓN.—Págame, bribón, el precio del pasaje (1).

MENIPO.—Grita, si eso te agrada, Carón.

CARÓN.—Págame, te digo, el haberte pasado.

MENIPO.—Nada puedes recibir de quien nada tiene.

CARÓN.—¿Y hay quien no tenga un óbolo?

MENIPO.—Yo no sé si otro lo tiene, pero lo que es yo no lo tengo.

CARÓN.—Por Plutón, que te estrangulo, infame, si no me pagas.

MENIPO.—Y yo te daré un palo y te romperé la cabeza.

CARÓN.—¿Gratuitamente has de haber atravesado tan largo trayecto?

MENIPO.—Que te pague Mercurio, ya que él me entregó á tí.

2. MERCURIO.—Medrado estaría, por Júpiter, si encima de todo tuviera que pagar por los muertos.

CARÓN.—No me separaré de tí.

(1) El óbolo que se les ponía á los muertos en la boca para pagar la travesía de la laguna Estygia que rodeaba el Infierno.

MENIPO.—Entonces atraca la barca y espera. ¿Cómo quieres que te dé lo que no tengo?

CARÓN.—¿Pero no sabías que era preciso traer?

MENIPO.—Lo sabía, pero no tenía. ¡Qué! ¿Por eso no había de morirme?

CARÓN.—¿Serás, pues, el único que te vanagloríes de haber pasado de balde?

MENIPO.—De balde no, buen amigo: he vertido agua; he remado, y he sido el único de los pasajeros que no me he lamentado.

CARÓN.—Eso nada tiene que ver con el pago del pasaje. Es preciso que me des el óbolo: no hay más remedio (1).

3. MENIPO.—Pues vuélveme otra vez á la vida.

CARÓN.—¡Vaya una gracia! Para que Eaco me dé azotes por ello.

MENIPO.—Déjame ya en paz (2).

CARÓN.—A ver lo que tienes en la alforja.

MENIPO.—Altramuces, si quieres, y la cena de Hécate (3).

CARÓN.—¿De dónde, Mercurio, nos has traído á este perro? ¿Qué de cosas decía durante la navegación! De todos los pasajeros se reía y se burlaba, y era el único que iba cantando, mientras todos los demás lloraban.

MERCURIO.—¿No sabes á quién has llevado en tu barca? Es un hombre libre por todo extremo y á quien no le importa nada de ninguna cosa. Es Menipo.

CARÓN.—¡Ah! ¡Si te vuelvo á coger!...

MENIPO.—¡Si me vuelves á coger, buen amigo!... Pero no me cogerás segunda vez.

(1) Literal: Οὐ γὰρ θεμις ἄλλως γενέσθαι, no puede ser de otra manera.

(2) Literal: Μὴ ἐνόχλει οὖν. No me importunes, pues.

(3) Véase «Diálogos de los muertos,» 1, nota 1.

23.

Plutón, dios de los Infiernos, concede á Protésilas un día de licencia para subir á la tierra y visitar á su esposa Laodamia (1).

PROTÉSILAS, PLUTÓN Y PROSERPINA.

1. PROTÉSILAS.—Oh señor y rey, Júpiter de los muertos (2), y tú, hija de Ceres (3), no desatendáis la súplica de un amante.

PLUTÓN.—¿Qué quieres de nosotros, y quién eres?

PROTÉSILAS.—Soy Protésilas, el hijo de Iphiclo, rey de los Phylacios, compañero de armas de los Griegos y el primero que murió en la expedición contra Troya. Y os pido que me dejéis por un poco de tiempo volver de nuevo á la vida.

PLUTÓN.—Eso mismo desean todos los muertos, Protésilas; pero ninguno lo alcanza.

PROTÉSILAS.—No es vivir, oh Plutón, lo que yo anhelo, sino ver á mi esposa, á quien recién casada dejé en el tálamo para ir á embarcarme y partir, y luego, desventurado, al saltar á tierra, perecí á ma-

(1) Véase el «Diálogo de los Muertos», número 19. — Según la tradición, Laodamia, hija de Acasto y mujer de Protésilas, pidió á los dioses la gracia de conversar con su marido, ya muerto, aunque sólo fuese por tres horas. Los dioses accedieron á sus ruegos; Mercurio (Hermes), llevó de nuevo á la vida á Protésilas, y, cuando terminado el plazo, murió segunda vez Protésilas, Laodamia murió con él.

(2) Plutón. — Literal: ἡμέτερε Ζεῦ, nuestro Júpiter: Ζεὺς καταχθόνιος, *Jupiter Stygius*, que le llaman Homero y Virgilio.

(3) Proserpina.

nos de Héctor (1). Este amor á mi mujer me está consumiendo, señor; y solamente quiero dejarme ver de ella, aunque sea muy poco tiempo, y bajarme aquí otra vez.

2. PLUTÓN.—¿No has bebido, Protésilas, el agua del Letheo?

PROTÉSILAS.—Sí, señor; pero mi amor supera su virtud.

PLUTÓN.—Pues ten paciencia; que ella vendrá algún día, y no habrá necesidad de que tú vayas.

PROTÉSILAS.—Pero no puedo esperar, Plutón: tú también has estado enamorado y sabes lo que es amar.

PLUTÓN.—¿Y qué vas á conseguir con resucitar para un solo día, si luego has de lamentarte de lo mismo?

PROTÉSILAS.—Pienso persuadirla á que se venga conmigo á vuestros reinos; de modo que en breve recibirás dos muertos en vez de uno.

PLUTÓN.—No es de esperar que así suceda: al menos no ha sucedido hasta ahora.

3. PROTÉSILAS.—Acuérdate, Plutón, de que á Orpheo, por esta misma causa, le entregasteis su esposa Eurydice (2), y de que, por complacer á Hércules, permitisteis que saliese Alceste, pariente mía (3).

PLUTÓN.—¿Y tendrás valor, cráneo desnudo y feo, para presentarte así á tu bella esposa? ¿Cómo te ha de

(1) Véase Ovidio, *Metamorph.*, XII, 67.

(2) Orpheo, célebre poeta y músico de la época mythhica, logró sacar de los Infernos á su esposa Eurydice; pero habiendo faltado por la impaciencia del amor á la condición de no mirarle hasta llegar á la tierra, la perdió de nuevo.—Véase Virgilio, *Geórgicas*, IV, 452.

(3) Alceste, hija de Palias y mujer de Admeto, murió por salvar de la muerte á su marido; pero Hércules la sacó de los Infernos y la devolvió á su esposo.—Véase Homero, *Ilíada*, II, 715; Apolodoro, «Bibliotheca», I, 9; Eurípides, *Alceste*.

recibir, si no podrá ni aun conocerte? Se asustará, bien lo sé, y huirá de tí, y habrás hecho inútilmente tan largo viaje.

PROSERPINA.—Vaya, marido, remedia su mal: manda á Mercurio que tan pronto como Protésilas vuelva á la vida, le toque con su varita y le restituya al punto la juventud y la hermosura que tenía cuando salió de la cámara nupcial.

PLUTÓN.—Puesto que Proserpina lo quiere, súbele á la tierra, Mercurio, y conviértele otra vez en novio. Pero ten presente, Protésilas, que sólo te concedo un día.

24.

Diógenes, filósofo cynico, natural de Sinope, en Paphlagonia, arguye de vanidad á Mausolo, rey que fué de Cária.

DIÓGENES Y MAUSOLO (I).

1. DIÓGENES.—Tú, Cário, ¿por qué te das tanta importancia y pretendes sobreponerte á todos nosotros?

MAUSOLO.—En primer lugar, por mi jerarquía, Sinopense; pues he sido rey de toda la Cária, dominé parte de la Lydia, sometí varias islas y avancé hasta Mileto, subyugando gran parte de la Jónia. Después, por-

(1) Mausolo reinó de 377 á 353 antes de Cristo: le sucedió en el trono su esposo y hermana Artemisia, la cual mostró tanto sentimiento por la muerte de su marido, que se bebió sus cenizas mezclándolas con la bebida ordinaria, y le erigió en Halicarnaso el célebre sepulcro conocido con el nombre de *mausoleo*, que fué una de las siete maravillas del mundo, y que ha venido á ser el término genérico de todo suntuoso monumento fúnebre.

que era hermoso, grande y fuerte en el combate. Y últimamente, y esto es lo principal, porque tengo en Halicarnaso un sepulcro suntuoso, como no lo tiene ningún otro muerto, labrado elegantemente, con relieves de caballos y hombres esculpidos primorosamente en mármol finísimo, y cual no es fácil que se encuentre acaso ni en un templo. ¿Te parece, en vista de esto, que no tengo razón para enorgullecirme?

2. DIÓGENES.—¿Por tu reinado, dices, y por tu hermosura y por la pesadez de tu sepulcro?

MAUSOLO.—Sí, á fe mía; por eso.

DIÓGENES.—Pues, bellísimo Mausolo, ni aquel poder lo tienes ya, ni la hermosura tampoco. Si elegimos un árbitro que juzgue nuestra belleza, no sé que pueda decir por qué tu cráneo haya de ser preferido al mío, pues uno y otro están calvos y desnudos; y nosotros mostramos los dos de igual manera los dientes, carecemos de ojos y tenemos las narices chatas. Por lo que hace al sepulcro y á esos preciosos mármoles, será quizás motivo de ostentación para los habitantes de Halicarnaso, que se jactarán ante los extranjeros de poseer un gran monumento; pero tú, mi excelente amigo, no veo que reportes utilidad ninguna, á no ser que digas que la de llevar más peso que nosotros, abrumado con tantas piedras.

3. MAUSOLO.—¿Luego todo esto me es inútil? ¿Y Mausolo estará al igual de Diógenes?

DIÓGENES.—No al igual, mi noble amigo, no: Mausolo llorará recordando los bienes que dejó en la tierra, en los cuales cifró toda su dicha, y Diógenes se reirá de él. Hablará de la tumba que en Halicarnaso le erigió Artemisia, su mujer y hermana; y Diógenes, por el contrario, no sabe siquiera si su cuerpo ha obtenido sepultura: ni se cuidó de tal cosa; pero

ha dejado á los hombres recuerdo y ejemplos imperecederos, porque vivió vida de hombre, más elevada que tu monumento, oh tú, el más servil entre los Cários, y levantada sobre terreno más sólido y seguro.

25.

Nireo y Thersites, célebres en vida, el primero por su belleza y el segundo por su fealdad, recurren á Menipo para que declare quién es á la sazón el más hermoso. El filósofo no ve entre ellos diferencia alguna, ni acierta siquiera á distinguirlos, porque la muerte á todos nos hace iguales (1).

NIREO, THERSITES Y MENIPO.

1 NIREO.—Vamos, aquí está Menipo que decidirá cuál de los dos es más bello. Dí, Menipo, ¿no te parezco yo el más hermoso?

MENIPO.—¿Quiénes sois? Esto es, á mi juicio, lo primero que conviene saber.

NIREO.—Nireo y Thersites.

MENIPO.—¿Pero cuál de los dos es Nireo y cuál Thersites? Porque no es fácil distinguilos.

THERSITES.—Ya llevo eso adelantado: que me parezco á tí, y que en nada me aventajas, con tanto como te alabó aquel ciego de Homero cuando te llamaba el más hermoso de los hombres. Ahí tienes: con mi cabeza acabada en punta y casi toda pelada, no he parecido á nuestro juez inferior en nada á tí. Mira tú ahora, oh Menipo, á quién de los dos juzgas más bello.

(1) Véase Homero: *Iliada*, II, 211 y siguientes.

NIREO.—A mí, no cabe duda: al hijo de Aglaya y de Caróps,

el hombre más hermoso que fué á Troya (1).

2. MENIPO.—Pero no el más hermoso, digo yo, que vino bajo tierra; pues tus huesos son lo mismo que los de Thersites, y tu cráneo sólo difiere del suyo en que es más frágil, porque lo tienes reblandecido y es poco varonil.

NIREO.—Pregunta á Homero lo que era yo cuando me incorporé al ejército de los Griegos.

MENIPO.—Estás soñando: yo sé lo que ahora veo y lo que eres al presente: lo que en otro tiempo eras lo saben los de entonces.

NIREO.—¿Es decir, que no soy yo aquí el más hermoso, Menipo?

MENIPO.—Ni tú ni nadie es aquí hermoso: en los Infiernos reina la igualdad, y todos sois semejantes.

THERSITES.—Con esto me doy por satisfecho.

26.

Quirón, haziado de la monotonía de la vida, renunció la inmortalidad (2).

MENIPO Y QUIRÓN.

1. MENIPO.—He oído, Quirón, que siendo dios quisiste morir.

(1) Homero: *Iliada*, II, 673.

(2) Quirón, hijo de Saturno (Cronos) y de Philyra, era el más sabio y el más justo de todos los Centauros: los héroes más notables de la Grecia le debían sus conocimientos en sus respectivas artes. Hércules, aunque era su amigo, combatiendo contra los

QUIRÓN.—Has oído la verdad, Menipo: he muerto, como ves, pudiendo ser inmortal.

MENIPO.—¿Y cómo se apoderó de tí ese amor á la muerte, cosa tan poco amable para la generalidad?

QUIRÓN.—Te lo diré, porque eres hombre sensato. No me era ya agradable gozar de la inmortalidad.

MENIPO.—¿No te era grato vivir y ver la luz?

QUIRÓN.—No, Menipo: lo agradable, en mi opinión, consiste en la variedad y no en la monotonía. Viviendo siempre, disfrutaba de las mismas cosas, del sol, de la luz, de los alimentos; las estaciones, las mismas; los acontecimientos se sucedían por su orden y como siguiendo el uno al otro. Me harté, por consiguiente, de esto. El placer no está en siempre una misma cosa, sino en cambiar continuamente.

MENIPO.—Dices bien, Quirón. ¿Y cómo te va en el Infierno desde que, prefiriéndolo á la vida, viniste á él.

2. QUIRÓN.—No estoy disgustado, Menipo: esta igualdad de condiciones (1) es enteramente democrática, y no importa gran cosa estar en la luz ó en las tinieblas. Por otra parte, no se siente aquí la sed ni el hambre, como arriba, sino que está uno exento de todas estas necesidades.

MENIPO.—Mira, Quirón, no vayas contra tí mismo y llevés tu discurso al mismo tema de que partiste.

QUIRÓN.—¿Por qué dices eso?

otros Centauros, le hirió con una flecha envenenada con la sangre de la hidra de Lerna; y Quirón, no pudiendo soportar el dolor, renunció la inmortalidad en favor de Prometheo. Júpiter le colocó entre los astros con el nombre de Sagitario.—Luciano supone burlescamente que pidió la muerte aburrido de la monotonía de la vida.

(1) Literal: ἰσοτιμία: pudiera traducirse simplemente por *igualdad*, como en el *Diálogo* anterior, 2, al final.

MENIPO.—Porque si el ser las cosas en la vida siempre iguales y las mismas llegó á aburrirte, también aquí, siendo idénticas, llegarán á hastiarte, y te será preciso buscar alguna variación en otra vida, lo cual, á mi entender, es imposible.

QUIRÓN.—¿Qué hacer entonces, Menipo?

MENIPO.—Lo que yo pienso y dice el vulgo: que el hombre prudente debe estar satisfecho y contento con las cosas de presente, y no ver en ellas nada que le sea intolerable.

27.

La vida es amable aun para los que viven en la miseria y abrumados por los años.

DIÓGENES, ANTISTHENES, CRATES Y UN POBRE (1).

1. DIÓGENES. — Antisthenes y Crates, nada tenemos que hacer: ¿por qué, pues, no vamos dando un paseo hasta la bajada del Infierno, á ver quiénes entran y qué hacen cada uno de ellos?

ANTISTHENES.—Vamos allá, Diógenes: será en efecto un espectáculo divertido ver á unos llorar, á otros suplicar que les dejen, y á algunos bajar á pesar suyo, retrocediendo, aunque Mercurio les empuje por el cuello, y echándose atrás y resistiéndose inútilmente.

CRATES.—Yo os contaré por el camino lo que ví cuando bajaba.

(1) Sobre los tres primeros interlocutores véase la nota 2.^a del DIÁLOGO II, párrafo 3.

DIÓGENES.—Cuéntalo, Crates: me parece que has de decirnos cosas bien risibles.

2. CRATES.—Bajaban conmigo otros muchos, entre ellos los insignes Ismenodoro, nuestro rico conciudadano; Arsaces, gobernador de Media, y Oretes, el Armenio. Ismenodoro, que había sido asesinado por unos ladrones al pie del Citherón, yendo, me parece, á Eleusis, sollozaba puestas las manos sobre la herida; llamaba á sus hijos, que había dejado pequeñuelos, y recriminaba su temeraria imprudencia de franquear el Citherón y atravesar las comarcas inmediatas á Eluthera (1), desiertas enteramente por efecto de las guerras, en compañía únicamente de dos siervos; y esto, llevando consigo cinco phialas de oro y cuatro cymbias (2).

3. Arsaces, viejo ya y, por Júpiter, de aspecto venerable, se afligía á modo de un bárbaro, y se indignaba de ir á pie, y pedía que le llevasen su caballo: el caballo, con efecto, había muerto al par que él, heridos ambos de un mismo golpe por un peltasta Thracio (3), en un combate contra el Capadocio, á orillas del Araxe. Arsaces, según él lo refería, fué contra el enemigo, adelantándose mucho á los demás: el Thracio le hizo frente, cubierto con la pelta, desvió la lanza de Arsaces, y teniendo la sarisa (4) fuertemente le atravesó á la vez que al caballo.

4. ANTISTHENES.—¿Cómo es posible, oh Crates, hacer eso de un solo golpe?

(1) Ciudad de Beocia, entre Athenas y Thebas, que en tiempo de Philipo y aun de Alejandro estaba infestada de ladrones.

(2) Vasos preciosos, en forma de taza los primeros, y de bareo los segundos.

(3) Soldado cubierto ó armado con pelta ó adarga, que era un escudo pequeño con muesca á modo de media luna.

(4) Pica, lanza larga, usada por los Thracios y los Macedonios.

CRATES. — Muy fácilmente, Antisthenes: Arsaces arremetió con una lanza de veinte codos; el Thracio paró el golpe con su escudo; y cuando la punta de la lanza pasó detrás de él, se puso de rodillas, y aguantando la acometida con su pica, hiere en el pecho al caballo, que se clavó él mismo por su brío é impetuosidad, y atraviesa también profundamente á Arsaces por la ingle hasta las nalgas. Ahí tienes cómo ocurrió: no fué en rigor obra del hombre, sino más bien del caballo. Indignábase, con todo, Arsaces de estar al igual de los demás muertos, y pretendía descender aquí á caballo.

5. Oretes, simple particular, era tan delicado de los pies que no podía tenerse en tierra, ni mucho menos andar. Lo mismo exactamente les pasa á todos los Medas: cuando se apean del caballo, como si marchasen de puntillas sobre espinas, andan con mucho trabajo. Estaba, pues, echado y no quería levantarse en modo alguno; pero el bueno de Mercurio se lo echó áuestas, y le llevó hasta la barca, lo cual me dió mucho que reir.

6. ANTISTHENES.—Pues yo, cuando venía, no me mezclé con los otros, sino que, dejándoles llorar, corrí á la barca y tomé sitio antes que todos para hacer el viaje con la mayor comodidad. Durante la travesía, los unos lloraban, los otros sentían náuseas, y yo me divertía mucho con verlos.

7. DIÓGENES.—Vosotros, Crates y Antisthenes, os encontrasteis con esos compañeros de viaje; pues conmigo bajaron Blepsias el usurero, el de Pireo; Lampis el Acarnanio, jefe de tropas mercenarias; y el opulento Damis, el de Corintho. Damis murió envenenado por su hijo; Lampis se cortó el pescuezo por amor á la cortesana Myrtya, y el pobre Blepsias se dice que murió consumido por el hambre; y bien se le co-

nocía, pues se presentaba pálido sobre manera y extenuado en extremo. Yo, aunque lo sabía, les pregunté cómo murieron, y como Damis acusara á su hijo: «No ha hecho más que lo que merecías, le dije, porque teniendo más de mil talentos y viviendo entre placeres á pesar de tus noventa cumplidos, sólo dabas cuatro óbolos á un joven de diez y ocho años.»—«Y tú, Acarnanio,—que también éste gemía y lanzaba imprecaciones contra Myrtia,—¿por qué acusas al amor debiendo acusarte á tí mismo? Tú que nunca temiste al enemigo, que combatías el primero de todos, desafiando los peligros, te has dejado cautivar, oh varón fuerte, por una mujer cualquiera con mentidas lágrimas y suspiros.»—Por lo que hace á Blepsias, se adelantó él mismo á condenar la gran locura de guardar sus riquezas para herederos con quienes nada tenía que ver, pensando el majadero que iba á vivir para siempre. Por lo demás, sus gemidos me proporcionaban un deleite extraordinario.

8. Pero henos ya en la puerta del Infierno: es preciso ver y examinar desde lejos á los que entran. ¡Ah! ¡Cuánta gente y de cuán diversas clases! Y todos llorando menos los recién nacidos y los que aun no hablan. Hasta los viejos decrepitos se lamentan. ¿Por qué es eso? ¿Qué filtro les tiene tan apegados á la vida?

9. Voy á interrogarle á éste, que es de los más ancianos.—¿Por qué lloras, habiendo muerto á una edad tan avanzada? ¿Por qué te desesperas, buen amigo, si vienes ya tan viejo? ¿Acaso eras rey?

UN POBRE.—No.

DIÓGENES.—¿Un sátrapa, quizás?

EL POBRE.—Tampoco.

DIÓGENES.—¿Es que eras rico y te duele el haber muerto dejando muchas comodidades?

EL POBRE.—Nada de eso: alcancé muy cerca de noventa años y tuve una vida miserable sin más recurso que la caña y el hilo de pescar, siendo pobre hasta el extremo, sin hijos, y además cojo y casi ciego.

DIÓGENES.—¿Y en tales condiciones deseabas vivir?

EL POBRE.—Sí; la vida es siempre dulce: la muerte, horrible y repulsiva (1).

DIÓGENES.—Deliras, pobre viejo, y terevuelves como un niño contra el hado, aun teniendo tantos años como el barquero Carón. ¿Qué diremos de los jóvenes cuando tanto aman la vida hombres de tal edad, á quienes convenía desear la muerte como remedio á los males de la vejez?—Volvámonos ya, no sea que alguno sospeche que tratamos de escaparnos al vernos discurrir por la boca del Infierno.

23.

*Pónese en ridículo la tradición referente al adivino
Tiresias (2).*

MENIPO Y TIRESIAS.

1. MENIPO.—Oh Tiresias, si eras ó no ciego, no es fácil ya conocerlo: todos tenemos igualmente los ojos vacíos: sólo nos quedan los huecos en que estuvieron. Por otra parte, no podrías tampoco decir ya quién era

(1) Alude á Eurípides, *Iphigenia de Aulide*, 1218 y 1250.

(2) Tiresias, Thebano, adivino el más famoso de toda la antigüedad, cuyo prestigio se conservó aun entre los muertos. Véase Homero, «Odysea», x, 492.

Phineo ni quién Lynceo (1). También sé, porque lo oí á los poetas, que eras adivino y que reunías ambos sexos, el de varón y el de hembra (2). Díme, pues, por los dioses: ¿con cuál de ellos gozabas de más dulce vida? ¿con el de hombre ó con el de mujer?

TIRESIAS.—Mejor era, con mucho, oh Menipo, el de mujer, porque está más libre de cuidados: las mujeres son dueñas de los hombres; no tienen necesidad de ir á la guerra, ni de estar de vigilantes en las murallas, ni de discutir en la asamblea, ni de juzgar en los tribunales.

2. MENIPO.—¿No has oído entonces, oh Tiresias, qué cosas decía la Medea de Eurípides (3) lamentando la condición de las mujeres, tan desgraciadas y sujetas á los dolores insoportables del parto? Y dime, ya que me lo recuerdan los versos de Medea, ¿pariste tú alguna vez cuando eras mujer, ó permaneciste estéril é infecundo en aquel estado de tu vida?

TIRESIAS.—¿Por qué me haces esa pregunta, Menipo?

MENIPO.—Nada tiene de importuna, Tiresias: contéstame, pues, si no te es molesto.

TIRESIAS.—No era estéril, y no parí, sin embargo.

MENIPO.—Bastante es eso; pero quería saber si tenías matriz.

TIRESIAS.—La tenía ciertamente.

MENIPO.—¿Y con el tiempo la matriz se fué marchitando, se obstruyó la parte femenil, se desvanecieron

(1) Phineo, hijo de Agenón y rey de Salmydeso, en Thracia, fué un célebre adivino á quien los dioses privaron de la vista.—Lynceo, hijo de Aphareo y de Arene, uno de los argonautas, fué célebre por la perspicacia de su vista.

(2) Sobre la doble naturaleza de Tiresias, véase «De la Astrología», pár. 11.

(3) Versos 230 hasta 251.

los pechos y brotó la virilidad y te salió la barba; ó pasaste de repente de mujer á hombre?

TIRESIAS.—No sé lo que quieres decir con la pregunta, si no es, á lo que parece, que no crees que la cosa fuese así.

MENIPO.—No conviene ciertamente, oh Tiresias, dudar de tales cosas, sino recibirlas como un necio, sin examinar si son ó no posibles.

3. TIRESIAS.—¿Pues no crees que han sucedido tantas otras, como haberse convertido algunas mujeres en aves, en árboles ó en fieras, por ejemplo, Aëdon, Daphne y la hija de Lycaón? (1).

MENIPO.—Si alguna vez topo con ellas, sabré lo que dicen de eso. Ahora bien, excelente varón, cuando eras mujer, ¿vaticinabas también como más tarde, ó aprendiste al mismo tiempo á ser hombre y adivino?

TIRESIAS.—¿Lo ves? Desconoces todo lo que á mí se refiere: que dirimí cierta contienda de los dioses; que Juno me privó de la vista, y que Júpiter dulcificó mi desgracia concediéndome el don de adivinar (2).

MENIPO.—¿Insistes aún, Tiresias, en tus mentiras? Es cierto que obras de conformidad con todos los adivinos, pues es costumbre entre vosotros no decir nada de provecho (3).

(1) Aëdon ó Philomela fué convertida en ruiseñor; Daphne en laurel, y Calixta (la hija ó hermana de Lycaón) en osa, y después en la constelación llamada igualmente osa mayor.

(2) Véase Ovidio, *Metamorph.*, III, 314.

(3) Literal: μηδὲν ὑγιές, nada saludable.

29.

Ayax guarda rencor á Ulyses, hasta en los Infiernos, por haberse atrevido á disputarle las armas de Aquiles.

AYAX Y AGAMEMNÓN.

1. AGAMEMNÓN.—Si en un raptó de locura, oh Ayax, te diste la muerte y quisiste dárnosla á todos nosotros (1), ¿por qué culpas de ello á Ulyses? Hace poco, cuando vino á consultar á Tiresias, no le miraste, ni tuviste á bien dirigirle la palabra, aunque ha sido conmlitón y camarada tuyo, sino que pasaste de largo, en ademán despreciativo, acelerando el paso (2).

AYAX.—Hice bien, Agamemnón: él fué la causa de mi furia, por haberseme opuesto, él únicamente, en la cuestión de las armas.

AGAMEMNÓN.—¿Querías, pues, no tener competidor alguno, y sin esfuerzo de ninguna clase salir triunfante de todos?

AYAX.—Sí, con respecto á este asunto: las armas me pertenecían, como bienes de familia, porque eran de mi primo (3). Todos vosotros, siendo mejores que él, os abstuvisteis del certamen y me cedisteis el premio de la victoria. Pero el hijo de Laertes, á quien yo salvé muchas veces del peligro de ser despedazado por los

(1) Sóphocles: *Ayax*; Ovidio, *Metamorph.*, XII y XIII.

(2) Homero: *Odysea*, XI, 541 y siguientes.

(3) Telamón y Peleo, padres respectivamente de Ayax y de Aquiles, eran hermanos.

Phrygios, se creyó mejor y más digno que yo de poseer las armas.

2. AGAMEMNÓN.—Quéjate entonces de Thetis, buen amigo, que debiendo adjudicarte la herencia de las armas á título de pariente, las puso á pública competencia (1).

AYAX.—No; me quejo de Ulyses, que fué el único que me las disputó.

AGAMEMNÓN.—Perdónale, oh Ajax, si siendo hombre, se dejó llevar de su amor á la gloria, cosa gratísima, por la cual también cada uno de nosotros corrimos tantos peligros. Al fin, él te venció, y eso á juicio de los Troyanos (2).

AYAX.—Ya sé quién decidió en contra mía; pero no es lícito decir nada de los dioses. Jamás, Agamemnón, podré dejar de aborrecer á Ulyses; ni aunque Minerva misma me lo mande.

(1) Literal: φέρουσα ἐς τὸ κοινὸν κατέθετο αὐτά, llevándolas las puso en común ó al público.

(2) Según Homero, *Odyssea*, xi, 544, los Troyanos cautivos y Palas Minerva fallaron. Parece ser que Agamemnón, jefe de los ejércitos griegos, queriendo rehuir la responsabilidad del juicio, preguntó á los Troyanos prisioneros cuál de los dos les había hecho más daño; y como éstos contestasen que Ulyses, á él le adjudicó las armas.

30.

Pónese de nuevo en ridículo el dogma pagano de la Fatalidad (1).

MINOS Y SOSTRATO.

1. MINOS.—Este bandido de Sostrato sea arrojado al Pyriphlegethón; este sacrílego sea despedazado por la Quimera; á este tyrano, oh Mercurio, tiéndasele al lado de Tycio y que los buitres le desgarran el hígado. Y vosotros, los buenos, marchad al punto á los Campos Elyseos y habitad las islas de los bienaventurados, porque habéis practicado la justicia durante vuestra vida.

SOSTRATO.—Oyeme, oh Minos, si crees que voy á hablar en razón.

MINOS.—¿Otra vez he de oírte? ¿No estás convencido, Sostrato, de que eres un malhechor y un asesino?

SOSTRATO.—Estoy convencido; pero considera si en justicia debo ser castigado.

MINOS.—Absolutamente, si ha de darse á cada cual su merecido.

SOSTRATO.—Contéstame, sin embargo, Minos: breve será mi pregunta.

MINOS.—Habla, y no seas prolijo, que tengo que juzgar también á otros.

2. SOSTRATO.—¿Lo que en la vida he hecho, lo hice

(1) Véase el número 19 de estos mismos *Diálogos*.—En *Alejandro ó el falso profeta* y en *Demonax*, vuelve á hablarse de Sostrato, interlocutor de este Diálogo, como famoso ladrón.

voluntariamente, ó así fué decretado (1) por la Parca?

MINOS.—La Parca lo decretó, á no dudarlo.

SOSTRATO.—Luego los buenos y los que á nuestro parecer son malos, no somos más que ministros de ella en todo lo que hacemos.

MINOS.—Sí: Clotho asigna á cada uno, cuando nace, lo que ha de hacer.

SOSTRATO.—Si un hombre, por consiguiente, se ve obligado por otro á cometer un homicidio, sin poder contradecir á quien le obliga, como un verdugo ó un satélite que obedecen al juez ó al tyrano, ¿á quién le harás reo de esta muerte?

MINOS.—Claro es que al juez ó al tyrano: no en modo alguno á la espada: ésta sirve ciegamente, como instrumento que ejecuta el designio (2), á quien fué primero causa de la muerte.

SOSTRATO.—Perfectamente, Minos: das mayor fuerza á mi ejemplo. Y si un esclavo, por encargo de su señor, lleva á cualquiera oro ó plata, ¿á quién han de darse las gracias ó á quién ha de tenerse por bienhechor?

MINOS.—A quien lo manda, Sostrato; pues el que lo lleva no es más que un mandadero.

3. SOSTRATO.—¿Ves, por lo tanto, cuán injustamente obras castigándonos, cuando somos simplemente ejecutores de lo que Clotho nos ordena, ó premiando á aquellos otros que dispensan bienes que les son ajenos? Nadie dirá, con efecto, que es dado resistirse á lo que se impone con absoluta necesidad.

MINOS.—Sostrato, otras muchas cosas has de ver

(1) Literal: ἐπεκέκλωστο, hilado.

(2) Literal: ὄργανον ὄν προς τὸν θυμὸν, siendo instrumento en cuanto al designio. Hemsterhuis traduce *instrumentum libidinis*; Talbot, *instrument de colére*.

que no se hacen conforme á razón, si observas con algún detenimiento. Mas el único fruto que sacarás de este asunto, es el que te reputemos, no sólo como bandido, sino también como sophista. Suéltale, sin embargo, Mercurio, y que no se le castigue ya. Pero cuidado con enseñar á los otros muertos á que nos vengan con semejantes preguntas.

XI.

MENIPO O LA NECROMANCIA (1).

AL SEÑOR DON ANTONIO GONZALEZ GARBINO,

catedrático de Latin y Griego, y en la actualidad de Literatura clásica, en la Universidad literaria de Granada.

Querido Antonio: Al amparo de tu probada competencia pongo este pequeño trabajo, que ha entretenido mis tristezas por algunos días, y que á instancias de tu fraternal cariño ve la luz pública.

Si tú sólo hubieras de leerlo, estarían demás las cortas notas con que he pretendido aclarar el texto, porque de puro sabidas las tienes ya olvidadas, aun dado que no fuesen tan vulgares; pero como es de presumir, pensando piadosamente, que en él ponga sus ojos algún curioso poco afecto por educación ó por carácter á estas *antiguallas*, que han sabido sin em-

(1) En 1876 publicamos este DIÁLOGO en folleto—Vitoria, Imprenta de los Hijos de Manteli,—precedido de la carta-dedicatoria que transcribimos también aquí, en prueba de que permanecen vivos los sentimientos de afecto y gratitud que la inspiraron.

bargo sobreponerse á los siglos, ó, lo que sería más de desear, algunos jóvenes dedicados al estudio de las lenguas y literaturas clásicas, he creído conveniente, para que obtengan algún fruto ó encuentren al menos distracción en su lectura, facilitarles algunos datos que á ellos, por falta de afición ó de costumbre, les sería penoso buscar.

Con igual objeto y dirigidas á los mismos, me permitirás que añada algunas líneas á esta carta: pásalas tú por alto, y sufre con paciencia que tu justa reputación y tu nombre sirvan de escudo á mis escasas dotes.

Entre los escritores que más se distinguen en el período greco-romano de la literatura griega (146 antes de Cristo hasta 306 después de Cristo) figura LUCIANO, que nació á mediados del siglo II de nuestra era, en Samosata, capital de la Comagena, provincia de Syria.

Sólo sabemos de su vida lo que él mismo nos dice en sus escritos (1). No sintiéndose inclinado al arte de la escultura, á que sus padres quisieron dedicarle, ni á la profesión de abogado, que por algún tiempo ejerció en Antioquía, se consagró al estudio de la retórica y á la práctica de la elocuencia, con tan felices disposiciones, que en breve ganó fama y dinero, luciendo en las declamaciones y lecturas públicas las galas de su rica fantasía y las extraordinarias dotes de su ingenio. Con este carácter de SOPHISTA, que á la sazón equivalía á cultivador de las bellas letras, re-

(1) «El sueño ó la vida de Luciano.»—«El pescador ó los resucitados.»—«La doble acusación ó los tribunales.»—«Apología de los que están á sueldo.»—«Elogio de la patria.»—«Alejandro ó el falso profeta.»

corrió la Grecia, el Asia menor, las Galias y la Italia, permaneciendo algún tiempo en Roma; y á la edad de cuarenta años, colmado de aplausos y con una regular fortuna, volvió á Grecia, y se estableció en Atenas, en donde dió nuevo rumbo á su talento, desarrollándolo como filósofo y como escritor satírico. A su vejez obtuvo del Emperador Marco Aurelio un cargo administrativo de alguna importancia en Egipto, y allí se cree que murió en edad muy avanzada.

La variedad de asuntos que Luciano toca en sus composiciones manifiesta la extensión de sus conocimientos y la fecundidad de su genio. El diálogo es la forma de expresión que generalmente adopta; y la intención profundamente satírica, el tono irónico salpicado de chistes y el estilo humorístico, las cualidades que le distinguen y caracterizan. Su dicción castiza, sobria y verdaderamente *ática*, tiene toda la elegancia y corte clásico del siglo de Pericles. Sensible es, sin embargo, aunque no de extrañar, que, influido sin duda por la corrupción de costumbres, la depravación de caracteres, la decadencia de la lengua y la perversión del gusto, propias de su tiempo, no supiera en ocasiones moderar su crítica, ni precaverse á veces de los vicios de elocución que él mismo censuró y puso en ridículo.

La sátira, pues, manejada con una gracia inimitable, aunque no siempre con la mesura y el decoro convenientes, contra los errores, los vicios y las extravagancias de su época y de todos los tiempos, ensañándose contra los filósofos de profesión, ó, si se quiere, de oficio (1) y muy especialmente contra las

(1) Aunque en la «Almoneda de vidas» ridiculiza Luciano nombres tan respetables como los de Pithágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles, rectifica cumplidamente en «El pescador ó los

creencias religiosas del paganismo, en que él mismo se educó, ha hecho célebre su nombre é inmortalizado sus obras, aparte los títulos que, en opiniones más ó menos razonadas, puedan acreditarle como novelista (1), didáctico (2), gramático (3), poeta (4) ó filósofo afiliado á una escuela determinada.

Bajo este último punto de vista, Luciano es escéptico, como lo son todos los escritores de su género; mas no tan absoluto que en medio de sus heladas negaciones, y entre donaires y burlas, deje de ofrecer á la razón humana el testimonio de su respeto (5), ni de mostrarse con frecuencia amante de la verdad y del bien (6), celoso del cariño y la amistad (7) y entusiasta por las glorias de la patria (8). En religión aparece siempre ateo; pero con sus pertinaces y furibundas diatribas en contra del paganismo secunda en cierto modo la obra de los cristianos, si bien no puede inferirse de aquí que abrazase sus creencias, porque consta que desconocía sus doctrinas (9).

Cuanto acabamos de decir del carácter de Luciano, como literato y como pensador, se encuentra confirmado en *Menipo ó la Necromancia*, que es, en medio de todo, uno de tantos diálogos en que fiel y exacta-

resucitados,» dejando á salvo la sana filosofía y haciendo justicia á los verdaderos filósofos.

(1) «Lucio ó el asno.»—«Historia verdadera.»

(2) «Cómo debe escribirse la historia.»

(3) «Lexiphanes.»—«El pseudo-logista.»—«El maestro de retórica.»

(4) Epigramas.

(5) «Hermótimo ó las sectas filosóficas.»

(6) «El pescador ó los resucitados.»

(7) «Toxaris ó la amistad.»

(8) «Elogio de Demóstenes.»

(9) «La muerte de Peregrino.»

mente se refleja la tendencia general dominante en sus obras (1).

Bajo la personalidad de Menipo, busca la verdad, y encuentra sólo dudas y contradicciones; se burla de las fórmulas y prácticas embaucadoras de los magos, y censura la ignorancia y la superstición del pueblo que en ellos y en sus hechicerías tenía fe; trata con impío desprecio á las divinidades del Infierno, y pone en ridículo á los que en el mundo fueron respetados por su posición ó su fortuna; y manifiesta, por último, en las palabras que pone en boca de Tiresias, á vueltas de reminiscencias cynicas y epicúreas, la frialdad é indiferencia de su escepticismo.

Son, sin embargo, serias y felicísimas las comparaciones que hace de la vida humana con una procesión dirigida por la Fortuna, y con una representación dramática ó farsa teatral en que unos mismos hacen indistintamente de reyes ó de esclavos. Y encierran profundo sentido moral y filosófico, y aun tienen cierto sabor cristiano, la igualdad á que todos hemos de quedar reducidos con la muerte; el despego que deben inspirarnos las pompas y vanidades del mundo, por la facilidad con que se truecan el estado y las condiciones del hombre, y la inseguridad de los bienes que disfrutamos y la resignación con que debemos sufrir su pérdida, puesto que no se nos dieron por merecimiento propio, sino como préstamo gracioso, incondicionado y temporal.

Sus bellezas literarias han desaparecido con mi tra-

(1) Algunos críticos han puesto en duda la autenticidad de este DIÁLOGO, fundándose en que muchos de sus pensamientos se hallan repetidos en los «Diálogos de los muertos» y en el empleo de ciertas voces y sentencias que no consideran muy propias. Su corte, sin embargo, y su intención son ciertamente de Luciano.

ducción. Ojalá tenga imitadores que sepan reparar mis faltas. Entre tanto, sírvame en parte de disculpa la consideración de que es la primera traducción castellana que de este *Diálogo* se ofrece al público (1).

Tiempo es ya, querido Antonio, de que me vuelva á tí.

Acaso se te ocurra preguntarme por qué entre los ciento y tantos Diálogos de Luciano (2) me he fijado en éste con preferencia á otros muchos igualmente bellos é interesantes. La razón es muy sencilla; porque habiéndolo elegido nuestro honorable maestro, don Lázaro Bardón, para sus *Lectiones græcæ*, que tengo constantemente sobre mi mesa de estudio, ha sido el diálogo que más fácil y cómodamente he tenido ocasiones repetidas de leer y de estudiar; y además, porque siendo esta preciosa colección texto de la asignatura en las Universidades, como lo fué en muchos Institutos, cuando Dios quería, he creído que tal vez

(1) Escrito y publicado ya este trabajo, tuvimos ocasión de ver los *Diálogos Morales de Luciano*, traducidos del griego por el Licenciado D. Francisco Herrera Maldonado, Madrid, 1796, en número de ocho, entre los cuales, con el título de *El Hércules Menipo*, figura MENIPO ó LA NECROMANCIA. De esta traducción, que mejor podría llamarse imitación ó paráfrasis, puede decirse lo que de la francesa de D'Ablancourt: que es tan *bella como infiel*, pues aparece nuestro autor metamorfoseado de escéptico y satírico en moralista místico y asceta.

Respecto á las demás versiones castellanas del autor que nos ocupa, muy escasas y parciales, véase el curioso libro que con el modesto título de *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España* ha dado á luz nuestro antiguo discípulo y amigo muy querido D. Julián Apraiz.

(2) Los escritos de Luciano entre opúsculos, diálogos y epigramas son 82. Pero los «Diálogos de los dioses» contienen 26 números; los «marinos,» 15; los «de los muertos,» 30; los «de los cortesanos,» 15, y los epigramas son en número de 53.

podría prestar en esta parte alguna utilidad á los jóvenes que al estudio del griego se dedican, facilitándoles, por lo menos, la comprobación de sus versiones. Al efecto he procurado sujetarme á la letra, en cuanto me ha parecido que lo permitía la índole particular de las respectivas lenguas.

Recibe con cariño, ya que con la indulgencia cuento, este recuerdo del afecto fraternal que te profesa tu apasionado compañero y paisano

CRISTÓBAL VIDAL.

Vitoria 17. de marzo de 1876.

MENIPO O LA NECROMANCIA (1).

ARGUMENTO.

Menipo cuenta á Philonides que, deseoso de averiguar la línea de conducta á que debe arreglar su vida el hombre que quiera vivir honrada y prudentemente, y no satisfecho con las lecciones contradictorias de los filósofos, decidió bajar á los Infiernos y consultar al adivino Tiresias, valiéndose al efecto del mago Mithrobarzanes. Refiere lo que vió en los Infiernos: el tribunal de Minos; el lugar de los Suplicios; el Campo Aquerusio, en que yacen enteramente iguales todos los muertos; la triste condición á que se ven reducidos los que en la tierra fueron reyes ó sátrapas, y el Decreto que la asamblea de los muertos votó y sancionó contra los ricos. Por último, Tiresias le dice que la vida mejor y más prudente es la de los ignorantes y le aconseja que, absteniéndose de toda especulación filosófica, use bien de lo presente y se ría de todo lo demás (2).

MENIPO Y PHILÓNIDES.

I. MENIPO.—

Pórtico de mi hogar, yo te saludo;
A la luz de la vida habiendo vuelto,

(1) Acerca de Menipo, véase DIÁLOGOS DE LOS MUERTOS, 1, nota 3.^a — Necromancia, palabra compuesta de *νέκρος*, muerto, y *μαντεία*, augurio ó presagio, es el arte supuesto de adivinar lo futuro, consultando á los muertos. Superstición antigua muy parecida al moderno Espiritismo.

(2) Este DIÁLOGO exige para su mejor inteligencia y apreciación de sus muchas alusiones la lectura del canto XI de la «Odysea» y del VI de la «Eneida».—Sobre las dudas acerca de su autenticidad y sobre su versión castellana de Herrera Maldonado, véanse las notas á la carta-dedicatoria, páginas 263 y 264.

Gozoso te contemplo, casa mía (1).

PHILÓNIDES.—¿No es este Menipo el cynico? (2) El mismo es, ciertamente, si no me engaña la vista: Menipo entero y verdadero (3). Pero ¿qué significa ese traje tan extraño? ¡El pileo, la lyra, la piel de león!... (4). Voy á acercarme á él.—Salud, Menipo. ¿De dónde vienes? No se te ha visto mucho tiempo hace en la ciudad.

MENIPO.—

De la mansión horrible de los muertos,
Donde reina Plutón sin otros dioses (5).

PHILÓNIDES.—¡Por Hércules! Menipo ha muerto sin saberlo nosotros, y luego ha resucitado.

MENIPO.—

No, que en vida Plutón me ha recibido (6).

PHILÓNIDES.—Y ¿cuál fué la causa de esa peregrinación tan nueva y tan extraordinaria?

MENIPO.—

La juventud audaz y el gran deseo
Que de hallar la verdad me enardecía (7).

PHILÓNIDES.—Deja, hombre, ese tono de tragedia y

(1) Eurípides: *Hércules furioso*, 523.

(2) Literal: ὁ κύων, el cynico ó el perro. Véase «Diálogos de los muertos», 2, nota 1.^a

(3) Literal: Μένιππος ὅλος, Menipo todo él: idiotismo de que usa también en el «Diálogo de los muertos», núm. 16.

(4) El pileo, gorro propio de los marineros, es el distintivo de Ulyses; la lyra, de Orpheo; la piel de león, de Hércules.

(5) Eurípides: *Hecuba*, 1.

(6) Eurípides: Tragedia perdida.

(7) Eurípides: *Andromeda*, fragmento xi.

dime sencillamente, sin ensartar más versos, qué vestido es ese y qué fué lo que te obligó á hacer esa expedición, que no creo tenga nada de agradable ni de apetecible.

MENIPO.—

Oh mi amigo querido, deseaba
Consultar á Tiresias el tebano,
Y en el Orco busqué su sabio espíritu (1).

PHILÓNIDES.—Pero por fuerza has perdido el juicio; porque si no, no enristrarías versos de ese modo al hablar con un amigo.

MENIPO.—No lo extrañes, amigo mío; hasta hace poco he estado conversando con Eurípides y Homero, y de tal modo me he saturado de versos, que sin pensar se me vienen á los labios.

2. Pero dime, hablando de otra cosa, ¿cómo van las cosas de la tierra, y qué hacen nuestros conciudadanos?

PHILÓNIDES.—No ocurre novedad: como antes, roban, perjuran, ejercen la usura y cobran réditos exorbitantes.

MENIPO.—¡Infelices y mal aconsejados! No saben lo que se ha legislado hace poco por los de abajo, ni los decretos que se han votado contra los ricos, y que, ¡por Cerbero! no podrán eludir bajo ningún pretexto.

PHILÓNIDES.—¿Qué dices? ¿Algo nuevo han decretado los de abajo respecto á nosotros?

MENIPO.—Sí, por Júpiter, y mucho. Pero no es lícito manifestar estas cosas á todos, ni conviene divulgar los misterios, no sea que alguno me acuse de impiedad ante Rhadamantho (2).

(1) Homero: *Odysea*, XI, 164 y 165.

(2) Rhadamantho, Eaco y Minos, reyes que fueron respectiva-

PHILÓNIDES.—No, Menipo, por Júpiter, no niegues tu confianza á un amigo; hablas con un hombre que sabe callar y que está además iniciado en otros secretos.

MENIPO.—En verdad que tu exigencia es embarazosa y no exenta de responsabilidad; sin embargo, voy á complacerte (1). Se ha decretado que los ricos, que guardan el oro encerrado como á la joven Dánae... (2).

PHILÓNIDES.—No hables, mi buen amigo, de esos decretos antes de referirme, porque lo oiré con sumo gusto, qué objeto te propusiste al hacer ese viaje, quién te enseñó el camino y qué viste y oíste allá abajo, pues es de suponer que tú, siendo hombre de buen gusto, no pasarías por alto cosa que fuese digna de ser vista ú oída.

3. MENIPO.—Así lo haré, en obsequio tuyo (3). ¿Quién puede negarse cuando un amigo le obliga? Voy á decirte, pues, primeramente la intención y los motivos que me impulsaron á hacer mi viaje á los Infiernos. Cuando yo era niño, al oír las narraciones que Homero y Hesiodo hacían de las guerras y sediciones de los héroes ó semidioses y aun de los dioses mismos, sus adulterios, sus violencias, sus robos, sus venganzas, las rebeliones de los hijos, la expulsión de los pa-

mente de Licia, Egina y Creta, formaban el tribunal encargado de juzgar las almas de los que bajaban al Infierno, de que era dios y rey Plutón.

(1) Literal: πλὴν ἀλλὰ σοῦγε ἔνεκα τολμητέον, sin embargo he de atreverme en gracia á tí.

(2) Dánae fué encerrada en una torre por su padre Acrisio, rey de Argos, por miedo á una predicción que le había anunciado morir á manos de su nieto: Júpiter, transformado en lluvia de oro, penetró en la torre, y Dánae tuvo un hijo llamado Perseo, que, conforme al oráculo, dió muerte á Acrisio. Ovidio: *Metamorph.*, IV, XVI, 8; Horacio, III, 16.—Véase «Diálogos marinos,» 12.

(3) Literal: Ἵπουργετέον καὶ ταῦτά σοι, haré también esto por tí.

dres y las uniones incestuosas de los hermanos, creí que todas estas cosas eran buenas y las contemplaba con entera tranquilidad de conciencia; pero cuando me hice hombre, ví que las leyes ordenaban precisamente lo contrario de lo que los poetas decían, esto es, no cometer adulterio, ni sublevarse, ni robar. En tal ambigüedad me puso esto, que verdaderamente no sabía á qué atenerme, pues no concebía que los dioses pudiesen cometer adulterios y levantarse los unos contra los otros á no estar convencidos de que tales actos eran buenos, ni que los legisladores ordenasen lo contrario sin estar persuadidos de su utilidad.

4. En esta duda, me pareció lo mejor entregarme en manos de esos que se llaman filósofos y rogarles que, haciendo de mí lo que quisieran, me mostrasen el camino llano y firme de la vida. Con esta intención me presenté á ellos; pero no tuve en cuenta que esto era ir de mal á peor, ó, como suele decirse, del humo al fuego, porque allí encontré, más que en ninguna otra parte, la ignorancia y la falta absoluta de consejo, en términos de persuadirme muy en breve de que la vida más dichosa y más feliz (1) es la de los ignorantes. En efecto, uno exhortaba á entregarse por completo al placer y perseguirlo única y exclusivamente, porque en eso consiste la felicidad (2); otro, por el contrario, rapsodiando sin cesar aquellos conocidos versos de Hesiodo sobre la virtud, el trabajo (3) y la subida á la cúspide (4), aconsejaba trabajar continuamente, contrariarse en todo y mortificar el cuerpo, andando siempre desaseado y mugriento, dis-

(1) Literal: χρυσοῦν, la vida de oro.

(2) Doctrina de Epicuro.

(3) Literal: τὸν ἰδρώτα, el sudor.

(4) Hesiodo: «Los trabajos y los días.» v. 287.

plicente á todo y de todos aborrecido (1); otro á su vez excitaba á despreciar las riquezas y á juzgar indiferente su posesión; y otro, en cambio, sostenía que la riqueza por sí misma es un bien (2). Y ¿qué diré de sus opiniones acerca del mundo? Oyéndoles todos los días las palabras *ideas, incorpóreos, átomos, vacío* y tanta otra multitud de nombres, estaba verdaderamente mareado. Y lo más raro del caso es que todos, al hablar, presentaban raciocinios tan convincentes y persuasivos acerca de las cosas más diversas y contrarias, que no se podía replicar nada ni al que sostenía que una cosa era caliente, ni al que aseguraba que era fría, en medio de saber con toda evidencia que no era posible que la misma cosa fuese caliente y fría á un mismo tiempo. Así, pues, me sucedía exactamente lo mismo que á los que dormitan: tan pronto bajaba como levantaba la cabeza en señal de asentimiento ó de negación (3).

5. Pero lo más inconcebible es que observando atentamente, descubrí que todos ellos hacían lo contrario de lo que decían y aconsejaban: á los que predicaban el desprecio de las riquezas los ví apegados tenazmente á ellas, litigando por la usura, enseñando por dinero y haciéndolo todo por interés; á los que menospreciaban la gloria, obrando y hablando por causa de ella, y á casi todos los que peroraban contra el placer, entregados por completo á él privadamente.

6. Frustrada esta mi esperanza, me afligí aún mucho más; si bien me consolaba poco á poco pensando que, como otros muchos muy sabios y muy celebrados por su prudencia, soy un mentecato y ando

(1) Doctrina de los estoicos y cynicos.

(2) Doctrina de los peripatéticos.

(3) Literal: ἄρτι μὲν ἐπινεύων, ἄρτι δὲ ἀνανεύων ἔμπαλιν.

errante sin conocer hasta ahora la verdad. Una noche, sin embargo, que pensando en estas cosas no pude dormir, se me ocurrió ir á Babilonia y buscar á alguno de los magos, discípulos y sucesores de Zoroastro (1), pues había oído que éstos, con ciertos encantamientos y ceremonias, abrían las puertas del Infierno y conducían con toda seguridad á quien querían, y volvían de nuevo á subirle. Parecióme lo mejor, si concertaba con alguno de ellos la bajada, buscar á Tiresias el Beocio é informarme de él, como adivino y sabio, cuál es la vida mejor y la que un hombre prudente debe seguir; y saltando de la cama con toda ligereza, me dirigí derecho á Babilonia. Allí me junté con un Caldeo, hombre sabio y reputado en el arte, de cabello cano y barba venerable, que se llamaba Mithrobarzanes; y después de muchos ruegos y súplicas, pude conseguir al fin que me sirviese de guía por el precio que quisiera.

7. Habiéndome tomado el hombre por su cuenta, me lavó primeramente por espacio de veintinueve días, á contar desde el primero de la luna, llevándome al Euphrates muy de mañana y recitando al salir el sol una oración larga, de la cual nada pude entender, porque, como los malos pregoneros en los juegos públicos, hablaba de una manera muy rápida y confusa; sin embargo, parecía como que invocaba á algunos genios. Después del encantamiento, me escupía tres veces al rostro y me hacía volver sin mirar á ninguno de los que salían á nuestro encuentro. Comíamos bayas; bebíamos leche, aguamiel y agua del Coaspes, y dormíamos al campo raso sobre

(1) Filósofo meda que vivió en el siglo vi antes de la Era Cristiana, á quien se atribuye la famosa obra del Zend-Avesta, que contiene la escritura sagrada de los Persas.

la hierba. Luego que me consideró suficientemente preparado, me condujo al río Tigris hacia la media noche y allí me lavó, me limpió y me purificó con teas, escila y otras varias cosas, murmurando aquel mismo encantamiento; y habiéndome conjurado y dado vueltas alrededor mío para que no pudiesen dañarme los espectros, me restituyó á casa tal como estaba, andando hacia atrás (1), y comenzamos desde luego á disponer nuestra navegación.

8. Vistióse él una túnica mágica muy parecida á la de los Medas, y á mí me atavió con estas cosas: pileo, piel de león y además la lyra, ordenándome que si alguno me preguntaba mi nombre no dijera que me llamaba Menipo, sino Hércules, Ulyses ú Orptheo.

PHILÓNIDES.—Y ¿para qué era eso, Menipo? No comprendo la razón ni del traje ni de los nombres.

MENIPO.—Pues es muy claro y en manera alguna difícil de entender: como éstos bajaron en vida al Infierno antes que nosotros, juzgaba él que si yo me asemejaba á ellos, burlaría fácilmente la guardia de Eaco y pasaría sin impedimento recomendado por la trágica vestidura que ordinariamente usaban (2).

9. Rayaba ya el día, y bajamos al río apercebidos para la partida: la barca, las víctimas, el hydromiel, y cuantas cosas son necesarias para el sacrificio esta-

(1) Literal: ἀναποδίζοντα, retroceder, recular, volver sobre los mismos pasos.

(2) Hércules, cubierto con la piel del león de Nemea, sacó de los Infiernos á Alceste y la entregó á su marido Admeto.

Ulyses bajó al Infierno á consultar á Tiresias, lo cual constituye el argumento del libro xi de la *Odysea*.

Orptheo, venciendo cuantos obstáculos se le ofrecieron con el encanto conmovedor é irresistible de su lyra, logró sacar de los Infiernos á su esposa Euridice.—Véase «Diálogos de los muertos,» 23.

ban ya dispuestas; pusímoslas á bordo, y nosotros también

llenos de dolor nos embarcamos,
vertiendo nuestros ojos llanto acerbo (1).

Navegamos durante algún tiempo por el río; llegamos luego á la laguna y estanque en el cual el Euphrates se pierde; y pasado éste, arribamos á una región solitaria, silvestre y privada de sol, en donde saltando á tierra (Mithrobarzanes iba delante) cavamos un hoyo, degollamos las ovejas y derramamos la sangre en derredor. El mago, entretanto, con una tea encendida y gritando, no ya con voz ténue, sino cuan alto podía, invocaba á todos los Genios, á las Penas, á las Furias.

A la nocturna Hécate,
Y á la fiera y temible Proserpina (2),

mezclando al mismo tiempo nombres bárbaros, desconocidos y de muchas sílabas.

10. En aquel instante todo se estremeció; la tierra

(1) *Odysea*, XI, 5.

(2) Parodia de Homero: *Odysea*, XI, 47.

Las Furias, llamadas también Erinnias y Eumenides, por antifrasis, castigaban en el Tártaro y azotaban con hachas encendidas y terribles culebras á los que habían vivido mal. Eran hijas del Infierno ó del Aquerón y la Noche, y tenían por nombres: Alecto, Tisifone y Meguera.

Las Penas eran igualmente unas deidades vengadoras.

Hécate, reina del Erebo, tenía tres cabezas, de caballo, de perro y de hombre ó de jabalí; sus cabellos eran víboras y sus pies serpientes: va seguida de una jauría de perros infernales, y aterra con su presencia á los condenados.

Proserpina, llamada por los Griegos Persephone ó Despoina, es la esposa de Plutón ó Ades, dios de los Infiernos.

se abrió en fuerza del conjuro; el ladrido del Cerbero se oyó á lo lejos; todo tomó un aspecto horrible y espantoso;

Plutón, rey de los muertos, tuvo miedo (1),

y se dejó ver gran parte del Infierno: la laguna, el Pyriphlegethon y los dominios de Plutón (2). Descendiendo, no obstante, á través de la hendidura, encontramos á Rhadamantho medio muerto de miedo: el Cerbero ladró y se excitó un poco; pero habiendo yo pulsado la lyra se tranquilizó al momento por la influencia de la melodía. Mas cuando llegamos á la laguna, á poco nos quedamos sin poder pasar adelante, porque la barca estaba ya cargada y repleta de lamentos, pues todos los que en ella navegaban iban heridos, unos en las piernas, otros en la cabeza y otros en alguna otra parte, que no parecía sino que venían de una batalla. Pero el excelente Carón, creyendo sin duda que yo era Hércules al verme con la piel de león, me recibió y me pasó de buen grado, señalándonos, al desembarcar, el camino que habíamos de seguir.

11. Cuando entramos en la oscuridad, Mithrobarzanes marchaba delante, y yo le iba á la zaga cogido á él, hasta que llegamos á un extenso prado cubierto de gamones, en donde las sombras de los muertos

(1) *Iliada*, xx, 61.

(2) El Orco, Averno ó Infierno comprendía cuatro departamentos: el Erebo, defendido por la laguna Estygia; el Báratro, precedido del río Aqueronte y seguido del río Cocyto; el Tártaro, bañado por el río Flegeton ó Pyriphlegetes, cuyas aguas ardían más que el fuego y daban nueve vueltas alrededor de aquel horroroso recinto; y los Campos Eliseos, morada de los justos, regado por el río Letheo, cuyas dulces aguas tenían la virtud de hacer olvidar los dolores sufridos. Virgilio, *Eneida*, lib. vi; y Homero, *Odissea*, x y xi.

volaban á nuestro rededor con estridente aleteo. Avanzando un poco más, nos encontramos con el tribunal de Minos: estaba sentado sobre un trono elevado, en medio de las Penas, de los Genios vengadores y de las Furias. Llevábanle, de una parte, muchos, atados unos tras otros con una gran cadena, los cuales se decía eran adúlteros, rufianes, publicanos (1), aduladores, sycophantas (2) y otra multitud por el estilo de los que todo lo trastornan y perturban en el mundo. De otro lado se le acercaban los ricos y los usureiros, pálidos, panzudos y gotosos, oprimidos con una argolla y una cadena de dos talentos de peso (3). Como estábamos muy cerca, veíamos cuanto ocurría y les oíamos también defenderse contra ciertos oradores desconocidos é inopinados, que eran los que les acusaban.

PHILÓNIDES.—¿Y quiénes eran? Por Júpiter, no te detengas en decírmelo.

MENIPO.—¿Has visto esas sombras prolongadas que proyectan nuestros cuerpos al sol?

PHILÓNIDES.—Sí por cierto.

MENIPO.—Pues esas, después que morimos, nos acusan; dan testimonio en contra nuestra, y nos arguyen por nuestros actos durante la vida; y parecen ser testigos muy fidedignos, por cuanto nos acompañan constantemente sin separarse jamás de nuestros cuerpos.

12. Minos examinaba cuidadosamente á cada uno, y los enviaba, según sus merecimientos, al lugar de los impíos para sufrir la pena correspondiente á sus culpas; y principalmente se ensañaba con aquellos

(1) Τελώνιαι, recaudadores de los tributos.

(2) Calumniadores ó delatores.

(3) Unos 60 kilogramos.

que, desvanecidos por las riquezas y los honores, se creían casi dignos de veneración, reprobando su arrogancia y su soberbia pasajeras (1) y el que no recordasen que eran mortales, y mortales igualmente los bienes que alcanzaron. Ellos, despojados de todo aquel esplendor, esto es, de las riquezas, de la nobleza y del poder, desnudos é inclinada la cabeza permanecían en pie recordando como un sueño su felicidad entre los vivos. Yo, viéndoles así, me alegraba sobremanera; y si conocía á alguno, aproximándome á él con la mayor suavidad le recordaba cuál había sido durante su vida y cuánta era su insolencia cuando muchos infelices estaban en sus pórticos desde la mañana esperando su salida injuriados y maltratados por los domésticos, y cómo si alguna vez se mostraba al fin á ellos, vestido de púrpura, cubierto de oro y adornado con vários colores, pensaba que hacía dichosos y felices á los que le saludaban si se dignaba darles á besar el pecho ó la mano. Al oirme hablar así se afectaban dolorosamente.

13. Sólo una causa fué sentenciada favorablemente por Minos. Acusado Dionysio de Sicilia de muchos y grandes crímenes por Dión, y confirmados todos ellos por el testimonio de su sombra, estaba ya á punto de ser entregado á la Quimera (2), cuando se presentó Arístipo de Cyrene, que goza de gran prestigio y poder entre los de abajo, y le libró de la condenación, diciendo que se había portado bien en cuestión de dinero con muchos sabios.

(1) Literal: ὀλιγοχρόνιον, de poco tiempo, para breves días, efímera.

(2) Mónstruo infernal que tenía cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón y que vomitaba torrentes de fuego. El origen de este espantoso mónstruo es quizás el volcán llamado *Quimera* de Phaseles en Lycia.

14. Habiéndonos separado del tribunal, llegamos al lugar de los tormentos. Allí, querido amigo, había mucho y muy lastimoso que ver y oír. El ruido de los azotes se confundía con el llanto de los que eran tostados al fuego; los instrumentos de tortura, los cepos, las ruedas, la Quimera que desgarraba y el Cerbero que despedazaba y devoraba. Todos eran castigados á la vez: reyes, esclavos, sátrapas, pobres, ricos, mendigos; y todos se arrepentían de sus culpas. Fijándonos, reconocimos á algunos de los que habían muerto hacía poco; pero ellos se ocultaban por vergüenza y se volvían; y si acaso nos miraban, era de un modo muy servil y adulator. ¿Cómo imaginarías esto, habiendo sido tan soberbios y altaneros en la vida? En cuanto á los pobres, se les otorgaba á medias la inmunidad de sus maldades: se les concedía un descanso, para ser de nuevo atormentados. Y ví también á aquellos condenados de que nos habla la fábula: á Ixión, á Sísypho, á Tántalo el phrygio, que por cierto lo pasaba muy mal, y al gigante Tityo; ¡por Hércules! ¡qué grande era! Estaba tendido y ocupaba todo el campo (1).

15. Dejando á éstos, pasamos al campo de Aque-

(1) Virgilio, *Eneida*, VI, 595 y siguientes.—Homero, *Odysea*, XI, 576 y siguientes.

Ixión en castigo de haber atentado contra el pudor de Juno fué atado en el Tártaro á una rueda que estaba continuamente en movimiento.

Sisypho estaba condenado á subir eternamente á la cima de un monte un enorme peñasco, que siempre caía al llegar á la cumbre.

Tántalo tenía junto á los labios agua y comida que no lograba alcanzar.

Tityo ó *Ticyo* fué arrojado al Tártaro por haber intentado seducir á Latona, y allí un buitre le devora las entrañas que, renaciendo sin cesar, prolongan indefiniblemente su tormento.

rusio, y allí encontramos los semidioses, las heroínas y gran número de muertos distribuidos por naciones y por tribus: los unos, viejos ya, carcomidos y, como dice Homero, «desmoronándose» (1); los otros, frescos aún y consistentes, principalmente los Egipcios por la fortaleza de su condimento. Y no era fácil ciertamente conocer á cada uno de ellos, pues todos se habían hecho enteramente semejantes, desnudos y descarnados sus huesos; sin embargo, con gran dificultad y examinándoles por largo tiempo, llegábamos á conocerles. Yacían los unos sobre los otros confundidos, sin diferencia ninguna entre sí y perdida la belleza que tuvieran cuando vivos. Ciertamente que ante aquel montón de esqueletos, todos semejantes, todos mirando con ojos vacíos que infundían terror y mostrando los dientes descarnados, dudaba yo en qué podría distinguir á Thersites del bello Nireo; al mendigo Iro, del rey de los Pheacios, ó al cocinero Pyrrhia, de Agamemnón. Ninguno de los antiguos caracteres permanecía ya en ellos, sino que eran sólo huesos en un todo parecidos, sin rasgo ni señal alguna que pudiera diferenciarlos y distinguirlos.

16. Contemplando todo esto, se me representaba la vida de los hombres como una larga procesión en que la Fortuna ordena y arregla cada cosa, asignando á los que en ella van trajes diferentes y variados: á uno, tomado al acaso, le viste de rey, le pone la tiara, le da guardias de honor y ciñe su cabeza con una diadema; á otro le viste un traje de esclavo; á uno lo dispone para ser hermoso, á otro para ser deforme y ridículo: que es preciso sin duda que el espectáculo sea vistoso y multiforme. Y muchas veces la Fortuna en medio de la procesión cambia también las vesti-

(1) Literal: ἀμνηνοῦς, sin consistencia. *Odysea*, x, 521-535.

duras de algunos, no permitiéndoles proseguir hasta el fin en el orden en que habían sido colocados; sino que, variando la decoración, obliga á Creso á tomar la túnica del esclavo y del prisionero de guerra, mientras que á Meandrio (1), poco antes confundido entre los esclavos, le inviste con la tiranía de Polycrates y le permite por algún tiempo desempeñar este papel. Después que la procesión ha pasado, cada uno, dejando sus atavíos y despojándose de sus vestiduras, se queda sólo con su cuerpo, como era antes, sin diferenciarse en nada del que está á su lado. Algunos, por ignorancia, cuando la Fortuna les exige los ornamentos, que graciosamente les concedió, se afligen y hasta se indignan como si fuesen privados de bienes propios ó como si no devolviesen los que estuvieron disfrutando como prestados para poco tiempo. Supongo que habrás visto muchas veces en el teatro á los actores trágicos haciendo, según las necesidades del drama, unas veces de Creón y otras de Príamo ó de Agamemnon; y el mismo, si á mano viene, que poco antes representaba con toda gravedad el papel de Cécrope ó de Erectheo aparece poco después, por convenir así al poeta, haciendo de esclavo; mas el drama concluye, y entonces cada actor, desnudándose del traje bordado en oro, quitándose la máscara y apeándose del cothurno, vuelve á ser el hombre pobre y humilde que se llama, no Agamemnon el hijo de Atreo, ni Creón el hijo de Meneceo, sino Polo, hijo de Caricles, natural de Sunio, ó Sátyro, hijo de Theogitón el Marathonio (2). Tales me pa-

(1) Sucesor de Polycrates de Samos. Véase Herodoto, III, 123 y 152. De Meandrio ó Meandro habla de nuevo nuestro autor en «Caron ó los contempladores,» 14.

* (2) Polo y Sátyro, famosos actores del teatro de Athenas, de los cuales se habla nuevamente en «Jupiter trágico,» 41.

recían á mí las cosas de este mundo, bajo la impresión de lo que estaba presenciando.

17. PHILÓNIDES.—Dí, Menipo; ¿y los que tienen aquí sepulcros magníficos y elevados, con columnas, estatuas é inscripciones, no son allí más considerados que los otros muertos? (1)

MENIPO.—Tú deliras, Fhilónides; pues si vieras al mismo Mausolo, el de Cária, el que se ha hecho célebre por su sepulcro, estoy seguro que no te cansarías de reir: humillado hasta el extremo, yacía en un rincón, perdido entre la restante multitud de muertos, sin disfrutar, á mi entender, otra ventaja de su monumento que el estar oprimido bajo el peso de tan grande mole (2). Amigo mío, cuando Eaco mide á cada uno el espacio que le corresponde, y no da á lo sumo más que un pie, es preciso recogerse y sujetarse de buen grado á la medida. Y de seguro que te reirías mucho más si hubieras visto á los que fueron reyes y sátrapas entre nosotros mendigando en el Infierno ú obligados por la necesidad á vender pescado salado, ó á enseñar las primeras letras, insultados por el primero que llega, ó dados de pescozones como los más despreciables esclavos. Yo no podía contenerme al ver á Philipo de Macedonia que en un rinconcillo estaba cosiendo á jornal zapatos viejos. Y era de ver á otros muchos pidiendo limosna en las encrucijadas: me refiero á los Jerjes, los Daríos y los Polycrates (3).

18. PHILÓNIDES.—Cosas extraordinarias y casi increíbles me cuentas de los reyes. ¿Y qué hacían Sócrates y Diógenes, y los otros sabios, si á alguno viste?

(1) Literal: τῶν ἰδιωτῶν νεκρῶν, que los muertos particulares ó plebeyos?

(2) Véase «Diálogos de los muertos,» 24.

(3) El final de este párrafo lo consideran los críticos indigno de la pluma de Luciano.

MENIPO.—Sócrates se pasea por allí refutando á todos; con él están Palamedes, Ulyses, Néstor y alguno que otro muerto hablador: aun tenía las piernas hinchadas y doloridas por efecto del veneno (1). El bueno de Diógenes tiene su morada cerca de Sardánápalos el Asyrio, de Midas el Phrygio, y de algunos otros personajes opulentos; cuando les oye lamentarse ó echar cuentas sobre su antigua fortuna, se ríe y se deleita, y echado ordinariamente boca arriba canta con voz muy áspera y desentonada sofocando sus lamentos, hasta el punto de que aburridos los hombres han resuelto cambiar de domicilio por no poderle sufrir (2).

19. PHILÓNIDES.—Bien está, Menipo; mas ¿qué decreto era ese que me dijiste al principio se había dado contra los ricos?

MENIPO.—Haces bien en recordármelo, pues no sé cómo habiéndome propuesto hablarte de él me he desviado tanto del asunto. Estaba yo entre los muertos, cuando los magistrados llamaron á asamblea para negocios concernientes á la comunidad; y viendo á muchos que acudían presurosos, me mezclé con los muertos y fuí uno de tantos congregados. Despacháronse varios asuntos, y quedó para lo último el concerniente á los ricos; y como se les acusase de muchas y grandes infamias, de violencia, de jactan-

(1) Sócrates, primer maestro de la Filosofía moral, que floreció en el siglo v, antes de Cristo, y cuya conducta fué constantemente un testimonio vivo de la rectitud de su conciencia y de la pureza de sus doctrinas, fué condenado injustamente á beber la cicuta.—Véase la *Apología de Sócrates*, por Jenofonte, traducida y publicada en 1871 por D. Antonio González Garbín, y la citada traducción de los «Cinco diálogos de Platón», de D. Anacleto Longué.

(2) Véase «Diálogos de los muertos», 2.

cia, de soberbia y de injusticia, levantóse al fin uno de los demagogos y dió lectura al siguiente

DECRETO.

20. «Por cuanto los ricos durante su vida cometen muchas acciones ilícitas, robando, violentando y abusando en todos conceptos de los pobres; se ha decretado por el Consejo y por el pueblo que después que mueran sean atormentados sus cuerpos como los de los criminales comunes, y que sus almas, enviadas de nuevo al mundo, sean encerradas en asnos por espacio de veinticinco myriadas de años (1), naciendo asnos de asnos, llevando carga y siendo arreados por los pobres; después de lo cual les será permitido morir. Da la sentencia Cranión, hijo de Esqueletión Necusio, de la tribu Alibántida» (2).

Leído este decreto, los magistrados lo votaron, el pueblo lo aprobó, Brimo (3) bramó y Cervero ladró; que así se concluyen y sancionan las leyes en el Infierno.

21. Ahí tienes lo que sucedió en la asamblea. En cuanto á mí, cumpliendo el objeto de mi viaje, me acerqué á Tiresias, le referí cuanto me pasaba y le rogué que me dijese cuál era el género de vida que juzgaba mejor. Él, que es un viejecito ciego, pálido y de voz atiplada (4), se echó á reir y me dijo:—«Conoz-

(1) Doscientos cincuenta mil años.

(2) Todos estos nombres son expresivos de ideas fúnebres: Cranión, κρανίον, cráneo; Esqueletión, σκελετόν, esqueleto; Necusio, νέκυς, muerto, cadáver; Alibántida, ἀλίδιας-κντος, expresión poética,—impropio para libaciones,—muerto, difunto.

(3) Sobrenombre de Hécate ó de Proserpina, diosa del Erebo: nótese el juego de vocablos, ἐνεβριμήσατο ἡ Βριμῶ.

(4) Según la leyenda, Tiresias reunía los dos sexos, masculino y femenino.—Véase «De la Astrología» y «Diálogos de los muertos», 28, Menipo y Tiresias.

co, hijo mío, la causa de tus dudas: provienen de la diferencia de opiniones que divide á los sabios; pero nada puedo decirte: me está prohibido por Rhadamantho.»—«En manera alguna, padrecito mío, le dije yo; háblame y no me desprecies cuando camino por la vida más ciego que tú.»—Entonces, separándome de allí, y llevándome muy lejos de los demás, se inclinó á mi oído y me dijo callandito (1):—«La vida de los ignorantes es la mejor y la más prudente: así, pues, deja la manía de escudriñar los fenómenos celestes y de inquirir los principios y los fines de las cosas; y despreciando esos sabios silogismos y mirando tales cosas como una fruslería, piensa sólo en lo presente y deja correr lo demás, riéndote de todo y sin preocuparte por nada» (2).

Dijo y partió ligero
por el campo sembrado de gamones (3).

22. Y yo, pues era ya tarde.—«Vamos, dije, Mithrobarzanes: ¿á qué nos detenemos? Volvamos de nuevo al mundo.»—«Ten ánimo, Menipo, me contestó; voy á enseñarte una senda breve y fácil.»—Y dirigiéndome á un sitio más tenebroso que los demás y señalando con la mano á lo lejos una luz débil y amortiguada como si penetrase á través de una rendija, dijo:—«Aquel es el templo de Trophonio (4): por allí bajan

(1) Literal: ἠρέμα προσκύφας πρὸς τὸ οὖς φησὶν, inclinado suavemente al oído, me dijo.

(2) Como este es el pensamiento capital de este Diálogo, y sentiríamos no haberlo interpretado rectamente, nos parece muy importante transcribir el texto, que es como sigue: τοῦτο μόνον ἐξ ἅπαντος θηράσῃ, ὅπως τὸ παρὸν εἶθ' θέμενος παραδράμῃς γελῶν τὰ πολὰ καὶ περὶ μηδὲν ἐσπουδακῶς.

(3) Parodia de Homero, *Odisea*, XI, 539, 573, etc.

(4) Arquitecto antiguo, que construyó un puente en Beocia, y

los de Beocia; sube por ahí y al momento estarás en Grecia.»—Contento por lo que me decía, me despedí del mago; y arrastrándome penosamente por la abertura, me encuentro, no sé cómo, en Lebadia.

murió de hambre en él tenido por loco: después se hizo adivino y se le consagró el puente como templo. Se creía que el que bajaba por él no volvía á la vida.—Véase «Diálogos de los muertos,» 3, Menipo, Amphiloco y Trophonio.

XII.

CARÓN O LOS CONTEMPLADORES (1).

Carón ha obtenido un día de licencia para subir á la tierra y contemplar el mundo. Por dicha se encuentra con Mercurio, el cual, poniendo, en virtud de un conjuro, monte sobre monte, le proporciona un excelente observatorio, y le dota, valiéndose del mismo medio, de larga y penetrante vista. En tales condiciones y advertido por Mercurio revisa el mundo, ridiculizando la soberbia, la ignorancia y la vanidad humanas, y riéndose de la inestabilidad de las cosas de la vida (2).

MERCURIO Y CARÓN.

1. MERCURIO.—¿De qué te ríes, Carón? ¿Y cómo dejando la barca vienes aquí, cuando nunca, hasta ahora, has solido ocuparte en las cosas de aquí arriba?

(1) Este ingeniosísimo DIÁLOGO pudo acaso inspirar á Luis Vélez de Guevara su «Observador nocturno» ó «Diablo cojuelo,» que tradujo al francés ó arregló con notable ingenio M. Le Sage.—Otro tanto podría quizás decirse de la novela ó ficción satírica de Francisco de Santos, «Día y noche de Madrid.»

(2) El licenciado D. Francisco Herrera Maldonado puso también en lengua castellana este DIÁLOGO, que, con el título de *El Aqueronte*, ocupa el núm. iv entre los ocho «Diálogos morales de Luciano,» que se publicaron en la imprenta de Manuel Alvarez, Madrid, 1796. De esta traducción tenemos que repetir lo que ya dijimos de la de *El Hércules Menipo*, como él la intitula, ó sea MENIPO Ó LA NECROMANCIA: que está escrita con primor, pero que, más que traducción, es una imitación ó glosa á lo cristiano que desnaturaliza por completo el original.

CARÓN.—Tuve deseos, oh Mercurio, de ver lo que pasa en la vida; lo que en ella hacen los hombres, y de qué bienes se privan para bajar todos llorando á los Infiernos (1); pues ninguno de ellos hace la travesía sin derramar muchas lágrimas. Pedí, por tanto, como aquel mancebo de Thesalia (2), un día de asueto á Plutón, y he subido á la región de la luz. Y creo que muy oportunamente he tropezado contigo; pues servirás de guía al forastero, y, dando una vuelta conmigo, me mostrarás cada cosa de por sí, como bien enterado de todo.

MERCURIO.—No tengo lugar, barquero: voy á cumplir un encargo que Júpiter (3) me ha dado para los hombres; y como tiene tan mal genio, temo que me condene, si tardo, á estar para siempre con vosotros sumido en la oscuridad; ó, como hizo recientemente con Vulcano, que me *coja de un pie* y que *me arroje de la mansión divina*, para que, dando cojetadas, excite también la risa al servir el vino (4).

CARÓN.—¿Y me verás, sin que te importe nada, andar errante por la tierra, siendo, como eres mi amigo, mi compañero de viajes y conductor conmigo de las almas? Bien harías, oh hijo de Maya, en recordar que nunca te he mandado yo sacar el agua de la barca ni agarrarte al remo; sino que haces la travesía roncan-

(1) Literal: *παρ' ἡμᾶς*, adonde nosotros.—No empleamos esta frase en el texto por miedo á que pueda tachársela de poco castiza, no obstante que, si no recordamos mal, la usa Calderón en las primeras escenas del *Mágico prodigioso*.

(2) Protésilas. Véase el núm. 23 de los DIÁLOGOS DE LOS MUERTOS.

(3) *Ζεὺς ὁ ἄνω*, Júpiter, el de arriba, para distinguirlo de Plutón, llamado el Júpiter de los muertos.—Véase el núm. 23 de los DIÁLOGOS DE LOS MUERTOS, nota 2.^a

(4) Alusión á los versículos 591, 599 y 600 del canto 1 de la *Iliada*.—Véase DIÁLOGO DE LOS DIOSSES, núm. 5, párrafo 4.^o, y número 8, nota 1.^a

do, tendido á la larga sobre el banco, á pesar de que tienes muy fuertes espaldas, si es que no te encuentras con algún muerto hablador y pasas charlando con él todo el camino, mientras yo, viejo y todo, manejo los dos remos y gobierno la barca solo. Por tu padre, mi querido Herculito, no me desampares: enséñame lo que hay en la vida para que no me vuelva sin haber visto nada (1); que si tú me dejas, en nada me diferenciaré de los ciegos: así como éstos tropiezan y resbalan en la oscuridad, así también yo estoy á ciegas en la luz. Concédeme, oh Cylenio, esta merced, á que siempre te estaré reconocido (2).

2. MERCURIO.—Este negocio ha de ser para mí causa de azotes: veo ya que el pago de mi peregrinación contigo no estará exento de muchos puñetazos; sin embargo, voy á complacerte: ¿qué hacer cuando á uno le obliga un buen amigo? Pero no es posible, oh barquero, que lo veas todo con detenimiento y cosa por cosa: eso sería cuestión de muchos años. Además daría lugar á que se me pregonase por Júpiter como desertor, y te impediría también á tí cumplir tu ministerio cerca de los muertos: harías ciertamente perjuicio al reino de Plutón no pasando muertos en tanto tiempo, y el recaudador Eaco se incomodaría de no percibir ni un óbolo. Que veas, no obstante, lo principal de lo que en la tierra sucede, es únicamente á lo que hemos de atender.

CARÓN.—Piensa tú, Mercurio, lo que sea mejor: yo nada conozco de lo que pasa en la tierra, como forastero que soy.

(1) Lit.: περιήγησαι δὲ τὰ ἐν τῷ βίῳ ἅπαντα ὡς τι καὶ ἰδὼν ἐπανέχθοιμι, acompáñame alrededor de las cosas de la vida para que me vuelva habiendo visto algo.

(2) Lit.: ἐς αἰὲ μνησομένην, que por siempre tendré en memoria.

MERCURIO.—Por de pronto, oh Carón, nos conviene un lugar elevado, desde el cual puedas verlo todo. Si á tí te fuese posible subir al Cielo, la cosa sería muy llana (1); pues, como desde una atalaya, todo lo verías perfectamente. Mas no siéndote permitido, por vivir siempre entre sombras, pisar el regio alcázar de Júpiter, nos es preciso buscar alguna montaña alta.

3. CARÓN.—¿Sabes, Mercurio, lo que yo suelo decir cuando navegamos? Si el viento agitado por el huracán cae sobre la vela de costado, y levanta grandes olas, y vosotros, faltos de experiencia, mandáis arriar la vela ó aflojar un poco el cable ó correr el vendaval, yo os recomiendo que os estéis quietos, porque yo sé bien lo que es mejor. De igual suerte tú, que ahora eres el piloto, haz lo que estimes mejor; y yo, como es deber del pasajero, me estaré callado y dispuesto á obedecerte en todo cuanto me mandares.

MERCURIO.—Bien dicho: yo sabré lo que ha de hacerse, y buscaré un observatorio conveniente. ¿Será bueno el Cáucaso, ó el Parnaso, que es más alto, ó el Olympo, que lo es más que los dos? Y á propósito del Olympo (2) se me ocurre una idea que no es mala; pero es preciso que trabajes y que me ayudes.

CARÓN.—Manda, que yo te ayudaré en cuanto pueda.

MERCURIO.—El poeta Homero dice que los hijos de Aloeo (3), siendo solamente dos y niños todavía, quisieron arrancar el Osa de raíz y ponerlo sobre el Olympo, y encima de éste el Pelion, pensando que habían de tener una escalera apropiada para subir al Cielo.

(1) Lit.: οὐκ ἂν ἔκαμνον, no tendría este trabajo.

(2) Lit.: ἐς τον Ὀλυμπον ἀπιδών.

(3) Oto y Ephialtes, que á los nueve años medían nueve anas de grueso y nueve brazas de altura.—Véase Homero, «Odysea», XI, 305 y siguientes.

Estos dos muchachos, como eran unos criminales, pagaron su merecido. Pero nosotros, que no tomamos esta resolución para mal de los Dioses, ¿por qué no hemos de construir una cosa semejante, rodando unos montes sobre otros, para tener desde su altura un mirador excelente?

4. CARÓN.—¿Y podremos, oh Mercurio, nosotros dos arrancar y levantar el Pelion ó el Osa?

MERCURIO.—¿Por qué no, Carón? ¿Acaso crees que somos más débiles que esos dos chiquillos, y eso siendo nosotros Dioses?

CARÓN.—No; pero la cosa me parece de una magnitud y de un trabajo inverosímiles.

MERCURIO.—Justamente; porque no eres literato (1), Carón, ni tienes genio poético. El invicto Homero, sólo con dos versos, nos hizo accesible el Cielo, poniendo fácilmente un monte sobre otro (2). Y me admiro de que esto te parezca portentoso, pues que conoces á Atlante, que él solo lleva sobre sus espaldas el Cielo y nos sostiene á todos nosotros (3). ¿No has oído también decir de mi hermano Hércules, que reemplazó alguna vez al mismo Atlante y alivió en algún tanto su fatiga, echando sobre sí la carga? (4).

CARÓN. — Lo he oído; pero si es ó no verdad, tú acaso, oh Mercurio, y los poetas lo sabréis.

MERCURIO.—Es muy verdad, Carón. ¿Por qué habían de mentir hombres tan sabios? Ea, levantemos desde

(1) Lit.: ἰδιώτης, idiota, ignorante, iliterato.

(2) «Odysea,» pasaje citado.

(3) «Odysea,» 1, 52-54.—Atlante, hijo de Japeto y de Clymene, hizo la guerra con los titanes contra Júpiter, y, según la leyenda, fué condenado á soportar el cielo sobre sus hombros.

(4) Mientras Atlas fué á buscar las manzanas de oro de las Hespéridas.

luego el Osa, según nos enseña el verso de Homero, el gran arquitecto,

«y sobre el Osa, el frondoso Pelion» (1).

¿Ves de qué manera tan fácil y tan poética á la par lo hemos hecho? Déjame que suba, y veré si esto es bastante, ó si convendrá que hagamos mayor el edificio.

5. ¡Calla! ¡Sí estamos aún muy abajo en la base del Cielo! Por el Oriente apenas se distingue la Jonia y la Lydia; por el Poniente no se ve más que la Italia y la Sicilia; por el Norte, la parte sólo del Istro; y por este otro lado, la Creta, no con mucha claridad. Será preciso, oh barquero, remover también el Eta, á lo que parece, y luego encima de todos colocar el Parnaso.

CARÓN.—Hágase como quisieres. Pero mira no sutilemos demasiado la obra, alargándola más de lo regular, y hagamos un amargo ensayo de la arquitectura homérica, rodando con ella y rompiéndonos el cráneo.

MERCURIO.—No tengas cuidado: todo se hará con solidez. Traslada allá el Eta: pongamos encima el Parnaso.—Bien: voy á subir de nuevo.—Está perfectamente: lo veo todo. Sube también tú.

CARÓN.—Alárgame, oh Mercurio, la mano. ¡No es pequeña la máquina á que me haces subir!

MERCURIO.—¡Como que quieres verlo todo, Carón! No es posible conciliar ambos extremos, la seguridad y el deseo de ver. Cógete, pues, á mi mano, y cuida de no poner los pies en sitio resbaladizo.—¡Bravo! ya estás arriba. Puesto que el Parnaso tiene dos vértices, ocupemos cada cual uno de esos picos, y senté-

(1) «Odysea,» xi, 315 y 316.

monos. Ahora dirige la vista en derredor y hazte cargo de todo.

6. CARÓN.—Veo mucha tierra; y un gran lago que la rodea; y montañas; y ríos mayores que el Cocyto y el Pyriphlegethón; y hombres muy pequeños; y unas como madrigueras de ellos.

MERCURIO.—Esas que á tí te parecen madrigueras son ciudades.

CARÓN.—¿Sabes, Mercurio, que no hemos hecho nada, y que hemos removido inútilmente el Parnaso con la fuente Castalia y el Eta y los demás montes?

MERCURIO.—¿Por qué?

CARÓN.—Porque nada veo con distinción desde esta altura. Yo no quería ver solamente las ciudades y los montes, como en un mapa, sino á los mismos hombres; y enterarme de lo que hacen; y oír lo que hablan, como cuando me encontraste poco hace riendo, y me preguntaste la causa de mi risa, que fué porque ví una cosa que me deleitó sobre manera.

MERCURIO.—¿Y qué fué ello?

CARÓN.—Invitado uno á un banquete, me parece, por un amigo suyo para el día siguiente, «iré sin falta,» le dijo; y mientras hablaba, una teja, que cayó del techo, movida no sé por quién, lo mató. Reíame por tanto de que no cumpliría su promesa. — Parécese, pues, ahora, que debemos bajarnos un poco, para ver y oír mejor.

7. MERCURIO.—Estate tranquilo: yo pondré también remedio á eso: te haré al instante muy agudo de vista, valiéndome también para ello de un encantamiento de Homero. Cuando recite los versos, piensa no ya en que tienes la vista turbia, sino en que ves perfectamente.

CARÓN.—Recítalos luego.

MERCURIO.—

«Separo de tus ojos las tinieblas,
Y así distinguirás Dioses y hombres.» (1)

CARÓN.—¿Qué es esto?

MERCURIO.—¿Ves ya mejor?

CARÓN.— Admirablemente: el mismo Lynceo (2) sería ciego en comparación conmigo. Sé, pues, ahora mi maestro, y responde a mis preguntas. ¿Quieres por si acaso que te hable según Homero, para que veas que no soy desconocedor de sus poemas?

MERCURIO.—¿Y de dónde los conoces tú, siendo un barquero sujeto siempre al remo?

CARÓN.—Considera que eso es injurioso para el arte. Cuando pasé en mi barca á Homero ya muerto, le oí cantar muchas rapsodias, y recuerdo todavía algunas de ellas. Por cierto que sufrimos una borrasca no pequeña. Se puso á recitar una canción no de muy buen agüero para los navegantes: á saber, que Neptuno «aglomeró las nubes;» que «perturbó el Ponto,» revolviéndolo con el tridente como con un cucharón; «que concitó las tempestades» (3), y otras cosas así; y alterando el mar con sus versos, sobrevino de repente una tormenta y una oscuridad que á poco nos echa á pique la barca. Y él mismo, mareado y sintiéndose con náuseas, vomitó gran parte de sus rapsodias juntamente con las de Escyla, Carybdis y el Cyclope (4).

MERCURIO.—No era difícil en verdad que de un vómito tan grande pudieses reservarte algunas.

(1) «Iliada,» v, 127 y 128.

(2) Uno de los argonautas, famoso por la excelencia de su vista. Véase «Diálogo de los muertos,» 23, nota 3.*

(3) Alusión á los versos 291 y 292 del canto v, de la «Odysea».

(4) Lit.: ἀπήμεσε τῶν ῥαφωδιῶν τὰς πολλὰς αὐτῆ Εξύ-
λη, etc.

8. CARÓN.—Díme pues:

«¿Quién es aquel tan gordo y alto y fuerte,
Que excede á todo en cabeza y hombros? (1).»

MERCURIO.—Es Milón de Crotona, el atleta. Los Griegos le celebran porque cogiendo un toro lo lleva por medio del estadio.

CARÓN.—¿Con cuánta más justicia, oh Mercurio, me alabarían á mí, que en breve cogeré á ese mismo Milón y lo pondré en mi barquilla, cuando baje á nuestros dominios derribado por el más invencible de los luchadores, por la Muerte, que cuando menos lo piense le echará la zancadilla! ¡Luégo se nos vendrá lamentado con el recuerdo de las coronas y de los aplausos! ¡Ahora está muy en ello (2), admirado de todos porque lleva un toro á cuestas! ¿Pero qué? ¿Podemos creer acaso que él piensa en que ha de morirse algún día?

MERCURIO.—¿Cómo ha de acordarse ahora de la muerte, estando en la flor de la edad y en la plenitud de su vigor? (3).

CARÓN.—Déjalo, que en plazo no muy largo ha de producirnos risa, cuando venga atravesar la laguna, sin poder ya levantar no un toro, pero ni siquiera un mosquito.

9. Díme ahora:

«¿Quién es aquel varón tan serio y grave?» (4).

No es Griego, me parece, á juzgar por el traje.

(1) Parodia de Homero, «Iliada», III, 226 y 227.

(2) Lit.: μέγα φρονει piensa grandemente de sí, ó está muy envanecido.

(3) Lit.: ἐν ἀκμῇ τοσαύτη.

(4) Verso tomado literalmente ó en parodia de alguna composición.

MERCURIO.—Ese es Cyro, oh Carón, el hijo de Cambyses, que ha hecho que el imperio que tenían antes los Medas sea ahora de los Persas. Ha vencido también recientemente á los Asyrios y apoderándose de Babylonia. Y ahora parece que medita una expedición contra la Lydia para someter á Creso y apoderarse de todo (1).

CARÓN.—¿Y dónde está ese Creso?

MERCURIO.—Mira por allí aquella gran fortaleza rodeada de un triple muro: ésa es Sardes; y allí ves ya á Creso reclinado en un lecho de oro y conversando con Solón, el Atheniense. ¿Quieres oír lo que dicen?

CARÓN.—Con mucho gusto.

10. CRESO.—Oh mi huésped Atheniense, ya que has visto mis riquezas, mis tesoros, la gran cantidad de oro que tengo en barras, y mi opulencia en todo lo demás, díme: ¿quién entre todos los hombres consideras que es el más feliz?

CARÓN.—¿Que le contestará Solón?

MERCURIO.—No te apures, que no ha de contestar de una manera indigna, Carón.

SOLÓN.—Oh Creso, muy pocos son los hombres felices; pero entre los que yo conozco, reputo por los más dichosos á Cleobis y Bitón, los hijos de la Sacerdotisa.

CARÓN.—De la Sacerdotisa de Argos, dice: los que poco ha murieron juntos, después de haber llevado á su madre, tirando ellos mismos del carro, hasta el templo (2).

(1) Antes de apoderarse Cyro de Babylonia, había sometido la Lydia.

(2) Cydipe, sacerdotisa de Hera (Juno) en Argos, agradecida al tierno amor de sus hijos, pidió á la Diosa que les concediese el bien mayor que pudiera otorgarse á los mortales; y ambos jóvenes murieron aquella misma noche en el templo. Luciano invierte el orden de la narración de Herodoto, mencionando á los hermanos Argivos antes que á Telo.

CRESO.—Sea como dices: tengan ellos el rango primero de la felicidad. ¿Y el segundo, quién lo obtendrá?

SOLÓN.—Telo, el Atheniense, que vivió honradamente y que murió por la patria.

CRESO.—¿Y yo, miserable, no te parezco dichoso?

SOLÓN.—Todavía no lo sé, oh Creso; porque no has llegado aún al término de la vida: la muerte es el indicador seguro de si se ha pasado la vida felizmente hasta el fin.

CARÓN.—Muy bien dicho, Solón; pues no te has olvidado de nosotros, sino que con gran acierto consideras que es nuestra barquichuela el juez supremo en estas cosas.

11. Pero ¿quiénes son aquellos que envía Creso, y qué llevan sobre los hombros?

MERCURIO.—Son ladrillos de oro que consagra á Apolo Pythico en pago de los oráculos, por los cuales se perderá dentro de muy poco tiempo. Es un hombre dado con exceso á los oráculos.

CARÓN.—¿Eso que reluce y brilla es el oro? ¿Eso entre amarillo y rojo? Ahora lo veo por primera vez, aunque siempre estoy oyendo hablar de él.

MERCURIO.—Eso, Carón, es la cosa (1) tan decantada y que tantas luchas origina.

CARÓN.—Pues no veo qué excelencia sea la suya, si no es únicamente la de que grava con su peso á quienes lo llevan.

MERCURIO.—¿No sabes cuántas guerras se han suscitado, y cuántas intrigas y latrocinios y perjurios y asesinatos y prisiones y largos viajes y transacciones y esclavitudes?

CARÓN.—¿Por eso, oh Mercurio, que no se diferencia gran cosa del cobre? Conozco bien el cobre por el

(1) Lit.: ὄνομα, nombre.

óbolo que recaudo, según sabes, de cada uno de los que paso en mi barca.

MERCURIO.—Sí; pero el cobre es abundante: por eso no es codiciado de los hombres; y el oro lo extraen muy escaso los mineros desde muy profundo, si bien procede también de la tierra como el plomo y los demás metales (1).

CARÓN.—Gran locura es la que dices de los hombres tocante á amar con tal pasión esa cosa amarillenta y pesada.

MERCURIO.—Pero Solón no se muestra enamorado de él, según puedes observar; pues se burla de Creso y de su jactancia de bárbaro.—Y, á lo que parece, le pregunta alguna cosa. Escuchemos, pues.

12. SOLÓN.—Díme, Creso, ¿crees tú que Apolo Pythico tiene necesidad de estos ladrillos?

CRESO.—Sí, por Júpiter: no tiene él en Delphos otra ofrenda como ésta.

SOLÓN.—¿Luego piensas que será feliz el dios si posee, entre otras cosas, los ladrillos de oro?

CRESO.—¿Cómo no?

SOLÓN.—Mucha pobreza, oh Creso, hay, por lo que dices, en el Cielo, cuando los dioses necesitan que se les lleve el oro de Lydia, si lo desean.

CRESO.—¿Pues en dónde abunda tanto el oro como entre nosotros?

SOLÓN.—Díme: ¿y el hierro se cría también en Lydia?

1) Textual: πλὴν ἀλλ' ἔκ τῆς γῆς καὶ οὗτος, ὕπερ ὁ μόλιβδος καὶ τὰλλα, «y aunque también se halla (el oro) sobre la tierra, como el plomo y otros metales, es siempre en menor cantidad que cuantos conoce la diligencia humana» (traducción de Herrera Maldonado);—«...tandis que le cuivre, le plomb et les autres metaux se trouvent á la surface» (traducción de Talbot).—Tenemos nuestra versión por más fiel y de mejor sentido.

CRESO.—No mucho, á la verdad.

SOLÓN.—Carecéis entonces del mejor metal.

CRESO.—¿Cómo ha de ser el hierro mejor que el oro?

SOLÓN.—Si quieres responderme sin incomodarte, te convencerás de ello (1).

CRESO.—Pregunta, Solón.

SOLÓN.—¿Quiénes son mejores, los que guardan á otros ó los que por ellos son guardados?

CRESO.—Los que guardan: no cabe duda.

SOLÓN.—Ahora bien: si Cyro, como han dado algunos en decir, viniese contra la Lydia, ¿mandarías hacer espadas de oro para tu ejército, ó te sería más necesario el hierro?

CRESO.—El hierro ciertamente.

SOLÓN.—Pues si no te lo procuras, todo tu oro pasará á manos de los Persas, como presa del botín (2).

CRESO.—Cuidado con lo que hablas, buen hombre (3).

SOLÓN.—Ojalá que no suceda así. Pero ya parece que confiesas que el hierro es mejor.

CRESO.—¿Me aconsejas, por tanto, que ofrezca al dios ladrillos de hierro y que mande volver atrás el oro?

SOLÓN.—Tampoco tiene necesidad de hierro: lo que quiera que le consagres, ya sea bronce, ya sea oro, vendrá á ser ganancia y lucro para otros, para los Phocenses, ó los Beocios, ó los mismos de Delphos, ó para algún tyrano ó ladrón. Al dios le importan muy poca cosa tus orífiles.

(1) Lit.: μάθοις ἄν, podrás saberlo.

(2) Lit.: αἰχμαλώτος, cautivo de guerra.

(3) Lit.: Εὐφήμει ὦ ἄνθρωπε, augura mejores cosas, pronuncia más favorables augurios.

CRESO.—Siempre haces la guerra á mis riquezas, porque me tienes envidia (1).

13. MERCURIO.—No sufre, oh Carón, el Lydio, la franqueza y la verdad de las palabras de Solón; antes bien le parece cosa extraña que un pobre hombre, sin intimidarse por nada, manifieste libremente lo que piensa. Ya se acordará, y no ha de pasar mucho tiempo, del filósofo, cuando hecho prisionero por Cyro tenga que subir á la hoguera. He oído leer poco hace á Clotho lo que á cada cual le está reservado, y entre ello se consigna que Creso será cautivo de Cyro, y que Cyro á su vez será muerto por la Reina de los Masagetas. ¿Ves á aquella Escytha que va en aquel caballo blanco?

CARÓN.—Sí, por Júpiter.

MERCURIO.—Es Tomyris: esa ha de cortar á Cyro la cabeza y echarla en un odre lleno de sangre. ¿Ves también al hijo aun muy joven de Cyro? Ese es Cambyses: ese reinará después de su padre; y chasqueado mil veces en Lybia y Ethiopía, morirá al fin demente después de matar al buey Apis.

CARÓN.—¡Oh! ¡Cuánta materia de risa! ¡Quién osará mirarles ahora tan llenos de arrogancia y de presunción! Y sin embargo, ¿quién creería que en termino muy breve el uno será esclavo de guerra, y el otro ha de tener su cabeza en un pellejo de sangre?

14. ¿Quién es aquel otro, oh Mercurio, que tiene el manto de púrpura abrochado, ceñida una diadema, y á quien un cocinero presenta un anillo, que ha encontrado al partir un pez,

(1) Sobre este coloquio entre Creso y Solón véase Herodoto, i, 32; Plutarco, «Vida de Solón;» Platón, «Axioco» ó «De la muerte;» Cicerón, «Tusculanas,» i, 47, y «De los verdaderos bienes y los verdaderos males,» ii, 27.

y vive en una isla
echándola de rey? (1).

MERCURIO.—Parodias perfectamente, Carón. Ese que ves es Polycrates, tyrano de Samos, que se cree feliz por todo extremo. Pero muy pronto, entregado al sátrapa Oretes por Meandrio, el familiar que está á su lado, será crucificado el infeliz, cayendo de su dicha en un momento (2). Esto se lo oí también á Clotho.

CARÓN.—¡Bien, Clotho! ¡Fuerte con ellos! Córtales la cabeza y cuélgalos de cruces, mi excelente amiga, para que sepan que al fin son hombres. Entre tanto, elévalos mucho, para que desde lo alto sea más dolorosa la caída. Yo también he de reirme de ellos cuando los vea desnudos en mi esquife, no llevando ya consigo ni mantos de púrpura, ni tiaras, ni dorados tronos.

15. MERCURIO.—Esa ha de ser su suerte.—¿Ves, oh Carón, esa multitud de gentes que navegan, combaten, pleitean, cultivan los campos, dan dinero á rédito y mendigan una limosna?

CARÓN.—Veo cierta confusa y varia muchedumbre; la vida llena de agitación y de tumulto; y las ciudades parecidas á colmenas, en las que todos tienen su aguijón propio, con el cual punzan y hieren al que está á su lado. Algunos, como las avispas, persiguen y explotan al más débil (3). Y aquellos otros muchos que vuelan de oculto alrededor ¿quiénes son?

(1) Parodia de Homero, «Odysea,» I, hemistiquios primero y segundo respectivamente de los versos 50 y 180: este último se encuentra también en el canto V, v. 450.—La historia del anillo arrojado al mar y encontrado pocos días después en el vientre de un pescado, puede leerse en la «Historia,» de Herodoto, lib. III.

(2) Véase «Menipo ó la Necromancia,» 16.

(3) Lit.: ἄγουσι καὶ φέρουσι τὸν ὑπιδείσπερον

MERCURIO.—Son, oh Carón, la Esperanza, el Temor, la Demencia, el Placer, la Avaricia, la Ira, el Odio y demás. Por debajo de éstos está la Locura, que vive mezclada con los hombres, siendo ¡por Júpiter! como conciudadana de ellos, lo mismo que el Odio, la Cólera, la Envidia, la Ignorancia, la Indecisión y la Codicia. El Temor y la Esperanza revolotean por encima; el uno, cayendo sobre los hombres, los espanta, y á veces les hace temblar acobardados; la otra se posa sobre sus cabezas; y cuando alguno cree que va á cogerla, vuela de repente y le deja con la boca abierta, como has visto que le pasa á Tántalo en el Infierno con el agua (1).

16. Si tiendes la vista, verás también á las Parcas, que están hilando á cada cual el hilo de su vida (2), de cuyas finísimas hebras sucede que todos están pendientes. ¿Ves unas como telarañas que bajan sobre cada hombre desde los husos?

CARÓN.—Veo efectivamente unos hilos muy delgados sobre cada uno, enredados en su mayor parte los unos con los otros.

MERCURIO.—Justamente, barquero; porque está decretado que ése sea muerto por aquél, y aquél por el otro; y éste será el heredero de aquel que tenga el hilo más corto, y aquél, á su vez, de otro. Esto significa el enredo de los hilos. ¿Ves cómo todos están suspendidos de un sutil estambre? Éste, atraído hacia arriba, está muy elevado; pero pronto, roto el hilo cuando ya no puede sostener su peso, caerá precipitado, produciendo un gran estruendo; y ese otro, por el contrario, que se levanta muy poco sobre la tierra,

(1) Véase «Diálogo de los muertos», núm. 17.

(2) Lit.: τὸν ἄτρακτον, el huso.

si cae, caerá sin ruido y sin que apenas los vecinos adviertan su caída.

CARÓN.—Es cosa de risa todo esto, Mercurio.

17. MERCURIO.—No tendrías ciertamente palabras con qué expresar de una manera digna lo risibles que son las cosas de los hombres, Carón; y, sobre todo, sus grandes afanes y el desaparecer de repente en medio de sus esperanzas y contra todos sus cálculos, arrebatados por nuestra excelente amiga la muerte. Mensajeros y ministros de ella son en gran número, como puedes observar, las Fiebres, con sus fríos y sus ardores; las Phthisis, las Pulmonías, las Espadas, los Robos, los Venenos, los Jueces y los Tyranos: en nada de esto piensan mientras se encuentran bien; mas si sufren un contratiempo, ¡qué de lamentos, qué de ayes, qué de «¡triste de mí!» Si desde un principio reflexionasen que son mortales y que viniendo como en peregrinación y con tiempo limitado á la vida, han de salir de ella como de un sueño, dejándolo todo en la tierra, vivirían más sabiamente y se afligirían menos al morir. Y no que ahora, esperando disfrutar por siempre de lo que en la actualidad poseen, cuando se presenta el ministro de la Muerte y los llama y se los lleva amarrados con una Calentura ó una Phthisis, se indignan de la conducción, porque nunca presumieron que pudieran ser arrebatados. ¿Qué haría, por ventura, el que labra con afán una casa, dando prisa á los operarios, si supiese que la casa había de terminarse, pero que él, apenas echado el techo, tendría que partir y dejarla á su heredero para que la disfrutase, sin haber cenado el infeliz ni una vez en ella? Y aquel que tanto se regocija porque su mujer le ha dado un hijo varón, y convida por ello á los amigos y le pone el nombre del padre, si supiera que el niño había de morir á los siete años, ¿te parece que se alegraría de

que le hubiese nacido? Y es porque contempla muy dichoso con su hijo al padre de aquel atleta vencedor de los Juegos Olympicos; pero no ve á su vecino, que lleva á enterrar á su tierno hijo; ni ve tampoco de qué débil estambre está el suyo pendiente. Ya ves también cuántos son los que contienden por cuestión de límites, y los que amontonan riquezas: luego, antes de que puedan gozar de ellas, son llamados por esos inexorables (1) mensajeros y ministros de que te he hablado.

18. CARÓN.—Veo todo eso, y estoy pensando entre mí qué es lo que en la vida encuentran agradable, y qué es aquello de que al verse privados tanto se acongojan. Pues si se mira á los reyes, que parecen ser los más felices, aparte la inestabilidad y la inconstancia, que dices, de la fortuna, se les ve rodeados de más penas que placeres: sustos, perturbaciones, odios, asechanzas, rencores, adulaciones: todos estos males tienen su asiento junto á ellos. Y no menciono los duelos, las enfermedades, los sufrimientos que, al igual de los otros, les dominan también á ellos. Cuando tales son los trabajos de éstos, fácil es calcular cuáles serán los de los simples particulares.

19. Quiero decirte, Mercurio, á qué me parece que se asemejan los hombres y toda la vida de ellos. ¿Has visto alguna vez las ampollas que se forman en el agua á la caída de un torrente, las burbujas de aire, digo, en que se recoge la espuma? De éstas, unas son pequeñas y, rompiéndose al instante, se desvanecen; otras duran algo más, y aumentadas con algunas que se les aglomeran, se hinchan y se levantan á una altura considerable; pero bien pronto, rotas también,

(1) Textual: ἐπιόντων, de ἔπειμι, amenazadores, avasalladores.

desaparecen: no puede menos de suceder así. Tal es la vida de los hombres: inflados todos por cierto aire, los unos son más, los otros menos; éstos tienen un soplo de breves días y que ha de disiparse pronto; aquéllos mueren al punto mismo en que tomaron forma. Pero todos necesariamente han de perecer.

MERCURIO.—Has hecho un símil, Carón, que en nada cede al de Homero, que compara al linaje humano con las hojas de los árboles (1).

20. CARÓN.—Pues con ser así, oh Mercurio, ya ves lo que hacen y cómo se disputan con ambicioso encono el poder, los honores y las riquezas, todo lo cual tendrán que abandonar bien pronto para venir á nosotros, trayendo solamente un óbolo. ¿Quieres, ya que estamos en alto, que les grite con todas mis fuerzas, exhortándoles á que se abstengan de sus inútiles trabajos y vivan teniendo siempre ante los ojos la muerte, diciéndoles: — «Mentecatos, ¿por qué tomáis con tanto afán esas cosas? Cesad en vuestras vanas fatigas; no habéis de vivir perpetuamente; nada de lo que ahí tanto estimáis es duradero; ni podéis traer con vosotros cosa alguna al morir; es preciso salir desnudos; la casa, el campo, el oro, todo ha de ser de otros, todo ha de cambiar de dueño.»—Con esto y algunas otras cosas que me oyesen de las que yo les gritase, ¿no piensas que habrían de obtener gran provecho en la vida y que habrían de hacerse mucho más prudentes?

21. MERCURIO.—¡Ah! pobre Carón (2); tú no sabes cómo la ignorancia y el error están apoderados de ellos, en términos de que ni con una barrena sería

(1) *Iliada*, VI, 146-149, y XXI, 464-466.—De aquí los adagios: *Homo bulla est*, el hombre es una burbuja de aire: *Folliis similes homines*, los hombres son como las hojas de los árboles.

(2) Lit.: Ὠ μακάριε, bienaventurado, inocente.

posible abrirles los oídos: se los taparon con gran cantidad de cera, como hizo Ulyses con sus compañeros por miedo de que oyesen á las sirenas (1). ¿Cómo podrían oírte aunque te desgañitases gritando? Lo que entre vosotros puede el Lethes, eso hace entre los hombres (2) la ignorancia. Hay, no obstante, algunos, si bien son pocos, que no habiendo recibido la cera en los oídos, se inclinan á la verdad, y ven con lucidez las cosas, y conocen lo que son.

CARÓN.—Pues gritémosles á éstos.

MERCURIO.—Demás está el decirles á éstos lo que ya saben. ¿Ves cómo, apartados de la generalidad, se ríen de lo que sucede, y no lo aprueban, sino que bien claramente manifiestan que desean huir de la vida y reunirse con nosotros? Y son odiados, en efecto, porque á todos les reprenden su ignorancia.

CARÓN.—¡Bravo! valientes (3). Pero son muy pocos, Mercurio.

MERCURIO.—Bastantes son. Ahora, si te parece, nos iremos (4).

22. CARÓN.—Una cosa todavía quisiera conocer, Mercurio: si me la enseñas, será completa la explicación que me has hecho de la vida. Desearía ver dónde depositan los muertos, dónde los sepultan (5).

MERCURIO.—Á eso, Carón, llaman tumbas, túmulos, sepulcros. ¿Ves esos montones de tierra que hay delante de las ciudades, y esas columnas y pyrámides?

(1) «Odysea,» xii, 47, 199.

(2) Lit.: ἐνταῦθα, aquí, en la tierra.—El Lethes, río de los Infiernos, cuyas aguas tenían la propiedad de hacer olvidar lo pasado.

(3) Lit.: γεννάδι, bien nacidos, varones generosos.

(4) Lit.: Ἀλλὰ κατ'ἴωμεν ἤδη, pero bajémonos ya.

(5) Lit.: τὰς ἀποθήκας τῶν σωμάτων, los depósitos ó almacenes de los cuerpos.

Pues todo eso sirve para recibir los muertos y guardar los cuerpos (1).

CARÓN.—¿Y por qué aquellos coronan las piedras y las frotan con perfumes? (2). ¿Por qué también aquellos otros, erigiendo una pyra delante de los túmulos y cavando un hoyo, queman allí manjares exquisitos y vierten, á lo que parece, vino é hidromiel?

MERCURIO.—No sé, oh barquero, de qué pueda servir eso á los que están ya con Plutón. Pero están, sin duda, en la creencia de que es posible que las almas vengan desde abajo á gozar del banquete, revoloteando alrededor de la grasa y del humo, y á beberse el aguamiel que han derramado en los hoyos.

CARÓN.—¿Ellos beber y comer todavía, siendo ya cráneos enteramente secos? ¡Ciertamente te reirías de mí si yo te dijese cosas semejantes á tí, que los estás conduciendo todos los días! Por lo demás, tú sabes si podrían volver, una vez que penetraron bajo tierra (3). Sería chistoso, oh Mercurio, que en medio de tus no pocos quehaceres tuvieras no solamente que bajarlos, sino también que subirlos de nuevo cuando hubieran de beber. ¡Oh vanos mortales! ¡Oh demencia humana! No sabéis cuán larga distancia media entre las cosas de los muertos y las de los vivos, ni que régimen se sigue entre nosotros; porque

Ante la muerte todos son iguales,
Tengan ó no sepulcros suntuosos:

(1) Lit.: νεκροδοχεία καί σωματοφυλάκια, pues son receptáculos de muertos y depósitos de cadáveres (recibe-muertos y guarda-cuerpos).

(2) Lit.: καί χρίουσι μύρω, ¿y las ungen ó untan con unguento?

(3) Lit.: ἀπὸ τῶν ὑποχθόνιων γενόμενοι, una vez hechos seres subterráneos. Si no temiéramos exagerar el estilo lucianesco, traduciríamos: *Una vez hechos ciudadanos de los Infernos.*

Igual honor alcanza Iro el mendigo
 Que el gran Agamemnón, rey de los hombres:
 Lo mismo que Thersites es Aquiles,
 El hijo ilustre de la nympha Thetis.
 Todos los muertos son cráneos endebles,
 Áridos, descarnados; vanas sombras
 Errantes por el prado de Gamones (1).

23. MERCURIO. — ¡Por Hércules! ¡Cuán profusamente esparces sentencias de Homero!—Mas ya que me lo has recordado, quiero enseñarte el sepulcro de Aquiles. ¿Lo ves allí junto al mar? Aquel es el cabo Sigeo, próximo á Troya. Enfrente está sepultado Ajax, en Rheteo (2).

CARÓN.—No son, oh Mercurio, grandes monumentos.—Muéstrame ahora esas insignes ciudades que tanto hemos oído celebrar abajo: Nino, la gran ciudad de Sardanápalo; Babylonia, Mycenas, Cleonas (3) y la renombrada Ilion (4). Muchos muertos recuerdo haber trasportado de allí; tanto, que en diez años no pude sacar á seco ni embonar mi barca.

MERCURIO.—Nino, oh barquero, está ya destruída: no queda ni vestigio de ella: no podría decirse en dónde estuvo. Á Babylonia allí la tienes, coronada de altas torres y extendida sobre dilatado perímetro;

(1) Estos versos son parodia de diferentes pasajes de Homero véase «Iliada,» ix, 319, 320; y «Odysea,» x, 521, y xi, 538, 572.

(2) Sigeo y Rheteo, promontorios de la Troade, entre los cuales coloca Homero la flota de los Griegos durante la guerra de Troya, y á cuya inmediación se erigieron los sepulcros de Aquiles (Ἄχιλλειον), y de Ajax Telamón (Ἀιάντειον). Véase Herodoto, v, 94, y Estrabón, xiii.—Sobre el sepulcro de Aquiles en particular, véase Cicerón, *Pro Archia*, x; Arriano, i; Plutarco *Alex.*, 24; Quinto Curcio, ii, 9.

(3) Antigua ciudad de la Argólida.

(4) Lit.: καὶ τὴν Ἴλιον αὐτὴν, y la misma Ilion.

pero no tardará mucho en ser buscada entre ruinas lo mismo que Nino. Quanto á Mycenas y Cleonas, vergüenza me da de enseñártelas, y sobre todo á Ilion. Estoy seguro de que á tu vuelta á los Infiernos estrangularías á Homero por la enfática grandilocuencia de sus versos. Estas ciudades, llenas de vida y de animación en otro tiempo (1), están muertas ahora, porque los pueblos, oh barquero, mueren también, lo mismo que los hombres. Y lo más extraño es que también desaparecen ríos enteros: ni el cauce siquiera del Inaco ha quedado ya en Argos (2).

CARÓN.—¡Oh, qué de alabanzas, Homero, y qué de nombres campanudos! *La sagrada Ilion* (3); *Ilion de anchurosas calles* (4); *Cleonas, la de hermosos edificios* (5).

24. ¿Y quiénes son aquellos que se están peleando mientras nosotros hablamos, y por qué se matan los unos á los otros?

MERCURIO.—Esos que ves son los Argivos y los Macedemonios; y aquel medio muerto es el general Othryades, que escribe su trofeo con su propia sangre (6).

CARÓN.—Y ¿por qué es la guerra, Mercurio?

MERCURIO.—Por el campo mismo en que combaten.

(1) Lit.: *πάλαι εὐδαίμονες*, dichosas en otro tiempo.

(2) Río principal de la Argólida, que nacía en las fronteras de la Arcadia y desembocaba en el golfo Argólico, al Sudeste de Argos. Dice la fábula que este río perdió su caudal de aguas desde que dió á Juno la posesión de Argos en contra de Neptuno.

(3) Epiteto homérico: «*Iliada*,» v, 648; xx, 216, etc., etc.

(4) «*Iliada*,» II, 141, aplicado á Troya, y IV, 52, aplicado á Mycenas.

(5) «*Iliada*,» II, 570.

(6) El único que sobrevivió entre los trescientos Espartanos que contra trescientos Argivos disputaban la posesión de Thyreas. Vease Herodoto, I, 82; Valerio Máximo, III, 2; Séneca, «*Suasorias*,» II.

CARÓN.—¡Oh locura de los hombres! ¡No saben que aunque cada uno de ellos poseyera el Peloponeso entero, apenas obtendrán de Eaco un palmo de tierra! Y ese campo lo han de labrar otros, y derribarán y sacarán de cimientos el trofeo con el arado.

MERCURIO.—Así es el mundo, Carón (1). Ahora, si te parece, descendamos; coloquemos otra vez estos montes en su sitio y marchémonos, yo á lo que se me ha encargado, y tú á tu barca. No tardaré mucho en verte de nuevo llevándote muertos.

CARÓN.—Bien te has portado, Mercurio: te inscribiré en el número de mis bienhechores; pues gracias á tí he sacado gran provecho de mi viaje á la tierra. ¡Cómo están las cosas entre los desdichados mortales! ¡Reyes, ladrillos de oro, hecatombes, guerras! Y de Carón... ni una palabra (2).

(1) Lit.: Οὕτω μὲν ταῦτα ἔσται.

(2) Esta última frase recuerda la que, lleno de impaciencia, repite el esclavo Janthias en *Las Ranas*, de Aristóphanes, escena II. Véase la traducción de D. Federico Baráibar, tomo III, el XII de la BIBLIOTECA CLÁSICA.

XIII.

DE LOS SACRIFICIOS.

Ridiculízanse las ficciones mithológicas de los poetas y las prácticas, ceremonias y sacrificios con que los pueblos antiguos, y en particular Grecia y Egypto, rendían culto á los Dioses (1).

1. Al ver lo que los necios hacen en los sacrificios, en las festividades y en las procesiones de los dioses; lo que piden, lo que ruegan y lo que piensan acerca de todo esto, no sé que haya alguno, por triste y por sombrío que sea, que no se ría, comprendiendo la estupidez de cuanto se practica. Y aun creo que, antes de reirse, se preguntará á sí mismo si á hombres semejantes puede llamárseles piadosos ó, por el contrario, enemigos de los dioses y malaventurados (2), que juz-

(1) Este opúsculo viene á ser un resumen de los «Diálogos de los dioses». Su título no está justificado hasta el párrafo 12, que es donde empieza á hablar de los sacrificios.

Luciano no ve en la Mithología y en las prácticas y ceremonias religiosas otra cosa que las formas exteriores, sin penetrar su sentido, que tanto preocupó á los pensadores antiguos, ya bajo el sistema de exegesis alegórico que adoptaron los neoplatónicos, ya bajo el histórico. Véase, entre otras obras importantes, «Prolegómenos á una mythología científica,» de Otfried Muller; Preller, «Mythología griega;» Dechásme, «Myth. de la Grece antique,» 1879, y la «Myth. comparée,» de Max Müller, 1859.

(2) Literal: *καχοδαίμονας*.

gan á la divinidad de condición tan baja é innoble que necesite de los hombres, que se complazca con la adulación y que se irrite si no es atendida. Las calamidades de Etolia, las desgracias de los Calydonios, las horribles matanzas, la prematura muerte (1) de Meleagro, todo esto dicen que fué obra de Diana, ofendida porque no fué invitada por Eneo á su sacrificio (2). Tan hondamente la afectó el no participar (3) de las sagradas víctimas. Se me figura estarla viendo en el cielo, sola en aquella ocasión; abandonada de los dioses, que marcharon todos á casa de Eneo; gritando desaforadamente (4) y llena de indignación por haber sido excluída de tan gran solemnidad.

2. Por otra parte, cualquiera considerará dichosos, tres veces dichosos á los Ethiopes, si Júpiter tiene en cuenta el favor que le dispensaron en el principio del poema de Homero, tratándole opíparamente por espacio de doce días consecutivos; y esto, cuando llevaba consigo á manera de parásitos á los demás dioses (5). Así aparece que los dioses nada de cuanto hacen lo hacen gratuitamente sino que venden los bienes á los hombres: y se les podría comprar, si á mano viene,

(1) Literal: *διάλυσις*: disolución, ruina.—El Destino había decretado que Meleagro muriese tan pronto como se quemase el leño que ardía en el hogar: Althea retiró el tizón y lo guardó en un armario; pero irritada por la muerte de sus hermanos, á consecuencia de la piel del monstruoso jabalí que devastaba los campos de Etolia, arrojó el tizón al fuego y al punto murió Meleagro.

(2) Homero: *Iliada*, ix, 529 y siguientes.—Ovidio: «*Metamorphosis*,» viii, 167 y siguientes.

(3) Literal: *διεμαρτία*, fracaso, mal éxito, esperanza frustrada.

(4) Literal: *δεινά ποιοῦσαν*, cometiendo indignidades.

(5) *Ἐπάγω*, en la voz media, significa *llevar ó arrastrar consigo, atraerse*; pero añadimos *á manera de parásitos* (TANQUAM UMBRAS), siguiendo la traducción de Hemsterhuis, porque así resulta más gráfica y exacta la expresión.—Alude aquí Luciano á los versículos 423-425 y 493-495 del Canto i de la *Iliada*.

el gozar de buena salud, por una ternera; el ser rico, por cuatro bueyes; el llegar á ser rey, por una hecatombe; el regresar sano y salvo desde Troya á Pylos, por nueve toros (1), y el hacer la travesía desde Aulide á Troya, por una doncella de extirpe real (2). Así Hé-cuba compró á Minerva el que la ciudad no fuese tomada en un día dado, por doce bueyes y un manto (3). Y es de creer que hay muchas cosas entre ellas que se venden por un gallo (4), por una corona y hasta por un grano de incienso.

3. Esto, á lo que pienso, lo sabía muy bien Cryses, como sacerdote, viejo ya é instruído en las cosas divinas, cuando apartándose de Agamemnon sin haber obtenido resultado apela á Apolo, como si le hubiese prestado á rédito el favor, y le reclama la vuelta y casi le insulta, diciéndole (5): «Oh buen Apolo, yo he coronado muchas veces tu templo, antes desierto de coronas, y he quemado sobre tus altares tantas piernas de toros y de cabras; y tú, en cambio, permites que sufra tal afrenta sin tener en cuenta para nada que soy tu bienhechor.» De tal manera, pues, le conmovió con sus palabras, que cogiendo al punto las flechas y colocándose encima de la estación de las naves asaeteó con los dardos de la peste á los Griegos sin perdonar los mulos ni los perros (6).

4. Y una vez que he mencionado á Apolo, quiero

(1) Alusión á los versos 7 y siguientes, y 178 y siguientes del Canto III de la «Odysea.»

(2) Iphianasa ó Iphigenia, hija de Agamemnon, rey de Mycenae y de Argos.—Véase: Ovidio, «Metamorph.,» XII; Eurípides, «Iphigenia.»

(3) *Iliada*, VI, 293 y siguientes.

(4) Sacrificio que se ofrecía á Esculapio.

(5) Parodia de Homero: *Iliada*, I, 37 y siguientes.

(6) La peste invadió primero á los mulos y á los perros: *Iliada*, I, 50.

decir también todo lo que de él refieren los sabios, no ya respecto á su infortunio en los amores, ni á la muerte de Hyacintho, ni á la repulsa de Daphne (1), sino que sentenciado por la muerte de los Cyclopes, y expulsado por esto del Cielo, fué arrojado á la tierra y sometido á la condiócin humana, sirviendo por un salario á Admeto en Thesalia, y á Laomedonte en Phrygia. Por cierto que á este último no le sirvió el sólo, sino también Neptuno, pues ambos, obligados por la necesidad, acarrearón ladrillos y trabajaron en las murallas, no recabando, á la verdad, del Phrygio sus jornales íntegros, sino que les dejó á deber, según dicen, más de treinta dracmas troyanas (2).

5. ¿No es esto lo que los poetas nos refieren tan enfáticamente de los dioses, y otras muchas cosas aun más divinas de Vulcano, Prometheo, Saturno, Rhea y de casi toda la familia del gran Júpiter? Invocan á las Musas al principio de sus versos para que vengan en su ayuda, é inspirados por ellas en forma conveniente cantan que Saturno tan pronto como mutiló á su padre, el Cielo, reinó sobre él, y devoraba á sus hijos, como el Argivo Thyestes (3): que luégo Júpiter sustraído furtivamente por Rhea, que puso en su lugar una piedra, fué expuesto en Creta y alimentado por una cabra, como Telepho por una iecrva (4), y el Persa

(1) Véase «Diálogos de los Dioses,» núm. 14.

(2) Homero: *Iliada*, II, 766, y XXI, 435 y siguientes.—Admeto, rey de Pheres en Thesalia, esposo de la generosa y abnegada Alcestes.—Laomedon, rey de Troya, padre de Príamo.—La dracma equivalía próximamente á una peseta.

(3) Thyestes sedujo á Elope, mujer de su hermano Atreo, y éste, en venganza, le sirvió en un banquete los miembros despedazados de sus dos hijos, Tántalo y Plistene.

(4) Telepho, hijo de Auge, sacerdotisa de Minerva y de Hércules.—Véase «Nigrino ó las costumbres de un filósofo,» al final.

Cyro el Mayor por una perra (1); y que habiendo después expulsado á su padre y reduciéndole á prisión, ocupó el trono. Tuvo otras muchas mujeres, y por último se casó con Juno, su hermana, á la usanza de los Persas y de los Asyrios. Pero siendo muy enamorado y propenso por extremo á los placeres de Venus, llenó fácilmente el cielo de hijos, habidos los unos de madres de su rango, y otros bastardos y de linaje mortal y terrestre. Para ello el ilustre galán se convertía unas veces en lluvia de oro, otras en toro, ó cisne, ó águila, y, en una palabra, era más mudable que el mismo Proteo (2). Sólo á Minerva la produjo de su propia cabeza, concibiéndola sencillamente en su cerebro (3). Por lo que hace á Baco, lo sacó aún informe del vientre de su madre, ya abrasada; lo escondió en su muslo, y luégo se hizo una cortadura cuando le apretaron los dolores del parto (4).

6. Cosas semejantes cuentan también de Juno: que sin trato con su marido, sino por el contacto del viento, tuvo á su hijo Vulcano, que no es por cierto muy afortunado, antes es un artesano, un herrero, tostado del fuego, viviendo siempre entre el humo, lleno de ceniza, como que pasa la vida en la fragua, y no muy ágil de pies; pues quedóse cojo de resultas de la caída, cuando fué arrojado por Júpiter del cielo. Y á no haber sido porque los naturales de Lemnos, portándose muy bien, le recibieron cuando caía precipitado, hubiera muerto nuestro buen Vulcano, como As-

(1) Herodoto: I, 75 y siguientes.—La narración de Jenophonte difiere grandemente de la de Herodoto.

(2) Véanse «Diálogos de los Dioses,» núm. 4, y «Diálogos marinos,» núms. 4, 12 y 15.

(3) «Diálogos de los Dioses,» núm. 8.

(4) «Diálogos de los Dioses,» núm. 9.

tyanax cuando fué arrojado de la torre (1). Y en medio de todo, lo de Vulcano puede pasar; pero ¿quién no conoce á Prometheo? ¿quién ignora lo que padeció por su excesivo amor á los hombres? Conducido á Escythia, Júpiter lo hizo clavar en cruz sobre el Cáucaso, y mandó contra él un águila que le royese todos los días el hígado (2).

7. Así pagó sus culpas. Y Rhea--pues es preciso decirlo todo,—¿qué indecencias y qué indignidades no comete? Vieja ya y fuera de sazón y madre de tantos dioses, se enamora aún de los jovencitos, se muestra celosa y lleva consigo en un carro tirado por leones á su Atis, que para nada puede ya serle útil (3). ¿Quién, en vista de esto, reprochará á Venus sus adulterios (4), ni á la Luna el que se detenga y baje muchas veces en mitad de su carrera para visitar á Endymión? (5)

8. Mas dejando ya estos discursos, subamos al cielo, amparándonos poéticamente de la misma ruta que Homero y Hesiodo, y veamos cómo están ordenadas las cosas allá arriba. Que el exterior es de bronce, lo sabemos por que lo ha dicho Homero antes de ahora (6). Avanzando, pues, con la vista dirigida hacia arriba y apoyados naturalmente en la espalda,

(1) Astyanax, hijo de Héctor y de Andrómaca, fué arrojado por los Griegos desde lo alto de las murallas de Troya, por miedo de que pudiese restaurar algún día el reino de Priamo.—*Iliada*, XXIV, 734 y 735.

(2) Véanse «Prometheo ó el Cáucaso» y «Diálogos de los Dioses,» núm. 1.

(3) «Diálogo de los Dioses,» núm. 12.—Atis se hizo él mismo eunuco, quedando esto como rito entre los sacerdotes de Cybeles ó Rhea.

(4) «Diálogo de los Dioses,» núms. 15 y 17.

(5) «Diálogo de los Dioses,» núm. 11.

(6) *Iliada*, I, 426.

brilla más clara la luz, el sol es más puro, los astros son más refulgentes, todo es perpetuo día y el pavimento es de oro (1). Al entrar se encuentra uno primero con las Horas, que son las que guardan la puerta (2). Después están Iris y Mercurio, agentes y mensajeros de Júpiter. Más adentro, la fragua de Vulcano, provista de toda clase de herramientas. Y pasada ésta, las moradas de los dioses y la estancia real de Júpiter. Todo esto es magnífico: trabajado primorosamente por Vulcano (3).

9.—

Sentados junto á Júpiter los dioses (4),

—pues conviene, me parece, ya que estamos arriba, hablar grandilocuientemente,—tienen la vista fija sobre la tierra, mirando por do quiera con ojo excrutador por si en alguna parte ven fuego encendido ó grasa que se remonta

entre espirales de humo (5).

Y si se les ofrece algún sacrificio, todos, con la boca abierta, aspiran el humo ó agotan la sangre derramada de los altares, no de otro modo que si fuesen moscas. Y si cenan en sus propias casas, el néctar y la ambrosía son su comida. En otro tiempo eran también los hombres admitidos á su mesa y bebían con ellos, como Ixión y Tántalo (6); pero como se hiciesen insolentes y habladores, fueron éstos castigados y lo

(1) *Iliada*, IV, 2.

(2) *Iliada*, V, 749, y VIII, 393.

(3) Véase «Diálogos de los Dioses,» núm. 16, al principio.

(4) *Iliada*, IV, 1.

(5) *Iliada*, I, 317.

(6) Véase «Diálogos de los Dioses,» núm. 6, al fin, y «Diálogos de los muertos,» núm. 17.

son todavía, y el cielo desde entonces quedó cerrado y prohibido para el linaje humano.

10. Tal es la vida de los dioses. Y conforme y en consonancia con ellos, es el culto que le rinden los hombres. En un principio les consagraron bosques, les dedicaron montañas (1), les ofrecieron aves (2) y les asignaron plantas á cada uno de los dioses (3). Después los veneran, habiéndolos distribuído por naciones y concediéndoles el derecho de ciudadanía: Delphos y Delos adoptaron á Apolo; Athenas á Athene (Minerva): así lo atestigua la identidad del nombre; Argos á Juno; los Mygdonios á Rhea, y Paphos á Venus. Los Cretenses á su vez dicen no sólo que Júpiter nació y se crió entre ellos, sino que también ostentan su sepulcro (4). De suerte que hemos estado por largo tiempo en un error, pensando que Júpiter tronaba y llovía y hacía todo lo demás: no sabíamos, con efecto, que el dios estaba ya muerto y enterrado en Creta.

11. Después se erigieron templos, sin duda para que los dioses no estuviesen sin casa ni hogar, y se labraron imágenes, recurriendo á Praxiteles, Polycleto ó Phidias. Y éstos, habiendo visto no sé dónde á los dioses, representaron á Júpiter barbudo; á Apolo, perpetuamente jóven; á Mercurio, apuntándole el bozo; á Neptuno, con blancos cabellos, y á Minerva, con ojos azules. Sin embargo, los que entran en el templo no piensan que están mirando el marfil de la India ni el oro extraído de las minas de Thracia, sino que se les

(1) Los campos ó terrenos ofrecidos á los dioses se llamaban en griego Ὀργάς-αδος.

(2) La picaza está consagrada á Baco; el águila á Jupiter; la lechuza á Athene ó Minerva.

(3) A Minerva el olivo; á Baco la vid; á Júpiter la encina.

(4) Véase «Timón ó el misátnhropo,» párrafo 6.

figura estar viendo al hijo mismo de Saturno y de Rhea trasportado á la tierra por Phidias, con la misión de velar por el desierto de Pisa, y que se da por contento si cada cinco años se le ofrece un sacrificio con ocasión de los Juegos Olympicos (1).

12. Levantados los altares, cumplidas las prescripciones y dispuestos los vasos del agua lustral, ofrecen las víctimas: el labrador lleva el buey con que aró sus campos; el pastor, una oveja; el cabrero, una cabra; éste, incienso; aquél, una torta. El pobre se hace propicio al dios con sólo besarle la mano derecha. Los sacrificadores, y vuelvo á ellos, adornando con cintas y coronas al animal, y habiendo examinado antes cuidadosamente si está íntegro, para no hacer un sacrificio inútil, lo acercan al altar y lo degüellan á la vista del dios: la víctima lanza un mugido lastimoso y, como es natural, de buen agüero, y ellos tocan en tanto á medio són la sagrada flauta. ¿Quién no ha de pensar que los dioses se recrearán grandemente presenciando tales cosas?

13. El programa anuncia que no se acercará á los vasos lustrales el que no tenga limpias y puras las manos (2). El sacerdote, sin embargo, está allí todo ensangrentado, cortando, como el Cyclope (3), la víctima en pedazos, desgarrando las entrañas, arrancando el corazón, derramando sangre en el altar y ejecutando actos bien poco piadosos. Después en-

(1) Cerca de Pisa, capital de la isátida, región central de la Elida, estaba levantado el templo de Júpiter Olympico, que encerraba la estatua colosal del dios, obra maestra de Phidias y del arte griego. Los Juegos Olympicos se celebraban desde los primeros tiempos de Grecia cada cinco años, y á este intervalo se le daba el nombre de *Olympiada*.—En el «Icaromempo ó por encima de las nubes,» 24, insiste sobre esta última idea.

(2) Véase Origenes «Contra Celso,» 147, 1.

(3) «Odysea,» ix, 465 y siguientes.

ciende el brasero y pone sobre él la cabra con su piel y la oveja con su lana: el vapor divino y propio de los dioses se remonta á las alturas y penetra suavemente en el mismo cielo. Pero el Escytha, despreciando tales víctimas, que considera humildes, inmolaba hombres á Diana; y haciéndolo así, complace á la diosa.

14. Esto, en medio de todo, no es quizás exagerado, como no lo es tampoco lo que hacen los Asyrios, los Phrygios y los Lydios. Mas si fuésemos á Egipto, allí veríamos cosas muy graves y dignas verdaderamente del cielo: Júpiter con cabeza de carnero; el buen Mercurio con cara de perro; Pan hecho todo un macho cabrío, y otros un ibis, un cocodrilo ó un mono (1).

¿Quieres saberlo todo y comprenderlo? (2)

Pues oirás á muchos sophistas, letrados y prophetas de cabeza rapada, que te contarán, gritando primero, según fórmula,

¡Afuera los profanos! (3)

que los dioses, temiendo una sublevación de sus enemigos y de los Gigantes, huyeron á Egipto para ocultarse allí á sus perseguidores, y que, llenos de pavor, el uno se introdujo en un macho cabrío, el otro en un carnero, y así los demás en una bestia cualquiera ó en un ave; y que por eso los dioses conservan hoy todavía aquellas formas. Todo esto, ciertamente, se guarda en los archivos de los santuarios, escrito y consignado desde hace más de diez mil años.

(1) Véase Juvenal, «Sátira» xv.

(2) «Iliada», vi, 150 y xxi, 487.

(3) Véase Virgilio, «Eneida», vi, 258.

15. Aparte de esto, los sacrificios entre ellos son lo mismo que los nuestros, á excepción de que lloran á la víctima y se golpean el pecho colocándose en derredor de ella, una vez muerta. Otros la sepultan solamente después de degollada. Apis es el mayor de sus dioses (1): si llega á morir, no habrá quien estime en tanto su cabellera, que no se la corte en señal de luto, así tuviese la trenza purpúrea de Niso (2). Y Apis es un dios salido de una vacada: fué elegido, á la muerte de su antecesor, por ser más hermoso y de porte más augusto que los demás bueyes. Todo esto, así practicado y creído por la generalidad, necesita, á mi parecer, no de un censor, sino de un Heráclito y de un Demócrito (3): éste, para que se ría de la necedad de los hombres; aquél, para que deplora su ignorancia.

(1) Apis, el buey sagrado de Memphis, era adorado como dios por los Egypcios: se le reconocía por dios en virtud de ciertos signos, que se hacían subir hasta 29. El día de su nacimiento era para los Egypcios un día de regocijo: su muerte era un duelo público; que se prolongaba hasta que los sacerdotes descubrían y proclamaban como dios á otro buey. Véase Herodoto, 3, 27; Estrabón, 17, Diodoro Sículo, 1.

(2) Niso, rey de Megara, tenía en el vértice ó coronilla de la cabeza un cabello de oro ó de púrpura, del cual pendía su vida.

(3) HERÁCLITO de Epheso, filósofo de la escuela jónica, que floreció por los años 513 antes de Cristo, fué apellidado el *llorón* por su carácter tétrico y sombrío, en oposición á DEMÓCRITO de Abdera, inventor de la teoría atomística, que vivió hacia el 460 antes de Cristo, y de quien se dice que se reía de todo.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL PRIMER TOMO.

	PÁGINAS.
Al lector.....	IX
I. El sueño ó la vida de Luciano.....	I
II. A uno que le dijo eres un Prometheo en tus discursos.....	11
III. Nigrino ó de las costumbres de un filósofo.	17
IV. El juicio de las vocales.	39
V. Timón ó el Misánthropo.	47
* VI. Alcyón ó de las transformaciones.....	79
VII. Prometheo ó el Cáucaso.....	85
VIII. Diálogos de los dioses.....	97
1. Prometheo y Júpiter.....	97
2. Cupido y Júpiter.	99
3. Júpiter y Mercurio.....	101
4. Júpiter y Ganimedes.....	102
5. Juno y Júpiter.	106
6. Juno y Júpiter.	109
7. Apolo y Vulcano.	112
8. Vulcano y Júpiter.	114
9. Neptuno y Mercurio.	116

* Este diálogo no se considera escrito por Luciano, sino por un filósofo académico llamado León.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

10.	Mercurio y el Sol.....	118
11.	Venus y la Luna.....	120
12.	Venus y el Amor.....	121
13.	Júpiter, Esculapio y Hércules....	123
14.	Mercurio y Apolo.....	125
15.	Mercurio y Apolo.....	126
16.	Juno y Latona.....	128
17.	Apolo y Mercurio.....	130
18.	Juno y Júpiter.....	132
19.	Venus y Cupido.....	134
20.	El juicio de las diosas.....	136
21.	Marte y Mercurio.....	146
22.	Pan y Mercurio.....	147
23.	Apolo y Baco.....	149
24.	Mercurio y Maya.....	151
25.	Júpiter y el Sol.....	153
26.	Apolo y Mercurio.....	157
IX.	Diálogos marinos.....	157
1.	Doris y Galatea.....	157
2.	El Cyclope y Neptuno.....	160
3.	Neptuno y Alpheo.....	162
4.	Menelao y Proteo.....	163
5.	Panopa y Galena.....	165
6.	Tritón, Amymona y Neptuno....	166
7.	Noto y Zéphiro.....	168
8.	Neptuno y los Delphines.....	170
9.	Neptuno, Amphítrite y las Ne- reidas.....	171
10.	Iris y Neptuno.....	173
11.	Jantho y el Mar.....	174
12.	Doris y Thetis.....	175
13.	Neptuno y el Enipeo.....	177
14.	Liberación de Andrómeda.....	178
15.	Zéphyro y Noto.....	181

ÍNDICE.

PÁGINAS.

X.	Diálogos de los muertos.....	185
1.	Diógenes y Pólux.....	185
2.	Plutón, Creso, Midas, Sardanápalo y Menipo.....	189
3.	Menipo, Amphíloco y Trophonio..	191
4.	Mercurio y Carón.....	192
5.	Plutón y Mercurio.....	194
6.	Terpsión y Plutón.....	195
7.	Zenophantes y Calidemides.....	198
8.	Cnemón y Damnipo.....	199
9.	Simylo y Polystrato.....	200
10.	Carón, Mercurio y varios muertos.	203
11.	Crates y Diógenes.....	210
12.	Alejandro, Anníbal, Minos y Esci- pión.....	213
13.	Diógenes y Alejandro.....	217
14.	Alejandro y Philipo.....	220
15.	Aquiles y Antíloco.....	223
16.	Diógenes y Hércules.....	225
17.	Menipo y Tántalo.....	228
18.	Menipo y Mercurio.....	230
19.	Eaco, Protésilas, Menelao y Paris..	231
20.	Menipo y Eaco.....	233
21.	Menipo y Cervero.....	237
22.	Carón, Menipo y Mercurio.....	238
23.	Protésilas, Plutón y Proserpina....	240
24.	Diógenes y Mausolo.....	242
25.	Nireo, Thersites y Menipo.....	244
26.	Menipo y Quirón.....	245
27.	Diógenes, Antísthenes, Crates y un pobre.....	247
28.	Menipo y Tiresias.....	251
29.	Ajax y Agamemnón.....	254
30.	Minos y Sostrato.....	256

ÍNDICE.

PÁGINAS.

XI.	MENIPO Ó LA NECROMANCIA. — Carta- dedicatoria á Don A. G. Garbín.	259
	Menipo ó la Necromancia.....	267
XII.	Carón ó los Contempladores.	287
XIII.	De los sacrificios.....	311



